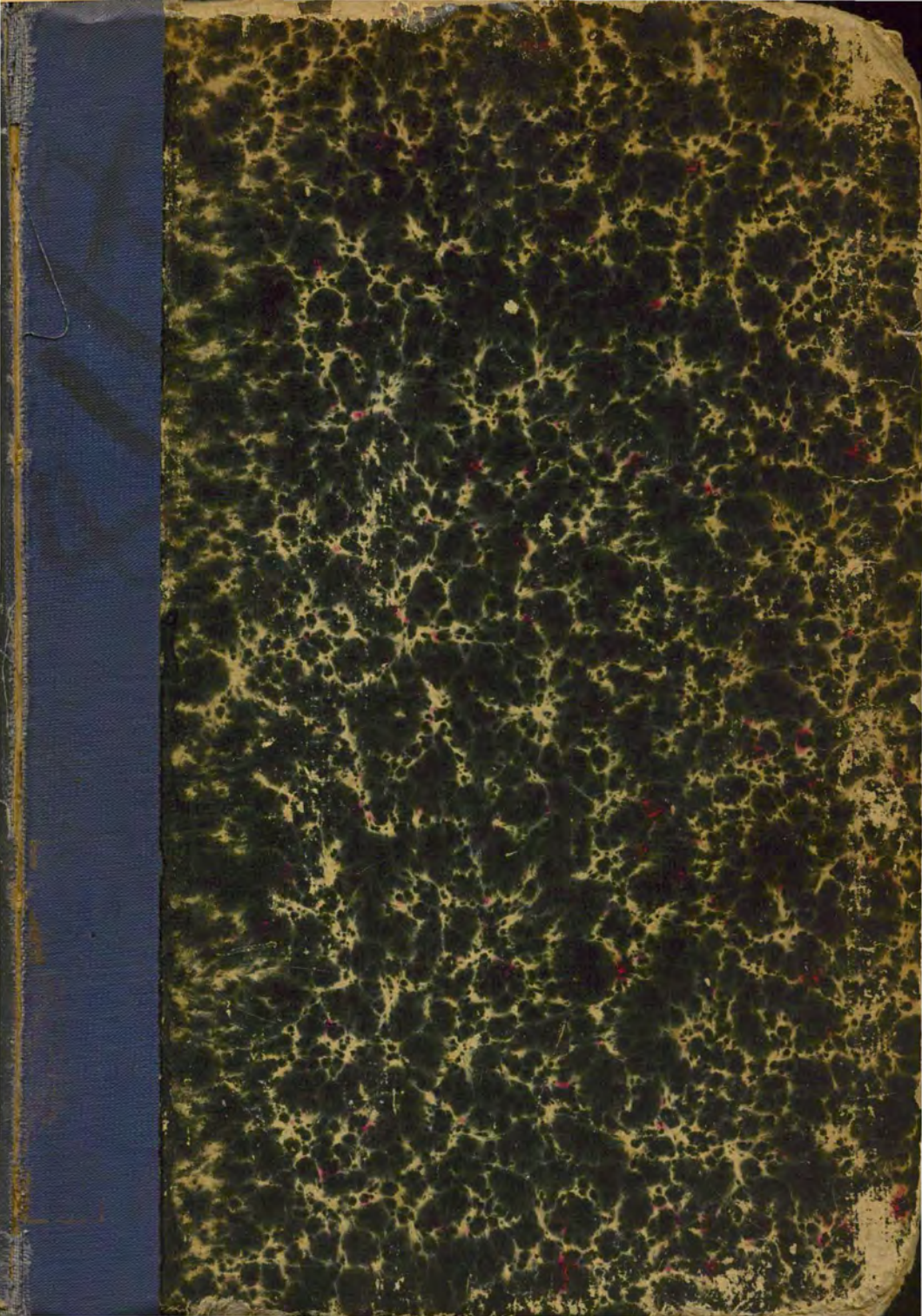


SANCHEZ

GOMEZ

F. 2

GAVILAN





el gavilán

novela



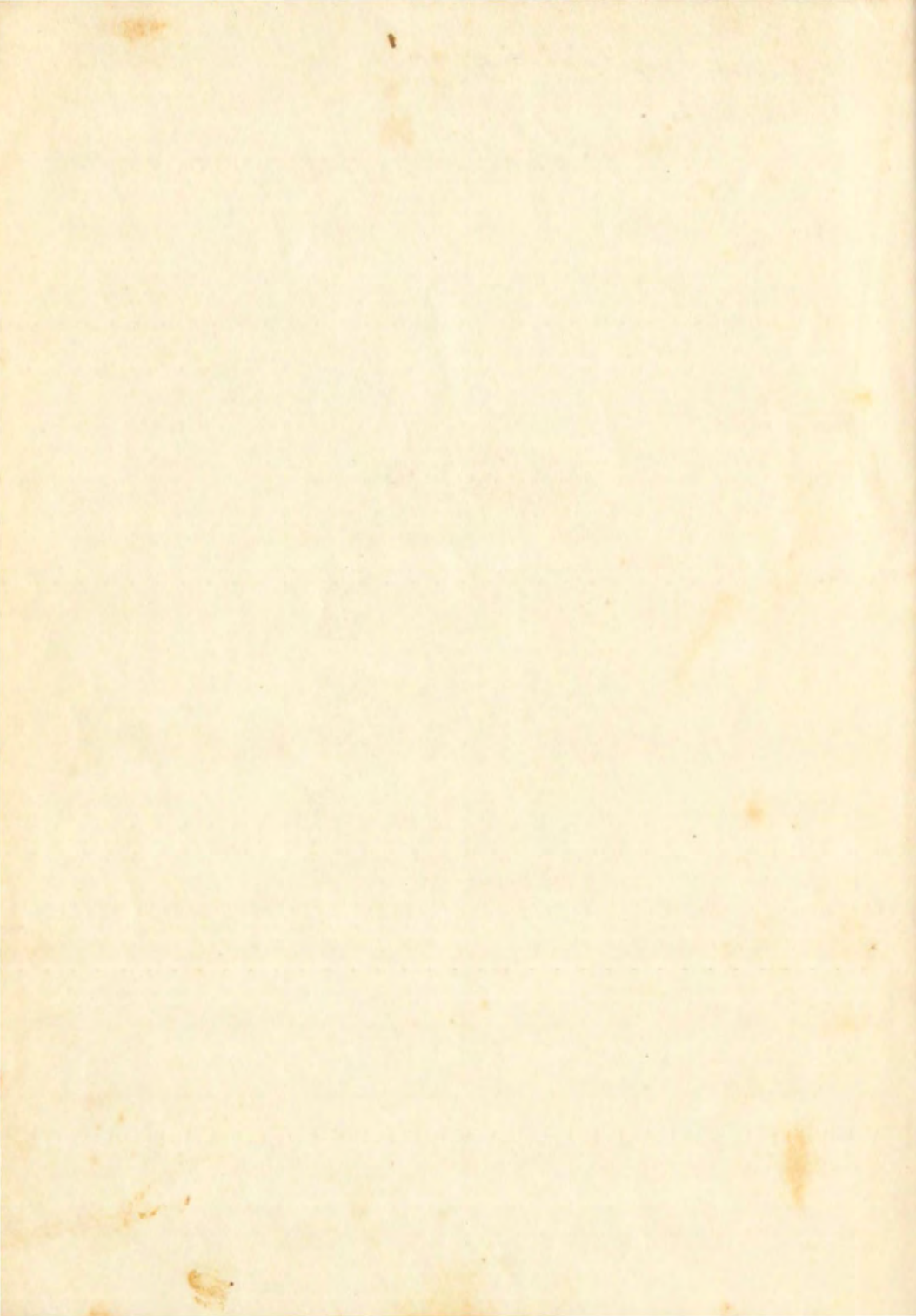
gregorio Sánchez gómez



Para la Biblioteca del Centenario
de Cali.

Gregorio Sánchez Gómez.





BIBLIOTECA
DEL CENTENARIO
CALI.

Sección

Nº



EL GAVILAN

Obras del autor

- La Tierra Desnuda (Novela)
- La Derrota (Novela)
- Rosario Benavides (Novela laureada)
- La Casa de los del Pino (Novela)
- La Virgen Pobre (Novela)

La Piedad del Mar	}	Novelas cortas
El Monstruo		
La Flor del Tabaco		
El Maniático		
El Espíritu de Don Celso		
La Envidia de los Dioses		
El no la mató, fue su pasado		

Los Impuestos en Colombia

El Ahoro

Los Problemas Sociales

PARA PUBLICARSE:

- El Inútil Pecado (Novela)
- La Amazona de Cañas (Novela)
- Vistas de Colores (Poemas)

GREGORIO SANCHEZ GOMEZ

EL GAVILAN

(NOVELA)



1933
EDITORIAL AMERICA
CALI

PROPIEDAD DEL AUTOR
DERECHOS RESERVADOS DE PUBLICIDAD

EL GAVILAN



CAPITULO I

“GANARAS EL PAN...”



No había clareado aún cuando Fabiana, fiel a su inveterada y saludable costumbre, se incorporó en el pobre lecho de madera, donde dormía con su marido, y con sumo tiento, para no despertarlo, se puso de pie. Buscó en la obscuridad sus humildes ropas, rezó mentalmente una corta oración, y, santiguándose como buena cristiana, salió del estrecho aposento.

Afuera, en el corredor trasero, más allá del cual se veía un patiesito de tierra apisonada, que limitaban las cercas de guadua de los chiqueros, se apretaba confusamente una niebla espesa y blanquecina, densa como el humo de las quemas, y tan húmeda que al pegarse a la piel dejaba en ella la impresión del agua de las lloviznas. Hacía frío. El paramillo sutil de la madrugada veraniega barnizaba la vegetación, tornando más fresco y tierno el verde natural y empapando la tierra, que parecía moverse de gozo bajo la caricia vivificante.

Bajo un cobertizo que estaba contiguo al rancho, pero lo suficientemente apartado para darle seguridad a éste en caso de posible incendio, y también porque tal es la tradicional costumbre de edificarlos entre los labriegos

de esas montañas, se alzaba el fogón de la chagra, especie de barbacoa de estacas con relleno de tierra y tres o cuatro piedras encima quemadas por el fuego. Hizo lumbré Fabiana, y pronto una llamarada alegre se levantó proyectando rojizo resplandor contra las toscas paredes y sobre el rostro labrado de la mujer.

Aunque apenas tenía cuarenta años, Fabiana daba muestras de haber vivido mucho más, según era el estrago que hicieron en ella el duro trabajar y los continuos sufrimientos que suelen ser habituales entre la gente humilde y pobre; pero, a pesar de todo, se comprendía bien que estaba en pleno vigor, y que poseía alma recia, pues su figura era la de las hembras hechas para la cría y los duros oficios agrestes, y su fisonomía, austera y benévola a la vez, así lo denunciaba.

Poco más alta que la campesina común, magra, y con la piel ligeramente manchada de placas lechosas, a semejanza de los linfáticos. Tal era físicamente. Cuando andaba lo hacía con calma, lo mismo que cuando hablaba; y su voz tenía ese déjelo lánguido del trópico, en que hay cierta indolencia fatalista, y un timbre tenuemente ronco y amargo.

La claridad de la alborada rasgó de improviso el velo de sombras, despertando la vida de la montaña. Claridad azulenca primero, luégo de sonrosado matiz, y por último de suaves tonos luminosos que alumbraban sin calentar. Como si no esperasen otra cosa que esta señal para hacerse presentes, los múltiples ruidos y rumores del monte rompieron el silencio, sustituyéndolo ahora un regocijado concierto de voces. Cantaron los gallos de la chagra, anunciando el día nuevo; soplaron los pájaros en sus cañitas de cristal, esos dichosos pájaros que siempre están contentos y que a cada amanecer se imaginan acaso que la vida apenas comienza.

Hoy se me pegó la cobija—pensó honradamente Fabiana, como quien se anota un pecadillo, viendo llegar el alba y que aún no tenía hecho el frugal desayuno para la familia—; pero también es verdad que anoche me acosté dos horas más tarde: había qué zurcirle ropa a Eustacio, que toda la rompe ahora con esa faena de socolar tan pesada; y luégo, aquella charla que tuvimos... ¿Cuándo será, Señor, que vamos a estar en paz de una vez con estos patrones?

Interrumpió su mental monólogo la voz fresca y jubilosa de Débora, que asomó en tal momento a la puerta.

—Buenos días, madre.

Sin volverse, y soplando sobre el fogón donde hervía en la olla el agua del café, acto para el cual se servía de un abanico de hojas de palma entretejidas, Fabiana dijo a guisa de respuesta:

—¿Ya despertó su padre, Deborita?

—Sí, madre, ya; ahora mismo está levantándose.

Recogiéndose los largos cabellos, Débora se envolvió la cabeza en un trapo blanco que retorció hacia atrás en forma de trenza; cogió un gran calabazo, y echó a andar con paso gracioso y ondulante en dirección de la vertiente. Su figura primaveral resaltaba bien, por la sencillez y simplicidad, sobre el fondo agreste del paisaje. Era una muchacha apenas, que no mucho tiempo hacía traspasó los linderos de la pubertad; fresca como el rocío del campo y lozana como la flor que aún está en la mata. Diecisiete tímidos pasos fueron sus diecisiete años vividos en la ingenuidad jacarandosa de la existencia rural, en la arcádica paz de ese vivir que fuera seguramente eglógico si no lo acompañaran las penas y las obscuras inquietudes de lo porvenir.

Abajo, descendiendo por un caminito sesgado, y al pie de la vertiente, estaba el ojo de agua, la poceta cris-

talina y honda que asombraba pequeña palizada. Más abajo aún, en otra poceta de mayor tamaño, descubierta y con grandes pedruzcos en la orilla, se veía el lavadero, lugar donde Débora solía soñar mientras golpeaba cantando las humildes ropas de la casa.

Con gesto habitual metió entre sus piernas la corta falda de zaraza; recogió hasta arriba de los codos las mangas de la blusilla de burda tela que le ceñía el busto gallardo; hecho lo cual se puso en cuclillas para lavarse la cara y los brazos. En torno suyo el agua chispeaba como diamantes. Sacó en seguida del seno un peine ordinario, para alisarse los cabellos. Este era todo su tocado diario, la sencilla forma como se buía cada mañana religiosamente en el espejo natural de la poceta. Fuera de tal operación, solía dedicar algunos minutos a contemplarse, no sin ciertos escrúpulos de modestia; lo hacía con rubor, casi furtivamente, sorprendida ella misma de ver en el cristal su propia imagen, linda y graciosa, y fresca como el aire de la mañana.

Difícilmente se hubiera podido encontrar por aquellos contornos muchacha más bonita que la hija de Eustacio Lucumí y de Fabiana. De estatura inferior a la de su madre, tenía sin embargo el cuerpo garboso y lleno de ese donaire que dan la buena salud y la agilidad. Su piel era blanca, de sonrosado y suave matiz y sin la sombra siquiera de una mancha; sus cabellos oscuros, espesos y lustrosos, como los de las mujeres antiguas. Una expresión de candor risueño le iluminaba el rostro de finas facciones, al que comunicaban vagos aspectos de virgen de retablo los ojos almendrinos, la boca pequeña y la nariz recta y bien dibujada.

Vertió agua en la palangana de barro cocido que estaba junto a la poceta, y se lavó cuidadosamente los pies; en seguida las piernas, hasta arriba de las rodillas. Algún

pensamiento agradable le ocupaba entre tanto la imaginación, porque sonreía de modo muy tenue, dejando ver por momentos, entre los bermejos labios, el esmalte blanco, húmedo y luminoso de los pequeños dientes.

Tras de las sierras distantes se anunciaba ya, con vivos resplandores, la aparición del sol. Grandes ondas de luz llenaban las hondonadas, dispersando los últimos vestigios de niebla. La montaña toda parecía revivir. Se alzaban humillos azulinos y vahos calientes de las prietas matas de monte, de las cañadas oscuras henchidas de rumores, de las laderas limpias donde verdeaban con alarde audaz las siembras tupidas y las inverosímiles dehesas.

Débora levantó la frente, para mirar hacia el cielo con ojos interrogadores. Pensó con alegría que iban a tener buen tiempo para las faenas. Después, recordando de pronto que la esperaban arriba, en la casita de la chagra, llenó de prisa el calabazo, y colocándolo sobre su cabeza, de tal suerte que sus redondos brazos levantados para sostenerlo semejaban un par de asas magníficas, comenzó a subir la cuestecilla.

En el rancho, Eustacio se había levantado ya. Lo encontró sentado en un banco, ante la tosca mesa de palo, puestas las ropas de labor, y haciendo con dificultad números sobre la portada de un viejo folleto.

—Buenos días, padre.

El labriego alzó la cabeza, la contempló un instante con visible ternura, y respondió con afabilidad:

—Muy buenos, hija. ¿Cómo amaneció?

La voz de Fabiana se dejó oír desde la cocina:

—Venga, Deborita, llévele a su padre el café.

La moza corrió, y tras de colocar la vasija sobre la especie de trípode que había en el rincón más próximo, se puso a servirle a Eustacio el desayuno: la frugal comida mañanera con que el campesino pobre espera el al-

muerzo no menos parco de la hora del mediodía. En enorme escudilla, y acompañada de un pedazo de pan de maíz, Eustacio sorbió sin apresurarse la negra infusión, y cuando hubo concluido encendió su pipa, y saliendo al corredor delantero del rancho miró largamente en dirección del campo quebrado.

Ante la casa se extendía accidentadamente gran porción de terreno. Como estaba situada en una planadita, en parte alta y de poco declive, desde ella podía dominarse ancha faja de paisaje; de ese paisaje típico de las cordilleras, lleno de prominencias y depresiones, de manchas de vegetación y de descampados, de grietas profundas como cortaduras y de calveros que semejan trozos de piel quemada y depilada.

Los ojos de Eustacio Lucumí se dilataban de satisfacción y lucían de esperanza frente al espectáculo de su chagra tan trabajada y llena de promesas. Tenía cuarenta y cinco años, y hacía veinticinco que estaba allí como arrendatario de Cortada, el dueño de esa gran latifundia cuyos linderos nadie sabía con absoluta certeza y donde se agitaba, dentro de su vasta cabida, apreciable número de colonos de diferente condición. El lote del mentado labriego quedaba en la región alta, en zona quebrada y agria, pero de tierra fértil en grado extraordinario. Mucho monte inculto había allí, por otra parte, lo que le daba mayor valor por la calidad de sus maderas.

En los veinticinco años dichos, y merced a su firme tesón y a su infatigable energía, logró levantar aquella finquita que le daba para vivir y que era como el acicate para sus luchas, porque abrigaba fundada esperanza de llegar cualquier día a ser propietario. Sí, cualquier día habría de comprar ese pedazo de tierra en que tanto cariño puso. ¿Por qué no? Todo su esfuerzo de varios años estaba incorporado allí; su sudor y hasta cierto punto su

sangre lo regaron copiosamente. Recordaba que cuando llegó a tal lugar, cierta mañana memorable, escotero y solo, pero lleno de coraje y mucha ambición, no existía, en lo que hoy era esa valiosa finca rural, otra cosa que selva tupida y enmarañada, profusa maleza y toda suerte de alimañas. ¡Ah, cuán duro tuvo qué trabajar para abrir tanto monte cerrado, y reducir a tierra útil la gleba inculta, jamás aprovechada hasta entonces!

Desgraciadamente, y aunque el empeño fue tenaz, las cosas no ocurrieron de conformidad con sus cálculos y deseos. Pasaban los años, sucedíanse las cosechas, aumentaba la chagra por nuevos desmontes y mejoras, pero su condición de arrendatario seguía siendo la misma. No podía Eustacio explicarse, por lo mismo que era hombre sencillo y de buena fe, en virtud de qué misteriosas leyes sus esfuerzos pacientes y reiterados parecían perderse en la inutilidad y el fracaso, en la continua ineficacia. Trabajaba como animal, era la perseverancia encarnada, la economía y la paciencia, y sin embargo, allí estaba, pobre como el primer día, sin otros bienes efectivos que sus esperanzas invariables, y ahora con la melancólica preocupación de sentir que se aproximaba la vejez.

Pero no era esto solamente, sino que además se hallaba endeudado. Tiberio Cortada, el dueño de aquellas extensas tierras, se condujo siempre con tales mañas y habilidosas maneras, que ninguno de sus colonos podía decir que se encontraba a paz y salvo con él. Cuál más, cuál menos, todos le debían ó le tenían hipotecadas sus cosas. En préstamos ó en anticipos, y en contratos hechos al amañó del propietario, y que se consignaban en documentos elaborados por Calixto Madroño, su *alter ego* y consejero legal, cada labriego tenía comprometidos por largo tiempo y en condiciones onerosas su persona y sus

modestos haberes. Algunos hasta se atrasaron en el pago de los arriendos. ✕

Para espantar temores y cavilaciones, Eustacio Lucumí sacudió la cabeza y chupó largamente la tosca pipa de barro. Era hombre optimista, a pesar de todo, por lo que bien pronto sus pensamientos tomaron rumbos más alegres. ¿Cómo no abrigar confianza en lo porvenir, si tenía ahí no más al frente, semejante a risueña promesa de mujer, esa tierra estupenda, fértil e inagotable, y si aún sentía correr por el cauce de sus venas el calorcillo de una vitalidad capaz todavía de muchas luchas?

Sintió en la diestra algo húmedo y caliente que lo lamía con insistencia.

—Ah, ¿eres tú, Sansón?—exclamó con tono jovial, acariciando la cabeza de un enorme mastín que se le había acercado en silencio—. ¿Vamos a socolar un poquito? Pero nó: ahora te quedas aquí con Fabia y con Débora, haciéndoles buena compañía. En otra vueltica te llevaré.

Tomó su machete el labriego, una hoja limpia y brillante que cortaba como las navajas de barba. La víspera la afiló concienzudamente sobre la piedra de amolar. Se terció el guarniel con tabaco y otras menudencias. Y echándose encima finalmente el sombrero alón de palma trenzada, y la ruana de hilo, corta y ligera, se encaminó a la mata de monte.

No muy lejos, hacia el lado de la cuchilla, se alzaba gran extensión de bosque tupido, completamente virgen aún y tan cerrado que para atravesarlo era necesario abrir paso con el filo de la herramienta. La maleza cubría el terreno con profusión casi viciosa, y arriba, entre el follaje, espesa red de bejucos parecía apretar más el estrecho abrazo de la vegetación lujuriosa.

Eustacio Lucumí hizo una trocha para penetrar en el monte, y hacía algunos días que, aprovechando aquel

verano, socolaba varias fanegas para sembrarlas cuando llegara el tiempo de las lluvias. Ya tenía hablados los cuarenta vecinos de regla para el convite de la roza. ¡Cómo le hubiera gustado tener un hijo que le ayudase en aquella limpieza preliminar, y cuyo esfuerzo unido al suyo doblara el resultado de la faena! Pero no quiso Dios concederle más que esa hija única, en la que por otra parte tenía concentradas Eustacio toda su ternura y su solícitud de padre amoroso.

Herida por la viva luz del sol que iniciaba ya su celeste trayectoria, la mata de monte se agitaba con la múltiple vida oculta en su seno. El relente de la noche anterior dejó sobre las hojas una humedad brillante que les comunicaba apariencia de metal recién barnizado. Por los troncos y bajo las altas hierbas corrían con infatigable movilidad los lagartos de ojos curiosos y pequeños, saltaban las inquietas ardillas, desfilaban las ocupadas hormigas, y armaban sus trampas y celadas las arañas silvestres y otras alimañas de presa.

—Buen día—dijo Eustacio entre dientes y con satisfacción—; me parece que meneándome un poco dejaré hoy concluída esta obrita.

Durante algunos segundos se quedó inmóvil, mirando y escuchando con expresión risueña el revoloteo y el vocerío de los pájaros entre el ramaje alto, y más arriba, en el espacio libre, las maniobras ruidosas de una escuadrilla de pericos que llenaban el aire con su escándalo verde. Bajó después la vista y la fijó con atención sobre el suelo mojado ligeramente, y donde, por entre la confusa capa de hojarasca y tamaras, se percibía la tierra negra y promisor, el humus fecundo colmado de jugos y substancias.

En ciertos puntos en que la superficie del terreno parecía haber sido sacudida por golpes de azada, se movían

con extraordinaria lentitud unos gusanos gruesos, casi redondos, semejantes a copos de algodón; gusanos que según la leyenda campesina acaban por transformarse, debido a misteriosas evoluciones, en el árbol *yarumo*, de plateado follaje.

El aire vivo de la mañana difundía por el monte penetrante y grato olor de vegetación nueva, de hierbas frescas, de perfumadas resinas. Sobre las cortezas de algunos árboles, donde no se trenzaba, como en otros, la red de delgadísimas lianas que parecen formar mallas de seda, ni crecían floridas parásitas, sino que enseñaban libremente sus arrugas y sus hendiduras, resbalaban como lagrimones las gomas vegetales, que se coagulan al contacto atmosférico en grumos cristalinos, y se adhieren al tronco adquiriendo tonos vidriosos de aguas puras y de ámbar.

Un poco más de una semana llevaba ya Eustacio Lucumí socolando esa faja de monte con la que pensaba ensanchar la medida de sus mejoras, y no le faltaba por desbrozar sino poco terreno. Su propósito era dejar todo concluído antes de que se pusiera el sol. A sus espaldas, hasta el punto donde se hallaba, se veía gran cantidad de maleza cortada y hacinada a trechos como para ser incinerada, y aquí y allá algunos arbustos derribados por completo, o que se quedaron a medio caer, recostados contra los árboles mayores.

Despojándose del guarniel y la ruana, sacó de la vaina el machete y comenzó la faena briosamente. Como de costumbre, trabajaba con exaltada y silenciosa pasión, tal cual si tuviese siempre presente la idea de que todo esfuerzo que hacía le iba a traer sumo provecho. A ratos, muy de cuándo en cuándo, silbaba ó cantaba pasito y en falsete cualquier cosa, una tonada ó un estribillo de aire campestre, escuchado a Débora ó a las vecinas de la cha-

gra. No se oía, pues, mientras efectuaba esa labor preliminar para la roza mayor, otro ruido que el áspero y chasqueante del machete segando la vegetación superflua y decapitando los pequeños arbustos. Bajo la lumbre viva y blanca del sol, la hoja filuda hendía el aire claro con su parábola fulminante y mortal, y parecía tener un grito, una voz implacable y dura de destrucción.

Hombre esforzado, como buen labriego, era Lucumí. Hacía con cierto ardor religioso su cotidiana faena, y cada tarde lo encontraba alegre y cansado, con el jubiloso cansancio que anhela el yantar rústico, la paz sencilla y humilde del hogar, y el sueño grato de las noches, tras de la íntima velada, sobre el duro lecho de la pobreza. En veinticinco años que llevaba allí, prendido al vientre de la tierra, no había perdido un sólo día. Tal vez por esta constancia y esta tenacidad pudo sacarle beneficios, viéndolo recompensado su esfuerzo con cosechas felices.

Paso a paso, con avance seguro de colonizador obstinado, iba tendiendo ante sí, bajo los golpes de su brazo, y cual si fuese aquella tarea una extraña demolición del edificio vegetal, la intrincada maleza que se extendía con profusión viciosa sobre el terreno. Y de ella saltaba, como chispero de esmeraldas, continua lluvia de hojas que se confundían con las astillas arrancadas, y que, tras de revolar en el aire, se posaban sobre la tierra, a modo de alfombra verde y blanca.

Estaba el sol en lo más alto del firmamento cuando, dando un gran resoplido, paró Eustacio de socolar. El semblante y el cuerpo todo los tenía empapados en sudor; la ropa se le adhería a las carnes. Rojo soflama, semejante al que produce la proximidad de las hogueras, le daba a su rostro subido color sanguíneo, casi bermejo.

Aspiró el aire profundamente, para ensanchar el pecho; se enderezó como las varas; luego miró hacia el cielo,

con ojos de catador de tiempo. Ancha sonrisa de satisfacción le iluminó la faz honradota, de hombre de bien. Ahora, en ese instante, se le podía ver tal como era en su condición de labriego, es decir de hombre rudo; ahora que estaba de pie y en su propio elemento, lo mismo que el marino en medio del mar o el soldado sobre la manigua militar. Más de cuarenta y cinco años parecía tener, por lo que demostraba su aspecto: su piel tostada por el sol y las lluvias, y su fisonomía grave, un poco adusta, como suele serlo la de todo aquel que vive en el dolor o en la lucha. Era de mediana estatura, pechudo y musculado; tenía las manos gruesas y ásperas, el pelo corto y recio como la cerda, los ojos pequeños, de sereno y penetrante mirar. Hablaba y se movía con ponderación, dentro de una calma reflexiva y prudente, hija sin duda de la experiencia.

Levantando la diestra hasta su cabeza, recogió con el índice el sudor que le empapaba la frente, y la sacudió luego en el aire con un chasquido seco, como de haz o manojito metálico. Algunas gotas cayeron sobre la gleba. Y este acto sencillo y vulgar fue como si arrojara una simiente, ó cual si echara en el surco un abono líquido y salobre, de extraña virtud fertilizante: la sustancia de su propia vida tan trabajada, tan ejemplar y tan calladamente útil y benéfica.

Así, con humildad, con resignación estoica y cristiana, casi con alegría, cumplía Eustacio Lucumí la severa sentencia bíblica: "En el sudor de tu frente ganarás el pan hasta que vuelvas a la tierra".

CAPITULO II

CORTADA Y MADROÑO

Al lento paso de sus monturas, como si no llevaran prisa alguna, dos hombres subían aquella tarde la agria cuesta que conduce del caserío de Urbesilla a "Los Cedros", la gran latifundia montañosa donde tenían sus fincas Lucumí y otros arrendatarios y aparceros. Bastante más allá de la mitad de su carrera iba el sol. Cabalgaban los dos jinetes siguiendo un sendero en zig-zag, de mucho declive, sobre un suelo fragoso, sembrado de grandes piedras quemadas por las canículas y vestidas de obscura pátina por los inviernos. Casi no tenía vegetación la cuesta, y era más bien como un calvero; como una empinada trocha azotada duramente por la temperie, llena de lajas que brillaban a la viva luz, y de tierra rojiza y ocre como la de las sierras estériles.

A medida que se subía se iba dominando mejor la extensa llanada, allá abajo, donde se asentaba Urbesilla; la ancha y larga planicie con sus caseríos, con sus arboledas, con sus gándaras fluviales y con sus chagras pintorescas de ranchos que semejaban bohíos o caneyes indios.

Ramoneando a su paso míseras hierbas, y haciendo con sus cascos sobre el piso caliente y rocoso un ruido

monótono, de resonancia metálica, las dos monturas caminaban apareadas, estirando el pescuezo y buscando, más por costumbre que por necesidad, el pasto imposible. Los belfos se les caían, y a ratos un resoplar fogoso y brusco se escapaba de sus narices.

Uno de los jinetes era Tiberio Cortada, el dueño y señor de la gran latifundia, el hombre más rico del lugar. Aunque llevaba vividos algo más de cincuenta años, no parecía tener más de cuarenta, porque su aspecto era fuerte, vital y rozagante como el de los mozos; en esto influyó seguramente la existencia agitada que hacía de ordinario, y también la buena vida que se daba, a fuer de hombre acaudalado y pudiente. Visto por primera vez, y así de improviso, la impresión que producía era de involuntaria repulsión, de recelo y de antipatía; pero luego, insensiblemente, esa impresión desagradable iba trocándose en sentimiento de deferencia. Ocurría con él lo que con ciertos hombres importantes; que inspiran respeto, casi temor, pero que jamás logran despertar afectos o adhesiones sinceras.

En su cuerpo grande y pesado todo era proporcionado y vulgar: la cabezota de recia pelambre, sostenida por el cuello toruno y los hombros fornidos y cuadrados de boxeador; las manos gruesas que casi no le permitían encoger los dedos; las piernas musculosas, parecidas a columnas de roble. La oscura pupila zahorí, de singular movilidad, pero de mirar penetrante y fijo cuando quería, se tornaba frecuentemente sanguínea como la de la bestia irritada; tenía la boca sensual, delgada y de aspecto cruel; la nariz aguileña, aguda y amenazadora, muy semejante al pico del pájaro rapaz.

En tal ocasión, como siempre que salía a recorrer sus tierras, y a desarrollar al aire libre sus instintos de hombre de presa, iba con el indumento característico;

ese indumento de señor tropical, ó de terrateniente calen-tano, que suele confundirse con el de los mayordomos de categoría, y que a veces adoptan también, o usurpan democráticamente, los caporales prósperos y los capataces de grandes haciendas. Ancho sombrero de fieltro le cubría la testa imperiosa; tirada hacia atrás, sobre las espaldas, revolaba al golpe del aire la ruana oscura y fina; unos zamarros amplios, de cuero flexible y lustroso, envolvíanle las piernas desde la cintura hasta los pies. Completaban el atavío las espuelas de tamaño heroico, el revólver indispensable, y el rebenque que es como símbolo de autoridad.

El otro jinete era un individuo de corta estatura, cenceño, muy inquieto; todo él un manojo de nervios. Se llamaba Calixto Madroño, y se le conocía popularmente con el sobrenombre de "Madrismo", por su dirección telegráfica. Su eterna sonrisa mecánica agravaba, en lugar de disminuir, la natural desconfianza que inspiraba. Este personaje singular, verdadero *alter-ego* de Cortada, era el tipo acabado del leguleyo de los pueblos. Su tipo marcadamente indio, lo que podía observarse de modo especial en el cabello lacio y escaso, en la color cobriza, y en el pronunciado relieve de los pómulos, daba la sensación extraña de una obra viva de antigua cerámica de la tierra.

Caballero sobre oscura yegua, casi de tanta alzada como el caballo de Cortada, aunque de menos brío, cabalgaba contento y ganoso de hablar. Los ojos astutos le bailaban bajo las alas del zuaza, y su diestra azotaba con reprimida impaciencia, con la fusta delgadísima, ya los ijares y las ancas, ya el cuello tendido del animal. A ratos le oprimía convulsivamente los flancos con las cortas piernas ceñidas por estrechas polainas.

Echándose atrás la ligera ruana, y parándose un mo-

mento para prender el cigarro, preguntó entre bocanadas de humo:

—¿Decía usted, Tibe, que piensa ir hasta la finca de su colono Lucumí?

—Sí, tal cosa pensaba—respondió Cortada evasivamente—; pero no sé con seguridad si vaya hasta allá.

En seguida añadió con su jactancia habitual:

—Un propietario como yo, que tiene tanta tierra qué ver, no puede saber a ciencia cierta dónde se detendrá.

—Así es—convino Madroño socarronamente.

Para halagar a su interlocutor, volvió a decir a poco rato, dándole a su voz lisonjero tono de admiración:

—¡Cuánta tierra en verdad! Dichoso usted, Tibe, que puede llamarse dueño de todo esto.

Cortada dejó vagar por sus labios vanidosa sonrisa. Simulando no darle importancia al asunto, le preguntó a su turno a Madroño:

—Y usted, Madristo, ¿á quién va a ver por estos contornos?

—Vengo por hablar con Aldana. ¿No tiene Zacarías Aldana su chagra más acá de la de Lucumí?

—En el camino cabalmente. Por allí pasaremos á eso de la mitad de la travesía. Pero oiga, Madristo—agregó haciendo un guiño malicioso—: ¿sí es a Zacarías que busca de veras? ¡Hem! Por aquí hay muchas mocitas, y quién sabe si...

Ante la suposición, Calixto Madroño afirmó, tras una risotada estridente:

—Las mozas se quedan para usted, Tibe, que es el hombre con suerte.

—Entonces será cuestión de política.

—Talvez...

Avanzaron un trayecto en silencio. Más adelante Madroño tornó a hablar.

—También me decía usted, hace un rato, que sus colonos se están atrasando bastante en el pago de los terrazgos.

—Sí, cómo no; algunos se atrasan en el pago.

—¿Y qué piensa hacer?

—No se me ha ocurrido nada hasta ahora. No he pensado nada al respecto. Peor para ellos si se endeudan.

—Y mejor para usted — aseveró Madroño cínicamente.

Observaron de pronto que las monturas apresuraban el paso. Iban llegando ya al alto de la cuesta, una planada donde comienza la travesía y que azota a determinadas horas el aire vivo de la montaña. En aquel punto había un rancho enclavado; mejor dicho, una construcción estrafalaria, muy parecida a colcha de retazos arquitectónica. La formaban pedazos de tablas y herrumbrosas láminas de hoja de lata. El techo era de astillas en combinación irregular con tiras de zinc, palmiche y algunas tejas de barro. Un postigo con aires de ventana, a poca altura de la fachada, semejaba ser el ojo tuerto de un rostro colmado de remiendos.

Deteniéndose allí, se apearon para descansar brevemente.

Cortada, que, una vez en tierra, tomó el aspecto completo de un hombracho de pie, de un jinete descabalgado y con las piernas abiertas y cascorvas, preguntó de muy buen humor:

—¿Nos echamos un candelazo, Madristo?

—Echémoslo.

—Sirva dos vidrios—ordenó en seguida Cortada, dirigiéndose ahora a la dueña del ventorrillo, una pobre mujer que salió a la puerta a ver qué se ofrecía. Tenía el aspecto astroso de la miseria, la cara patética de la confor-

midad humilde con el destino. Al ver a los recién llegados dejó entrever una sonrisa mendicante.

—Ah, pues si es don Tiberio—exclamó con cierta zalema—; y el señor doctor. Que Dios les dé buena tarde y lo demás.

Trajo en dos vasos empañados el aguardiente que le pedían, y se los tendió con respeto casi servil.

—Está bueno—opinó Cortada haciendo sonar la lengua como un látigo, y enjugándose en seguida los labios con el dorso de la siniestra—. Esto es puro jugo de caña.

—Puro fuego del infierno es lo que es—replicó Mardroño, rojo y ahogándose porque se le había atragantado el licor, obligándolo a toser muchas veces.

Tiberio Cortada soltó una carcajada que hizo también reír a la ventera.

Pagaron, cabalgaron de nuevo, y siguieron la marcha mientras la mujer se quedaba de pie y con los puños en los cuadriles, inmóvil en el umbral, viendo cómo se alejaban de prisa.

El camino de travesía, por el filo del cerro, era una vía plana, con pocos relieves y depresiones, abierta entre el monte. No podían andar por él sino bestias y peatones. La vegetación era tan espesa que casi formaba en lo alto verdaderas bóvedas de follaje. No bien se penetraba allí se sentía la grata impresión que producen la humedad del bosque, la sombra de los grandes árboles y las emanaciones vegetales. El tránsito frecuente mantenía en la tierra del sendero larga y fresca pisadura, que se confundía con las hojas muertas, las tamaras y las ramas tronchadas. A intervalos se podía ver troncos caídos, viejos ó recientes.

Las monturas habían cambiado ahora su lento andar por un trotecillo alegre y vivo que encantaba a Mardroño. Atentos al paso de las bestias, casi no hablaban

ya. Además, Cortada parecía marchar preocupado. El entrecejo autoritario se le contraía duramente. A ratos, como si el instinto nada más los moviera, sus labios sensuales se agitaban con furtivo temblor bajo la raya de los bigotes ásperos.

—Ese que viene allí ¿no es Don Cacho?—preguntó de improviso Madroño, viendo avanzar en dirección contraria un individuo a pie, mal vestido, y con la facha más atrabiliaria del mundo.

—Sí, él es—confirmó Cortada, saliendo de su pasajera abstracción, y después de mirar hacia el camino para persuadirse.

—He oído decir que es un loco pacífico, y por cierto que lo parece.

—¡Pobre hombre!—exclamó Cortada, no por piedad sino con tono de menosprecio—. La gente asegura, en efecto, que está chiflado; yo creo lo mismo; pero su chifladura no causa daño a nadie. Se lo pasa vagando, y haciendo disparates que divierten a todos.

—¿De qué vive, entonces?

—No sé. Entiendo que de limosna, porque demuestra ser honrado. Como no perjudica, le he permitido que se pasee libremente por estas tierras. ¡Pobre hombre! ¿Quiere que le demos cuerda un ratico?

El llamado "Don Cacho" había llegado ya junto a ellos, y, puesto al margen de la trocha, para dejarlos pasar, los miraba con expresión fría y displicente, de indiferencia. Era un sujeto alto, de apariencia ascética; llevaba muy crecidos los cabellos, así como la barba y el bigote, profusamente blancos; en sus pupilas oscuras ardía como fuego perenne una luz concentrada que les daba a sus ojos cierto brillo febril que se apaciguaba por momentos. Sus manos eran flacas, móviles como el azogue, largas y curtidas; manos que semejaban estar hechas con retorci-

dos bejucos y con morenas raíces de árboles. Tan pobremente vestido iba, que, por los agujeros de la ropa llena de mugre y talvez de parásitos, se le veía, a modo de risa de la miseria, la carne flaca y macerada.

—¡Hola, Don Cacho!—exclamó Tiberio Cortada fingiendo afable interés—: ¿cómo va?

—Yo voy y ustedes vienen. Cada cuál sigue su camino.

—Pero usted no tiene camino.

—Que sí lo tengo. Los caminos todos son de Dios.

—¿Ha comido hoy, Don Cacho?

—Unas buenas mujeres me dieron de comer. El Señor las bendiga.

—Amén—concluyó Tiberio Cortada.

En seguida ofreció, maleante:

—Voy a darle un centavo, ¿quiere?

—No soy pordiosero, amigo—respondió Don Cacho con tono extraño en que se confundían cierta susceptibilidad pueril con el sentimiento despreciativo de la riqueza.

—¿Tiene plata, pues?

—No me hace falta.

De repente, y tal cual si lo acometiera súbito acceso de locuacidad, comenzó a hablar enfáticamente.

—Yo soy el padre de la tribu. Estas tierras son mías y todos me obedecen. ¿Quién se atreve a hablar de limosnas? ¿Tú, gusanillo? ¿Tú, hombre gordo que vas aplastando a esa infeliz bestia? Mis hijos, los que habitan aquí, escuchan mis palabras, porque ellas los librarán de la condenación eterna... Oigan: pero, ¿por qué se ríe ese escarabajo que va montado sobre el otro animal? ¿Por qué no escucha las palabras del padre de la tribu? Yo le quebraré la cabeza con este bastón si no quiere ir por la buena senda. Pero, nó, que no tema: todos son mis hijos; ustedes también son mis hijos, y yo los protegeré con mi poder.

Todo lo anterior lo dijo el curioso personaje como si pronunciara un discurso, sin tomar resuello, y agitando grotescamente en el aire el palo de guayacán que llevaba en la diestra á guisa de bordón.

—Sí, nosotros somos sus hijos, Don Cacho—corroboró Tiberio Cortada, continuando la broma—; échenos, pues, la bendición.

El loco alzó entonces una de sus manos, y trazó en el aire lenta parábola, mientras elevaba al cielo los ojos cual si invocara para los jinetes la protección divina. Cuando de nuevo los bajó, ya Cortada y su compañero iban a alguna distancia, al vivo galope de sus monturas.

Viéndolos alejarse, y solo ya, la expresión del rostro de "Don Cacho" varió por completo. Sombrío fulgor de odio contenido le llenó las pupilas donde ordinariamente se agazapaba la demencia; su boca se frunció con mueca acerba, feroz, de implacable y enérgica decisión. Pareció que iba a decir algo, o a lanzar alguna exclamación, pero permaneció silencioso. En cambio, su puño se tendió amenazador, fuertemente apretado, hacia los jinetes que desaparecían a lo lejos.

Entre tanto, Cortada y Madroño se apresuraban porque la noche se vendría encima muy pronto. Empezaba el día a declinar, y la luz tomaba el atenuado matiz que presagia la hora vespertina. Por el monte corría ahora, sacudiendo las hojas y arrancando rumores aquí y allá, el sopro fresco y largo de la brisa de la montaña.

—Hemos llegado a su destino, Madristo—advirtió Cortada parándose en un descampadito, punto donde se iniciaba el atajo para ir a la chagra de Zacarías Aldana, situada más abajo de allí, al pie de un declive—.En este mismo sitio volveremos a encontrarnos más tarde. Le deseo buena suerte, ¿eh?

—Yo también a usted, Tibe—respondió Madroño,

correspondiendo con otro idéntico al guiño malicioso de su compañero, y metiéndose por el atajo—.Hasta luego.

Cortada partió a galope tendido, y minutos más tarde se hallaba en la finca de Lucumí. Bajo el alero de astillas de la casita, en el corredor, y sentado en el poyo de la puerta, con "Sansón" al lado, Eustacio se ocupaba en limpiar minuciosamente su escopeta. De una cornamenta de venado, clavada en el testero, pendían la red de cáñamo y la bolsa de cazador. Con la pipa en los labios, y un trapo engrasado en la diestra, el labriego no parecía darse cuenta de otra cosa que de la tarea a que estaba dedicado.

El perro lanzó corto ladrido, agitándose con inquietud.

—¿Qué fue, Sansón? ¿Qué chinche te picó?—exclamó Eustacio acariciándole la cabezota inteligente.

La respuesta se la dio una voz inesperada.

—Este Sansón nunca me reconoce—dijo Cortada, que se había detenido a pocos pasos del rancho—; siempre me recibe de nuevas, y hasta me parece que de malas.

—Como viene tan de cuándo en cuándo...—explicó Lucumí levantándose para recibir al patrón.

—¿Y qué tal, Eustacio? ¿Cómo marcha todo esto?

Cortada se había apeado ya, y se adelantaba hacia la puerta del rancho. Se sentó en un escaño, dando resoplidos, y después de echar larga mirada sobre los campos de la chagra, volvió a decir con fingido tono de interés:

—¿Está buena Fabiana?

—Buena está, don Tiberio, a Dios gracias.

—¿Y Débora?

—Ella sin novedad.

Tras de corto silencio, durante el cual sus ojos parecían buscar con avidez en lo interior de la casita la presencia de alguien, Cortada comenzó a hablar de cosas que le interesaban. Le pidió a Lucumí noticias del tiempo, de

los colonos vecinos, y de los trabajos de la finca. Cuando el labriego le contó la socola que había hecho, su semblante se animó de improviso y sus ojos brillaron como si los encendiera la codicia.

—¿Conque va a hacer nuevos desmontes?—exclamó con sonrisa de mal disimulada satisfacción.

—En ello pienso, don Tiberio.

—¿Cuándo será la roza?

—La semana que viene. Todo está preparado y listo, pero me faltan aún algunos toques.

Dándole prolongada chupada a la pipa, añadió en seguida con calma:

—Pues vea, ya que se ofrece le diré: voy a necesitar unas lupias. Justo y cabal que estaba pensando en estos días en bajar al pueblo a buscarlo para pedirle este otro préstamo. Como usted siempre me ha dado la mano...

—Ajá, sí, cómo no—respondió Cortada mascando un poco las palabras y con cierta aquiescencia equívoca.

Se quedó callado bastante rato, con aire de reflexionar. Cuando meditaba ó echaba cálculos, lo que era frecuente en él, adquiría su rostro expresión de suma gravedad. Al fin habló para preguntar:

—¿Cuántos terrazgos me debe ya, Eustacio?

—Tres, si no mienten mis cuentas.

—Está algo atrasado, me parece. Y de préstamos, ¿qué tal nos hallamos? No sé si estoy equivocado, pero entiendo que hay dos documentos en su contra. ¿No es eso?

—Así es, don Tiberio. Deuda legal y muy sagrada toda ella. Pero ¿qué hemos de hacer los pobres? ¿Y qué hemos de hacer cuando no nos sopla el viento de la buena fortuna? De nada sirve trabajar y matarse, y vivir como monjes, si no se tiene suerte. Ya ve: el año pasado perdí por completo la cosecha; en éste no se diga: la cogienda

de café que hice hace pocos meses fue fatiga inútil porque el grano se puso tan por el suelo que más bien daban ganas de botarlo. ¿Recuerda?

—Bueno—dijo Cortada sin hacer caso de aquellas cosas—: habrá qué esperarlo otro tiempito. En cuanto a la plata, puede contar con ella: se la prestaré muy gustoso. Las mismas condiciones ¿eh?. Ya sabe. Madristo hará el documento para que lo firme cuando baje.

Ante esta promesa, el labriego no trató de ocultar su júbilo; se alegró sencillamente, y con sus mejores palabras expresó su agradecimiento por tan oportuno servicio. Allá en su interior se preguntaba él mismo, entre tanto, cómo era posible que hubiese gentes que se quejaban de Cortada como de un explotador sin alma, y hasta lo maldijeran incluso como el causante de muchos males. Nó, aquel hombre no podía ser el patrón sin conciencia que oyó decir tantas veces; aquel hombre no podía ser así. ¿No tenía, pues, al canto la prueba? ¿No estaban patentes sus beneficios y su buen corazón?

Fabiana salió en ese momento de la cocina, con un trasto en las manos. Al ver a Cortada lo saludó con mil extremos de campechana cortesía y de afable complacencia. En seguida quiso obsequiarlo a su manera, trayéndole agua fresca de frutas; de frutas lozanas cuyo fragante jugo diluyó en agua fría y pura de la montaña.

Bebiéndola a sorbitos, con paladeos de gusto, el dichoso terrateniente se puso a observar la cañada que se extendía más allá del rancho, en pintoresco declive. De pronto, cerca de allí, descubrió a Débora, de pie contra la piedra del lavadero. Afectó indiferencia; simuló, mejor dicho, no haberla visto. Después, levantándose, anunció con llaneza familiar:

—Voy a bajar hasta la poceta, a lavarme; todavía

tengo encima el polvo que recogí en el camino. Como vinimos tan de prisa...

—¿Con quién vino, pues? —inquirió Fabiana, curiosa.

—Con Madristo, pero él se quedó por ahí no más, porque tenía qué verse con Zacarías Aldana... Bueno, ¿tiene jabón, Fabiana?

—Débora está en el ojo de agua, golpeando ropa, y ella le dará—respondió la mujer—; pero ponga mucho cuidado al bajar, no sea que se enrede en las palizadas ó se meta en los hoyos.

Casi no oyó esta última advertencia Tiberio Cortada, debido a que iba ya por el declive abajo, camino del lavadero. Descendía a grandes zancadas, pero sin precipitarse, y mientras lo hacía pensaba con interior regocijo en el encuentro que tendría muy en breve, transcurridos pocos minutos. Una emoción desacostumbrada le bailaba dentro, como la llama de esas linternas que sacude el temporal en medio del mar. Su honda pasión por la hija de Lucumí no era de ayer no más: era de mucho tiempo antes, y había ido creciendo con el correr de los días; pero este sentimiento no fue como sus demás pasiones, tumultuosas y bárbaras, que hallaban ordinaria satisfacción en la violencia cruel ó en la astucia afortunada. En la imperiosa inclinación que sentía por Débora había cierta ternura confusa, hasta el punto de que, consintiéndolo ella, no hubiese vacilado en hacerla su única mujer efectiva. Fuera de esto, y acaso por la misma influencia de su belleza, no podía sustraerse, cuando se encontraba en su presencia, a cierta sensación indefinible de encogimiento y de respeto. ¡Tan inocente era y tan ingenua la hija de Lucumí!

Hasta entonces nada le había manifestado Cortada ni le había dicho, temeroso acaso de asustarla y de echar-

lo todo á perder; y fue tal su prudencia, no obstante el ardor de su deseo y la despótica condición de su carácter, que ni Débora ni sus padres llegaron a sospechar la existencia de esa pasión. Pero ya estaba decidido; ya habían alcanzado, mejor dicho, su extrema tensión las cuerdas de su paciencia. Para hombres como él no era posible esperar indefinidamente la realización de un propósito. Su exasperado amor sensual no podía ni quería, por otra parte, soportar más el freno de una prudencia que a ratos le parecía pusilánime y que él mismo se asombraba de poseer.

Ahora su intención era clara, definida y precisa: hablarle, estrecharla por todos los medios, apoderarse de su voluntad en cualquier forma; y si no...

A un lado de la poceta, de pie ante la alta piedra de lavar, Débora golpeaba, cantando pasito, la ropa familiar. A su derecha se veía la gran batea de madera, llena de jabonadura; a su izquierda, el balde de estaño con agua limpia. Tenía los hombros y los brazos desnudos, pues se despojó de la blusilla para quedar más libre. Al moverse, con balanceo rítmico, sobre las piernas juntas, echando adelante y atrás el gracioso cuerpo, se acusaban sucesivamente sus formas y el pecho se contraía y se ensanchaba bajo el corpiño.

Se detuvo un momento Cortada para contemplarla; embelesado, transido de ruda admiración por la belleza de la muchacha; recorrió con ávida mirada las líneas magníficas; valorizó, encandecido, la sorprendente blancura de la piel, la dureza elástica de la carne; y pudo observar que el ejercicio iba largo ya, porque, además de tener encendido el rostro y brillantes los ojos, sus sienes estaban húmedas y su boca permanecía entreabierta, cuando dejaba de cantar, por leve acesido.

Percatándose de improviso de que no estaba sola,

Débora se volvió con sobresalto. Se turbó al ver al hombre, al amo; y, con la faz enrojecida por la vergüenza, trató inútilmente de ocultar sus hombros desnudos.

—¿Cómo está, Débora?—saludó Cortada, humanizando la voz hasta donde le fue posible y procurando infundirle confianza con la más protectora de sus sonrisas.

—¿Cómo está, don Tiberio?

Tras de una pausa común, en que se miraron como desconcertados, él tornó a hablar en són de explicar su presencia allí.

—No me esperaba, ¿eh? ¡Pues qué me iba a esperar! Como vine muy empolvado, les dije a Eustacio y a Fabiana que bajaba a lavarme. . . Pero qué bonita está, Débora; tan bonita y tan fresca como las flores que se dan por aquí. Yo la había visto ya desde el rancho, y más que por lavarme bajé por saludarla y hablarle.

Débora no respondió, y él siguió diciendo:

—Varias veces he venido a esta finca, pero no crea que me interesa la finca; si vengo, es nada más que por usted. Me conformaba con verla callado, con quererla sin que se diera cuenta, para que no se fueran a poner recelosos Eustacio y Fabiana, y usted misma. No se imagina cuánto he deseado la oportunidad de poder hablarle a solas, para que usted únicamente me oiga, y para decirle que la quiero.

—¿A mí?—exclamó ella, sorprendida, y con la voz trémula—; pero si yo. . . yo soy una pobre muchacha, don Tiberio.

—Eso es lo que usted piensa; lo que talvez no sabe es que en estos contornos no hay mujer que le iguale, ni que sea tan garrida como usted.

Débora reglicó, ingenua:

—¡Qué diría misiá Lola si lo oyera hablando estas cosas! Usted no debía decirlas, porque es hombre casado,

ni yo debía escucharlas, porque soy una muchacha buena.

—¿Y quién va á saber lo que conversamos los dos? No piense en esas cosas. Mire que yo la quiero, y que si me corresponde es mucho lo que puede ganar. ¿No ha pensado a veces en esta vida que lleva, tan estrecha y pobre, y en que es lástima que se consuma así, trabajando todo el santo día, una muchacha linda como es usted, que podía vivir en el pueblo, descansada y dichosa, con las comodidades que merece? Cuando baja a Urbesilla ¿no siente el deseo de ser como esas señoritas de allá, tan elegantes, que tienen todo lo que desean y se pasan la vida tan felices?

—Pero si yo soy feliz aquí con mis padres, don Tiberio. Yo nada deseo. Este rancho humilde me parece un palacio, y estas pobres ropas me las pongo con tanto gusto.

Luégo, pensando en alguien, repitió entre suspiro y sonrisa:

—Yo soy muy feliz, don Tiberio. Pregúntele a madre alguna vez, y ella le dirá que siempre estoy contenta y alegre, y que nunca me quejo de la suerte.

—¡Hem!—arguyó Cortada, incrédulo—: usted, Débora, es mujer como todas, y por lo mismo no puede serle indiferente salir de esta obscuridad en que está. ¿A qué mujer no le gusta que cuando pasa la miren con agrado los hombres? ¿A cuál no le satisface ir vestida como esas monas que vienen en los cuadernos de la moda? Como usted vive metida siempre aquí, entre el monte, no comprende bien esto, pero debe notarlo cuando baja al lugar, a fiestas o a misa, o a diligencias con Fabiana; ya lo sentirá también cuando vaya emperejilada lo mismo que las demás, o mejor que ellas.

—No deseo nada; soy feliz como estoy, don Tiberio—repitió Débora una vez más, tratando de resumir así to-

dos sus sentimientos y con tono de aseveración obstinada que parecía un estribillo.

Las seductoras palabras de Cortada la habían dejado, a su pesar, un poco pensativa. Ahora golpeaba la ropa con torpeza y con lentitud, distraídamente. Acercándose a la orilla de la poceta, aquél se acucilló y se puso a lavarse en silencio.

—¿Quiere darme jabón?—exclamó de pronto, sin cambiar de postura y volviendo la cabeza hacia ella.

Débora le ofreció una pasta negra y redonda, de áspero olor. Al recibirla, poniéndose de pie, Cortada le retuvo la mano entre la suya grande y fuerte. Mirándola intensamente a los ojos, díjole en seguida con voz concentrada y de extraño timbre suplicatorio:

—Usted me va a querer. ¿No es verdad que me va a querer, Débora?

Ella, asustada, no contestó; pero se desasíó vivamente, y volviendo junto a la piedra reanudó el oficio con nervioso afán. Sus frescas mejillas se habían puesto muy pálidas y le temblaban los labios cual si tuviese frío.

Cortada lo notó, y, temeroso de haberla disgustado, exclamó riendo:

—No se vaya a enojar, que no es más que un juego haberla cogido. Yo soy muy bromista. Cuando la persona me agrada, la trato con familiaridad. No es malo, ¿eh? ¡Pues qué va a serlo! Pero usted no sólo me agrada, sino que... Bueno, ya se lo he dicho. Ahora voy a pedirle un favor, que espero no me negará.

Débora pudo hablar al fin, de nuevo.

—¿Qué será, don Tiberio? Si esta servidora puede serle útil en algo...

El rico propietario se afirmó bien sobre sus fuertes piernas, fijas en tierra como puntas de compás, y extrajo

de uno de los bolsillos de los zamarros, misterioso y profundo, un paquetito amarrado con cintas.

—¿Qué es eso?—inquirió Débora sin poder contenerse.

—Un regalito que le traigo. El favor que voy a pedirle es cabalmente que lo acepte. Dentro de la cajita hay algo que creo le gustará. Pero no la abra ahora. Cuando me marche lo verá, y podrá apreciarlo bien despacio.

—Me lo dará delante de madre y padre, luego que suba—advirtió ella con repentino escrúpulo.

—Nó; prefiero que lo reciba y lo guarde. Tal vez ellos no le permitan.

Casi a la fuerza le metió el paquete en las manos, mientras le decía hábilmente calientes palabras de amor que aumentaban su turbación. Después se apartó, y murmurando un adiós que fue como un hasta luego nada más, empezó a subir el declive.

No bien quedó sola, Débora examinó con curiosidad temerosa el paquetito que tenía apretado en la diestra; casi se sorprendió de verlo en su poder. Vencida por irresistible deseo de conocer su contenido, lo abrió con manos trémulas y averiguó que era una bonita fruslería, de esas que tanto les gusta a las mujeres.

Se quedó un rato meditabunda. Luego la asaltaron escrúpulos. ¿Por qué había aceptado ese regalo? Pero si no lo había aceptado—se dijo para justificarse ante ella misma—; en aquello no había intervenido su voluntad. Volvió a pensar en alguien, y una sonrisa misteriosa vagó por sus labios frescos y ahora tenuemente descoloridos.

—¡Fermín!—murmuró con apasionada ternura, y como si invocase para su debilidad del momento un sostén moral y un recuerdo que la fortaleciera.

Confusos remordimientos la torturaban. ¿Por qué recibió aquel regalo? Hizo brusco ademán de tirarlo ba-

jo la palizada, pero se contuvo pensando que era mejor guardarlo, ocultarlo bien en el fondo del baúl, donde nadie lo viese, mientras resolvía lo que hacía con él. Nó, no se lo mostraría a su madre, ni le diría palabra de lo sucedido, porque la avergonzaba todo aquello. Pero... a Fermín... ¿qué le diría a Fermín cuando lo viera? ¿No le prometió muchas veces que para él no tendría secretos?

Desasosegada y triste, Débora sacudió la cabeza como para apartar tan penosas cavilaciones. Guardó en el seno el paquetito, y se puso a golpear con frenesí la ropa sobre la piedra. Ahora golpeaba con afán, con una especie de fiebre inmaterial; pero ya no cantaba.

Las luces agónicas del crepúsculo iluminaban melancólicamente sus cabellos, y dejaban en el agua de la poceta una estela oscura y morada, como camino de violetas.

08

CAPITULO III

EL CONVITE

Muy temprano, a la claridad pálida del amanecer, comenzaron a llegar a la chagra de Eustacio Lucumí los primeros hombres del convite. Por distintos puntos, como desordenada invasión, iban apareciendo en lo alto de la sierra, y avanzaban luego por los caminitos que conducían al rancho, a modo de cintas oscuras tendidas entre las sementeras. Se anunciaba un día espléndido, a juzgar por la limpidez del cielo y por la relativa tibieza del aire; pero sobre la vegetación se veía, y sobre la tierra jugosa, el húmedo rastro del relente, que le comunicaba a las cosas grata apariencia de frescura.

Esa mañana madrugó más que de costumbre la infatigable y laboriosa Fabiana. Mucho antes de que clarinearan los gallos del cortijo estaba ya en pie, disponiéndolo todo, y seguida como de un ordenanza por Débora, tan hacendosa como ella. Sobre la cocina, donde ardía el hogar con inusitado fuego, se había vertido la despensa del rancho. Eustacio, entre tanto, iba y venía por todos lados, en los últimos preparativos de la roza.

Estaba en el corredor delantero, bajo el socarrén, dándole la última mano de filo a su machete cuando un

breve ladrido de "Sansón" lo hizo alzar la cabeza para mirar hacia las cuchillas del monte.

—¡Ajá, ya vienen!—exclamó alegremente, pasando y repasando por última vez sobre la piedra de amolar la herramienta que tenía en las manos, esa herramienta de labor que también es arma cuando se necesita, y que parece ser prolongación de la personalidad del labriego. La miró luego con ojos expertos de perito, ensayó su filo contra la palma callosa de su siniestra, y, arrancándose en seguida unas hebras de la pelambre áspera y corta, las suspendió en el aire entre el índice y el pulgar, para cortarlas con ligero tajo eficaz. La hoja brilló un instante con fulgor de relámpago. Sonrió satisfecho, y la guardó por fin en la vaina de cuero rústico.

Una voz vibrante y cordial lo saludó campechanamente a corta distancia.

—Vecino, buenos días y muchos provechos. ¿Cómo va?

Era Celso Viaque, el aserrador, que trabajaba hacia algún tiempo por aquellos contornos, en tratos de aparcería de maderas con Tiberio Cortada. Entre los labriegos de la región pasaba por misántropo, y se le tenía por el hombre de los mil oficios sucesivos, en todos los cuales fracasó. Su misantropía era curiosa: no buscaba a nadie, pero vivía siempre dispuesto a recibir y a servir a quien lo solicitara. En su rancho de aserrador podía ser sociable; fuera de él, se mostraba huraño y desconfiado.

Como apreciaba a Lucumí, y sabía que necesitaba ayuda para la tumba del monte alto, le ofreció espontáneamente su brazo. Y ahí estaba, el primero y el más cumplido, con su peinilla al cinto, su ruana de hilo sobre el hombro, y la cabeza cubierta por un sombrero alón semejante a las pamelas.

—Que Dios le pague todo, Celso—respondió Eustacio, agradecido—: su venida y sus buenas palabras.

Sentándose sobre un tronco, al descampado, el aserrador comenzó a hablar con animación. Parecía de buen humor, y se le notaba cierta inquietud física, como contenido deseo de empezar pronto la faena.

—Si no me equivoco—dijo mirando hacia lo alto—, vamos a contar con un día de lo mejorcito. Esto se llama tener suerte, Eustacio. Pues me alegro de veras, ¡vaya! ¿Y hay mucho monte qué cortar? Lo pregunto porque vengo con unos bríos que voy a ver chiquito cuanto se me ponga delante.

—Hay algo qué hacer—contestó Lucumí sonriendo enigmáticamente.

—¿Vendrán muchos hombres?

—Cuarenta, si cumplen todos lo prometido. Es el número de ley, Celso; lo que manda la costumbre labriega.

Celso Viaque se levantó, y aproximándose a la piedra se puso a afilar también su machete. Mientras tanto, iban llegando los demás. Llegaban uno tras otro, o en parejas, hablando recio, bromeando regocijadamente, y retozando como muchachos los más mozos y ágiles. Todos eran fuertes, curtidos; parecían amasados con la misma tierra dura y negra de los agros y hechos con retorcidas raíces de árboles. Sabiendo que la faena sería excepcional, y por entre lo tupido del monte, se pusieron sus más usadas ropas, lo que les daba apariencia singular de gitanos o de derrotados.

Lo que les imprimía carácter era el sombrero alón que les cubría las testas morenas, y la ruana clara doblada sobre el hombro; pero mucho más que esto, el indispensable machete pendiente al cinto dentro de su vaina de cuero labrado con filigranas. Semejaban así unos ca-

balleros del campo, rudos y toscos, dispuestos para marchar al combate en compacta legión.

Acercábanse por jubiloso turno al amoladero, a pasar y repasar las cuchillas hasta que las dejaban bruñidas y cortantes como navajas de afeitar. Esto parecía ser un rito, lo de afilar allí mismo, en la chagra de la roza, la herramienta de trabajar, pues ninguno dejó de aproximarse a la piedra.

Al aparecer Fabiana y su hija, con café para todos, y un acompañamiento de fiambre confeccionado a la manera rústica, fueron saludadas con aclamaciones. Los más jóvenes le dirigían requiebros a Débora, al ofrecerles ésta las tazas colmadas de la bebida oscura y caliente, mientras un largo rubor le pintaba con colores de guinda las frescas mejillas.

Cuando la moza llegó junto a Fermín Lascano, que estaba un poco aparte fingiendo arreglar el ancho cinturón de cabuya, sonrió encantada y feliz. Lo buscaba con ansiosos ojos hacía largo rato. Miráronse arrobados, y con disimulo, en voz baja, para que nadie se percatase, cambiaron algunas frases rápidas.

—Pensé que no vendrías, Fermín—dijo ella con voz temblona que la ternura y la inquietud henchían de dulce quejumbre.

—Se lo prometí a tu padre... y a tí—respondió él con cierta sencillez adusta—. Palabra es palabra, Débora. Madre Teodosia está un poco enferma, pero no es cosa grave. Este motivo sólo me habría impedido presentarme al convite.

—Siento mucho lo de tu madre, Fermín.

—Dios te lo pague muchas veces.

Se separaron, porque la voz de Lucumí resonó en ese momento con acento de prevención.

—¿Están todos listos?

—Tódos—respondieron cuarenta voces robustas.

Se escuchó en seguida la ronca nota de un cuerno de cacería, que daba la señal de partir, a modo de áspero clarín de labradores. Laderas y cañadas recogieron el estridente sonido, difundiéndolo por los contornos en caprichosos ecos de caverna.

Los que llevaban guarnieles extrajeron de ellos las cachimbas, y rellenándolas con tabaco ordinario se pusieron a fumar. A los ótros les repartió Eustacio cigarrros hechos en el rancho, de la hoja que creció en la propia tierra de la chagra.

Entonces se pusieron en marcha, alegremente, camino del punto de la roza. Avanzaban a pasos largos, por el terreno irregular y quebrado, con ese andar rítmico que acostumbran los labriegos montañeses para no fatigarse. El aire de la mañana, cargado de olores vegetales, de saludables gérmenes, se les metía por los anchos pulmones en oleadas vitales y estimulantes. Bajo la caricia del naciente sol, que besaba el paisaje con sus tibios rayos luminosos, se alzaba como el aliento del suelo una vasta emanación telúrica, vaporosa y caliente, que se diluía en el espacio.

A la cabeza de la falange iba Lucumí, guiándola, entre Celso Viaque que contaba historias de sus andanzas desafortunadas, y Zacarías Aldana, un colono, que callaba y oía con suma atención cuanto se decía y comentaba. Algo más atrás, en tercero o cuarto lugar, pues caminaban emparejados cuando no tenían qué enfilear en partes estrechas, avanzaban Fermín Lascano y Nicasio Chamбуque, el conocidísimo "Don Cacho". A éste, que también se ofreció espontáneamente a ayudar, lo admitió Eustacio para no desairarlo, pues era más lo que hablaba que lo que hacía, y por tener en el convite una diversión, como que Chamбуque con sus extravagancias y sus co-

sas de loco provocaba la risa de todo el mundo.

Cuando llegó a la chagra, entre los últimos, aquella mañana, fue acogido con grandes demostraciones de júbilo. Las gentes lo querían, y, sin aviesa intención, gustaban de bromear con él; a veces tenían hasta chanzas pesadas, que Chambuque toleraba pacientemente o desenvolvía cual un mandoble. Su alta figura ascética se perfiló en el patio, revestida de los eternos harapos cribosos y sucios, y armada risiblemente de herrumbrosa peinilla, tan corta que semejaba un floretico.

—¿Dónde consiguió esa espada, don Cacho? — le preguntó un labriego guasón.

Volviéndose hacia el interpelante, cual si lo acabara de picar una avispa, Chambuque respondió con airado gesto:

—Cállate, lagartija flaca, y no confundas con el arma de los guerreros un noble instrumento de trabajo. ¿Quién te dijo, culebra venenosa, que esto que ves en mi poder es una espada? ¡Sér ignorante; renacuajo que vives en el pantano! Lo que ves aquí, colgando de mi cuadril, es la mejor peinilla de estos campos... No te rías, alacrán. Me la topé la otra tarde en una hondonada, y la recogí porque debe de ser cosa de milagro, o de buen agüero. Ella me libraré, estoy seguro, de los ataques del demonio, pues está bendita con agua que saqué de la pila de la iglesia, cierta vez que fuí a misa.

Se enderezó más aún, como pretendiendo alargarse; se cogió un momento la barba crecida de Padre Eterno, estrujándosela con la diestra sarmentosa; y, desenfundando luego el machetico, lo afiló en el aire dos o tres veces, con cierto gesto bélico, mientras decía:

—Atención, que voy a bendecirlos con ella. Esta peinilla es santa. Todos ustedes son mis hijos, y yo soy el padre de la tribu.

Sus oscuras pupilas brillaron un segundo con sombrío fulgor, que en seguida se apagó. Enarbolando la herramienta, trazó con ella ante los labriegos amplio signo de cruz, a tiempo que pronunciaba entre dientes palabras incomprensibles. Cuando Nicasio Chamбуque repartía estas bendiciones extrañas, a nadie se le ocurría reír; el símbolo cristiano parecía justificar su locura, o por lo menos la hacía respetable. Así fue como, conteniendo la hilaridad, los rudos hombres allí presentes, simulaban recibir con suma unción y fervoroso acatamiento la referida bendición, bajando las cabezas.

Ahora caminaba con forzado andar, al lado de Fermín, midiendo la tierra con su bordón nudoso y regatónado. El estrafulario viejo parecía un sér exótico entre sus compañeros, por su facha tan pintoresca y su aire de estantigua. Le iba dando consejos al mozo, bajando a ratos la voz para que sóloamente él le oyese; pero no eran tales consejos el sartal de sus habituales despropósitos, ni tenían relación alguna con las disparatadas ocurrencias de los dementes; bien al contrario: sus opiniones eran de tal cordura y sensatez, que Fermín se maravillaba de oírlas en boca del hombre a quien todo el mundo consideraba desequilibrado de remate.

A lo largo de la fila labriega en marcha, se alzaba el rumor continuo de la conversación, semejante a un zumbido áspero y prolongado. Tódos iban contentos y ganosos de trabajar. Bromeaban, referían historias del agro y decían chistes de situación. Alguna risotada sacudía de pronto la falange, de la cabeza a la cola, con jubiloso estremecimiento; y se escuchaba con frecuencia la iniciación de cantos, que no continuaban; el grito brusco de alguien, simulando alarido de guerra o misteriosa llamada; la parodia cómica de la voz de cualquier animal, imitada con maestría y con gracia.

Bajos los pies desnudos y recios crujía la hojarasca del sendero, con sordo chasquido de vegetación aplastada, y huían como locas las diminutas alimañas sorprendidas de improviso por el paso de la tropilla. De pronto, un machete hendía el aire con fulminante trazo, para cortar la rama estorbosa que dificultaba la marcha, o se abatía veloz contra el suelo, sobre la cabeza de algún reptil. Comenzaba ya el sol a calentar la tierra y el monte. Los cuarenta y un labradores apresuraron su andar. Larga estela turbia, de humo de cachimbas y de cigarros, iba quedando atrás, y bajo las alas de los anchos sombreros, que les daban curioso aspecto de duendes, los semblantes se encendían poco a poco como al resplandor de una fogata.

Llegados al punto de la roza, comenzó la tumba del monte. Lo mismo que disciplinado batallón, y luego de amontonar, sobre estacas cruzadas, ruanas, sombreros y guarnieles, los labriegos se repartieron en orden por toda la extensión socolada. La invasión humana ahuyentó transitoriamente los pájaros. Bajo el alto follaje colgaban como festones los enredados bejucos, y se abrían en los troncos rugosos, a modo de condecoraciones, las medallas, las cruces de caprichosa forma y los penachos de floridas parásitas.

Una vez más, cual si invocase el favor divino sobre la obra que iban a emprender, Nicasio Chamбуque elevó los ojos al cielo y trazó su signo de bendición a lo largo y a lo ancho del campo. Zacarías Aldana hizo una mueca, y se quedó un momento pensativo, calculando acaso lo que iba a representar aquella tarea en beneficios para el dueño. Después se oyó la voz llena y fresca de Celso Viaque, el aserrador, que decía con tono admonitivo:

—Amigos: esto que vamos a efectuar es para ayudarle al hermano; pero, ¿quién sabe en fin y en últimas

para quién hace las cosas? Ojalá y esta faena no sea perdida. Si a Eustacio le ha de aprovechar, santo y bueno: porque no se perderán tiempo ni sudor. Si es ótro el que se beneficia de balde, entonces... entonces, amigos, mal-dita sea la gracia que me hace haber venido aquí esta ma-ñana.

Otra voz se oyó, aguda y mordaz:

—Bien dicho Celso. Eso es hablar como un oráculo. Nadie tiene por qué coger lo que otro sembró.

En seguida, tras de corto silencio, y como si inter-pretase lo que tódos pensaban en ese momento, el comien-zo de una tonada hendió el aire tibio:

“Sobre la cañada tranquila
vendrá el gavilán al anochecer...”

Aldana, el colono, se volvió lentamente a mirar quién cantaba aquello, y vio que era Fermín Lascano, otro aparcerero de Cortada. Una luz furtiva y maligna brilló un segundo nada más en las pupilas del colono. Ca-llado, como de costumbre, se limitó a sonreír con aire de aparente estupidez, que cualquier observador sagaz ha-bría traducido como solapada expresión de burla y de aviesos propósitos.

El nombre del pájaro rapaz nombrado en la tonada, produjo su habitual efecto entre los labriegos. Cuál más, cuál menos, tódos sentían la natural aversión que inspi-raba el terrateniente, por su insaciable codicia y por la avidez de su instinto acaparador que lo llevaba hasta la crueldad y la violencia cuando así lo exigían sus intere-ses. Ninguno lo quería; mas, prudentes como eran y de-bían serlo por sentido de común defensa, se guardaban bien de exteriorizar libremente lo que pensaban. Sus opi-niones las emitían en voz baja, entre ellos, cuidándose de observar quién estaba presente y persuadiéndose primero

de que no habría de delatarlos. A Zacarías no le tenían confianza, porque era demasiado callado y jamás se sabía lo que opinaba; fué de que siempre quería estar metido en todo, como para enterarse de cuanto ocurría o se hablaba.

El colono era, por su parte, hábil y astuto. Jamás se le pudo comprobar actos de deslealtad con la gente campesina; por el contrario, daba muestras continuas de amistad sincera, de solidaridad con los de su clase, y hasta simulaba tomar la personería y la defensa de los demás colonos. Como tenía cierta ilustración, apreciable si se le comparaba con la general ignorancia de sus compañeros, pudo lograr algún ascendiente sobre éstos. A ello contribuyó el hecho de que tanto Cortada, el influyente gamonal de la región, y amo de aquellas tierras, como Calixto Madroño, el inquieto cacique político, le otorgaban a Zacarías cierta confianza y hasta cierto valimiento. Por tal razón, y por sus mayores conocimientos y aptitudes, vino a ser una especie de teniente rural, jefe de vereda, o capataz eleccionario, que aprovechaba Madroño diestramente, a la vez que un secreto agente de Cortada, remunerado y con gangas, y con funciones reservadas de inspector y ficha confidencial.

A poco fue aquel punto del monte un ancho circuito de actividad, sacudido por el continuo y sordo ruido de los machetes. Contra los árboles más corpulentos se abatía con ladrar metálico la lengua filuda de las hachas, las que al hender el aire relampagueaban con fulgor de llama blanca y efímera. Cuarenta brazos robustos golpeaban la selva con tal denuedo y tenacidad, que más bien parecían fuerzas locas empeñadas en destruir con furiosa saña el verde corazón del bosque, y no energías conscientes que demoliesen la inútil fronda para alzar allí mismo la óbra de la siembra o el hato.

Estos hombres rudos apenas sí se paraban de tiempo en tiempo, para tomar breve descanso o enjugarse con el pañuelo de sus manos endurecidas la humedad que les cubría las frentes morenas, a manera de espuma salada y caliente. Pero su fatiga era voluntaria, y por lo mismo alegre. Y así se confundían en un sólo coro armónico, de extraña y sonora armonía, las voces de los tajos con los gritos guturales escapados de pronto y con la agreste música de los cantos de rocería. Largo rumor llenaba la selva. La astilla fresca y olorosa, con olor de madera tierna, saltaba por dondequiera, cubriendo el suelo de una capa blanca y rosada que formaba caprichosos mosaicos con las briznas verdes de la hierba y con la policromía de las flores silvestres.

A ratos, en algún punto del circuito, se oía el fragor de un árbol que se venía abajo, herido por las hachas, llevándose en su caída cuanta maleza encontraba delante. Los labriegos más próximos lo saludaban con jubilosas aclamaciones, como si le rindiesen póstumo homenaje.

Entre tanto, iba subiendo el sol, a señalar en el cuadrante celeste los signos del tiempo; lentamente ascendía su luminosa aguja, cuando descendiera la cuál era necesario haber concluído la laboriosa faena. Como esas horas de la mañana son las más frescas y propicias, los hombres trabajaban con fiero tesón para aprovecharlas; y porque sabían que la tarde es pesada y atonizante, procuraban adelantar la obra hasta donde pudiesen. Si veían que alguno quería cansarse, estimulábanlo con bromas y fingían acosarlo rozando a sus espaldas y yendo en pos de él con afanosa celeridad.

—¡Arriba, compañero! ¡Animo, que nos coge la noche!

El ótro respondía en tono idéntico:

—Adelante vamos.

Reaccionaba con energía, porque llevaba el alma voluntaria y dispuesta, y porque sentía muy cerca de sí, picándole casi los talones, el retozar alegre de los machetes que saltaban sobre la tierra o se abatían contra el follaje.

Los más guasones solían burlarse de los lentos y de los propensos a quedarse a la retaguardia para que no los afanaran; pero sus burlas eran sanas y sin mala intención, como cosa de juego de camaradas, que se tolera y se corresponde. No era raro, pues, escuchar apóstrofes como este:

—¡Upa, hermanito! Dele duro no más y no se preocupe por el cansancio, que esta noche en el rancho le pondrán paños tibios y le darán una coladita.

—Bueno, señor *dotor*. ¿Y cuánto me va a llevar por la receta?

—No será mucho, hermano; conque me participe de los paños...

El compadre se dirigía también al compadre, con regocijado chancear, diciéndole por ejemplo:

—Después de ésta, compadre, va a tener qué coger la cama. Lo considero, pues como la comadre está en vísperas, ¡cuál se verá usted dentro de poco con dos dietas en el rancho!

—Y por allá por sus lados, ¿no llueve, compadre? ¿Está estéril la tierra?

—¡Ey! Eso sí que no. El terreno es muy fértil, pero demora la cosecha.

Reían, y triscaban un momento como dos cabros cordiales, empujándose con los hombros, o cruzando un momento los machetes en cómica actitud de esgrimistas. Luégo acometían de nuevo la faena, con mayor ímpetu y coraje, permaneciendo largo rato callados. No se percibía entonces sino el jadeo de los pechos y el chasquido áspero de los tajos que rompían sin cesar la carne blanca

y morena de los troncos, de algunos de los cuales brotaba como extraña sangre el aceite de las resinas o la leche vegetal de los cauchos.

Antes de medio día la nota prolongada de un cuerno llamó a la tropilla para el yantar. Suspendieron la labor al oírla, y, enfilados como vinieron, encamináronse a la casita de la chagra, donde les esperaba el rústico almuerzo. Habían trabajado duro, con brío, y ahora la expectativa de una abundante refacción llenaba el ánimo de todos de un regocijo fisiológico que se exteriorizaba en nuevos retozos y en la prisa que tenían de llegar.

Comer, para el campesino, es acto sencillo y sin complicaciones, que reviste cierta significación religiosa. A diferencia del hombre de la ciudad, que suele comer mucho y precipitadamente, el labriego es parco y calmoso; rumia su comida como sus pensamientos. Ignora en absoluto lo que es el placer de los gastrónomos. En cambio, toma su alimento con apetito tan natural, y su hambre es tan auténtica, con esa autenticidad que exaltan y recomiendan los yogas, que ella misma les sirve de aperitivo y condimento.

A campo raso, en el patio del rancho, consumieron la suculenta ración que iban repartiendo, entre gracejos y donaires, Débora y Fabiana. El aire traía a bocanadas, desde la cocina, el incitante olor del asado y el caliente aroma de las tortas de maíz, que humeaban sobre las callanas clásicas. Entre tanto, y como complemento para la sed que provocaban la salada carne del cerdo y el zumo del ají, iban pasando de mano en mano calabazas y totumas henchidas de un fermento de caña, de fuerte perfume y de agridulce sabor.

Cuando, ingerida ya la dosis tradicional de café, que es como la sobremesa indispensable, Eustacio fué al inte-

rior del rancho, regresando en seguida con dos botellas, un clamoreo general lo saludó.

—¿Un trago, muchachos? — preguntó el chagrero con amable sonrisa de anfitrión rústico que ha guardado lo mejor para la sorpresa.

Guiñaron los ojos los labriegos, con picardía, y hasta se escuchó el ruido chancero con que algunos chasqueaban la lengua para expresar satisfacción. En seguida bebieron todos, sintiendo en el paladar la ardiente caricia del licor, y se pusieron de nuevo en marcha, hacia el lugar de la roza, para continuar la tarea.

Había empezado el sol a descender de lo más alto de su carrera, y sus rayos caían sobre el paisaje montaños, inundándolo de viva luz y de ondas calientes. Semejante a áspero canto de siesta, la voz metálica de las cigarras se alzaba desde los pequeños escondrijos del monte. Humillos tenues, sutiles, como los que salen de las fauces de los ganados en las mañanas frías, emergían aquí y allá, de los anchos poros de la tierra, de los troncos recién derribados, y hasta del follaje mismo, bruñido por el esmalte del fuego solar.

Pero aquellos hombres parecían no sentir cansancio, ni percibir sobre sus espaldas recias la pesada mano de la canícula. Una conciencia enérgica y tenaz del propósito y de la obligación los guiaba jubilosamente hacia el fin de la obra. Y así golpearon casi toda la tarde, entre charlas y nuevos cantos, hasta que cayó, talado por las cuchillas, el último árbol, quedando en medio de la selva un gran claro donde se hacinaba la naturaleza muerta.

Largo suspiro de coraje y de alivio se escapó de todos los pechos. Eustacio Lucumí tendió con cierta emoción la mirada sobre el vasto campo demolido, y sonrió. En montón informe, monstruoso, la vegetación caída yacía sobre el campo como los guerreros heridos en la ma-

nigua, después de la batalla. Grandes troncos astillados se veían a trechos irregulares, en posturas caprichosas que hacían pensar en esos fusilados de pie, que se desploman con pesadez de masas inertes; por eso estaban unos sobre otros, o tirados de lbruces en distintos sentidos, o se quedaron sin caer del todo, soliviado a medio camino el decapitado cuerpo por la tupida maleza que se formó. En algunos descampaditos, donde había poca hierba alta, emergían de la tierra muñones sangrantes de savia fresca, la raíz o lo que quedó del árbol después de la amputación; otros los tenía cubiertos la vegetación derribada y amontonada.

Fuerte y agreste perfume se levantaba de toda aquella hecatombe; perfumes de maderas nuevas, de resinas recién extraídas, de flores silvestres que exhalan olores ásperos y sensuales. Bajo los pies de los labriegos, cuando andaban en el final trajín, dando ya los últimos tajos, como por juego, crujía con oscuro rumor de queja la hojarasca morena, y se quebraban las támaras y los pedazos de corteza.

—Mañana, o pasado, arderá todo esto—murmuró entre dientes Eustacio Lucumí, cual si se hallara solo—; y después...

Dió en seguida la señal del regreso. Precursoras del anochecer, brisas alegres comenzaron a soplar tenazmente. Tal como sucede siempre en la selva, y en los lugares montañosos, el crepúsculo parecía anticiparse. Palidecía el cielo, y en el alto horizonte la luz se iba tornando suave y velada, lo que determinaba en las cosas una apariencia vaga y melancólica, de paisaje que se adormece.

En el rancho, consumida la abundante merienda, la gente se congregó en la sala, en el corredor, al amparo del socarrén, y la mayor parte en el abierto patio delantero. No podía terminar la dura jornada sin un poco de hol-

gorio. Fabiana y su hija presidían, sentadas a la puerta en un mismo escaño, muy arrimada la una a la otra, tal cual si juntasen su calor y su frío la primavera y el invierno, y su ciencia y su ignorancia el conocimiento y la ceguedad. De entre los más mozos labriegos se alzó de repente un guitarreo sonoro, trémulo y prolongado. Luégo una voz vibrante y apasionada empezó a cantar, llenando la noche de la chagra con el sortilegio de sus notas. El que cantaba era Fermín. Al oírlo, Débora se estremeció, y se apretó más contra su madre, acometida de súbita emoción. El canto, dulce queja de amor, adquiría en los labios del aparcero resonancias tristes, y como si quisiera expresar toda la ansiedad del anhelo, y toda la angustia de la incierta esperanza, tomaba extraños acentos de ternura y de súplica reiterada.

El campesino concurso escuchaba en silencio al joven cantor. Las bocas habían enmudecido; y bajo la noche, que iluminaba tenuemente la luz de los candiles del rancho, brillaban los ojos húmedos con fulgor intenso de llama. Talvez los dominaba en aquel instante un sentimiento religioso, porque nadie se movía ya, y porque los rudos semblantes estaban quietos y graves, con esa gravedad unciosa y solemne que adquieren en los templos.

Cuando la canción concluyó, los labriegos se habían agrupado en torno de Fermín. Durante algunos minutos, ninguno de los presentes habló. Débora suspiraba. Pero al fin, como si volvieran de un pasmo, se reanudó la charla y el holgorio.

Un rato después fue la despedida. Alegres, satisfechos de lo que hicieron ese día, los cuarenta hombres emprendieron el regreso a sus chagras. Se fueron cantando y hablando regocijadamente, por los atajos que alumbraban apenas las estrellas.

CAPITULO IV

IDILIO RUSTICO

—Esta mañana trabajó más que los otros días—dijo la vieja viendo llegar al mozo con la herramienta al hombro, jadeando y cubierto de sudor, y con un rejo enrollado en la diestra como acostumbran los vaqueros—.Viene empapado. ¿Para qué tanta fatiga, hijo?

—Es el calor, madre. El verano está bueno y el sol como para asar choclos tiernos. Con este tiempo hasta los pericos ligeros sudan la gota.

Teodosia, la vieja, lo contempló un momento en silencio, con risueña y contenida ternura; después, moviendo la cabeza con aire dubitativo, replicó cariñosamente:

—Los pericos ligeros, como son la pereza sentada, sudan hasta en invierno. Siempre ha de tener una razón pronta para disculparse.

—No son disculpas, madre. Es que, si por usted fuera, me mantendría como a rey en su trono: muy acomodito y muy cuidado. Pero ¿no ve que si no me muevo bastante se me van a enmohecer las bisagras del cuerpo?

Madre e hijo rompieron a reír con sencillez. Fermín la besó en la frente con unción afectuosa. Luégo, mien-

tras Teodosia se entregaba al trajín del almuerzo, fué al chorro de agua para bañarse. En el patio, detrás del rancho, ésta caía ruidosamente, traída por canales de guadua. Era un acueducto primitivo que ideó la inventiva de Fermín, convertido por la necesidad en ingeniero improvisado.

El pensamiento de que esa tarde iba a ver a su novia, y a pasar junto a ella un rato agradable, le llenaba el ánimo de alegre optimismo. Todo lo veía a través de ese rosado velo de confianza en que envuelven sus deseos y sus sueños las personas que no han tenido decepciones, o que por ser demasiado jóvenes no les ha quedado tiempo de tenerlas. Pensaba, pues, en Débora, en tanto que se friccionaba con enérgicas manotadas la cabeza y los brazos, y era tal la fuerza de su evocación amorosa que, cuando se fijaba en el agua, le parecía ver reflejada allí la imagen de ella. Sintió la necesidad de cantar, y cantó un momento, pero sin alzar la voz, con tono asordinado y contenido que le producía a él mismo cierta emoción confusa.

Ya estaba servida la mesa cuando regresó al interior del rancho. En aquella casita humilde, donde dos personas solamente, la madre y el hijo, integraban la familia, había mayor pobreza que en la de Lucumí. La vivienda, como todas las de la región, era una armazón sencilla y tosca, bastante estrecha, de madera burdamente labrada y con el tradicional techo de astillas. Casi no tenía muebles, y sus paredes estaban desnudas.

Fermín Lascano y su madre, la vieja Teodosia, no llevaban mucho tiempo de morar en ese paraje; como que apenas iban a contar tres años de estar allí. Anteriormente residieron en otra tierra, muy distante de la que ahora ocupaban por razón de azarosos destinos. Un día el marido de Teodosia y padre de Fermín, que era agri-

cultor y que poseía una modesta chagra, se sintió fatalmente atraído por el dorado señuelo de los grandes salarios que pagaba el Gobierno en las obras públicas, y un poco también por la buena vida de las ciudades. Los campos se despoblaban entonces, y los caminos podían verse cubiertos por el interminable desfile de labriegos que marchaban, como en romería, en busca del nuevo Dorado de la época. Pero aquello no fué más que sueño, ilusión; pronto pasó el período de prosperidad artificial, de falsa abundancia, y con la realidad que volvía vino también el cortejo de las expiaciones. Exhausta la fuente mágica de donde brotaba el oro de los grandes jornales y de las ganancias fáciles, innumerables campesinos se dieron cuenta de que estaban en la miseria, y lo que era peor aún, comprendieron que se hallaban presos en la ciudad por las cadenas de los vicios y por las comodidades de la vida.

Muchos, creyendo que esa ráfaga maravillosa iba a ser eterna, habían vendido sus cortijos, resueltos a no regresar jamás a la existencia del agro: renegaron prácticamente de él; otros, numerosos también, abandonaron sus labranzas, en la persuasión de que no valía la pena fatigarse sobre la gleba dura pudiendo ganar dinero con facilidad y bastante.

El padre de Fermín fue uno de estos ilusos. Cuando, vuelta a su ordinario nivel la vida económica, se percató de que le quedaba sólo en las manos un poco de humo, su alma se llenó de pesimismo incurable. Ya no tenía tampoco la energía y los bríos de otro tiempo. La chagra, despreciada y casi olvidada, no era más que barbecho y ruinas. Como no tenía dinero para rehacerla, la hipotecó; mas tuvo tan mala fortuna, y estaba ya todo tan desvalorizado por la fuga del oro, que a la vuelta de pocos meses fue a dar a poder de los acreedores.

El desventurado no sobrevivió mucho tiempo a tales reveses; cayó en la hipocondría y se apagó como lámpara sin aceite. Confusamente, como un sueño triste, Fermín recordaba aquellas cosas. Era muy niño entonces, pero le dejó honda impresión el espectáculo de tantas desoladas escenas. De acuerdo con Teodosia resolvió al fin alejarse de la región, para marchar en busca de menos impropicias comarcas, y porque les dolía la visión constante de la perdida heredad.

Bien podía decir que estuvo de suerte, siquiera fuese aparentemente, porque, llegados a tierras de Tiberio Cortada, el poderoso latifundista, éste los recibió con benevolencia, conmovido acaso un momento por la juventud de Fermín y por la ancianidad enfermiza de la madre. Lo cierto es que, en el fondo, había pensado Cortada en el provecho que podría sacar de colonos como este mozo fuerte y sin experiencia, mas animado por natural ambición y por los impulsos de los pocos años.

Tres iban a cumplirse desde que se posaron sus plantas sobre aquella tierra montañosa, fértil y propicia, pero que tan esquivia parecía ser para entregarse del todo a los rudos y tenaces hombres que la labraban. En la parcela que Cortada le dió, llena de monte espeso, alzó su humilde chagra y roturó el terreno en buena extensión. Ya tenía un labrantío, que cultivaba como colono, y algunas reses dentro de la pequeña dehesa, recibidas del propietario en contrato de aparcería para su crianza y aumento.

En estas condiciones, no obstante las privaciones que le imponía la pobreza, y lo duro de esa faena continua que lo uncía al campo como buey a la noria, o como galeote antiguo al remo de la galera, Fermín Lascano se consideraba relativamente feliz. La finca crecía y prosperaba poco a poco. Era joven, fuerte, valiente para el

trabajo. Delante de él tenía la vida y el porvenir, como caminos abiertos. Tenía, además de esto, dos grandes amores que le llenaban el alma: el de la vieja Teodosia, que era el afecto tranquilo y realizado, y el de Débora, la hija de Lucumí, que era la pasión tierna y pura, la promesa guardada como metal precioso.

No le faltaba a Fermín, a pesar de todo, preocupaciones e inquietudes. Fiel a su acostumbrada política de mantener sus arrendatarios y aparceros atados al poste de los compromisos y de los hábiles contratos, política de raposa en la que él era como la araña y el colono como la mosca incauta prisionera en su tela, Tiberio Cortada se había dado sus mañas para comprometerlo por medio de préstamos y de cláusulas onerosas consignadas en documentos. Lo mismo que los demás, Fermín Lascano era también su deudor. Pero, ¿qué importaba? Cuando apenas se comienza a vivir, y se tiene salud completa, y en el alma canta el sinsonte de las ilusiones, tal cual le acontecía al mozo, no es posible ver la existencia sino con ojos de optimismo, ni el futuro, por colmado de sombras que parezca, sino como la radiante luz de una aurora próxima.

Aquel día estaba muy alegre porque se encontraría con Débora. Mientras consumía con gran apetito el frugal almuerzo que Teodosia le servía solícitamente, sus pensamientos volaban hacia la joven. Ya se veía a su lado, en el querido paraje que les servía de lugar de citas, y que era un rincón del monte, no muy apartado de la chagra de Lucumí, para que no tuviese ella qué caminar demasiado. Allí, en el claro de la espesura, por donde nadie solía transitar, sobre caído tronco y bajo los árboles protectores, pasaban las horas dichosas de la entrevista, cogidos tiernamente de las manos y diciéndose cosas de ingenuo amor, o en muda contemplación recíproca, porque a veces les parecía que era más expresivo el lenguaje de sus

ojos y que las palabras podían romper el divino encanto de ese silencio.

Cayendo en la cuenta bruscamente, de que se había embebecido en tales recuerdos, levantó la cabeza para mirar a su madre, y vió que estaba de pié ante él, observándolo con atento interés. La vieja sonreía dulcemente, pero su sonrisa era grave y parecía una débil luz sobre la sombra de sufrimiento que le nublaba el rostro. Difícil hubiera sido calcular su edad con certeza, pues aunque no tenía más de medio siglo los signos de ancianidad se anticiparon en ella a modo de prematuro invierno. Su aspecto frágil y enfermizo, pero bondadoso, inspiraba sentimientos involuntarios de simpatía compasiva. Sobre los ojos tristes y resignados semejaban corona de dolor los cabellos blancos. Tenía el cuerpo menudo, cenceño; la tez sin color; y demostraba ser un poco nerviosa.

Ella, sin embargo, no parecía pensar en sí misma ni en sus padecimientos; por su actitud, por sus miradas, por sus palabras, daba la impresión de que sólo la preocupaba su hijo, de que únicamente por él vivía. Y así, sobreponiéndose a su flaqueza física, ocultando o disimulando sus dolencias, extrayendo de su exhausto organismo, como de un filón, las más increíbles energías, desempeñaba día tras día, en aquel rancho humilde pero dichoso, la dura faena doméstica que le corresponde a la mujer de campo.

Fermín, que no podía mirarla largo tiempo sin enternecerse, le preguntó con solicitud afectuosa:

—¿Cómo se siente hoy, madre?

—Muy mejor, hijo; estos achaques míos no valen la pena; son cosas de la vejez.

Como comprendiese, empero, que el mozo no le creía, trató de disipar toda duda en su ánimo, agregando:

—Las medicinas que me trajo la otra semana me

han dado mucho alivio; ya casi no siento aquella fatiga que me cogía, tan horrible. Le digo que estoy muy mejor.

—Pues si es así, madre, cuánto me alegro.

Se tomó Fermín un gran sorbo de café, como que ya estaba concluyendo el almuerzo, y tornó a decir en seguida con cariñosa preocupación:

—A los males hay qué darles duro de largo. Esta tarde le consultaré otra vez al doctor y le traeré nuevos remedios.

—Pero si no es necesario, hijo. Para qué tanto gasto.

—Usted hace lo que yo diga, madre.

Tras de una pausa tierna, la vieja inquirió:

—¿Piensa bajar, pues, al pueblo?

—He de ir hasta allá, a conversar un negocito—respondió Fermín después de breve vacilación—.¿Se le ofrece algo? ¿Tiene algún encargo qué hacerme?

—No, hijo, sino que le vaya bien y que Dios lo acompañe.

El mozo se alzó del banco en que estaba sentado, y fue a darle vuelta al potrero. Bajo el resol el pasto se veía seco y descolorido. Una cerca natural de vegetación, con puertas de guayacán y guaduas, limitaba la pequeña dehesa. Bajo árboles que parecían enormes paraguas verdes, sesteaban varias reses. A esa hora casi canicular el paisaje se adormecía, o parecía adormecerse, sin que turbara su quietud otro ruido que la estridente voz de los grillos.

Volvió al rancho, a vestirse. Como si se tratara de fiesta grande, se puso sus mejores ropas, sus pobres ropas limpias de solemnidad, que la madre le guardaba con sumo cuidado, entre alcanfor, en el viejo arcón de madera. Sentía la pueril necesidad de buirse, propia de todo enamorado, y esa desazón agradable que precede a las entrevistas galantes. ¡La iba a ver! ¡Estaría a su lado unas horas! Y este pensamiento, y la satisfacción de sentirse tan

bien querido, porque sabía que Débora lo amaba de veras, le llenaba el ánimo de una alegría tan honda y desbordante, que por momentos le parecía que su corazón se dilataba y que no podría contenerlo dentro por más tiempo.

En la corraleja esperaba, ensillado ya, el único caballo que poseía; un caballejo, mejor dicho, que prestaba en la chagra toda suerte de servicios y que tan mal lo hacía como bestia de montar que como animal de carga. Sólo un labriego, por su recia estructura física, puede soportar entre las piernas semejantes cabalgaduras. Pero el caballejo era fuerte, aunque duro de andar, paciente y de conmovedora resistencia. Se subió, pues, sobre él Fermín, y después de besar de nuevo a su madre, partió con calma en dirección de Urbesilla.

El ancho sombrero de paja le defendía la cara del resistero. Notando a poco que el bochorno de la hora se le quería meter por los ojos, aguijó la montura con los talones y la voz, tomando un trotecito vivo y alegre que lo despabiló por completo.

En una vuelta del atajo que iba siguiendo estaba el rancho de Celso Viaque, el aserrador. Más que rancho era aquella fábrica tosca una especie de gran cobertizo levantado sobre pilastras labradas groseramente y con el indispensable techo de astillas. Todo esto podía ser el taller de Viaque, o una parte, porque se veía que también trabajaba al aire libre, en la planadita contigua, llena actualmente de troncos, tablones y desechos de madera. En el centro del cobertizo había un largo banco de carpintero y caballetes bajos en forma de trípodes; aquí y allá, algunos serruchos, sierras llamadas "troceras" y otras herramientas.

—¿Qué tal, Celso?—gritó el mozo desde afuera, parando el caballo mientras metía la vista por el interior del

cobertizo en busca del aserrador—. ¿Dónde está el amigo, que no se ve?

El hombre salió a poco de un cuartito inmediato, que por los indicios era la única habitación del rancho, fuera de la cocina. Ostentaba largo delantal de cuero, y tenía la barba crecida y los cabellos llenos de virusa.

—Ah—dijo con afable voz al reconocer al jinete—, pues si es Fermín nada menos. ¿Para dónde camina?

—Voy para el pueblo, Celso. ¿No se le ofrece algún encargo?

—¿Pero qué quiere que se me ofrezca para ese chiquero, hermano? Gracias al diablo, casi nunca tengo necesidad de nada, y me alegro. El hombre perfecto es el que es capaz de vivir solo.

A continuación repuso, como si de repente pensara otra cosa:

—Ahora caigo en que sí tengo una recomendación qué hacerle. Si no es mucha molestia, Fermín, dele de mi parte, en el lugar más pulpo, una patada a Tibe; y ótra a ese gran sinvergüenza de "Madrismo", su peón de estribo. ¿No sabe, pues? El "Gavilán" pretende que debo pagarle más por este terrón, y que hagamos otro trato de aparcería. Vio cuatro tablas juntas, y se le abrieron las agallas.

—Esas son con seguridad paradas de "Madrismo". Dicen que es él quien le sopla todo lo que hace.

—¡Pues vaya si no! Para eso son la uña y la mugre, amigo. Pero baje de allí, y descanse un rato. ¿Lleva mucho afán de llegar?

—He de volver temprano—afirmó Fermín pensando en Débora—; mucho antes de que se ponga el sol. Para usted, Celso, nunca falta, sin embargo, un tiempito.

Diciendo esto el mozo se apeó, y sin amarrar la montura, que se puso a ramonear en el mismo sitio, fue a sentarse en un tronco de los que había bajo el cobertizo, lis-

tos para el corte. En ese punto se disfrutaba de una sombra grata.

—Ya tiene usted sus buenos meses de vivir por aquí, me parece—exclamó Fermín, después de que hubieron hablado de cosas del campo y de la estación—; ¿cómo le va con los negocios?

—La semana que viene se cumplirán ocho cabales que trabajo con el “Gavilán”—respondió Celso combinando sabiamente el diálogo con el oficio, pues charlaba y le daba a la vez al serrucho—; ocho meses, hermano, que le pago tributo a ese tiburón. Aquí todos sudamos para él, en fin y en últimas, y nos quedamos frescos como lechugas bobas, ¿no le parece? Pues bien, en cuanto al negocio, eso es según por donde se mire: yo siempre miré las cosas por el lado peor, para no tener desengaños. ¿Se fuma un tabaco?

Encendieron en yesca, y el aserrador continuó:

—La verdad es que a mí no me preocupa la ganancia; trabajo para vivir, y porque me aburre la profesión de vago. He oído decir que por allá en no sé qué tierras viven unos hombres que se pasan años enteros sin moverse, mirándose el ombligo. Yo no los comprendo. El hombre nació para luchar y para caminar. Por eso lucho yo y camino. Me gano sin afanarme el pan de este día, y mañana, cuando amanezca, y me convenza de que estoy vivo aún, me ganaré el que sigue. Tal es la vida amigo: vivir y no fatigarse mucho, y ser capaz de vivir solo. El que necesita de los demás es un desgraciado.

—¿Y cómo es posible no necesitar de los demás, Celso?

Sonrió el aserrador con aire de larga experiencia, y se quedó un momento meditabundo. Tal vez recordaba sus andanzas de tierra en tierra, sus estancias transitorias en un punto y ótro, sus variados oficios y sus intermina-

bles fracasos. Como los gitanos, plantó de paso su tienda en las ciudades, en los campos, en los caminos. Fue peluquero, mozo de hotel, vendedor ambulante, artesano en distintas artes, y en cada una dejó algo de sí y recogió conocimientos. Pero no podía estar indefinidamente en parte alguna, y además su proteica suerte, casi siempre desdichada, lo iba empujando por sendas de azar.

—Usted, Fermín,—respondió luego con cierto tono de suficiencia que no era de vanidad sino de escepticismo—, como no ha vivido bastante no puede explicarse cosas que a los viejos nos parecen sencillas. Día llegará en que a usted también le parezcan así. Para ser libre, mejor dicho para ser menos infeliz en la vida, lo que se necesita es poder pasarla sin muletas, y las muletas son, hermano, todas esas quisicosas que el hombre inventa para su provecho y para perjuicio del prójimo. Así cada cuál se imagina que no puede vivir si el vecino de al lado no le ayuda a llevar la carga. Pues mentira: todos somos capaces, si lo queremos, de llevarla solos, o de tirarla, que es lo mejor. El remedio es fácil como las recetas de las viejas; no consiste sino en limpiarnos el cuerpo y el ánimo de tanto menester que nos esclaviza. ¿No ha oído decir que el sabio es el que no tiene necesidades ni apego a los bienes? Yo lo leí en libros, y creo que es la pura verdad.

Abandonando la herramienta, Celso se vino a colocar frente al mozo, y como si fuese un preceptor que resume sus enseñanzas concluyó el discurso en esta forma:

—Ya le digo, amigo Fermín: el hombre libre y prudente es aquel que no tiene necesidades, que puede vivir solo, que no está preso en cadenas del corazón. Por eso hay que ser como los pájaros, que mantienen las alas dispuestas para volar en cualquier momento. No echar raíces, ¿eh?; no echar raíces en ninguna parte, porque se convierte uno en árbol y en piedra; y que cuando haya

qué emprender la marcha, se pueda arrancar sin dolor, alegremente. Así me iré yo de aquí cualquier día de éstos: escotero, sin otro equipaje que mi alma, y talvez con un poquito de buenos recuerdos nada más.

—¡Ay, Celso, —exclamó el mozo suspirando porque pensaba en su madre y en Débora—: qué fácilmente se dicen esas palabras cuando no se tiene cariños! Usted puede hacer tales milagros. Para ótros como yo, ¡qué trabajo sería cumplirlos! Pero ya es media tarde, y tengo qué ir y volver mucho antes de que comience a oscurecer.

Cabalgó de nuevo, y despidiéndose del aserrador tomó a trote largo el camino del pueblo. En realidad, a Urbesilla lo llevaba sólomente el deseo de hacer unas pequeñas compras, y de dar tiempo a que llegara la hora de la cita; era más bien pretexto, puesto que lo mismo le daba bajar ahora que dejarlo para otra ocasión; para el día siguiente, por ejemplo.

El vivo anhelo de ver a Débora lo tuvo de regreso con bastante anticipación. Llegado al lugar de los encuentros, ató el caballejo a un árbol cercano, y fue a esperarla en el tronco donde acostumbraban sentarse. Un gran silencio reinaba en aquel punto del monte. En el claro que la alta vegetación dejaba a manera de descampado, había una luz suave, menos viva que la que se veía arriba, en el espacio libre y bajo el cielo azul. Era una luz casi difusa, que parecía absorber el verde oscuro del follaje, y quedar suspensa en el ambiente quieto y silencioso.

Largo rato aguardó. Para distraer su impaciencia se puso a labrar con su pequeño cuchillo pedazos de corteza de "ovo". Tenía cierta disposición natural para la talla, la que solía aprovechar en los ratos de ocio esculpiendo figuras sobre madera blanda y tierna. Pronto se dió cuenta de que, sin deliberado propósito, trataba de

reproducir sobre el trozo de corteza la imagen de Débora. Sonrió; se quedó un instante pensativo. Luégo continuó su tarea con cierto afán pueril y entusiasta.

De improviso, breve ladrido lo hizo sobresaltar y poner de pie. Su corazón también latía, golpeando en su pecho a modo de parche o de loca campana. Siempre le acontecía aquello: que cuando ella llegaba una emoción brusca, fuerte y dulce a la vez, lo dominaba por completo.

Oyó una voz vibrante y jubilosa que decía:

—¡Sansón, aquí! ¡Espéra!

Apartando con ímpetu la maleza, el enorme mastín de piel atigrada apareció en el claro, y durante un momento paseó sus ojos inteligentes, de pupila hialina, por el descampado. Al descubrir a Fermín, ladró de nuevo alegremente. Débora venía detrás, siguiéndolo, y tratando de contener con palabras la impaciencia del animal, que ella también sentía.

Más de media hora hacía que salió del rancho, simulando todas las apariencias de que iba a dar un paseo por los contornos. Fabiana, la madre se quedó sentada en el umbral, zurciendo ropa de la familia, y Eustacio estaba en el campo, por allí cerca, en ocupaciones de labranza. Al principio, Débora caminó despacio, como si no tuviera prisa, reprimiendo, mientras podían verla de la casa, o del pegujal del frente, el loco anhelo que sentía de llegar al punto de la cita; pero más adelante, libre ya de miradas escrutadoras, apresuró el paso, y sintió que su corazón se ensanchaba de gozo y de esperanza. Comprendiéndola, y como participando de su alegría, "Sansón" corría a su lado, precediéndola a ratos y saltando incesantemente. ¡Ah, qué contenta estaba! ¡Cuán honda era su dicha ingenua y sencilla! Bañada en la serena luz de la tarde montañesa, y llena de un júbilo interior que la embriagaba como el sabor del vino generoso, avanzaba con

rapidez, afanosa y ansiosa, sin que le importaran las asperezas del atajo ni las agresivas malezas del monte. Delante de sus pies iban sus ojos, como dos heraldos, y delante de sus ojos sus deseos, semejantes a una vanguardia de sueños maravillosos.

Cuando el latir del perro le anunció la presencia de Fermín, ya en el descampado, se detuvo un momento indecisa y llena de rubores. El tenue jadeo de su pecho y el encendido color de sus mejillas denunciaban la agitación de la marcha. Maquinalmente, con voz que vibró como metal herido de pronto, llamó al animal.

—¡Sansón, aquí! ¡Espéra!

Pero ya Fermín venía a su encuentro, sonriente y feliz. Se miraron brevemente en los ojos, mudos, sumidos en inefable gozo, mientras se estrechaban las manos con amor. Tras de pocos segundos de incertidumbre, y sin deshacer el lazo cordial, el mozo la condujo hasta el tronco donde solían sentarse para hablar.

—¿Hace rato que estás aquí, Fermín?—dijo al cabo Débora.

—Nó, pero me parece que sí, porque cuando se espera, como te espero yo siempre que has de venir, las horas se hacen muy largas.

—Más antes habría venido, pero no pude. Había oficios qué hacer en casa. Además, tuve qué aguardar el momento oportuno. Pero aquí estoy ya. Estoy junto a tí, y esto me hace olvidar las dificultades.

Fijándose de repente en lo que tenía el mozo en las manos, Débora preguntó con curiosidad:

—¿Qué es eso? ¿Qué haces con esa madera?

—Nada, una bagatela que labro. Me entretenía con ello mientras llegabas.

—Muéstrame.

Tras de breve vacilación, Fermín le tendió la corte-

za de "ovo", y ella pudo ver que estaba esculpiendo su imagen y que el parecido era sorprendente. Sintió un halago hondo, físico, vivo como la caricia carnal, y lo miró llena de gratitud.

—Soy yo, ¿no?—inquirió ingenuamente.

—¿Y quién más podía ser?

Talvez se dijeron mucho con esto, porque se quedaron callados un rato, como si rumiaran el sentido misterioso de las palabras aparentemente insignificantes. El mozo rompió al fin el silencio.

—Esta tarde fuí al pueblo, a buscar medicinas para madre, y te traje un regalo. Es una chuchería que no vale nada, como verás, pero que te ofrezco con gusto, Débora.

Era, en efecto, una baratija bonita y de poco valor. Fermín la traía en su cajita, que le entregó con cierta zozobra, cual si le avergonzara la poquedad del obsequio. Ella deshizo el nudo de cinta que la ataba, y extrajo un objeto brillante, de similor, de esos que usan las mujeres del pueblo para adornarse. Palmoteó encantada, exclamando:

—¡Qué lindo!

—Creí que no te iba a gustar—dijo el mozo—, y me daba miedo entregártelo.

—¿Por qué? Basta que venga de tí, Fermín, para que me guste y lo quiera. Mucho te lo agradezco.

—Es que hay cosas mejores; por ejemplo, las que les regalan los ricos a las mujeres.

Al oír estas palabras, Débora lo miró con sorpresa, y después de hito en hito. Extraña turbación se apoderó de improvisó de su ánimo.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada particular. Yo hubiera querido traerte algo de más valor, algo digno de tí.

—¿Digno de mí? Vé, Fermín: yo no quiero ser digna sino de tu cariño, no deseo merecer otra cosa que tu cariño. No me vuelvas a hablar así, porque me ofendes y me llenas de sentimiento.

Se quedó cavilosa; luego, como decidiéndose, comenzó a hablar con cierta animosidad.

—Mucho deseaba verte hoy, Fermín, porque, cabalmente, tengo qué contarte algo que me tiene muy preocupada. Padre y madre no saben nada y no quiero decírselo; pero a tí . . . a tí sí me parece que debo comunicarte esto. Tú me dirás lo que he de hacer, y eso será lo que yo haga.

—¿Y qué es ello, Débora?

—Hace unos días estuvo don Tiberio en la chagra de padre. Venía por cuestión de negocios, y también por vernos, según dijo. Yo me encontraba en el ojo de agua, lavando ropa, y él bajó hasta allá.

Como vacilase, Fermín la acució:

—¿Y qué hubo? Sigue contando, pues.

—Don Tiberio se puso a hablarme, y a decirme bobadas que yo no quería oírle pero que él se empeñaba en que le atendiera. Como es un señor tan serio y que todos respetan, yo sentía mucho miedo. Le dije que no podía prestarle atención a sus palabras siendo una muchacha buena, y él un hombre casado.

—¿Qué más le dijiste, Débora; qué más?

—No sé qué otras cosas le contesté, porque estaba asustada; pero recuerdo que me hacía ofrecimientos y me proponía que me fuera de aquí.

—¿Con él?

—Sí, con él. Dijo que en el pueblo se vive mejor, que yo no merecía estar en ranchos sino en palacios, y que él me daría todo si aceptaba sus proposiciones.

Lealmente, ingenuamente, Débora le refería a su

novio cuanto había sucedido en el lavadero: las frases de amor de Cortada, sus argumentos, sus promesas de hacerla feliz; y también lo que ella respondía con invariable firmeza. De pronto, mientras hablaba, se percató de que Fermín estaba mudo, con los labios apretados, y muy pálido; vió así mismo que sus ojos tenían un brillo inusitado, como de fiebre.

—¿Qué te pasa, Fermín? ¿Por qué me miras de ese modo?

—No sé cómo te estoy mirando—respondió el mozo despacio y con tono sombrío y ronco—; me parece que te miro como acostumbro hacerlo siempre.

Débora continuó diciendo:

—Cuando ya se marchaba, don Tiberio me dio...

—¿Qué?—la interrumpió bruscamente Fermín, sin poder contener el ímpetu de su alma, y con el semblante y la voz alterados por súbito sobresalto.

—Me dió un paqueticito, o me lo metió entre las manos más bien, porque yo no supe cómo ocurrió eso. Tan atolondrada estaba que no me dí cuenta cabal de lo que pasó. No pensé recibirlo, no lo hubiera aceptado jamás por mi voluntad; pero él iba ya lejos cuando me percaté de que tenía qué devolvérselo.

—¿Y dónde tienes eso, Débora?

—Lo traje conmigo para que lo veas y me digas qué debo hacer.

Sacó con cierta precipitación el objeto, que llevaba oculto en el seno, entre el apretado corpiño, y se lo tendió. Fermín lo tomó con curiosidad, le dió vuelta en las manos, y, tras de breve meditación, devolviolo a la joven, disimulando mal un gesto de repugnancia.

—¡Carnadas de gavilán!—exclamó por todo comentario—; ¡cebos de raposa taimada!

—¿No quieres ver lo que hay dentro?

—No me interesa.

—¿Y qué hago, pues, con esa prenda?

—Has de devolverla en el acto; mañana, hoy mismo si es posible. ¿Cómo fué, Débora, que la guardaste tanto tiempo, para que ese hombre pudiera pensar que la aceptabas? Mándasela con cualquiera que baje, sin palabras y sin razones, y no vuelvas a pensar más en ello.

Callaron durante largo rato. Una vaga angustia les había llenado el ánimo, cual si presintieran con oculto temor la obscura amenaza del porvenir. Adivinando la preocupación de su novio, y apenada porque veía su frente obscurecida por la sombra de la tristeza, Débora procuró sonreír como si aquello no tuviera importancia, y exclamó dulcemente:

—Te has puesto muy serio, Fermín, y no quiero que te pongas así. ¿Qué culpa tenemos de que sucedan estas cosas?

El mozo replicó con voz sorda:

—No es eso, Débora; es que tú no sabés quién es ese hombre. Como es el dueño, y tiene plata, se cree autorizado para todo.

—¿Y qué importa, Fermín? Don Tiberio mandará en lo suyo, y hasta podrá echarnos de aquí, según le oí decir una vez a Zacarías Aldana. Pero en la voluntad de los demás nadie manda.

Tomó luego entre sus manos la diestra fuerte y curtida del aparcero, y agregó con voz mimosa, acariciante como la brisa vespertina, mientras sus ojos se fijaban en él con expresión de honda ternura:

—En mi voluntad no mandas más que tú, Fermín. Haré lo que tú digas, y únicamente seré lo que tú quieras. No te pongas, pues, caviloso. Pasamos tan pocos ratos juntos...

—Sí—respondió el mozo recuperando de pronto su

optimismo—, tienes razón: son tan escasas, para lo que yo quisiera, estas conversaciones, que no debemos amar-garlas por gusto.

Hablaron en seguida de otros asuntos: de los trabajos y proyectos de Fermín; de las fiestas que se aproximaban con motivo de la feria semestral; hasta de bagatelas y naderías que a ellos les parecían trascendentales. Cuando el uno decía, el otro escuchaba con atención, sumido en inefable placer y con el aire de estar bebiéndose las palabras. Eran dichosos con pequeñeces, con cosas insignificantes a las que su ilusión les prestaba delicioso encanto y misterioso sentido; por eso la felicidad consistía, para sus espíritus sencillos, en una frase trivial, en una mirada, en un suspiro; y era su mayor expresión permanecer sentados juntos, cogidos románticamente de las manos, y en ocasiones tan callados y absortos que daban la impresión de haber caído en éxtasis maravilloso de amor.

Al cabo, y cuando empezaba a teñirse el cielo con los rojos colores del crepúsculo, Débora se levantó para marcharse. "Sansón", que se había echado a sus pies, se enderezó también, sacudiendo fuertemente los miembros.

—¿Te vas ya?

—Sí; padre debe haber regresado, y extrañará mi ausencia. Lo mismo madre.

—Entonces, hasta muy pronto, Débora. Que Dios te acompañe, y no olvides lo que te aconsejé.

—No lo he de olvidar, Fermín; te lo prometo.

Se estrecharon de nuevo las manos, mirándose con tierno apasionamiento. Trataron de sonreír. Aunque no se lo decían, la misma angustia vaga que sintieron al hablar de Cortada, volvió a turbar sus almas, torturándolos con secreta insistencia. Ella se alejó de prisa, seguida por el perro fiel. Después, cuando ya no la vió más, porque desapareció en la vuelta del atajo, el mozo echó a andar

a su vez, en dirección de su chagra. Caminaba sin afanarse, muy preocupado, y era tal el agobio de su tenaz y obscura inquietud, que casi le producía dolor físico.

CAPITULO V

"DON CACHO"

Cinco años atrás, durante las primeras horas de una tarde muy calorosa, Tiberio Cortada y Calixto Madroño conversaban animadamente en la oficina de negocios de aquél. Eran horas pesadas, de temperatura soporífera, pero los dos amigos no parecían darse cuenta de ello, y antes bien demostraban estar más despabilados que nunca. Sentado ante su escritorio, con una de las manazas puesta sobre la mesa, mientras sostenía en la otra grueso cigarro, que chupaba de tiempo en tiempo, Cortada hablaba con calma y oía con profunda atención lo que decía su interlocutor.

—¿De modo que usted cree, Madristo, que no hay otro medio de hacerme a esas tierras que el de la vía judicial? Pero... ¿y si no tengo títulos?

Madroño replicó contundente:

—¿Acaso los ocupantes los tienen?

Estaba repantigado en ancha y mullida poltrona de cuero, en la que se hundía su cuerpo pequeño, magro y móvil como el azogue. A su derecha, sobre el velador, había cigarrillos, que iba consumiendo sucesivamente. Cortada lo contempló un momento con fijeza, con espon-

tánea admiración, y continuó en seguida exponiendo sus motivos de incertidumbre. No eran escrúpulos, que nunca sentía, por otra parte, sino recelos, temor de que pudiese fracasar el intento, con las pérdidas consiguientes.

—Sí—dijo—, verdad es que esas gentes no tienen títulos escritos; pero, en cambio, hace mucho tiempo están ahí y han hecho trabajos.

—¿Qué importa? Se podría llegar a probar que son ocupantes abusivos, de mala fé.

—Eso es lo que no me parece fácil.

—¡Oh!—exclamó Madroño con suficiencia un poco despectiva—: no diga eso, Tibe. Cuando se dispone de medios y de influencias, como le ocurre a usted, es muy sencillo arreglarlo todo. Nada hay imposible. Además, los códigos ofrecen muchos recursos.

—¿Está usted seguro de que daría buen resultado una demanda judicial?

—Ya lo creo que sí, siempre y cuando que se sepa hacer bien las cosas. Le repito que la cuestión es poder alegar mejores derechos. Hágase usted a títulos, y yo le respondo del éxito.

—¿Cómo? ¿Comprando? Esas gentes no venden, porque viven muy apegadas al terrón; y si venden, quieren que se les pague precios absurdos.

Calixto Madroño reflexionó.

—¿No hay entre los colonos alguno que le inspire confianza? ¿Un hombre que sea capaz de venderle el alma al demonio?

—Hay uno, sí—respondió Cortada haciendo memoria—: se llama Zacarías Aldana, y me debe dinero y varios servicios importantes. Por lo que lo tengo estudiado y conocido, creo que se puede contar con él.

—¡Magnífico!

Encendió Madroño otro cigarrillo, bajó un poco los

párpados para ocultar el brillo de los ojos astutos que relampagueaban, y, después de rebullirse en la poltrona, continuó hablando, sin que se apagase un momento su eterna sonrisa mecánica:

—El asunto es bien sencillo, Tibe: se hace una escritura en regla, por la cual Zacarías Aldana le vende a usted sus mejoras; mejor dicho, le vende toda la tierra que sea preciso. De esta suerte, cuanto quede comprendido por los linderos que fijemos le pertenecerá a usted. ¿Comprende mi plan?

Como Cortada asintiera en silencio, con un signo de la cabezota, el otro prosiguió explicando:

—Ya en posesión de la escritura, lo demás es obra de pura carpintería. Entonces será usted el árbitro, y podrá escoger a su antojo: o imponerles su voluntad a los ocupantes, o arrojarlos sencillamente de allí. ¿Qué se puede oponer a una escritura en regla? Por eso le digo que lo esencial es hacerse a títulos.

Bruscamente se puso de pie y empezó a pasearse, acometido de repentina excitación.

—¡Títulos, títulos—exclamó con acento que parecía un graznido y como si quisiera clavar sus palabras en el cerebro de Cortada—; hágase usted a títulos, Tibe, y ríase de los que vengan luego a disputarle sus derechos! Saldrán, es claro, con los embelecos de cajón: que las mejoritas aquí, que la larga ocupación allá, que esto y que lo otro. Pues nada: el papel es lo que vale, amigo. Donde el Notario puso la rúbrica, no hay pero que valga.

—Esa gente se defenderá, luchará.

—¿Y qué?—replicó Madroño volviendo a sentarse. ¿Qué han de poder contra usted, Tibe?

Entre convencido y halagado, Cortada sonrió. Parecía estar muy satisfecho. Una luz tenaz, de fría decisión y de solapada avidez, brillaba en sus ojos, dándoles cierta

expresión sombría. Respiraba honda y pausadamente, mientras tamborileaba con los dedotes sobre la carpeta del escritorio.

—Bueno, Madristo—dijo al cabo—: si las cosas resultan mejor así, pongámosle ya mano a la obra. En ello quedamos desde ahora. Hágase cargo de todo esto, y que la suerte lo acompañe. En cuanto a lo demás, no tengo para qué repetirle lo de siempre: que debemos dar golpes sobre seguro. Recuerde mi lema: "Cortada no pierde nunca".

Tres días después, un nuevo título de propiedad se sumaba a los del dichoso terrateniente. Calixto Madroño hizo las cosas de tal suerte y con tan consumada habilidad, que todas aquellas tierras que hasta la víspera ocupaban y poseían numerosas gentes, vinieron a convertirse en un solo inmueble bajo la denominación de "La Alondra", con un dueño exclusivo y único. Como por artes de brujería, las distintas parcelas se convirtieron de la noche a la mañana en vasta latifundia. Así los cultivadores y ocupantes, que ayer no más eran propietarios presuntos del terrón que labraron, quedaban desposeídos legalmente de sus derechos y supeditados al querer de un extraño.

Pero esto no fue más que el preámbulo, porque, transcurridos treinta días de aquellas obscuras maniobras notariales, los colonos se veían compelidos a comparecer ante el juez, demandados como ocupantes de mala fe. En el estupendo litigio todo pareció conspirar contra ellos; todo les fue adverso y aciago. Y tan bien marcharon las diligencias, y tanto celo abogadil desplegó Madroño por su parte, y tales actividades e influencias puso en juego Cortada por la súya, que la deseada declaración de propiedad y la orden de desocupación no se hicieron esperar mucho tiempo. Fue un fallo acabado, como lo quería el

demandante: orden de entrega en plazo mínimo, sin indemnización de ninguna clase.

Los colonos, desconcertados, desfallecieron. Veían que era inútil oponerse a esa fuerza ciega y cruel que los desalojaba de allí como malhechores. ¿Qué podían ellos, por otra parte, en lucha tan desigual, en que de un lado estaba la aparente razón legal, y de otro la sencilla verdad, pero sin valimiento ni fórmulas que le diesen autoridad? Se llenaron de fatalismo; perdieron la fe en la justicia humana; y cada uno decidió esperar, en pasiva actitud, a que se consumasen los hechos. Nadie pensó en seguir litigando. Ninguno cumplió tampoco la orden de abandonar las tierras. Se rebelaban a hacerlo de buen grado, y como si quisieran sentir hasta lo último el dolor del despojo, y esto les produjese satisfacción áspera y obscura, aguardaron con sombría calma que vinieran a arrojarlos de allí.

A Leonidas Moncayo, Alcalde vitalicio de Urbesilla, le tocó, en virtud de órdenes superiores, llevar a cabo el lanzamiento, diligencia para la cual buscó el concurso del Jefe de Policía, Roque Muñoz, y de la gente a su mando. Moncayo era un funcionario enérgico, y pertenecía a esa clase de Alcaldes que gustan distinguirse por su actividad y por cierto celo autoritario. Tódos lo respetaban, por otra parte, con respeto en que había algo de temor y que contribuía grandemente a mantener su personalidad física poco común. En Urbesilla, ninguno le superaba en estatura ni en peso; poseía una voz poderosa, como para dominar tumultos; y sus ademanes y gestos, así como sus palabras, eran contundentes como golpes de mazo y afirmativos como dogmas.

Hacía muchos años que desempeñaba aquel cargo, en el que parecía encontrarse muy a su gusto. A juzgar por los antecedentes, muchos habrían de transcurrir tam-

bién sin que fuera removido de allí. Su íntima y vieja amistad con Tiberio Cortada, el influyente y rico gamonal, y con Calixto Madroño, el inquieto y hábil cacique político, le aseguraba y garantizaba la permanencia en un puesto en que, por otra parte, era indispensable para ellos que estuviese siempre. Cortada particularmente, porque le tenía grande aprecio y porque necesitaba sus servicios con alguna frecuencia, empeñaba en toda ocasión, de acuerdo con Madroño, su influjo y su poder, para que fuese reelegido.

Roque Muñoz, el Jefe de Policía, era el tipo del subalterno fiel, dócil y perfecto. Poseía cierto espíritu de disciplina militar. Obedecer ciega y religiosamente la orden superior, era su propia consigna y su ideal burocrático. Fué de la de ser conservado siempre en el puesto, no tenía otra ambición. De aquí su calculado afán de ganarse la simpatía y la protección de quienes podían prestarle ayuda en este sentido. Por lo demás, nada o muy poco le faltaba para ser lo que se acostumbra llamar en lenguaje policivo un sabueso; astucia, malicia, tenacidad, y hasta cierta vinculación con los intereses de los más pudientes, tales eran las cualidades de este comisario rural.

A la cabeza de sus agentes, y acompañados de Calixto Madroño, salieron temprano una mañana el Alcalde Moncayo y el Jefe Muñoz, camino de las tierras de "La Alondra". La tropilla ofrecía cierto aspecto de batallón de milicianos, entre civil y bélico; y como todos iban a caballo, parecía un pequeño escuadrón. Al verlos pasar, las gentes del vecindario, que estaban enteradas del caso, porque en los pueblos todo se sabe en seguida, comentaban la providencia judicial y expresaban francamente su simpatía por la causa de los colonos. Con excepción de unos pocos, nadie quería bien en Urbesilla a Tiberio Cortada; y no era que lo quisiesen esos pocos, sino que tenían

con él vínculos de intereses o lazos de amistad calculada. En cuanto a la autoridad, le prestaban su respeto y su acatamiento, pero le guardaban una aversión secreta y profunda, especialmente a la policiaca.

No bien estuvieron en despoblado, y roto el orden de la marcha, los hombres de la tropilla comenzaron a hablar y a reír como si fueran a una divertida excursión campestre. Aparentemente al menos, ninguno daba muestras de tener plena conciencia del acto que iban a ejecutar. Tal vez los ponía de buen humor la consideración de que les esperaba una jornada agradable, con abundante comida y buena bebida, pues Cortada era hombre que sabía agasajar a los funcionarios y gastar oportunamente, contra su natural avaricia, el dinero. Bien sabía él, por otra parte, que cuando lo gastaba contaba con la seguridad de reembolsarlo con creces. Se dieron, pues, jefes y subalternos, a menizar el camino charlando, fumando, y echándose de trecho en trecho al cuerpo tragos de aguardiente. De esta suerte salvaron al vivo paso de las monturas, la distancia que tenían que recorrer para llegar al punto de la diligencia.

Los colonos, que estaban advertidos, esperaban callados y torvos la llegada de la fuerza. Fue Nicasio Chambuque, uno de los más antiguos ocupantes, el primero que vio aparecer el escuadrón sobre una cuchilla del monte. Estaba de pie, inmóvil, en el umbral de su rancho, contemplando con cierta melancolía fatalista las sementeras de la chagra, cuando observó la presencia del grupo.

—Ahí vienen los gendarmes—murmuró palideciendo, y mordiéndose casi las palabras entre los dientes apretados.

Lo acometió repentino acceso de cólera, pero se serenó en seguida. Nicasio Chambuque era hombre de grandes energías para el trabajo y de recia y tozuda voluntad;

poseía una de las mejores fincas de la región y vivía orgulloso de haberla hecho con el largo y paciente esfuerzo de sus brazos. Allí vivía, confiado y feliz, entre el amor de su pequeña familia: la mujer y dos hijos, y el cuidado y vigilancia que le imponía el próspero cortijo. Entre el vecindario campesino gozaba de afecto y consideración, porque era muy servicial y porque se le atribuían conocimientos que, aunque no abundantes ni profundos, eran en todo caso superiores a los de la pequeña población agraria.

¿Cuándo sospechó él jamás que un día imprevisto, cuando más tranquilo y agradecido de Dios disfrutaba de la humilde dicha familiar y del sosiego de su chagra, vendría una mano aleva a despojarlo y a lanzarlo de allí con la misma fría indiferencia que se tira los objetos sin valor? Y hé ahí que de pronto, inesperadamente, por virtud de manejos desconocidos y misteriosos, y de leyes que no habían tenido en cuenta a los pobres labriegos, veíase compelido por la violencia a salir de su propia casa, a abandonar lo que era suyo, renunciando incluso a toda esperanza, porque sus razones nunca pesarían lo mismo que las de sus despojadores en la balanza de la humana justicia.

Como sus compañeros, y de acuerdo con ellos, afrontó el adverso litigio; luchó con testaruda fe hasta donde le alcanzaron las fuerzas. Pronto hubo de convencerse, empero, de que era inútil obstinarse en un pleito en que llevaban la peor parte, porque del lado suyo faltaban los recursos y el valimiento mientras que del ótro sobraban el dinero y la influencia. Se sometió, pues, a su destino, pero un gran rencor y un odio sombrío fueron naciendo en su alma. Lo mismo que la copa colmada que se rebasa, el corazón se le llenó de sentimientos oscuros y de vengativos propósitos. ¿Qué importaba que fuese mañana, o

dentro de muchos años? Su odio viviría con él, lo acompañaría siempre a modo de sombra fiel; y esa loca y tenaz esperanza de vindicta, acompañándolo hasta la muerte, tendría como alimento diario sus vivos y atormentadores recuerdos, y como combustible perenne la leña de su rencor.

No todos los colonos se conformaron, sin embargo, con el fallo que los desposeía: quisieron resistir y oponerse a su cumplimiento. Hasta proclamaron la necesidad de contestar a la fuerza con la violencia, rebelándose contra la autoridad y desconociendo el imperio de la ley. ¿Qué más podían perder?—decían—. ¿No era lo mismo morir allí defendiendo lo suyo, que salir como criminales a perecer en cualquier parte? Algúnos, los más viejos, pensaban que ya no tendrían fuerzas ni ánimos para ir a comenzar otra vez, quién sabe dónde, la vida y la lucha. Otros se llenaban de pesimismo cavilando que no valía la pena empezar de nuevo para que mañana les ocurriese lo mismo: que ellos regaran la dura tierra con su sudor para que cualquier salteador viniese a llevarse la cosecha.

La presencia del fuerte destacamento policiaco, armado ostentosamente, y el conocimiento que tenían del carácter de Leonidas Moncayo, autoritario y duro hasta la arbitrariedad y la crueldad cuando era preciso, desvanecieron a lo último todo conato de rebelión. Enfrentarse indefensos a los gendarmes hubiera sido, sin duda, una locura; y si bien es verdad que estaban desesperados y llenas de hiel las almas, aún sobrevivían del naufragio de su resignación el instinto vital y el sentimiento de la familia.

Enterados rápidamente de lo que sucedía, los colonos no tardaron en comparecer todos en la chagra de Nicasio Chambuque. Los congregaba allí el natural instinto de solidaridad y de defensa común. Bastante más de un centenar de labriegos estaban reunidos en el patio del

ranchos, listos a oír la lectura del auto de lanzamiento y la notificación de su ejecución. Mientras el secretario lo leía, aquellos hombres rudos y sencillos, curtidos por la temperie y el trabajo y vestidos todos con extrema pobreza, escuchaban atentamente, con las miradas fijas en el funcionario, los semblantes graves y adustos, y los brazos cruzados sobre el pecho los que no los tenían caídos a lo largo de los costados.

Al terminar la lectura, y tras corto silencio de estupor, un gran murmullo de indignación y de protesta salió del grupo campesino. Se vieron rostros descoloridos y puños crispados.

—Ahora, amigos, —dijo Moncayo con voz de trueno, que pareció tener sarcástica repercusión, y agitando en el aire como martillo su brazo contundente—, a desocupar en el acto estas tierras. Tengo orden superior de hacerle entrega material al doctor Madroño, apoderado de don Tiberio.

Se oyó una voz colérica que decía:

—¡Ladrones!

Sin hacer caso, el Alcalde continuó implacable:

—No nos marcharemos de aquí mientras no salga el último. Aguardaremos hasta la caída del sol.

—De modo que nos roban—dijo otra voz, agria y quejosa—. ¿Y quién nos va a pagar el trabajo que hicimos?

Calixto Madroño intervino entonces con voz apaciguadora, y la astuta faz iluminada por su perenne sonrisa:

—Esta providencia había qué cumplirla irremediablemente, pero a ustedes, amigos, les quedan a salvo sus derechos para reclamar ante los jueces. Les advierto, eso sí, que si se niegan a obedecer, perderán tales derechos, sin contar con que sería una temeridad cualquier resistencia.

Los labriegos no contestaron. Les producía cierta repugnancia despreciativa ese hombre de fisonomía taimada y falsa, y de precaria personalidad física, que era como el instrumento fatal del despojador. Aunque sabía que perdía su tiempo alegando, y sólo porque todos hallaban cierto alivio en desahogar con palabras de protesta su ira y su dolor concentrados, Nicasio Chamбуque, asumiendo la personería tácita de sus compañeros, habló buen rato exponiendo sus quejas y sus razones, que eran las de todos, y como si quisiese dejar constancia de que sólo por la violencia se doblegaban ante la consumación de la iniquidad.

Cuando concluyó su discurso, hubo un arrebatado sedicioso en el grupo.

—No nos iremos de aquí—gritaron—; nos tendrán qué matar.

Después se oyeron exclamaciones rabiosas y reiteradas.

—¡Cochino Gavilán!

—¡Usurero!

—¡Ladrón!

—¡Hijo de mala madre!

Se temió por un momento que pudiera ocurrir un choque entre los irritados colonos y los agentes puestos en guardia; pero en seguida volvieron a calmarse los ánimos. Todavía se escucharon algunas frases satíricas y despectivas contra Madroño. Finalmente, el grupo se disolvió, negándose todos a quedarse para suscribir el acta de la diligencia.

Esa misma mañana algunos abandonaron las tierras de "La Alondra", pero el éxodo formal comenzó después del medio día; el éxodo colectivo, mejor dicho, que fué un desfile doliente y desgarrador como marcha luctuosa. Durante toda la tarde pudo verse, por los caminos y ata-

jos de la montaña, los grupos de labriegos que se alejaban despacio con lo que pudieron llevarse: algunos muebles paupérrimos, ropas, cachivaches domésticos. Ninguno olvidó sus herramientas. En flacas acémilas habían cargado el heterogéneo montón de cosas, de prisa y desordenadamente.

Como casi todos tenían familia, y unos pocos contaban con pequeños rebaños, la marcha resultaba lenta y penosa. A las mujeres ancianas las llevaban a horcajadas sobre bestias de carga colmadas de mochilas, y los niños iban conducidos en cajones, bien atados con cuerdas, o por sus propias madres en brazos. También había algunos enfermos. Tan decaídos estaban que se les veía el sufrimiento físico en los rostros escuálidos, por el esfuerzo que tuvieron que hacer para levantarse del lecho y por la fatiga que les producía el movimiento.

Largo lamento se escuchaba a todo lo largo de la ruta. Con sordo plañido que semejaba cantinela quejumbrosa, ay reiterado de dolor, las mujeres gemían y lloraban con llanto desolado, mientras los hombres avanzaban en silencio, hoscos y sombríos, rumiando su desesperación y su torva impotencia. Parecían máscaras de bronce los semblantes de aquellos hombres. Fatídica luz ardía en sus pupilas, y extraña palidez los cubría acentuando terriblemente las ásperas líneas de sus facciones.

Con frecuencia, se volvían a mirar hacia las chagras que dejaban atrás, abandonadas para siempre; a veces se detenían un rato para contemplarlas más tiempo. Y suspiraban. Y se llenaban de honda angustia sus almas, pensando en los años que pasaron allí, en la humilde dicha y en la confiada paz rural, sin que fuera jamás turbada su vida por el temor ni por la incertidumbre. ¿Qué podían temer, ni qué escrúpulos iban a atormentarlos, si sus conciencias estaban limpias como el agua pura de las vertien-

tes, y si era su ley constante la del trabajo y la probidad? Miraban hacia los ranchos y labranzas, y les parecía que era un sueño aquello: una ilusión que hubiesen vivido allí y pensado con ingenua fe que les pertenecía todo eso; una pesadilla que caminasen ahora como desterrados, al azar, sin rumbo, miserables, y sin saber aún cuál sería el término de ese camino de infortunio.

¿A dónde iban? No lo sabían. Marchaban bajo la mano del destino cruel, porque de Dios no podía ser, y sólo divisaban tinieblas por dondequiera. Marchaban como mendigos, esperando acaso guarecerse, al llegar la noche, bajo el follaje gratuito de algún árbol, o en cualquier cueva oscura llena de tufo de cubil. Tal vez fuesen a llamar, los más afortunados, a la puerta amiga de otros ranchos distantes de allí, donde les diesen pasajero albergue sus dueños. ¡Cuántos irían también a los pueblos y a las ciudades, arrojados allá como esos leños que deja sobre la playa la resaca!

Desde una altura que permitía dominar bastante extensión de tierras, el Alcalde Moncayo y sus compañeros observaban con atención el movimiento de los colonos. Toda la tarde la pasaron bebiendo y hablando, con los vientres repletos y la satisfacción de haber cumplido su deber como ellos lo entendían. Cuando empezaba a oscurecer, y como viese que ya no quedaban sino ranchos vacíos y un gran silencio, Leonidas Moncayo bramó alegremente, frotándose las manazas:

—Se han ido todos; no quedó ni una cucaracha.

Frase impiadosa que fue celebrada por el escuadrón con inconscientes carcajadas.

—Ahora, mi querido doctor Madroño—volvió a decir Moncayo con lisonjera sonrisa—, está usted servido. Nuestro amigo don Tibe no quedará descontento de nosotros.

—Ya lo creo que no—respondió Madroño encantado—; las cosas han ocurrido mucho mejor de lo que pensé.

Poco después emprendieron el regreso a Urbesilla.

Pero un hombre, que quiso ser el último en abandonar su chagra, permaneció en el rancho hasta que todos se marcharon. Fue Nicasio Chambuque. No bien se vió solo en el vasto campo, ahora desierto y lleno de impresionante silencio, se puso a arreglar los pocos objetos que llevaría consigo, hizo cabalgar a su mujer en un caballo, acomodó en ótro a los dos muchachos, y, finalmente, saltando él sobre una mula vieja que era su montura preferida, se dispuso a partir también. Iría a la ciudad, a buscar allí ocupación o un negocio cualquiera, decepcionado y persuadido completamente de que era tiempo perdido seguir luchando en el campo. Empezaba a ser viejo, y había qué pensar en el porvenir de la familia.

Se alejó, pues, de allí; pero en la primera vuelta del alto camino que seguían, hecho en la ladera del monte, detúvose un momento para darle su mudo adiós a la perdida heredad. En aquella callada despedida debió de poner toda su alma, porque las pupilas se le humedecieron y durante algunos segundos le temblaron levemente las barbas. Al volverse hacia la compañera vió que también lloraba en silencio.

Nicasio Chambuque no pudo contener un fugaz arrebató de ira. Sus puños se crisparon, apretando las riendas con tal violencia que hizo retroceder la montura. Una llamarada de odio prendió en sus ojos, como la primera chispa de la hoguera que jamás habría de apagarse.

—¡Maldito Gavilán!—murmuró, de tal suerte que no le oyera su mujer, pues era muy religiosa y enemiga de imprecaciones.

No dijo una palabra más, pero en su corazón, como si se hiciese a sí mismo solemne promesa, guardó la ame-

naza y los inexorables propósitos de venganza que llenaban su espíritu.

Ya en la ciudad, y de ahí en adelante, comenzó para él una larga odisea de empeños sin fortuna y de azarosas luchas. La suerte le fue impropicia en todo momento. No parecía sino que un hado adverso se oponía implacablemente a todos sus esfuerzos, y que en el libro de los destinos se hallara escrita alguna sentencia inapelable que lo condenaba al fracaso y que empezó a cumplirse fielmente desde la fecha aciaga del despojo. De nada le sirvió, pues, su terca energía, ni su obstinada fe en los frutos de la constancia, ni ese estoicismo valeroso con que los hombres de ánimo entero soportan la desgracia y a veces hasta la injusticia misma.

Pronto la miseria se metió por las puertas del hogar de la pequeña familia. Sintieron por primera vez la angustia del hambre y la congoja del desamparo. Para colmo de infortunio, la muerte entró también allí, con taimada cautela, llevándose uno tras otro aquellos dos hijos amadísimos que les dió el amor dichoso y humilde. Este fué un doble golpe, demasiado rudo para la mujer, y que, unido a sus otros padecimientos físicos y morales, acabó con su débil resistencia y con su precaria salud. Un mes más tarde fallecía también la desventurada.

Lo que siguió, lo que vino después, lo recordaba siempre Nicasio Chambuque como se recuerda esos estados de estupor o semi-inconsciencia en que las personas caen por efecto de la fiebre o de intensas conmociones anímicas. Varios días vagó por la ciudad, perdido el sentido del tiempo, arrastrando la sombra de su dolor y perseguido por los obsesionantes recuerdos. Cuando lo acosaba mucho la pena, bebía hasta embriagarse. Intentó hacer algo, y no pudo. Ya no deseaba nada tampoco, ni quería creer ni esperar en nada; la vida y los hombres no le

importaban. ¿Qué interés podía tener para él la vida en adelante? La fe, la ilusión, su fiera energía, todo cuanto fue motivo para existir y arma para luchar, se derrumbó o se deshizo como frágiles e inconsistentes cosas.

Cierta noche, por fin, recordó de improviso que tenía qué hacer algo en el mundo. Su alma se estremeció, sacudida por un sentimiento brusco y sombrío, adormecido pero no muerto: el de su odio profundo, el de su rencor ávido de satisfacciones crueles. Sintió una alegría obscura, y le pareció revivir.

Entonces se puso en marcha otra vez. Las misteriosas fuerzas que rigen los actos y los itinerarios humanos, lleváronlo por distintos caminos y tierras diversas, en peregrinaje azaroso, colmado de peripecias. Casi que fueron aquellas las verdaderas andanzas del vagabundo. Dormía en los establos, entre el fiemo caliente y tufoso, o bajo los árboles o los aleros; comía las bazofias que le tiraban. El abandono de su traje y de su persona acabó por darle el más extraño aspecto de extravagancia.

Así, rodando de tal suerte, fue a parar a "Los Cedros", una de las propiedades de Cortada. Su llegada allí no fue seguramente obra exclusiva de la casualidad: conducido por su secreto propósito, necesitaba estar cerca del hombre que lo despojó y arruinó, y por eso intervino también su voluntad. Muchos meses hacía que se encontraba en aquellas tierras, donde su vida era misteriosa y absurda. Pasaba por loco pacífico, y las gentes lo querían y toleraban benévolamente; lo compadecían mejor dicho. El terrateniente, que no lo conocía y estaba lejos de sospechar quién fuese, consintió tácitamente que se quedara allí y hasta le permitió ocupar un rancho abandonado y ruinoso. A todos divertían la facha estrafalaria del viejo y sus estrambóticas ocurrencias.

Pero "Don Cacho" no era solamente el personaje ex-

céntrico, el hazmerreír: tenía también algo de duende. Conocía al dedillo todos los caminos, trochas y atajos de la montaña, y todos sus escondrijos. Como si estuviese dotado de cierto dón de ubicuidad, se aparecía de pronto donde menos se le esperaba y sin que se pudiera saber por dónde había venido. A veces desaparecía días enteros, hasta el punto de que lo echaban de menos las gentes, pero nadie era capaz de dar razón de su paradero.

Sólo Dios podía saber dónde estaba entonces, y qué extrañas gestiones ocupaban el tiempo de Nicasio Cham-buque, el popular "Don Cacho", espanto de niños y diversión de los colonos de "Los Cedros".

CAPITULO VI

MARIDO Y MUJER

Se hallaban en el comedor, frente a frente, a la hora del medio día. El almuerzo había comenzado ya, y, como de costumbre, Dolores Hinojosa acababa de rezar mentalmente su oración de gracias. Dando vueltas en torno de la pesada mesa redonda, una mujer vieja, de aspecto humilde, se movía silenciosamente, atendiendo el servicio. Aunque la decoración de la estancia correspondía a la calidad de los dueños, pues era casi suntuosa y hasta con visos de elegancia, se observaba al punto la ausencia de las notas alegres y de los detalles risueños. Además de esto, había allí cierto ambiente de antigüedad obstinada que trascendía particularmente de los muebles y de la espesa vajilla, y que chocaba por su exagerada rigidez.

La actitud de Dolores Hinojosa era de una solemnidad habitual en ella. Sentada con gran decoro en el sillón de alto respaldo, comía con suma gravedad y parsimonia, poniendo exquisito cuidado en todos sus gestos y ademanes. Parecía tener la preocupación constante de vigilarse. Pero no comía, mejor dicho, pues apenas probaba las viandas. Bajo la viva luz que entraba al comedor los ras-

gos de su semblante ascético se acusaban con ostensible relieve y con ese aspecto desagradable que les dan a los rostros de las señoras de edad los polvos mal puestos y en abundancia.

Su marido, en cambio, no demostraba sentir interés alguno por las exterioridades y fórmulas; y sin duda gozaba del más satisfactorio apetito, según eran la avidez y el placer con que engullía. La presencia de su mujer no parecía importarle mucho, por otra parte. Hacían, pues, los dos un curioso contraste: ella tan meticulosa y pagada de las buenas maneras; él tan desenfadado y desdeñoso de los preceptos urbanos, acaso porque los ignoraba.

Cuarenta y ocho años aproximadamente tenía Dolores Hinojosa, dos o tres menos que su marido. Era mujer alta y seca, de carácter áspero, que se agriaba con bastante frecuencia. Como si llevase luto de por vida, vestía siempre de negro rigoroso.

Cuando se casó con Tiberio Cortada no había llegado aún a la cuarentena, pero le faltaba bien poco. Fue aquel un matrimonio muy sonado, ya por la categoría de los contrayentes, ya por la enorme sorpresa que produjo en el vecindario tan inesperado suceso. La edad y la casi absoluta carencia de atractivos físicos de la novia, que era entonces una señorita modosa y seria, y ya con tendencias al misticismo, no justificaban, en efecto, la elección de Cortada, quien, por ser hombre rico y de influencias, podía darse el gusto de escoger compañera a su voluntad. La explicaban, en cambio, según el pensar de los vecinos, el hecho de ser Dolores Hinojosa mujer de alta prosapia lugareña, y la razón importantísima de que era muy rica y no tenía parientes.

Sea como fuere, el hecho fue que se casaron, y que así se juntaron en consorcio ventajoso dos grandes fortunas de la localidad bajo una exclusiva gerencia.

Al principio, en el estupor soñoliento de los primeros días, una ráfaga de ilusión pasó por el alma de la desposada; pero la realidad no tardó en imponerse. Matrimonio por conveniencia, no por amor, pero ni siquiera con fines eugenésicos, el singular enlace no podía dar los frutos lógicos que toda unión racional de hombre y mujer persigue: la felicidad y el acuerdo mutuo. Pronto se persuadieron de que en adelante no los ligarían más que el vínculo legal, las consideraciones sociales y la comunidad de intereses. De otro lado, Dolores Hinojosa no podría encontrar nunca en su marido, hombre que sólo pensaba en los negocios y en las satisfacciones materiales, la comprensión necesaria y el sentimiento indispensable para toda cordial intimidad.

Convivían, pues, y se toleraban hasta donde les era posible. Replegada orgullosamente sobre su dignidad de mujer de alcurnia y de relativa educación, y secretamente herida por la decepción conyugal, ella se refugió de modo definitivo en las prácticas devotas y de beneficencia. Pasaba el tiempo entre su casa y la iglesia; entre sus amigas, tan religiosas como ella misma, y el despacho del padre Castañeda, venerable Párroco de Urbesilla. Una fiebre loca de obras piadosas se apoderó de su espíritu desde mucho tiempo atrás. Rezar y edificar, y hacer caridad con ceño adusto, tal parecía ser su programa de señora rica y católica.

Por lo que tocaba con los negocios, aprobó tácitamente desde el principio las gestiones de su marido; tenía gran confianza en su habilidad y capacidades. Cortada demostró por su parte que era merecedor de esa confianza, pues aumentó en pocos años el capital de su mujer, aunque algo menos que el suyo propio. En este punto de intereses nunca tuvieron otra causa de diferencia que los gastos de la mujer, no para su persona, sino para la igle-

sia y los pobres, generosos dispendios que él estaba siempre glosando.

Desde que principió el almuerzo no habían cambiado otras palabras que las indispensables. El rostro de Dolores Hinojosa tenía expresión equívoca de rijosidad y mal humor. No queriendo mirar de frente a su marido, porque le chocaba su glotonería, y porque su indiferente calma la sacaba de quicio, se había vuelto ligeramente de lado en el asiento, dejando de comer por completo, y lo contemplaba de soslayo.

—¿Esperaba usted a alguien esta mañana, Tiberio? —dijo al fin, rompiendo el silencio prolongado.

No respondió al punto, pues tenía la boca llena con desmesurado bocado; pero al cabo de un rato, sin afanarse, contestó, mientras mantenía en el aire, ensartado en el tenedor, enorme trozo de carne:

—No, no esperaba a nadie.

—Se lo pregunto porque aquí estuvo una mujer a buscarlo con mucha insistencia. Debe de ser campesina, a juzgar por su traje, por su estilo de hablar y por sus modales.

—Ajá, todo eso es muy interesante—exclamó Cortada con irónica gravedad, y metiendo entre sus mandíbulas el bocado que tenía listo.

Dolores Hinojosa arrugó más el entrecejo.

—Lo más interesante es otra cosa—afirmó—. Esa mujer no venía sola.

—¿La acompañaba la familia?

—Traía una criatura en los brazos.

—Entonces es probablemente una madre.

—Sí, una madre como hay tantas rodando por ahí, en el desamparo y la miseria.

—¿Y qué quería esa pobre mujer? Supongo que le ha dado usted algún auxilio.

—Si se lo di o nó, es asunto que a mí sola me incumbe. Me parece que no tengo obligación de darle cuenta, Tiberio, de los favores que hago.

—No lo digo por mal, Dolores; y está bien que su mano izquierda no sepa lo que hace su derecha, como lo manda el Evangelio—continuó Cortada en su tono de gravedad irónica—. Los infelices que vienen aquí saben de sobra por qué vienen. Como ésta es una casa de beneficencia. . . .

Ella hizo un movimiento brusco en el asiento.

—Peor sería que fuera una casa de expósitos.

Tras de una pausa de desagrado, durante la cual vio que se agitaban violentamente los párpados de Cortada, siguió diciendo con ostensible irritación:

—No es la primera vez que estas cosas suceden, Tiberio; ni es la primera tampoco que me veo en el caso de reclamarle las consideraciones que merezco. ¿Por qué consiente usted que esas mujeres vengan aquí, a recordarle sus deberes? De puertas para afuera puede usted hacer lo que le parezca, y no seré yo quien pretenda impedirse-lo; pero de puertas para adentro, como señora mando yo, y no estoy dispuesta a tolerar semejantes atrevimientos.

—¿Les he dicho acaso que vengan a buscarme?

—No vendrían seguramente si no tuvieran necesidad.

Tiberio Cortada comenzó a perder la paciencia. No le gustaba discutir con su esposa, y mucho menos sobre cuestiones que únicamente a él podían importarle. Para ponerle término a la polémica, que iba camino de convertirse en disputa, se desentendió por completo de ella, resuelto a no pronunciar palabra más. Una cosa es, sin embargo, lo que el marido se propone, y otra lo que la mujer decide y realiza cuando es enérgica y obstinada. Sin duda Dolores Hinojosa lo que perseguía era otro fin,

porque renunciando en seguida al escabroso tema se puso a hablar con tono más reposado y conciliador, de sus queridas obras pías.

Muchos meses hacía que estaba empeñada, en unión del Párroco de Urbesilla, en la construcción de un nuevo templo y de un asilo para ancianos. Eran sus dos grandes propósitos, sus dos sueños fundamentales. Para llevarlos a cabo daba su propio dinero, organizaba fiestas y bazares, hacía rifas; y las edificaciones avanzaban, porque su tenacidad no conocía límites, a ratos de prisa, a ratos despacio, pero siempre sin detenerse.

—Esta tarde—anunció—tendremos junta donde el Padre Servando. Se va a organizar una colecta para impulsar la obra del templo. Como seguramente no vendremos aquí, quiero saber con cuánto va a contribuir, Tiberio.

—Hace pocos días—observó éste—hizo usted, Dolores, una donación para el asilo. No fue cualquier bagatela, y me parece que por ahora se ha cumplido con esas cosas.

—Nunca es bastante lo que se emplea en el servicio de Dios y en el bien del prójimo—replicó la virtuosa dama.

—Pero ¿a dónde vamos a parar con semejantes dispendios? ¿Se ha imaginado usted que tenemos la obligación de hacernos cargo del culto y de la pobreza?

Dolores Hinojosa se levantó de repente, visiblemente enojada. Su marido permaneció tranquilo, inmóvil. Ella abandonó el comedor, y regresó casi en seguida, lista para salir. Se había puesto lujosa mantilla que le envolvía la cabeza y el busto, dejándole libres únicamente la cara empolvada y las manos pálidas que le temblaban un poco. Parecía estar nerviosa. En la diestra llevaba el libro de oraciones y la camándula.

—Para mañana—dijo con tono imperioso en que vibraba un contenido trémolo de ira—necesito dinero. Espero, Tiberio, que me lo tenga listo temprano:

Media hora después se hallaba en la casa cural. Aunque la reunión era a las tres, ya estaban congregadas allí algunas señoras. Iban a tratar asuntos relacionados con las finanzas eclesiásticas, y de modo especial con los fondos que se necesitaban para llevar adelante la obra del nuevo templo. El dinero con que se contaba se había agotado, y aún faltaba mucho por hacer.

Mientras el Párroco llegaba, las pías señoras se pusieron a hablar de graves asuntos domésticos y de cosas del culto. En esto último parecían encontrar especial placer. Eran como doce, y casi todas vestían de negro, con severidad y con cierto lujo discreto. Tal vez no se habría encontrado una cuyo marido no fuese rico, o por lo menos hombre acomodado.

El Padre Servando Castañeda se presentó por fin. Era hombre de aventajada estatura y tenía aspecto imponente. Sus setenta y cinco años no habían hecho claudicar todavía su fuerte organismo. Pero todo delataba en él la vida ascética y evangélica del buen sacerdote. Su traje eclesiástico era de una pobreza sin ostentación. Hablaba pausadamente, con voz grave y dulce que denunciaba su bondad y que captaba las almas.

Saludó diciendo:

—Hijas mías, que Dios sea con vosotras. Me perdonaréis la tardanza. Tuve qué atender ahora mismo un caso de urgencia.

Echando en seguida investigadora mirada sobre el grupo, como si las contase mentalmente, agregó con tono satisfecho:

—Veo que estáis todas, y os lo agradezco de veras, porque se trata, como sabéis, de una reunión de sumo in-

terés. Pero vamos a mi despacho: es habitación más amplia, donde estaremos con más comodidad.

Fueron allá al punto. El despacho parroquial era, en efecto, estancia de mayor capacidad que la salita de la casa, en la que se hallaban. Por la alta ventana de cristales historiados como los de los templos, penetraba una luz suave y tierna, casi débil, que les comunicaba a los objetos aspectos extraños. Todo era severo y como más religioso bajo aquella luz apaciguadora que lo envolvía: desde el crucifijo prendido en el testero, sobre el sillón del Párroco, y fuera del cual no había más adorno sobre las paredes desnudas, limpias por el jalbegue, hasta las boldosas oscuras y gastadas del pavimento.

Habían hecho traer más sillas. Las señoras se sentaron en círculo, y durante algunos minutos esperaron calladas lo que el sacerdote iba a decirles.

Este habló con su pausa habitual. En el tono con que lo hacía, y en la unción grave de sus palabras, palpataba el fervor de su alma evangélica y ese espíritu apostólico que ponía en todas sus empresas. Era sencillo y elocuente a la vez. Bien sabía él, por otra parte, a quiénes se estaba dirigiendo, y que su discurso iba encaminado, no a convencer a las piadosas feligresas cuyo celo benéfico y cuyos sentimientos de adhesión le eran familiares, sino a explicarles la situación del tesoro y la necesidad de arbitrar nuevos recursos para lo continuación de la obra.

Algúna habló de organizar fiestas de caridad; ótra, bazares. Se propuso también la celebración de veladas, con el fin de recoger fondos. Dolores Hinojosa, que permaneció callada largo rato, intervino a la postre diciendo con cierto tono decisivo:

—Creo que lo mejor es una colecta personal hecha por nosotras mismas. Estoy segura de que ninguna per-

sona de categoría se negará a contribuir. Así, con menos trabajo y con más rapidez, conseguiremos el dinero.

—Pero—observó alguien—, tengan en cuenta que la gente da con más gusto cuando se le ofrece algo en cambio: un rato de diversión, por ejemplo, o el premio de una rifa.

—Esa es la gente ordinaria—replicó Dolores—; la gente común que no da más que centavos o negativas. Siempre me ha parecido que estas colectas deben hacerse entre los vecinos pudientes, entre los ricos. De otro modo no valen la pena. Además, los pobres están para que les demos, nó para que les exijamos lo que no tienen.

—Conozco una viejita—exclamó una señora guasona—que prefiere no desayunar con tal de dar su limosna para la iglesia.

—Es un alma de Dios—dijo el Párroco gravemente, cuando hubo cesado la risa y el comentario que suscitó esta noticia—; y así hay muchas entre la pobresía, que son todas desprendimiento. Pero volviendo al asunto de la forma, estoy con Dolores en que es mejor la colecta personal. Ganaremos tiempo y nos evitaremos tanta gestión innecesaria.

Oído esto, las demás aprobaron.

—Mi esposo y yo queremos iniciar la contribución con una suma apreciable—anunció Dolores Hinojosa, tras de dirigir una mirada de gratitud al Padre Castañeda por la buena acogida de su idea—. El dinero estará a la orden mañana mismo.

—Ya lo oís, hijas mías,—dijo el Párroco—. Ahora sólo nos falta ponerle manos al asunto sin dilación.

No pudiendo ser menos que su cofrade, las demás señoras anunciaron cada una a su turno la cantidad con que iban a contribuir, ofreciendo también que obligarían a sus respectivos maridos a hacer donativos. De es-

ta suerte se contaba ya, por lo pronto, con importante suma, que era lo que se perseguía.

Acordaron en seguida comisiones de tres señoras cada una; hablaron algo más de cosas del culto; y por fin se marcharon. Dolores Hinojosa, que se quedó la última intencionadamente, se dirigió al Párroco para decirle:

—Si no está muy ocupado, Padre Servando, le agradeceré que me permita demorarme algunos minutos.

—Cómo no, hija, cómo no. Ya sabe que siempre estoy dispuesto a servirla, tanto más cuanto que es usted, sin duda, mi mejor feligresa.

—¡No tanto así, Padre, por Dios!

—Sí, hija, sí, aunque esto hiera su modestia. Debo reconocer que es usted mi brazo derecho, y que a su ayuda tan eficaz se debe lo que hemos hecho, y seguramente lo que haremos. ¡Porque aún nos falta tanto por hacer!

Tras de una pausa, preguntó:

—¿Y qué le ocurre, hija? ¿Tiene algún caso de conciencia?

Volviendo a sentarse, como si no sintiera prisa, Dolores comenzó entonces a hablar con acento nervioso, desolado y amargo, mientras el Párroco la escuchaba con profunda atención. No se trataba de ella, no, ni de su propia alma, que, gracias a Dios, gozaba en todo momento de esa envidiable paz dogmática que trae consigo la fe. Se trataba de su marido, del hombre que era ante la iglesia y la sociedad su esposo y compañero, pero que ante ella no había pasado jamás de ser otra cosa que un socio.

Como de costumbre, porque tales quejas y confidencias eran frecuentes, algo así como especie de manía, y viendo que el preámbulo habitual se prolongaba demasiado, el Padre Castañeda la interrumpió con tono de equívoco interés:

—¿De suerte, hija mía, que don Tiberio sigue su vi-

da relajada? Es lástima; ¡vaya si es una verdadera lástima! Hombres como don Tiberio debían ser ejemplo, motivo de edificación para la feligresía, por lo mismo que ocupan posición tan visible e influyente.

La dama se indignó de pronto.

—¡Motivo de edificación Tiberio! ¡Ejemplo para los fieles él! Mucho menos mal sufriría la parroquia si se trajera para que les sirva de espejo a los vecinos, al propio Satanás. Usted no imagina, Padre Servando, hasta dónde ha llegado el descaro de ese hombre. No me respeta ya; parece que hubiera perdido toda noción de moral. Esta mañana...

—¿Tuvieron algún altercado?

—Ojalá así fuera; ojalá me diera oportunidad de tener un disgusto serio. Porque siempre, eso sí, cuida de no excederse en sus palabras. No sé si es que me teme, o que quiere evitar disputas domésticas. Y yo me veo obligada a contenerme, para no tener menos razón que él.

—¿Qué sucedió, pues, hija?

—Esta mañana, a eso de las nueve, una mujer que parecía ser del campo se presentó a preguntar por él. Es moza y hasta bien parecida, pero tiene todo el aspecto de una infeliz. Llevaba una criatura en brazos.

—Ajá—dijo el Párroco—; alguna desventurada tal vez que iba en busca de socorro. ¡Hay tantas pobres gentes necesitadas de la caridad pública!

—Nó—replicó Dolores con tono acerbo y sin eufemismos—: iba en busca del padre de la criatura.

—¿Del padre de la criatura?

—Sí, de Tiberio; de mi propio marido, Padre Servando.

—Ah—exclamó el Cura, desconcertado.

Y prestó entonces mayor atención al relato.

—¿Imagina usted, Padre, lo que esa mujer preten-

día? Pues nada menos que dejar allí la criatura. Se desató en denuestos contra Tiberio, y así vine a saber muchas cosas que ni siquiera sospechaba. Es increíble, es inaudita la conducta de ese hombre. ¡Cómo me ví para persuadirla de que debía volverse a llevar su chico! Le hablé de los deberes de madre, de la ley de Dios. Por último, no tuve más remedio que darle una buena suma para que se marchara.

Dando un gran suspiro, añadió luego con acento de trágica zozobra:

—¡Con tal que no se le ocurra volver!

Permanecieron ambos callados durante un rato. La actitud del Párroco era ahora la del hombre que reflexiona profundamente. Al cabo tornó a hablar con su acostumbrada calma, en tanto que su interlocutora lo oía con visible ansiedad.

—Estas son cosas que suelen ocurrir en el mundo, hija mía—dijo pausadamente—, y que una mujer casada debe soportar con resignación, como buena cristiana, por lo mismo que no tienen fácil remedio. ¿Qué le vamos a hacer a su marido si olvidó sus deberes y se extravió por malos caminos?

—Padre Servando, usted puede hablarle.

—¿Para qué, si ha de ser inútil? Conozco, tanto como usted misma, el carácter de don Tiberio, y no quiero exponer mi sagrada investidura a sus rudezas y sarcasmos. Recuerdo que alguna vez intenté amonestarlo sobre su modo de vivir tan despreocupado de las cosas del alma, y poco le faltó para soltar la risa en mis barbas. ¿Ve usted que sería inútil tratar con él de estos asuntos?

Dolores hizo un movimiento de impaciencia.

—¿De modo que he de seguir tolerando ultrajes? No creo, Padre, que hasta allá me alcanzará la paciencia. La abnegación tiene también su límite. Temo, por otra par-

te, que llegue a creer que mi prudencia es debilidad, y entonces las cosas se pondrán peor cada día.

—¿Qué solución ve usted entonces, hija?

—Separarme de él, si no es posible que cambie de conducta.

—Pero eso no se podría hacer sin escándalo. Piense en las consecuencias que traería semejante paso, y en los trastornos morales que causaría en el fielato acontecimiento tan grave. Si se tratara de un matrimonio cualquiera...

Como la dama callara, el Párroco continuó diciendo con su imperturbable calma:

—Lo que le he aconsejado es lo mejor que puede usted hacer, hija mía. Sobrelleve cristianamente estas miserias, y revístase de santa paciencia. Tal vez don Tiberio él mismo se dé cuenta al fin de lo reprehensible de su conducta, y cambie espontáneamente de proceder. ¡A cuántos maridos han vencido y regenerado la abnegación y la nobleza de sus esposas! ¡Cuántos milagros han hecho en este sentido la ternura de la mujer, su espíritu de sacrificio, su bondad perenne, y esa discreta comprensión que las lleva a ser tolerantes con dignidad y generosas sin flaqueza!

—¡Ay, Padre Servando—exclamó la dama, persuadida apenas a medias—: cuán difíciles son de practicar esas cosas para mujeres como yo!

—Lo sé, hija, lo sé; pero por lo mismo habrá de ser mayor el mérito de llevarlas a cabo. Que todo sea por Dios. Vuelva a su casa, y olvide estas preocupaciones penosas, que yo estoy seguro no la atormentarán más si pone algo de su parte. Continúe su vida ejemplar. A propósito: recuerde, hija mía, que vamos a tener bastante qué hacer con esto de la colecta; y en seguida con lo del asilo; y qué sé yo... ¡tántas otras cuestiones! Como usted es el

alma de todo, me parece que no le va a quedar tiempo de descanso.

—Ciértamente, Padre—asintió Dolores, muy halagada por la importancia que el Párroco les atribuía a sus gestiones—; en verdad, vamos a tener no poco trabajo.

Se levantó en seguida, agregando:

—Mañana, antes del medio día, le enviaré dinero. Para la tarde espero que habremos recogido una buena contribución. Es indispensable activar la edificación cuanto sea posible. Quiero, antes de morir, y eso será mi mayor satisfacción de hija de esta parroquia, dejar concluídas esas dos obras principales: el templo nuevo y el asilo.

El Padre Castañeda rompió a reír suavemente.

—No sólo esas obras dejará usted concluídas—aseguró—; muchas ótras, y muy benéficas, realizará su celo piadoso. ¿Por qué habla usted de morir, hija mía, si aún le quedan muchos años de vida por delante?

—¿Quién puede asegurármelo? La vida es algo tan frágil, Padre Servando; es como la llama de la bujía, que la apaga un soplo.

—Pero Dios querrá darle muchos años y concederle mucha salud, para bien de tódos y para mayor esplendor de nuestro culto. Que así sea.

Alzó el sacerdote con lentitud su diestra rugosa, y la bendijo. Ella inclinó un momento la cabeza, en actitud unciosa y humilde. Después se irguió, arregló los pliegues de su mantilla, y salió del despacho.

Cuando hubo desaparecido, el Padre Castañeda se abismó en honda meditación; pero sus cavilaciones duraron sólomente pocos minutos. Parecía muy contento. Despacio, sin apresurarse, como hombre que sabía que la vida no irá más aprisa porque se corra, se encaminó entonces a sus habitaciones privadas. El también tenía mucho qué hacer, y necesitaba disponerse para salir.

CAPITULO VII

EL AMO DEL CAMPO

El sendero ancho, plano y alegre se tendía ante él, abierto en medio del campo poblado de pequeños cortijos, y marcado a trechos por manchas de árboles y por cercas naturales de tuna. En su mayor parte el camino estaba indicado sólo por la pisadura, que semejaba larga estela blanquecina sobre la llanada verdeante.

Se encontraba en la gándara, en medio de una de sus extensas posesiones, y aunque cabalgaba hacía largo rato sin detenerse, su vista no alcanzaba a divisar los linderos de esa latifundia. Pero a lo lejos, allá en los términos imprecisos del llano, se alzaba la montaña que parecía partir el lapislázuli celeste con el filo de su cuchilla. La distancia le daba tonos difusos y azulencos de horizonte de sueño, matices vagos de crepúsculo matutino, por lo que se veía de color inestable.

El día comenzaba apenas, mas ya el sol cribaba con sus innumerables dardos el dilatado paisaje, levantando vahos calientes del suelo empapado de rocío, y sacudiendo de su aletargamiento nocturno la vegetación que se

estremecía bajo su beso, y que ahora ostentaba un verde tierno y nuevo como de pintura recién puesta.

La jornada del agro debió haber empezado hacía mucho tiempo, según la animación que reinaba ya en todas partes. Vasto rumor y larga palpitación de vida conmovían la alegre campiña. Mientras los hombres se curbaban como arcos en las labranzas, sobre la gleba enigmática, o tras de la yunta que tira el arado primitivo, las mujeres hacían su humilde y callada faena en los ranchos de las chagras, junto a las piedras del fogón, del que ascendían humillos tenues como espirales indecisas. Roncos mugidos de vacadas salían de las dehesas dispersas, confundiendo con el ladrar de los perros guardianes y con el relincho de los potros.

Tiberio Cortada avanzaba contento, brioso, cual rotunda afirmación biológica. Iba, como siempre, muy satisfecho de vivir, porque para él, que todo lo tenía y lo podía, la existencia era grata y el mundo un gran estadio de triunfos continuos. Aquella mañana, lo mismo que otras ocasiones, el dichoso terrateniente dejó su casa con ánimo de recorrer sus dominios, pero más que esto con el propósito de subir a la chagra de Lucumí. Semejante a un globo, su cabeza se henchía con los pensamientos y las imágenes de las cosas que lo preocupaban. Más despierta que nunca y más enconada su pasión por Débora, sus pasos de hombre fuerte y dominador lo llevaban ahora hacia el rancho tranquilo donde reinaba la humilde paz, y a sus irrefrenables deseos juntábase la incierta esperanza, como la llama que vacila dentro de un fanal que baten los vientos.

A trechos, a un lado o a otro del sendero, entre las manchas de árboles, o rompiendo cual una brecha la débil muralla de las cercas de cactus, se abrían las bocas de los caminitos que conducen a los cortijos y se alzaban con

aire de invitación cordial las rústicas portadas hechas con palos toscos, y algunas cubiertas con tejadillos de paja o de zinc.

La montura de Cortada se metió de improviso por un atajo sombrío, de tupida vegetación. Durante algunos minutos galopó vivamente. Atravesó después una llanadita, y volviendo a entrar en otra mancha de monte, se detuvo al fin ante la puerta de un rancho de alegre aspecto. Delante, bajo el socarrén de palmas, y entre columnitas de mal labrada madera, pendían a manera de lámparas apagadas tres canastillas con helechos y flores silvestres. El jalbegue recién puesto le daba a la casita aspecto nuevo, casi de candor, y bajo la luz viva de la mañana blanqueaba jubilosa y alegremente, haciendo contraste con la pintura de la puerta y de la única ventana, por cuyos huecos asomaban cortinillas pobres de zaraza y se veía unos pocos muebles sencillos y de escaso valor.

Sin duda, allí también reinaba la dicha humilde. Lo denunciaban ese campesino ajuar, casi lujoso, y la tranquila paz que parecía envolverlo todo. Tiberio Cortada, que se había detenido algunas veces en aquel rancho, para hablar con su dueño, recordaba siempre la impresión que le produjo la cara de la mujer, el día de las bodas, durante la comida campestre con que se celebró el suceso, y en el baile ingenuo y pintoresco que a ella siguió. Era una cara cándida y como asustada, a la que comunicaba aire monjil la blancura del atavío nupcial, y en la que brillaban, como luces nuevas, negras y rojas, los ojos llenos de estupor y la boca fresca.

Tres meses habían transcurrido desde entonces. En las ocasiones que pasó por allí, y que arrimaba en són de saludo, encontró siempre al dueño del rancho, un jayante joven, risueño y laborioso como las bestias de trabajo. Por los signos que daba, era seguramente hombre fe-

liz. No tenía, por otra parte, motivos para quejarse: poseía mujer, compañera bonita, hacendosa y buena, que lo quería, y pasaba por ser, entre los arrendatarios de tierra baja, uno de los más prósperos.

Apeándose con calma, Cortada se paró ante el umbral, y exclamó en voz alta:

—¡Eh! ¿No hay nadie aquí? ¿Dónde está la gente?

La mujer salió, al cabo de un rato. Era, en efecto, moza atractiva por su particular gracia física y por el aire de lozanía que ostentaba toda su persona. Acaso no hubiese llegado aún a los veinte años. Negra y joyante, la espesa mata de pelo caía hacia atrás en dos trenzas magníficas, y parecía proyectar su sombra sobre la carne morena, de gallardas turgencias y de suave palidez. Bajo la falda clara se le veían los pies desnudos, muy limpios, y el arranque vigoroso de las pantorrillas. Los brazos también los tenía desnudos, como el cuello y el nacimiento del pecho, todo lo cual dejaba a la vista la sencilla camisa con que se cubría el busto.

Seguramente estaba entregada en aquel momento a los oficios domésticos, porque un soflama de fuego y de agitación le coloreaba el semblante. Al ver a Cortada no pudo contener un movimiento de indecisión. Trató de ocultar avergonzada su pecho y sus brazos, y sintió que olas de sangre caliente se le agolpaban en las mejillas. Como viese que Cortada no se movía, sino que la miraba sonriente y de pie, como esperando una palabra de saludo o de invitación, se tranquilizó y habló al cabo:

—Anselmo no está aquí, pero sea bien venido, don Tiberio. ¿Va usted para "Los Cedros"?

—Para allá voy, hija, y muchas gracias.

—Ha madrugado.

—Pues cómo no. Es tan buena cosa ver salir el sol y respirar el aire fresco de la mañana.

Tras de corta pausa, inquirió:

—¿Dice usted que Anselmo ha salido? Lástima, porque quería hablar con él de algo que nos interesa. Supongo que no tardará. ¿Anda por el campo?

—Nó, fue a la ciudad, a una diligencia en la Alcaldía. Un gendarme vino a llamarlo muy temprano.

—¿Y hace mucho salió?

—Poco hace. Cuando llamó usted en la puerta, ellos acababan de irse.

—Ajá—dijo Cortada, echando con disimulo una mirada rápida en derredor—; pues lo mejor será marcharme entonces; otro día volveré.

En seguida agregó, de pronto:

—¿Quiere darme un poco de agua, Felisa?

Sin decir palabra la moza se encaminó al interior del rancho, donde se demoró algunos minutos. Al regresar, encontró a Cortada sentado tranquilamente en la salita.

—Permítame descansar un poco—explicó él, mientras recibía la vasija con agua—. ¡Qué bien se está aquí! Es muy bonita su casita, Felisa.

—Pues ahí la tiene, don Tiberio.

—Tan bonita y tan sabrosa como su dueña.

—Dios le pague esas flores—respondió la moza, encendida de nuevo por el rubor y con cierta oculta inquietud.

Después preguntó con afectado interés:

—Y misía Lola, ¿cómo está?

Levantándose para devolver la vasija, Cortada respondió dándole a su voz tono inusitado:

—Gracias. ¡Qué sed tenía! Misía Lola está bien; aunque no tanto como usted, que parece flor recién cogida. Recuerdo cuando se casó usted, Felisa, lo bonita que se veía con sus galas de novia; pero ahora la encuentro mucho mejor.

Ella no sabía qué contestar ya. Confusa y aturdida, y también un poco atemorizada por el respeto que le inspiraba el terrateniente, de quien su marido era arrendatario, permanecía de pies, inmóvil, con la vista baja, en expectativa de que Cortada se despidiera.

Pero éste, aproximándose de improviso, la cogió por los brazos, y, bruscamente, con estupefacción de la moza, la apretó contra él y se puso a besarla con frenesí. Su boca ávida y sensual, temblorosa y sin color, se adhería como ventosa a los labios frescos, al cuello turgente y estremecido, a los brazos desnudos, de prieta carne. Turbulenta oleada de bárbaros deseos sacudíalo. Y no acertaba a hablar, porque en ese minuto todo él no era más que instinto, pasión desencadenada, necesidad turbia y animal.

La mujer reaccionó:

—Déjeme... Anselmo va a venir...

Trató de desasirse, sin conseguirlo. Pero ella también debió sentir el brusco despertar del deseo, bajo la presión lúbrica de aquel hombre, porque empezó a desfallecer suspirante, y dejó de repente de forcejear. Entonces Cortada, ciego y fuera de sí, la empujó hasta el aposento contiguo, que era la alcoba, cuya puerta cerró de un puntapié, mientras la levantaba en vilo con sus brazos robustos, lo mismo que si fuese pequeño paquete.

Al salir de allí, tomó a trote largo el camino de ascenso para "Los Cedros". Viva y ardiente luz bañaba el campo. Sobre la gleba, el trajín continuaba; iba en aumento, mejor dicho. Cortada se encontraba de cuándo en cuándo con labriegos que lo saludaban quitándose respetuosamente los anchos sombreros de palma. Algunas veces encontraba también mujeres que andaban despacio, y que llevaban sobre las cabezas, con destreza de equilibristas, cántaros colmados o bateas de tosca madera. Lo

miraban de soslayo, con rapidez, y como tódas lo conocían, le hacían la salutación ritual con su voz grave y cantarina de criollas lánguidas.

A estas mujeres del agro, de la tierra baja y caliente, el aire campesino les da lozanías de frutas puestas al sol; se les dora la piel morena, se les adormece el mirar, y sus mejillas y sus labios toman un color mate, de suave y cansada palidez. Parecen crecidas algunas bajo la sombra de los árboles, a la apaciguada luz que filtra el follaje.

Ya en plena travesía, en lo alto, echó por el atajo que llevaba a la chagra de Zacarías Aldana, no tardando en llegar al rancho del colono. Una criatura lloraba rabiamente, no se sabía dónde, mientras una voz de mujer trataba de amedrentarla con amenazas.

—Cállate, mocoso; que si no te callas, he de llamar a Don Cacho para que te lleve.

Saludó Cortada con fuertes voces, y a poco un hombre apareció en el umbral.

—¡Hola, Zacarías! ¿Qué tal vamos?

—Ya lo ve, don Tiberio—respondió el labriego sonriendo y adelantándose a tener la montura para que descabalgase el patrón—; me alegra verlo por aquí.

—¿Hay novedades?

—No señor; nada que merezca la pena.

Aldana se quedó mirando por algunos instantes el accidentado labrantío que tenía al frente, y repuso en seguida con cierta displicencia:

—A menos que sea una novedad lo que aconteció anoche...

—¿Qué ocurrió, Zacarías?

—Cosas que no faltan por estas lomas. La peonada que trabaja en aquella obra que mandó usted hacer, se puso levantisca con motivo de la última paga, y Jacinto,

el de la pulpería, tuvo qué rayar a uno de ellos. Fue asunto obligado, según me dijo el capataz.

—¿Se refiere a los muchachos que están abriendo la trocha nueva?

—A los mismos, don Tiberio.

—¿Y cómo pasó el cacho?

—Pues le explicaré: Jacinto, como usted sabe, tiene la pulpería a un lado del campamento, y allí va la peonada todas las noches a beber y a jugar. Como la plata se les acaba pronto, acuden al fiado, pero al final de la semana pagan todos cumplidamente. El que no paga, pierde el crédito.

—Es claro—interrumpió Cortada con un cabezaso.

—Bien, señor—siguió contando Zacarías Aldana—: la cuestión es que nunca ocurren pleitos, porque cada cual comprende que le trae más cuenta ser honrado; pero anoche, uno de los peones, que estaba bastante endeudado, porque en la semana bebió más de lo que es de ley, se negó a pagar el consumo. Me parece que debió pensar que si pagaba se iba a quedar pelado, y que pasaría una noche de perros. ¡Pasar el fin de la semana sin plata! Como Jacinto es hombre que no se mama el dedo, le exigió al capataz que le diera el jornal a él, y así se hizo la cosa. Pues allí fueron las alegres: el peón se alzó y se puso a insultar al capataz y al pulpero; por último, hecho un saíno bravo, se fue sobre Jacinto, a cuchillo limpio, y éste tuvo qué defenderse. No se sabe bien cómo fue, pero el caso es que el peón resultó rayado en la cara.

—Ajá—exclamó Cortada concisamente—; ¿y es grave el aruño?

—No parece serlo; lo curaron ya, y anda como si tal.

—Bueno, tanto mejor. Hablando de otro asunto, Zacarías, me gustaría mucho darle un vistazo a la trocha. Esa vereda me interesa bastante. Si no tiene algo ur-

gente qué hacer ahora, iremos juntos hasta allá.

Cabalgaron ambos, el uno en su brioso y fino caballo de hombre rico y jinete de pro; el otro en el rocín de ordinaria estampa que acostumbra el labriego pobre. No estaba muy lejos de allí el campamento. Cuando llegaron, la cuadrilla de hombres trabajaba bajo las órdenes de un caporal. Eran como cincuenta, pero por el tráfico que se veía parecían ser muchos más. En tres ranchos provisionales, y todos levantados en distintos puntos, trajinaban algunas mujeres.

La peonada se componía, casi en su totalidad, de sujetos cuya edad oscilaba entre los treinta y los cuarenta años; eran hombres curtidos, recios, de aspecto burdo pero que no se asemejaba al del paleta. Daban la impresión de hallarse de paso y de que iban a emprender la marcha de un momento a otro. Aunque entre ellos había individuos de la comarca, la mayor parte era gente de fuera, venida de diversas regiones; gente que tenía el aire de lo inestable, de lo transitorio y provisional. Se hubiera pensado, sin esfuerzo de imaginación, que ese grupo laborioso, estacionado allí brevemente, por semanas o meses, era una tribu nómada que alzó su tienda en aquel punto, para descansar o pasar la noche.

A diferencia de lo acostumbrado en las haciendas y cortijos, donde el peón suele ser permanente, y llega hasta radicarse del todo, los hombres que trabajaban en la trocha, y acaso por la misma naturaleza de la obra, se dispersarían concluida ésta: los unos para seguir su vida andariega y de azar; los otros para volver al trabajo ordinario, de ganapanes del campo, allí mismo o en los contornos. Tal es la suerte varia y el proteico destino de los primeros, que van como a la deriva por las turbulentas aguas de una existencia accidentada y sin itinerario fijo, tan diferente de la del campesino que se vinculó a la tierra pa-

ra siempre, adhiriéndose a ella con desesperado amor y fincando en ella su planta como la raíz del árbol.

Junto al campamento, hacia la izquierda, se alzaba ancha barraca de palos, cubierta con techo de zinc. Una tabla indicaba lo que era: tienda, pulpería o cantina, pero en todo caso miscelánea, pues en ella se expendía de todo: ropa ordinaria, comestibles, pólvora, tabaco, y sobre todo licores. El aguardiente tenía allí activo consumo. En lo interior, tras de la estantería, estaba el local donde se reunían por las noches, a beber y a jugar; habitación llena de tufo alcohólicos, de rastros negros de humo y de penumbra triste. . . En las horas diurnas solía permanecer sola, pero no bien obscurecía tomaba otro aspecto con la luz de las linternas de gas y la animación de la concurrencia. Entonces era como templo, o lugar de romería, pues hasta de otros lugares cercanos llegaban gentes a solazarse un rato: labriegos y peones de la vecindad. Esto ocurría especialmente los sábados.

Jacinto, el pulpero, hacía su negocio; daba a la venta sin competencia ni control su mercadería, y se llenaba los bolsillos con el salario íntegro de la peonada. Porque tanto los labriegos estables como el trabajador transeúnte convergían al tenducho, con sus pequeñas necesidades y con sus pobres vicios, llevando siempre al salir el propósito de volver.

Entre el capataz, que efectuaba el pago a fin de semana, el astuto pulpero y Zacarías Aldana, formaban la trinca explotadora. Era una pequeña asociación que obtenía utilidades apreciables para la partija cordial. Y no había riesgo de pérdidas, porque el pagador, avisado oportunamente por el pulpero, tenía buen cuidado de retenerle el salario al peón remiso cuando éste, haciendo uso del crédito, acababa la semana endeudado. Justo es decir, empero, que rara vez ocurrían disgustos, porque el clien-

te sabía por experiencia que es mejor negocio pagar, a fin de tener la puerta abierta.

Cortada observó de pronto, a pocos pasos de allí, un hombre que tenía la cara con vendajes.

—¿Es ése?—le preguntó a Zacarías.

—Sí—respondió el interpelado—; ese es.

Pero el sujeto no daba señales de hallarse muy incómodo por la herida, pues se movía como si estuviese sano. Trabajaba lo mismo que los demás. Seguramente se trataba nada más que de una lesión superficial, o un rasguño de esos con que el manejador experto del cuchillo marca a su contrario, sin propósitos homicidas y sólo por dejarle un recuerdo.

Alzándose de hombros, Cortada echó a andar despacio, para revisar en detalle los trabajos. Tódos estaban ya en la obra. Semejante a un bosquejo de camino, la boca de la estrecha vereda se abría entre el propio monte, ceñida por altos árboles, y la vía empezaba a tenderse, como cinta oscura, siguiendo el rumbo que le señalaban las hachas y los machetes. Sordos ruidos llenaban el aire. De la tierra cubierta de vegetación destrozada, y del follaje estremecido, todo palpitante, caliente y vivo como la entraña de un animal, salía un olor acre, de intenso sabor, en el que se confundía el grato aroma de las resinas con la fragancia casi sexual de la gleba removida y de los árboles heridos que ostentaban, por la corteza entreabierta, sus carnes blancas y rosadas, de áspero perfume.

Los rudos hombres ofrecían extraño aspecto: llevaban la ropa usual, y ésta era miserable; miserable como sus vidas oscuras de gentes que vegetan en los silos sociales, en el subsuelo humano. Se les adivinaba la precaria existencia que hacían, azarosa y proteica, en los cuerpos duros que maceró el trabajo físico, en los rostros adustos donde imprimieron su tatuaje indeleble las ardientes ca-

nículas, las lluvias bruscas, las ventiscas que muerden la piel y que la barnizan de sombra.

Aunque parecían estoicos y conformes, y llenos de ese aire de indiferente y callado fatalismo con que el palurdo se acomoda a su suerte, saltaba a la vista en estos hombres una especie de voluntad y de latente rebeldía, cuya única expresión era en los más el instinto trashumante y cierto conato arisco de amor propio, susceptible y rijoso. Debían de entender el destino humano como un paso obligado y poco agradable por el mundo, puesto que para ellos era tan duro el vivir, y tan monótono y material; pero se compensaban, sin duda, de privaciones y miserias, con recursos artificiales, el aguardiente, por ejemplo, ese brebaje del trópico, destilado en alambiques de sol y condimentado con esencias de pasión y sueños de selva. Por otra parte, ¿no era una forma de felicidad bárbara vivir así, en aquella ignorancia que si no libra de los dolores fisiológicos pone a cubierto al menos de las inquietudes y angustias espirituales, y que permite dormir como la bestia satisfecha y cansada después de la faena? Ignorancia, miseria, jornales ruines, explotación... ¡qué barahúnda de tonterías! ¡Bah!

Y el satisfecho latifundista, a quien nada de aquello podía interesarle, cabalgó de nuevo, desatando su montura de una estaca a que la amarró mientras inspeccionaba el lugar.

—¿Se marcha ya?—dijo Zacarías—; ¿y a dónde va ahora?

—A la chagra de Eustacio. Tengo qué hablar con él.

—Ah—exclamó el ótro, simulando candidez—; ¿y no quiere que lo acompañe?

—Nó, no es preciso; puedo ir solo muy bien.

Era casi medio día cuando llegó al rancho de Lucumí. El sol flechaba con más violencia que antes los cam-

pos, que parecían arder sin consumirse en lenta combustión de oro y esmeraldas. Largo rato hacía que la gente de la chagra almorzó, fiel a la tradicional costumbre rústica de hacerlo temprano. En aquel momento tomaban seguramente un descanso, porque no se oía trajines caseros ni de las labranzas venía rumor alguno. Adentro, en la salita, sentada en un banco, Fabiana ocupaba su ocio en zurcir ropa de la casa, mientras afuera, a la sombra que proyectaba el alero, Eustacio hacía una especie de corta siesta, dormitando a medias, y a medias chupando su pipa. Como de costumbre, "Sansón" estaba allí, echado inmóvil a sus pies.

La llegada de Cortada hizo que el perro lanzara breve ladrido. Eustacio se despabiló, sobresaltado.

—Eh, ¿qué fue, Sansón? ¿Por qué rezongas tanto?

—Ese animal no puede verme—exclamó Cortada arrimando y como si respondiese por el perro—; siempre me gruñe. Creo que no le hago ninguna gracia.

—Sansón es buena persona—replicó el labriego riendo y en són de broma y de defensa—; es que no lo conoce bien; como lo ve con poca frecuencia...

Con su habitual interés, el patrón preguntó por la familia.

—Por ahí dentro deben de estar, en quehaceres y vueltas... Y usted, don Tiberio, ¿viene ahora del pueblo, o andaba por acá?

—Desde muy temprano subí. Quería ver cómo marcha la trocha que están abriendo. Luégo, pensando que me hallaba cerca, resolví venir a darle un saludo.

—Dios se lo pague, don Tiberio.

Este se apeó, porque no tenía prisa y porque deseaba aguardar un poco por ver si Débora salía. A preguntar por ella no se animaba ahora, temeroso de despertar

recelos y suspicacias y lleno de esa prudencia cautelosa que le era peculiar mientras no lo cegaba la pasión.

Su mirada, que se paseaba escrutadora por el accidentado terreno, se fijó de pronto en cierto punto distante de la cuchilla, de donde se alzaba una humareda.

—¿Qué es eso?—inquirió, señalando con el índice en tal dirección.

—Es una quema. Le estoy metiendo fuego a un montecito que tumbé. Se acerca el tiempo de lluvias, y quiero aprovecharlo para la sembradura.

—A juzgar por el humo—observó Cortada—, el lote debe ser regular.

—Pues no es un pite, don Tiberio. Hay sus buenas placitas.

Cortada volvió a mirar hacia lo lejos, como si lo fascinase el espectáculo. Desde la tarde del día anterior estaba ardiendo el monte. Desprendiéndose de la tierra, como denso efluvio blanquecino, o como monstruoso ectoplasma, una nube de humo se alzaba continuamente, cerrando el alto horizonte y envolviendo en su espeso velo parte de la cuchilla. Se adivinaba, más que se veía, lamando el terreno cubierto de vegetación talada, la insaciable lengua de fuego, áspera y ardiente, y fagedénica como el apetito de la fiera que ayunó muchos días. No se podía saber con certeza si era ilusión o era realidad, pero el hecho es que hasta allí llegaban, traídos por el aire inquieto, vahos tibios y vagos olores de monte incinerado, y que a Cortada le parecía sentir sobre la piel esa impresión suave y grata que produce la proximidad del rescoldo de las hogueras. Creía también oír, sutilmente, la crepitación de la maleza retorciéndose entre las llamas con extraños gritos de dolor.

No obstante la claridad del día, tan intensa, había momentos en que acaso por el espesor de la humareda,

que tomaba tonos de ceniza, era posible distinguir bien el color rojizo de las chispas, volando en disperso y caprichoso juego de pirotecnia. De cuándo en cuándo se veía también llamaradas brucas, insólitas, de fogata agónica, que persistían un instante y se apagaban luego cual si se las tragase la tierra.

—De noche debe verse mejor—dijo Cortada con simulada indiferencia.

—Sí, señor se ve muy bonito: de noche parece fuegos artificiales. Bueno para una fiesta, ¿no, don Tiberio?

—Pues cómo no—volvió a decir este, distraído por que estaba echando cuentas mentalmente.

En seguida agregó:

—Y a propósito: ya no están lejos las fiestas de la feria. Creo que esta vez serán de las más sonadas.

—¿Por qué lo dice?

—Parece que vendrá mucha gente, y que habrá por tanto muchos negocios.

—Ah, —exclamó Lucumí, no sabiendo si alegrarse o permanecer indiferente.

Y se quedó un minuto meditabundo, cavilando en la aleatoria parte que le correspondería en el concurso. ¿Le iba a traer algún provecho la feria, o sería un acontecimiento sin beneficio para él, como lo fueron otras? A pesar de toda posibilidad contraria, la tenaz y crédula esperanza que nunca abandona al hombre le hizo pensar que bien podía ser esa la oportunidad de la suerte, la hora de la fortuna. Tal vez el azar le reservase algo imprevisto, un buen negocio cualquiera.

Cortada, entre tanto, y con cauteloso disimulo, hurgaba con los ojos el interior del rancho, ávido de descubrir la presencia de Débora. Tenía hambre de verla. Fieros anhelos de ir en su busca y encontrarla lo acometían,

pero lo refrenaba a la vez el temor de echar las cosas a perder.

¿Dónde estaría? Se levantó con calma, y sin afán, lentamente, conteniendo los encabritados potros de su impaciencia, dió algunos pasos por el patio. Miró en dirección del ojo de agua, hacia la poceta y el lavadero, con la ilusión de verla allí. Nada; ni un leve indicio siquiera de su persona.

Comenzó a fastidiarse. Sentía que le corrían por el cuerpo batallones de diminutas hormigas y que la garganta se le llenaba de áspera sequedad. Hondos hervores de desazón y de naciente disgusto lanzaban a sus pupilas zahorís, oscuras y móviles, burbujas relampagueantes como puntitos fatuos de sangre o de fuego.

Al fin—¡ah, por fin!—Débora asomó a la salita. Miró al patrón tranquila, ingenua, como si por primera vez lo viera, y, colocándose al lado de Fabiana, saludó desde allí cortésmente. Su voz era grave, modosa, de extraña y como afectada candidez. Deliberadamente, evitaba que sus ojos se encontraran con los de Cortada.

Ella habló, de pronto.

—Madre, ya están arregladas aquellas ropas. ¿Quiere que le ayude con éstas?

—No, hija; vaya mejor a la cocina, y dele un vistazo a la merienda.

Desde afuera, Eustacio observó:

—Almorcé a las diez, es la una pasada apenas, y ya estoy con bastante hambre. ¡Caray, pues parezco un mocoso de escuela! También es verdad que cuando no se trabaja, como hoy, la barriga le pide más al hombre. Qué raro: le pide más cuando lo merece menos.

Débora salió, sin decir palabra. La mirada canina del terrateniente se fue tras ella, siguiéndola con desesperación de naufrago que ve desvanecerse en la distancia el

barco salvador. Se aferraba a su talle, a sus caderas, a sus pantorrillas, con ansia loca de posesión; se hincaba furiosa en su nuca blanca y en las turgencias que adivinaba, y que parecían huírle burlonas. Era como el perro que husmea la cercana presa, que se pone de pronto sobre el caliente rastro, y que imprevistamente lo pierde.

Desaparecida la moza, volvió en sí con un sentimiento amargo de sombrío y contenido enfado. Ahora tenía la sensación ciérta de que Débora lo eludía. Sí, trataba de evitar su presencia y su encuentro. Pero, ¿por qué? ¿Qué razón había para esa conducta evasiva y tal vez desdeñosa?

Recordó de improviso quién era él, y su ceño se arrugó ferozmente. Quiso sonreír luego, sin lograr hacer más que una mueca. Adentro, en su alma, fermentaba el rencor, la ira, el despecho. Sentía una confusa necesidad de causar males y daños, de golpear algo, de destruir. Después se calmó.

—Denme agua—pidió con la voz un poco ronca.

Fabiana le trajo, solícita, y él bebió con avidez, haciendo un glu-glu típico, de rumor de corriente subterránea. Apagada su sed bárbara, soltó un gran regüeldo.

Se despidió. Un tic nervioso le sacudía los labios al cabalgar. En seguida se alejó, al mismo trote largo que trajo. Aunque volvió la cabeza dos veces para mirar, no pudo ver más a Débora. La moza permanecía obstinadamente invisible.

Para aliviarse, Cortada resolló fuerte y hondo. Se ahogaba. Espoleó la montura con rabia. Evidentemente, esta vez, y con ello no había contado, se alejaba de muy mal humor, de un fatídico mal humor, de la chagra de Lucumí.

CAPITULO VIII

LA CONFIDENCIA DE FERMIN

Hablando cuando le tocaba el turno de hacerlo, y dándole al serrucho a la vez, porque era hombre que no perdía tiempo y tenía, además, la firme creencia de que la palabra no es incompatible con el obrar, Celso Viaque, el aserrador, escuchaba con atento interés el vivo relato que le hacía de su vida Fermín Lascano.

Dos horas, por lo menos, llevaba éste de estar allí, a la sombra del cobertizo, a donde llegó poco después del medio día, traído por la necesidad y el propósito de confiarle a su amigo lo que le pasaba y de solicitarle consejo. En su frente, obscurecida por la preocupación, se veía la huella tenaz de una pena oculta; y como si quisiese que sus palabras se grabaran más hondamente en la memoria de su interlocutor, para que las recordase en todo momento, su voz era lenta y asordinada cual esas cantinelas que se oyen, sin saberse de dónde proceden, que se repiten hasta lo infinito, y que producen en el ánimo una impresión triste y febril de vaga nostalgia.

—¿Y dice usted—exclamó Viaque, parando de pron-

to de trabajar—que el “Gavilán” le hizo un regalo, y ella se lo devolvió?

—Sí, Celso: yo le pedí que devolviera esa baratija, cuando ella misma me contó lo ocurrido. Débora me dijo después que así lo había hecho.

—Pues no ha de estar contento ese garañón sinvergüenza. Me imagino a Tibe tirándose las púas de la cabeza, él que está tan acostumbrado a que estas campesinas se le rindan como si fueran sus mujeres propias. Pero dígame, Fermín: ¿se han dado cuenta de la cosa los padres de la jovencita? ¿Qué piensan Eustacio y su mujer?

—Me parece que no se han dado cuenta.

—Es tan zorro ese “Gavilán”... Y lo suyo ¿cómo lo ven?

—Tampoco saben nada. Puede que hayan comprendido algo. Yo nada he querido manifestarles aún.

—¿Por qué?

—Porque espero poder casarme. Quiero que cuando vaya y les diga: denme a Débora por mujer, sea cosa de salir inmediatamente para la iglesia. ¿Me entiende, Celso?

—Le entiendo, amigo, y me parece bien pensado. Pero... mientras tanto...

—¿Mientras tanto qué, Celso?

—Me parece que el “Gavilán”, con lo porfiado que es, no va a dejar la mocita tranquila. Ese hombre es terco como él solo, y pues que tiene la plata y manda...

Viendo que Fermín no replicaba ahora, lo miró fijamente, y observó que estaba con la testa agachada y las manos caídas entre las rodillas.

—Amigo Fermín—volvió a decir después de un rato, con voz jovial—: ¿cree usted que la joven lo estima lo suficiente?

—En cuanto a eso... Pero ¿por qué lo pregunta?

—Por nada, por mera curiosidad. Y usted ¿qué tanto es lo que la estima?

—¿Yo? ¡Ay, Celso: ojalá pudiera decirle lo que la estimo! Ojalá le pudiera pintar lo que por ella siento. ¿Sabe usted cuál es el cariño más grande que yo guardo? La vieja Teodosia, la honrada mujer que me parió. Es tan buena, y tanto la quiero, que por ella moriría gustoso mil veces. Todo lo poquito que soy lo daría con gusto por ella. ¿Usted comprende bien esto, Celso? ¿Se da cuenta de lo que le quiero decir? Pues óigame entonces, para que pueda apreciar lo que siento por la hija de Lucumí: a Débora, Celso, a Débora... ¡la quiero más que a la vieja Teodosia!

—Mucha ley le tiene usted, Fermín, por lo que veo, y esto era lo que quería saber.

Hizo una pausa el aserrador, durante la cual pareció reflexionar gravemente, y al cabo habló así:

—Vino usted a pedirme consejo, y no seré yo quien se lo niegue. Alguna vez—¿lo recuerda amigo?—le dije en este mismo lugar, bajo esta misma ramada que muy pronto quizás habrá de cobijar a ótros, lo que me parece que ha de ser el hombre en la tierra: un sér que va de paso no más, y que se detiene un momento. Nacimos para luchar y para caminar, Fermín. Por eso le digo, ya que vuelve a ofrecerse, que hay qué ser libre sobre todo. Libre como el animal del monte, como el pájaro del aire. Hombre que se encadena es hombre que labra su esclavitud y su desgracia.

—Nadie se encadena por gusto, Celso—interrumpió vivamente Fermín Lascano—; nos encadenan, hay algo que nos encadena.

—Así es—convino el aserrador—; y por eso, justo y cabal, es que veo su asunto por otro lado. Pero quería hacerle notar todas las razones, la pro y la contra, por-

que tal es mi obligación, y porque mi conciencia me dicta que he de explicar la causa de que piense yo de un modo y aconseje de ótro. ¿Estoy diciendo algo, amigo Fermín? Pues bien, aliviado de escrúpulos, y puesto que le hice presente mis motivos, allá va sin más vueltas ese consejo que me pide: si tan enamorado está como me cuenta, y no cree equivocarse, cásese usted, Fermín. Mañales de este calibre me parece que no tienen otro remedio. Pero cásese ya, sin más cavilar sobre el asunto.

Dando un suspiro de satisfacción, y sonriendo con cierto aire infantil, Fermín respondió en seguida:

—Tal es mi deseo, Celso; y créame que le agradezco el consejo. ¡Mañana mismo me casara, ey!

Calló un momento, meditabundo, y continuó:

—No hay más que un punto que me espina en esta cuestión; un punto nada más, pero que es como si fuera todos los puntos. Soy pobre, no tengo rancho aún, apenas comienzo a trabajar. ¿Qué dirá de esto Lucumí? Y sobre todo, ¿cómo se pondrá la vida después, con tales inicios?

—No importa. El hombre de verdad no le teme a la vida. ¿Acaso le temo yo, que ya estoy viejo? Mozo es usted, Fermín con muchos años por delante y con muchos hígados, como conviene a los varones. A su edad, yo lo veía todo chiquito: el mundo, los hombres, las dificultades. Pero, volviendo a nuestro asunto, me parece, amigo, que su problema no es propiamente de yantar, ni de tener en dónde meterse, que, al fin y al cabo, y por mal que le vaya, nunca le faltará al cristiano un cobijo, ni un pan para llevarse a la boca. Su problema, Fermín, es cosa más honda: es de querencia, y acaso de tranquilidad. Tiene un enemigo al frente, y es contra él que le tocará defenderse.

—Sí, ya lo veo—exclamó el mozo, poniéndose re-

pentinamente torvo—; el enemigo es el “Gavilán”.

—Mientras esté soltera la jovencita—volvió a hablar el aserrador—ese maldito Tibe seguirá en su idea, y no querrá dejar la presa hasta que la logre. En cambio, viéndola ya con dueño, me parece que se andará con más cuidado.

Hizo una larga pausa, como si quisiera esperar el efecto de sus palabras, y repitió con cierto énfasis:

—Sí, me parece que se andará con más cuidado, Fermín. Y si no fuere así, ya se encargará usted de enseñárselo.

Bruscamente, con ímpetu que delataba su interno sacudimiento, Fermín se puso en pie. Miró de hito en hito a su interlocutor, y exclamó con voz estremecida:

—¿Sería capaz? ¿Cree usted, Celso, que el “Gavilán” sería capaz? Pues que se atreva; que venga no más a disputármela. Yo soy Fermín Lascano, hijo de mi padre, y ya veremos si cuando venga por ella, se la lleva.

En seguida soltó una risa nerviosa, estridente, que repercutió bajo el cobertizo y se difundió con extraña sonoridad por el arbolado contiguo. Cuando cesó de reír, calmado ya de su arrebato, dijo lentamente:

—Si el “Gavilán” tiene costumbre de cumplir sus antojos, de hacer siempre su gusto, como usted cuenta, creo que esta vez se le va a encabritar el macho. Que no se confíe mucho. Tódos no somos Don Cachaza.

No era fanfarronada, nó; no era jactancia. Fermín Lascano, el colono aparcerero, por lo mismo que amaba a Débora con toda la sincera pasión de su alma ingenua y honrada, sentía que era capaz de hacer las mayores atrocidades en defensa de ese cariño en torno del cual jiraba su propia vida. En lo que llevaba de existencia, su corazón resistió con estoica firmeza, con sereno valor de hombre fuerte, las embestidas furiosas del infortunio,

los zarpazos de las injusticias, hasta el mordisco cruel de la miseria material; y lo resistió porque comprendía que era una condición fatal, un estado humano que afligía a muchas gentes por igual pero sin herir directamente los sentimientos íntimos y sagrados de cada individuo. Ahora, en cambio, parecía ser muy distinta la cosa. ¿Qué le importaba a él poseer una chagra, y sementeras y animales, si había de ser a costa de aquel amor que lo llenaba y lo henchía, y sin el cual todos sus empeños habrían carecido de estímulo y de meta? Se daba cuenta por esto, con sombría y honda decisión, de que si en realidad existía un peligro en las pretensiones de Cortada sobre la hija de Lucumí, ese peligro no lo amilanaba, sino que, por el contrario, exaltaba su amor y sus instintos de combate.

En frente de la mujer, Cortada y él no eran sino dos hombres. Eran, ciertamente, el rico y el pobre, el poderoso y el desvalido, pero eran dos hombres nada más; dos varones a quienes la vida iguala en la áspera contienda sexual. Había una diferencia, sin embargo: para el terrateniente, el asunto era apenas la rutinaria satisfacción de un capricho, de un deseo material, en tanto que para el joven colono era la realización de su ideal, de su sueño. Lo que para el uno significaba uno de tantos episodios pasajeros de su sensualidad, para el otro implicaba la vida misma.

Pero, ¿por qué temía? No, no temía. Débora era tan suya, y estaba tan seguro de ello, que hasta le parecía un absurdo admitir la posibilidad de que Tiberio Cortada pudiese lograr sus fines. Este pensamiento lo tranquilizó, devolviéndole de pronto la confianza en sí mismo y la buena disposición de ánimo habitual.

—Oiga usted, Celso—declaró con voz segura y pausada de quien ha meditado y tomado una resolución—:

desde este momento llevaré su consejo metido entre ceja y ceja. Allí lo he de tener fijo en adelante, lo mismo que clavo remachado, para que me recuerde día y noche lo que tengo qué hacer. Que me caso, me caso, y ha de ser cuanto antes, por mi madre se lo prometo. Pocos meses calculo que serán bastantes para prepararme para el caso. Y mientras tanto...

—¿Qué?

—Seré como el perro que cuida y vigila el cortijo. No he de dormir más que con un ojo, créame. Ahora no velarán por Débora su padre y su madre únicamente: sin que nadie lo sepa ni lo barrunte, yo iré tras ella, en cuanto pueda, como si fuera su propia sombra.

—Bien pensado me parece eso, Fermín, y que la suerte lo acompañe; pero no olvide lo que le digo, amigo: procure caminar pronto para la iglesia, ¿eh? Así podrá cuidar más de cerca a la jovencita.

Rieron de buena gana los dos amigos. Después, Fermín Lascano se despidió. Antes de anochecer tenía qué dejar preparado trabajo para el siguiente día, y la tarde estaba avanzada ya. De allí, del rústico aserradero de su amigo, a la chagra donde vivía con su madre, la vieja Teodosia, había una distancia regular. Era preciso, pues, caminar de prisa. Pero una cosa es lo que se piensa en ocasiones, y lo que nos proponemos hacer, y ótra lo que las circunstancias permiten. Sin darse cuenta de ello, y mientras andaba, pronto cayó Fermín, como si cayese en un pozo, en profunda cavilación. Hacía mucho tiempo que su vida no tenía otro objetivo que la hija de Lucumí; su vida era Débora, y en torno de ésta, a semejanza de la mariposa que voltea al rededor de la llama, todo su pensamiento jiraba continuamente. ¡Ah, sí, cuántas veces se sorprendió él mismo absorto en la contemplación ideal de la bella muchacha, y con la noción del tiempo y del

lugar perdida por completo! Se le caía de las manos la herramienta de trabajo, y se quedaba inmóvil en actitudes raras, con la vista fija en la lejanía y con la boca entreabierta como en un pasmo. Esto lo hacía reír en ocasiones; lo hacía reír y ruborizarse; pero también le causaba sensación de gozo indefinible y de secreto orgullo pensar que tanto la quería y que el amor de ella era tan suyo como su propio amor.

A pesar de todo, Fermín no podía librarse de la inquietud que le causaba la actitud del patrón. No le temía a él personalmente, sino a sus astucias y violencias, que nadie ignoraba y de las cuales no pocos labriegos fueron víctimas; a su tenacidad de hombre terco en sus pasiones y caprichos; y, sobre todo, a los recursos y medios de que podía disponer. Mas ¿qué importaba? Lucharía contra él y todo su poder; defendería su amor aunque ello le costase su porvenir y la vida misma.

Diose cuenta el mozo de que, inadvertidamente, había dejado de andar. Estaba parado en medio del atajo, con los brazos caídos, la cabeza inclinada sobre el pecho, y las piernas abiertas y fijas como dos estacas en la tierra. Se sacudió, y volvió a ponerse en marcha. ¡Caramba! ¿Cuándo iba a llegar así, a ese paso, y con tal manera de cavilar? Se puso a silbar un aire del campo, vivo y alegre, que por el momento pareció desterrar sus preocupaciones; mas no había avanzado mucho trecho cuando cayó otra vez en hondo mutismo. Y de nuevo volvieron a hostigarlo sus pensamientos. Era noche cerrada cuando llegó a la chagra. En el rancho, a la luz rojiza del candil, y sentada en la salita zurciendo las viejas ropas de la casa, la vieja Teodosia aguardaba tranquilamente. No le producían inquietud las tardanzas de su hijo, porque esto ocurría algunas veces. Exclamó, no obstante, con cariñoso tono de reconvención:

—Tarde vuelve, hijo, ¿por qué?

—No podría decírselo con seguridad, madre—respondió el mozo sentándose en un banco y dando un gran suspiro de desahogo.

—¿Viene cansado? ¿Quiere ya la merienda?

—Nó, madre; esta noche me parece que no tengo disposición. Talvez me fatigué, porque tuve qué andar mis buenas leguas por esos montes.

—¿Por qué no se recuesta, pues?

—En ello estaba pensando cabalmente. Además, como no alcancé a hacer esta tarde el trabajo, me levantaré mucho antes del alba para compensar.

—Que Dios lo acompañe, hijo, entonces. Yo me acostaré en seguida también.

Dióle un beso Fermín, y se retiró. En realidad, no tenía sueño, pero necesitaba pensar más, estar solo para entregarse a sus fantasías, envueltas ahora en velos de dolor y de incertidumbres torturantes. Tendido sobre su pobre lecho, en la obscuridad, sintió pasar las horas y apagarse todos los ruidos: los ladridos lejanos de los perros, los gritos de los pájaros nocturnos, todos esos misteriosos rumores de que se pueblan las sombras en el monte. Durante largo rato había escuchado una voz tenue y confusa, que musitaba con cierto s6n mon6tono las frases de una plegaria repetida. Era la vieja Teodosia que rezaba. ¡Ah, su madre, la pobre! La sencilla pureza de aquella fe, que era también la súa, lo consoló. Y se durmió al fin, lleno de dulce confianza en las promesas del mañana.

CAPITULO IX

CUITAS DE AMOR

Arrodillada, y casi sentada sobre sus talones, Débora tenía en aquel preciso instante, por la inmovilidad en que se hallaba, el aspecto escultórico de una antigua theoría egipcia. Viéndola allí, junto a la vaca de lucia piel y de tristes ojos, que soportaba con resignación el ordeño matinal, volviendo de cuándo en cuándo la mirada hacia la cría baladora atada a un postecillo, la memoria evocaba esos dibujos en que se representa al buey Apis y a uno cualquiera de sus adoradores en fervorosa actitud de ofrenda. Con la taza rebosante de leche tibia en la siniestra, y sin soltar la ubre que exprimía con la mano libre, se había quedado contemplando el horizonte, sorprendida y extática, como si esperase de pronto la realización de algo extraordinario.

En torno de ella, en el apisonado patio en que estaba, detrás del rancho, y que limitaban las cercas de guadua de los chiqueros, se notaba también extraña inquietud. En sus pocilgas los cerdos se habían incorporado, y gruñían con insólita animación; las aves del corral aleteaban con cierto desasosiego. Una ráfaga repentina, hú-

meda y fuerte, azotó bruscamente el rostro de Débora. "Sansón" ladró.

A lo lejos, sobre las cuchillas de los montes, sobre las laderas y cañadas, empezaba a caer tenue velo de sombra confusa. El paisaje se obscurecía rápidamente. Y el aire, como si lo sacudiera imprevista turbulencia, seguía llegando en bocanadas cada vez más húmedas y recias.

Al sentir que gotas tibias, las primeras, le mojaban la piel, causándole agradable sensación de frescura, Débora se puso de pie y lanzó un pequeño grito de alegría. En sus ojos brillaban luces de júbilo, de emoción ingenua y de expectativa.

—¡Padre, la lluvia!—exclamó en voz alta, encantada de ganar aquellas albricias.

Eustacio venía ya hacia el patio. También él había sentido los anuncios del agua tan aguardada, y como buen campesino se regocijaba hondamente; pero su satisfacción era tranquila, ponderada, llena de cierta dignidad adusta. Tendió la mirada sobre el paisaje, la levantó después hacia el cielo, y sonrió. No se veía el sol; negros y densos nubarrones se aglomeraban en lo alto, apretándose como los rebaños cuando viene la noche. Aunque el viento era fuerte, no se movían casi, y se estaban allí, pendientes y amenazadores, sobre el campo que parecía esperar con angustia que se rompiesen violentamente.

Fabiana había salido detrás de su marido, escoltándolo. Con una vasija en las manos, que olvidara dejar en su sitio por la prisa con que acudió, se puso a mirar los anuncios del aguacero. Después alzó los brazos, como si le diera gracias a Dios, y regresó al interior del rancho.

Las celestes exclusas se abrieron al fin. Impetuosa y recia, semejante a pequeño diluvio, la deseada lluvia cayó sobre los sedientos campos. Y así continuó durante una hora. Bajo el turbión espléndido, que golpeaba la

tierra y la vegetación con inusitada violencia, la montaña parecía estremecerse con temblor largo y voluptuoso. El suelo que el verano reseco y tostó, empapado ahora y reblandecido, se agrietaba superficialmente, y cada grieta, cada poro desobstruído, era como boca abierta con avidez para beber el licor benéfico del riego milagroso. ¡Cuánta sed tenía aquella tierra! ¡Qué embriaguaz de vida se adivinaba en sus oscuras palpitaciones y en sus misteriosos espasmos!

De los filos de las cuchillas descendían, rastreando como reptiles, retorciéndose, y a trechos saltando por sobre los pequeños obstáculos, o bifurcándose cuando no podían salvarlos, innumerables y pequeños arroyos murmurantes. Bajaban por las laderas, yendo a perderse con ruido de cascada en las obscurecidas cañadas. Turbia, borbollante, animada e inquieta cual una cosa viva, el agua corría como enloquecida y parecía cantar con grandes y alegres voces una canción de orgía. Al canto áspero, clamoroso, que pregonaba su presencia, y ensalzaba a la vez a manera de bárbaro epitalamio su himeneo con la tierra que fecundaba, respondía la gleba con acesar silencioso y tenue.

En la puerta, bajo el socarrén delantero, de pie e inmóvil, y mientras en el techo golpeaba la lluvia con rumor sordo y monótono, Eustacio Lucumí se embebecía contemplando la óbra del agua sobre los campos. Abajo, junto a la palizada, se había desbordado, y henchía la poceta y el lavadero. Un lagrimeo tenaz, isócrono, se desprendía de las hojas de los árboles. Absorto en aquella visión que le causaba vago sopor, y arrullado por la cantinela del ruido y por el pensamiento de las cosechas venideras, Eustacio se dejaba mecer por el vaivén de sus sensaciones, adormeciéndose transitoriamente en la dicha efímera de la esperanza.

Ya está todo listo, ya no falta sino la semilla—caviló—; y se puso a imaginar los días próximos, cuando, sobre los desnudos terrones que ahora esperaban la mano del sembrador, se levantasen las mieses apretadas. ¡Cuántas espigas veía, y cuántas frágiles cañas agobiadas de fruto!

Se sacudió, y, entrando en el rancho, exclamó muy contento:

—Esta agüita de hoy estuvo mejor que todos los abonos que traen de extranjis. Antes de que termine la semana he de haber sembrado lo que rocé.

El fuerte aguacero empezaba a amainar. Deshecho el nublado, apareció de nuevo el sol, cuyos rayos, hiriendo los últimos restos de la llovizna, provocaban descomposiciones cromáticas de la luz. Toda el agua debió de absorberla la tierra, porque se descubría apenas, aquí y allá, hilos que se adelgazaban a la vista y restos perdidos que se iban escurriendo por invisibles rezumaderos. Al desaparecer la lluvia por completo, la naturaleza, como la mujer acabada de salir del baño, quedó limpia y lucia, y llena de vida renovada; el follaje tenía ahora esplendor insólito, de brillo de metal; reverdecían los retoños; tomaba la vegetación apariencia fastuosa de joyas lavadas y pulidas, de bronce que bruñó una mano sabia y viril.

Después vino la siembra. Con el saquito de la siembra pendiente del cuello por largo cordón, Eustacio recorría despacio el ancho campo lleno de surcos negros, mientras su diestra iba regando el germen a cortos trechos calculados. En esta operación sencilla y tradicional ponía el arrendatario cierta solemnidad de rito y un gesto grave y creador, porque se daba cuenta seguramente, o intuía que tal acto era mucho más que una tarea empírica y tenía mayor significación e importancia que la que le otorga la rutina agrícola. Detrás de él, ágil, son-

riente y parlanchina, marchaba una escolta primaveral: Débora. Ella también llevaba su saquito colmado de simiente, pero no la arrojaba como su padre al suelo roturado, sino que esperaba que concluyese la primera provisión para ofrecerle aquella reserva.

Iba muy alegre la moza, acaso porque pensaba que aquel era día de encuentro con Fermín y que faltaban pocas horas para acudir al querido paraje de las citas; pocas por su número, pero muchas por el modo como contaba su impaciencia. Siempre que había de verlo se le llenaba el alma de júbilo, y le parecía que esa fecha era distinta de las demás, más bella y más histórica, y digna por consiguiente de ser señalada con signo blanco en el libro corto y albo de su existencia.

—¡Qué gran siembra va a ser ésta, padre!—exclamó—; es la mayor que ha hecho en su vida ¿no?

—Sí, hija; es la más grandecita en que me he metido, me parece. Si no me equivoco, de aquí he de sacar para reponerme de los descalabros pasados.

—¿Otras no fueron buenas, pues?

—Toda siembra es buena cuando se hace con fe y honrada voluntad. El esfuerzo del hombre nunca deja de valer. Lo que acontece es que en ocasiones tal esfuerzo se pierde, y esto es lo triste, lo que nos descorazona. Si no fuera porque siempre tenemos la ilusión de que la suerte no ha de ponerse en contra del que trabaja, el campo no sería sino un ortigal, según estaría de abandonado. ¿Quién va a trabajar sin aliciente?

Débora contempló un momento el extenso lote labrado, y dijo en seguida ingenuamente:

—¿Por qué será, padre, que los que trabajan mucho no son como los que poco trabajan? Usted, por ejemplo, y Celso Viaque, y Fermín, y otros de sus vecinos, no levantan en todo el día la cabeza de tanta tarea, y sin

embargo están siempre lo mismo: sin adelantar mayor cosa. Pero yo veo que don Tiberio, y don Madristo, y otros señores, se pasean con frecuencia y no parecen hacer nada.

—Don Tibe y los ótros tienen plata, hija, y la plata les sirve a muchos para no trabajar. Talvez ellos trabajaron a su tiempo, pero tuvieron suerte y se enriquecieron. Esto debe de ser cuestión de suerte, como la lotería, pues, por lo que veo, no es el que más trabaja el que gana sino el más afortunado. O será, mejor, el que Dios ayuda. Yo no me quejo, después de todo, porque comprendo que las cosas deben de ser así, me parece, desde que tal suceden; además, creo que si no fuera por la plata de los ricos que nos ayudan, los pobres estaríamos peor. Y bien que mal, allí vamos pasándola.

Eustacio sonrió, y, deteniéndose un momento, dijo mirando a Débora:

—Esta vez, si Dios me da la mano, tengo mucha esperanza de lograr una buena ganancia. Por bien servido me daré si saco siquiera con qué pagar los terrazgos atrasados y los documentos que le firmé a don Tibe. Libre ya de estas cargas, otras cosechas me darán con qué empezar a comprar la chagra. ¡Si aún estoy joven, hija, y tengo fuerzas para muchos añitos de brega!

Hacia el atardecer, la moza fue al lugar de las citas. Como de costumbre, "Sansón" iba con ella, de compañía. Iba muy contenta Débora, pero, al llegar, su gozo se nubló de repente viendo el aspecto y la actitud de Fermín. Presintió súbito los dolores futuros que los esperaban. Este debía de estar muy distraído o absorto, porque no la sintió llegar. Sentado en el familiar tronco caído, con los codos sobre las rodillas separadas, y la cabeza cogida entre las manos, permanecía inmóvil, ensimismado y cejijunto.

Aproximose "Sansón" a él, a frotar su hocico contra las piernas del colono, en tanto que Débora esperaba a corta distancia que éste notase su presencia. El contacto del animal lo hizo volver a la realidad circundante. Hizo un movimiento brusco, como si lo despertasen de un sueño, y, reparando en la muchacha, la saludó con sonrisa triste.

—¿Qué tienes, Fermín?—inquirió ella, preocupada—; ¿por qué te encuentro así?

Sin esperar respuesta, agregó en són de reproche:

—Talvez no me esperas con gusto ya, como antes. Siempre te había encontrado alegre y risueño. Hoy te veo una cara tan aburrida, que no sé si volverme ya.

Como él siguiese mirándola tristemente, con ojos de callada pena, se arrepintió al punto de sus palabras. Fue a sentarse a su lado, y, cogiéndole cariñosamente una mano, volvió a preguntar con voz dulce y tierna:

—¿Estás malo, Fermín? ¿Te sucedió algo grave?

—Nó—respondió el colono aparcero—; nada me sucedió.

La miró con avidez, como si la recobrara después de perdida, y añadió luégo con voz pausada:

—Estaba pensando en tí cuando llegaste; hace mucho rato, desde que vine, pensaba en tí. Tengo muchas cosas qué decirte; muchas y muy serias. Esta tarde, Débora, vamos a hablar como no hemos hablado nunca formalmente.

—Como quieras, Fermín; ya sabes que yo te escucho siempre, más que con los oídos con el alma. Pero me asustas un poco. ¿Por qué tienes ese tono tan de mal agüero? ¿Qué cosas tan serias son esas que te obscurecen la mirada y la voz?

Quedose un rato pensativo el colono, y comenzó

luégo a decir despacio, con acento cansado y quejumbroso:

—Oyeme bien, Débora, porque estas cosas necesitamos metérnoslas en la cabeza muy bien metidas. Pero antes que todo has de decirme la verdad.

—Siempre te dije la verdad, Fermín.

—¿Ha seguido viniendo el "Gavilán" por aquí?

—¿El "Gavilán"? ¿Cuál "Gavilán"?

—Pues don Tiberio—explicó el aparcero con cierta excitación—; el dueño de estas tierras donde nos ha tocado a muchos la suerte maldita de venir a buscar la vida.

—Ah—exclamó Débora riendo sin quererlo y porque le hacía gracia el remoquete—; estoy tan poco acosumbrada a oírlo llamar así, que no había caído en la cuenta.

Recobrando su gravedad, agregó:

—Varias veces ha estado aquí últimamente. Madre me cuenta que pregunta siempre por mí. Otras veces lo oigo desde adentro, desde mi cuarto. Don Tiberio llega, conversa un rato con padre y madre, y en seguida se va. Desde aquella ocasión—¿recuerdas, Fermín?—no he vuelto a salirle. Me causa miedo ese hombre, y, además, se me ha hecho antipático.

—Haces bien—opinó el mozo—; la prudencia en estas cuestiones es siempre buena. Ojalá te portes así cada vez que vuelva. ¡Si acabara por aburrirse de los viajes!

Recordó al punto las palabras de Celso Viaque, el aserrador. "Ese maldito Tibe seguirá en su idea, y no querrá dejar la presa hasta que la logre". Celso lo debía de conocer a fondo, sin duda, y cuando él aseguraba aquello...

—Pero no se aburrirá. Me han dicho que el "Gavi-

lán" es peor que gota de agua sobre la peña; peor que mosca con hambre.

Púsose a acariciar con mano nerviosa la cabeza de "Sansón", y, tras de cavilar otro rato, continuó diciendo:

—Van a cumplirse tres años que te conocí, Débora, y dos que nos estamos queriendo. ¡Cómo corre el tiempo cuando uno es feliz! ¿Recuerdas lo que te dije muchas veces: que sólo pienso en que nos casemos tan pronto como Dios lo permita? Es mi deseo más grande desde que comencé a vivir de la ilusión de tu cariño. Por desgracia no me ha sido posible cumplirlo como mi corazón lo quisiera; cuando uno es pobre no puede hacer las cosas a voluntad. Hace tiempo estoy trabajando para tener rancho y pasar, y en seguida irme derecho donde tu padre, a tratarle el asunto. Tal vez no iba a demorar mucho ese día...

—Pero, Fermín, ¿por qué te preocupas? ¿Por qué cavilas tanto sobre esto sin necesidad? ¿No sabes que te quiero, y que he de esperarte con gusto hasta cuando pueda ser?

—Sí, Débora, lo sé, pero no puedo menos que cavilar. ¡Cosas de uno, caray! ¡Espinas que se nos meten adentro, y que no dejan vivir tranquilo! Pero óyeme: desde hace algunos días vengo pensando en que la cosa se podría adelantar un poco con un esfuerquito de mi parte, y tal es lo que voy a hacer. Soy joven y no tengo por qué temerle a la vida ni a lo que suceda después.

—¿Después de la vida?—interrumpió Débora, asustada.

—Nó, después del casorio.

Ella se puso roja, y bajó la mirada, como si presintiera de pronto el misterio nupcial y de la maternidad.

—Ah—exclamó concisamente.

—Ya tengo mi plan arreglado—prosiguió el apar-

cero—; un plan que con la ayuda de Dios me permitirá realizar en breve mi esperanza. ¡Qué felices vamos a ser, Débora, antes de poco tiempo! Pondré el rancho como una tacita nueva, para que sea digno de recibirte. Y cuando estés tú allí, y las tenga juntas a mi lado, a madre y a tí, me reiré entonces de las penas y ya no tendré más preocupaciones.

Fuerte ráfaga sopló bruscamente, sacudiendo con sus mil manos invisibles el follaje que los rodeaba. Por el momento el aire se obscureció: pasaba una gran nube densa, morena y prieta como las cabelleras de algunas mujeres, que ocultó transitoriamente el disco del sol. Entre los árboles propincuos pareció despertar de improviso, con gran algarabía, el alado mundo que los poblaba. Acometidos por repentina movilidad, los pájaros que por allí tenían sus viviendas, y que permanecieron callados y quietos hasta entonces, rompieron súbitamente con un concierto de gorjeos. Tal vez los alegraba el anuncio de lluvia. Flechas disparadas por invisibles arqueros, atravesaban raudos, en vuelo sesgado, las cortas distancias que separaban un árbol de otro, o se remontaban un momento, como cohetes, para descender de nuevo velozmente. Algúnos se limitaban a cantar, meciéndose en los columpios de las ramas más débiles, cual si fuesen locos acróbatas musicales.

Su júbilo no duró mucho, empero; algunas gotas cayeron con repiqueteo de dedos ágiles sobre madera, humedeciendo superficialmente la vegetación, y cesaron de pronto. Otra ráfaga brusca sopló con fuerza, y la nube morena que obscurecía el cielo se alejó, dejándolo limpio y bruñido. El sol volvió a brillar, ahora con una luz ardiente y rosada que presagiaba los celajes cromáticos del atardecer.

—¡Qué alegrón tuvieron los pajaritos! — exclamó Débora riendo de aquel alboroto pasajero.

—Parecía que iba a llover—dijo Fermín—; pero no fue más que una broma del cielo, una jugarreta de San Pedro.

Sobre el paisaje habían vuelto a regir el sosiego y el silencio que sólo interrumpían a ratos los rumores del monte y las bocanadas imprevistas de viento. Débora y Fermín permanecieron largo tiempo callados y pensativos, sin más comunicación que la que les daban sus dedos entrelazados y los suspiros que ella dejaba escapar de cuándo en cuándo.

De repente, el mastín ladró. Había levantado la cabeza con aire de inquietud, mientras sus orejas se movían con extraña sensibilidad, como queriendo captar los ruidos distantes y apenas perceptibles.

—¿Qué hubo, Sansón? ¿Qué fue?—inquirió Débora. Y dirigiéndose en seguida a su novio:

—¿Qué le pasaría al perro? Parece que se asustó, y él no se asusta fácilmente.

—Talvez sintió algún animal; o ganó por gañir—opinó el colono, que había visto moverse cerca de allí unas ramas, pero que no quería impresionar a la muchacha.

El perro se tranquilizó. Se pusieron de pie, para despedirse. Cuando ella desapareció en la vuelta del atajo, Fermín se puso a andar rápidamente, siguiendo la dirección del punto por donde creyó observar que las ramas se movían. Tuvo un instante la persuasión de ver que alguien desaparecía por entre una mata tupida, lo que acaso no fué más que ilusión de sus sentidos, o sombra creada por su fantasía. Sí, seguramente sólo fue una alucinación; pero, ¿por qué ladró "Sansón"?

CAPITULO X

EL PRESTAMO DE LUCUMI

Aquella mañana, a diferencia de los demás días de la semana, que eran ordinariamente tranquilos y monótonos, la pequeña población de Urbesilla presentaba aspecto de animación desacostumbrada. Era día de mercado en la localidad, pero pocas veces se veía como en esa ocasión concurrencia tan nutrida y movimiento tan activo y continuo. Desde temprano comenzaron a llegar gentes de los contornos, y hasta de otros lugares vecinos, que acudían en busca de oportunidades de negocio.

Convergiendo hacia el caserío, como radiaciones de un foco, las rayas blancas de los caminos traían incesantemente a él, con impulso de marejada, una multitud ansiosa, de abigarrada facha, ruidosa y locuaz. Hombres, mujeres, y hasta niños, porque todos parecían querer dar su aporte de utilidad, desfilaban hacia la pequeña feria semanal, cargados con sacos y cestos llenos de frutas, o conduciendo las acémilas sobre cuyos lomos gravitaba la pesada carga destinada al expendio.

La plaza de Urbesilla era una colmena humana. Allí, en el ancho cuadrilátero que presidían las dos torres del

templo parroquial, ocre y ascéticas, y el edificio gris de las oficinas municipales, se agrupaba la muchedumbre clamorosa, en vaivén constante de transacciones comerciales. Tenía el lugar apariencia de campamento, por las toldas que se alzaban por dondequiera, y bajo cuya lona sucia se vendía al público baratijas, mercancía ordinaria, alimentos y bebidas frescas. Dejando calles para el tránsito, y ocupando casi toda la plaza, se alineaban con cierta geometría convencional los puestos de víveres y los expendios de aves de corral. Daba el conjunto impresión de cosa vegetal y de policromía sorprendente, por la variedad de colores de las frutas y legumbres, y por los fuertes y sanos olores que despedían.

En un ángulo se agrupaban las caballerías y el ganado de carga: los lentos bueyes y los pacientes rocines en que transportaban los frutos del campo. También había algunos jamelgos ensillados, que permanecían inmóviles, con las testas caídas y muy abiertos los ojazos, cual si buscaran atentamente algo qué ramonear entre la aridez del empedrado suelo.

Como acontecía en todo día de mercado, las tiendas de Urbesilla hacían entonces el mejor de los negocios de la semana. El campesino que sale al concurso tiene siempre algo qué comprar, ya sea la droga para sus dolencias, el comestible que no produce la tierra, la herramienta de repuesto para el trabajo, o la burda tela para vestirse. Los más jóvenes tienen, además, qué adquirir la bonita bagatela para las novias. Fuera de los comercios comunes, donde el labriego se provee de lo indispensable, lo esperan igualmente, abiertas sus puertas invitadoras, esas puertas que parecen hacerles guiños picarescos de mujer, los estanquillos de aguardiente y las licorerías. El campesino es sobrio por lo general, pero no rehuye tomar sus copas con amigos cuando se presenta la ocasión.

Eustacio Lucumí había bajado al pueblo entre los primeros. Como pensaba permanecer todo el día, y no regresar hasta el anochecer, trajo consigo a Fabiana y a Débora. Necesitaba, por otra parte, dedicarle un buen rato a echar una parrafada con Tiberio Cortada, el patrón, para tratarle un negocito que le interesaba y urgía. Sólomente este motivo lo movió esa mañana a bajar al pueblo, pues no tenía en verdad transacciones qué hacer ni frutos qué vender en tal ocasión. Sus negocios los hacía ordinariamente en las ferias grandes.

No quiso buscar al terrateniente en su casa, para no mostrar mucha prisa ni necesidad; pero a eso del medio día topó al fin con él de modo imprevisto, cuando Cortada salía de la tienda de un negociante en granos, que era su amigo.

—¡Hola! ¿Qué tal, Eustacio?—exclamó Cortada al ver al labriego, y dándole campechanamente la mano.

Estrechola Lucumí, sorprendido de la efusión con que lo saludaba; y como aquél le preguntase en seguida por la familia, respondió luego:

—Fabia y Débora deben de andar por ahí, dando sus vueltas; las pobres no salían al pueblo hacía buen tiempito. Y misiá Lola, ¿cómo está, don Tiberio?

Cortada respondió con cierta displicencia, y con tono de quien no quiere que le hablen mucho ni poco de determinadas personas:

—Misiá Lola está como siempre. Gracias.

Sonrió artificiosamente, y, recuperando su acento de llaneza familiar, tornó a interrogar:

—¿Vino a hacer algún negocito? Como no sabe bajar al pueblo sino cuando repican recio...

—Pues es verdad eso; pero le diré... Cabalmente que lo andaba buscando desde temprano esta mañana.

Llegar aquí y ponerme en su pista fue lo primero que hice.

—Ajá. ¿Y por qué no fue a mi casa a buscarme?

—Tal pensé al principio, pero luego me dije que era mejor aguardar a que usted saliera, para no incomodarlo.

—De seguro pensó que me iba a encontrar en cama, como las mujeres en dieta. ¿No sabe, pues, que soy de los que se levantan con el sol? Si van, me encuentran con seguridad, descansan un poco y toman alguna cosita. Fabiana y Débora debieron de llegar muy cansadas.

—Ello no, don Tiberio, pues son mujeres hechas al ejercicio fuerte. Si viera lo frescas que llegaron. Pero en todo caso, Dios se lo pague.

—Bueno, ¿y qué asunto lo trajo? ¿Qué quería usted decirme?

—Es algo de conversar despacio y con calma. Si no tiene mucha prisa se lo diré.

—Venga conmigo, entonces. En aquella licorería podemos hablar con toda tranquilidad.

Indicó con el dedo un tenducho próximo, con aire promiscuo de pulpería y cantina, y hacia él se encaminaron. Una mujer de ojos vivos, muy atenta y simpática, atendía el negocio. Aparentemente era un establecimiento cualquiera, de tantos expendios de menor cuantía como abundan en los pueblos, pero observándolo con alguna atención se notaba que tenía aspecto curioso de lugar de complicidad, de tienda de alcahueterías. Acaso el aire provocador y misterioso de la ventera contribuía a ello.

Mandó Cortada servir copas y echándose al pecho de un trago la primera, lo que suscitó poderoso regüeldo, declaró con tono confidencial:

—Lo estoy escuchando ya, Eustacio. Desembuche

no más con toda confianza, que así nos entenderemos mejor.

Tras de breve vacilación, el colono comenzó a exponer su asunto a Cortada.

—Aquel lotecito que rocé—dijo—, y que usted conoce, ya lo tengo sembrado, don Tiberio. Como es buena tierra, y le cabe bastante grano, espero que me dará un buen beneficio.

—Así lo espero yo también, Eustacio.

—Todos los ahorros que tenía los metí en esa siembra; hasta la última lupia con que contaba se fue en los gastos consiguientes. Y ahora me ocurre que por tal circunstancia me encuentro sin un real, o, lo que es lo mismo, sobre los físicos ladrillos.

—¡Caramba!—exclamó Cortada, entre serio y guasón—: este es caso grave, y hasta me parece que un poquito apurado. No debió usted dejarse quedar con los bolsillos limpios del todo. Y ahora ¿qué piensa hacer?

—Es lo que no sé. Al principio se me vino a las mientes la idea de solicitar aquí, entre los que compran granos, un anticipo sobre mi cosecha; pero luego pensé que estas gentes se aprovechan demasiado de uno, y que, como le debo a usted varias sumas, era mejor consultarle primero.

—Eso está bien así, hombre. Un buen consejo nunca hace mal a nadie.

—Pues bien, don Tiberio: lo mismo pensé yo, y aquí me tiene echándole el cuento de mis afanes. Me tendrá qué dar una vez más la mano, porque de lo contrario no sé qué voy a hacer ni para dónde cogeré en este mientras. Cabalmente, para tal cosa lo buscaba y ello fue la cuestión que me trajo; le digo, pues, que si no tiene peros, me empreste los reales de que estoy urgido para pasar este tiempito.

—¿Y cuánto va a necesitar?

—Usted mismo puede calcularlo.

Durante un rato, y paladeando a lentos sorbos el licor de su copa, Cortada reflexionó. Vinosele a la memoria de pronto el incidente aquel del regalo que le hizo a Débora en el ojo de agua de la chagra, y su devolución por ella algunos días después. La irritación que el desaire le produjo no se había calmado aún por completo: guardaba cierto rencor oculto, y no le hubiera disgustado tomar un desquite cualquiera. Pero su pasión era superior a todos los reveses; no podía perder la esperanza de realizar sus deseos, y esto le daba fuerzas y paciencia para dominarse y aguardar.

—Se está endeudando demasiado—dijo por fin, simulando astutamente gran interés por el labriego—; tenga cuidado, Eustacio. Este será ya, si me decido, el tercero o cuarto documento de préstamo que me firma. ¿No teme que se puede ver con muchos compromisos encima?

—¿Y qué hace uno, señor? La necesidad es así, con cara de hereje como dicen. ¡Y tanto que se trabaja, y tan poca cosa que se logra! La cuestión es no perder la esperanza. Esta vez tengo mucha fe en que la cosecha me dará para salir de deudas y hasta para guardar unos realitos.

Cortada sonrió con aire entre burlón y malicioso; después preguntó pausadamente:

—¿De veras lo cree así, Eustacio?

—Como que hay Dios, don Tiberio. Otra cosa es que me equivoque. Pero estoy tan viejo ya y tan curtido para equivocarme.

—Bueno—asintió al fin el terrateniente—; le prestaré la plata que busca. Ahora vamos a casa, pasando por la oficina de Madristo para que firme el papel, y en el camino apanamos su gente. Quiero que Fabiana y Débo-

ra reciban algún agasajo de mi parte. Vienen tan poco por acá...

Salieron, y se encaminaron en la dirección indicada. La ola negociante parecía crecer por momentos. En las tiendas, tras de los mostradores, patrones y dependientes daban abasto con dificultad a la demanda compradora. Salían y entraban mujeres del campo en los comercios. En algunos locales que tenían aire de aduanillas o de oficinas de recaudación, se celebraban pequeñas transacciones de café. La balanza y la báscula parecían regir desde allí la vida exterior, según era el extraño prestigio que ejercían sobre el campesinado.

Vieron de pronto un sacerdote que venía en dirección opuesta, acompañado de algunas señoras de edad y enlutadas. Tanto el eclesiástico como ellas llevaban en las manos bolsas de tela en las que iban depositando el óbolo de los fieles.

—Ahí viene el Padre Servando con sus viejas—exclamó entre dientes Cortada, con manifiesto mal humor—; como quien dice, el general y su estado mayor. Con seguridad nos atajan para desvalijarnos.

Pero el Cura venía despacio, y ni siquiera los había descubierto. Un grupo de personas, hombres, mujeres y niños, lo rodeaban en aquel instante, dando muestras de escuchar con respetuosa atención lo que les decía. Saltaba a la vista el espíritu religioso de todas aquellas gentes labriegas, agrupadas con devoto cariño en torno del pastor, y ninguna de las cuales dejó de contribuir con algo. Los que carecían de dinero por el momento, daban su limosna en especie, en frutos que iba recogiendo un servidor del templo.

Eustacio Lucumí quiso acercarse al grupo, para dar también su tributo, pero se detuvo de improviso. Acababa de ver a su mujer y a su hija entre los que rodeaban

al sacerdote. Involuntariamente miró a su acompañante, quien le dijo riendo con cierta guasa:

—¿Ya ve? Ahora no tiene necesidad de ir usted, porque ya dieron en su nombre. Fabiana ha cumplido con el deber de contribuir a los gastos del culto.

Cortada también las había visto. Al percatarse de la presencia de Débora, su mirada zahorí se clavó en ella como flecha enviada con fuerza. La contempló largo rato, sin que Lucumí, debido a la distancia a que estaban, se diera cuenta con certeza de qué era lo que tanto atraía su atención. Todo justificaba, por otra parte, el embeleso del terrateniente, pues la gracia sencilla de la muchacha, su juventud y su belleza, cautivaban los ojos y suscitaban la simpatía. Como solía ocurrir siempre que bajaba a Urbesilla, a los mercados, lo que no era frecuente, y a las misas dominicales y grandes fiestas, Débora ponía especial cuidado en el acicalamiento de su persona. Se arreglaba y buía con minuciosidad y coquetería femeninas. Aquella mañana llevaba traje de olán, que le caía muy bien, y flor silvestre sobre el corpiño; iba calzada, como en las fechas más solemnes; sobre sus hombros caía con cierta negligencia el chal de seda con muchos flecos, famoso regalo de Lucumí.

Talvez la temperatura, que empezaba a subir, y la andanza continua por calles, tiendas y otros lugares, la habían acalorado, pues tenía la cara encendida por vivo soflama; los ojos le brillaban como húmedas lajas puestas al sol; y se le notaba, por el tenue subir y bajar del pecho, que la transía ligera fatiga.

Aunque hubiera preferido evitar el encuentro, para no verse obligado a abrir el bolsillo, Cortada esperó a que llegase el Cura con su pequeño cortejo.

—Buen encuentro—exclamó el eclesiástico sonriendo bondadosamente, mientras las señoras del grupo se

hacían a hurtadillas guiños poco optimistas—. A usted, don Tiberio, el Señor me lo ha deparado hoy que estoy más necesitado que nunca.

—Ajá — respondió Cortada con cierta brusquedad—; otra contribución, ¿eh?

Miró disimuladamente en torno suyo, y viendo que Débora estaba entre la gente del grupo, cambió de expresión, y repuso suavizando la voz:

—Bueno, le daremos, pues, otro óbolo a nuestro pastor. Así no dirá que somos malos cristianos.

El Párroco respondió, afable:

—Si cada misa que no oye me la compensara con buenas limosnas para mis obras y mis pobres, no diría que es un mal cristiano. Apenas diría que es un cristiano tibio.

Tendió la bolsa abierta a su interlocutor, y todos vieron con asombro cómo Cortada echaba en ella, no las acostumbradas monedas de poco valor, sino un billete entero. Entre las señoras del grupo cundieron murmullos de admiración, mientras que los paletos presentes abrían la boca, extrañados y atónitos de tal generosidad inusitada.

Cuando el Cura se hubo alejado, y como viese que sólo quedaban allí los cuatro, Lucumí con su mujer y su hija, y él, Cortada dijo alegremente:

—¡Hola! Toda la mañana he estado buscándolas para que vayan un rato a casa. ¿Qué tal Fabiana? ¿Qué tal, Débora?

—Bien, don Tiberio—contestó la madre.

—Bien, don Tiberio—respondió la hija, como un eco y sin alzar los ojos a mirarlo.

Se pusieron en marcha, no tardando en llegar al punto indicado. Dolores Hinojosa no estaba allí; seguramente había salido a visitar a alguna de sus amigas, o a cualquiera de sus devociones habituales. No le disgustó

esta ausencia al dueño de la casa, pues sentía el vago temor de que su mujer comprendiese o adivinase los sentimientos de su alma. El amor, o la pasión, traicionan tan fácilmente.

—Dolores no está—anunció, una vez persuadido de que no se hallaba en ninguno de los aposentos—; como tiene tantos asuntos entre manos, supongo que se marchó a atenderlos.

—¡Qué lástima!—declaró Fabiana con pesar—; sí que me habría gustado verla y saludarla.

—¡Sí, qué lástima!—coreó Débora, obstinada en no levantar los ojos hacia el patrón.

—Otro día será, si no viene ahora—afirmó Eustacio.

—Pues me hacen la visita a mí—dijo Cortada riendo—; ya sabrán cómo atiando yo a la gente que viene a verme.

Los hizo entrar y sentar en su despacho; conversaron un rato; y, cuando lo creyó oportuno, fue al comedor, de donde trajo una botella y copas.

—Nó, don Tiberio, no bebemos—advirtió la mujer.

—Ya lo sabía, Fabiana; que ustedes son gente sin vicios y malos hábitos, como los que tenemos las personas del pueblo. Es una gracia esa, cómo no; pero más gracia es que, no sabiendo tomar, beban conmigo.

Escanció el licor, y los hizo libar a todos, sin admitir excusas ni razones. A Débora se le atragantó, obligándola a toser varias veces.

Como Dolores había almorzado ya, según le informó la servidumbre, lo más seguro era que no volviese pronto a casa. Casi siempre pasaba las tardes afuera. Ordenó que sirviesen almuerzo para sus visitantes, y minutos después todos estaban a la mesa. El labriego y su mujer se sentían satisfechos y muy halagados con aquel honor imprevisto. Eustacio comió como un soldado; no así

Fabiana, que se mostró parca y discreta, y Débora, que apenas tocó los platos, dando ejemplo de sobriedad.

Observándolo, el anfitrión dijo:

—Cuando voy a la chagra de ustedes, y me convidan, me como todo lo que me sirven. Fabiana y Débora no han almorzado casi, y esto me hace pensar que tenemos muy mala cocinera; o que nuestra mesa no les agrada.

Ellas se disculparon, confusas. Por su parte, Eustacio aseguró que él había comido por todos.

—¿A qué hora piensan regresar?

—Temprano, con la fresca del atardecer; pero con tiempo de llegar antes de que caiga la noche. No bien me desocupe del asunto que usted sabe, dispondremos la vuelta.

—Pues es verdad; ya no lo recordaba. Ahora descansamos un rato, y salimos luego a buscar a Madristo para que nos arregle la cosa.

Salieron, en efecto, media hora después, y mientras Fabiana y Débora se iban tras otros menesteres, ellos se encaminaron despacio y hablando a la oficina de Madroño. El despacho del leguleyo, situado en calle tranquila pero que todo mundo conocía y frecuentaba, ocupaba el amplio local superior de una casa de dos pisos, destinada exclusivamente a alquiler, y tenía al frente, sobre los balcones, ostentosa tabla de anuncio. Estrecha y oscura escalera daba acceso a él, pero arriba había luz y espacio bastante. Al entrar allí, lo primero que se observaba era el propósito manifiesto de deslumbrar a la clientela y de imponerle acaso cierto temor. Grandes y costosos muebles decoraban las dos habitaciones que constituían el despacho, y de las cuales la primera estaba destinada para sala de recibo y de espera. En las puertas había cortinajes claros, sobre las paredes cuadros vistosos, y alfombras espesas y finas sobre los pisos. Se tenía la impresión

de que sobraban asientos. En los rincones, pegadas a los muros empapelados, grandes y pequeñas vitrinas colmadas de libros solicitaban la atención y el respeto del visitante.

Nadie estaba allí de consulta cuando llegaron. Mejor, aunque para Cortada no había puerta cerrada ni turnos de espera en ninguna parte. Donde el poderoso terrateniente hacía su aparición, todo orden quedaba trastornado. Un muchacho vestido con cierta afectación, inmóvil como un ídolo, leía periódicos, sentado en ancha butaca. Al sentir que alguien entraba, se levantó.

—Dígale a Madristo—exclamó Cortada con voz imperiosa y tonante—que aquí está don Tiberio.

El muchacho iba a cumplir la orden, cuando la puerta de la habitación contigua se abrió, apareciendo en el vano la inquieta figura del leguleyo. Su eterna sonrisa mecánica le iluminaba ampliamente el semblante. Saludó con gran reverencia, y luego vino con pasitos rápidos a estrechar la mano del propietario.

—¿Algún negocillo?—preguntó en seguida con afabilidad.

—Sí, una pequeña operación. Voy a hacerle un nuevo préstamo a Eustacio, y queremos que nos legalice la cosa. Las condiciones de siempre, ¿eh? Ya usted sabe cómo nos gusta.

Entraron todos al despacho, y mientras patrón y colonos aguardaban en silencio y sentados a que estuviese listo el documento, Calixto Madroño escribía nerviosamente ante su escritorio. A Cortada, que era hombre dinámico, lo fastidiaban un poco estas esperas, lo aburrían los trámites. No hacía, pues, sino moverse en su asiento, y resoplar de cuándo en cuándo. Entre tanto, Eustacio Lucumí, quieto y paciente, seguía con atención el trabajo de Madroño, y paseaba a ratos miradas bovinas por los

muebles de la habitación, por los cuadros de las paredes, y por los bibelots de adorno que había aquí y allá. Siempre que entraba a esa oficina se sentía sobrecogido de involuntario temor y de vago respeto supersticioso. Como casi todos los labriegos de la región, creía firmemente que Madroño era un mar de ciencia, y que aquellos libros donde bebía su sabiduría reclamaban la veneración de las gentes.

Cuando el leguleyo hubo terminado, exclamó:

—Ya está esto, Tibe. ¿Quieren que se lo lea?

—Pues cómo no, Madristo. Echelo.

—Siempre es bueno—corroboró Lucumí, hablando por primera vez desde que entró.

Lo leyó Madroño, y durante un rato los otros dos se quedaron como rumiándolo.

—Ahora, la firma—volvió a decir aquél—. Yo lo firmaré también como testigo.

Eustacio se levantó con cierta torpeza, y aproximándose al escritorio se puso a firmar el documento. Al principio no sabía dónde colocar el sombrero. Cuando pudo por fin acomodarse, trazó con pulso inseguro y lento algunos palotes sobre el papel. Era su nombre, no muy legible en verdad. Concluido el laborioso acto, se quedó un momento suspenso, como asombrado de haber realizado aquello. Tenues gotas de sudor le humedecían la frente.

Allí mismo le entregó Cortada el dinero, y se despidieron. Muy satisfecho iba ahora Lucumí, pero dominaba su júbilo. Bajó con calma la escalera, y salió a la calle para ir en busca de la familia. ¡Ah, qué bien! Con aquella plata iba a resolver muchas cosas y a pasarlo tranquilo mientras llegaban las cosechas. Y con ellas iba a pagar todo, o por lo menos muy buena parte de sus deudas. Ahí estaba Dios para ayudarle.

Como se sentía alegre, y quería celebrar su dicha, pensó que lo primero que iba a hacer era comprarle una bata a su mujer y una bonita fruslería a Débora, su pobre y querida muchachita. ¡Cuán contentas se pondrían seguramente las dos!

CAPITULO XI

LA TARDE EN LA CUESTA

En aquella ocasión la casualidad pareció favorecer a Cortada. Muy temprano subió a "Los Cedros", para darles vuelta a sus tierras, y con el propósito de pasar en el campo las horas dominicales, tan tediosas siempre en los pueblos. Necesitaba, además, sacudir el enervamiento que le dejaron en el cuerpo varios días de quietud.

Al amanecer, a eso de las cinco, lo despertó bruscamente el són tenaz y metálico de las campanas que llamaban al fielato a la celebración de la misa de alba. Como se acostó tarde y cansado, pues anduvo con amigos por los arrabales hasta pasada la media noche, estaba en lo mejor y más agradable del sueño. Sintió, al escuchar el ruido enemigo, brusco acceso de mal humor que lo hizo prorrumpir entre dientes en maldiciones. Por asociación de ideas evocó la figura del Padre Castañeda, diciendo su misa temprana, como para gente que no duerme o que se acuesta cuando aparece el lucero vespertino, y el cortejo de mujeres enlutadas que corrían al primer repique, a poblar las calles solitarias y las naves del templo con sus chismes y con sus éxtasis beatíficos. Ah, ¿con qué

razón se interrumpía así el sueño de los vecinos? ¿No se tenía derecho al reposo en aquel pueblo de devotas empedernidas?

Aunque él madrugaba siempre, no le gustaba ser molestado con esa música de bronce místicos, precisamente en el único día que holgaba en el lecho más de lo acostumbrado. A su mujer, insigne rezandera y aficionada militante a cosas de iglesia, le atribuía parte de culpa en esto, por lo que sintió que su irritación iba también contra ella. ¡Beata! ¡Mariposa negra de altares, retablos y hornacinas!

Tratando de dormir de nuevo, a pesar del campamento, se volvió con violencia hacia el rincón y pegando un oído a la almohada y el otro tapándose con una punta de la sábana, hizo desesperados esfuerzos por no escuchar el clamor metálico que le taladraba los tímpanos. Se envolvió después la cabeza en el cobertor. Quiso pensar intensamente en otros asuntos, para distraer su atención. Pero sus conatos fueron todos inútiles: el ruido seguía, cada vez más agudo y vibrante, más prolongado, y, acaso porque se dirigía precisamente a las almas, traspasaba los cuerpos y se metía muy adentro hasta lo más hondo de las conciencias.

Desistiendo al fin de su vano empeño, se tiró de un brinco de la cama, resuelto a marcharse a los campos. Por la ventana penetraba a la alcoba una luz suave, clara y alegre, anuncio del esplendor del día que llegaba. Ráfagas de aire fresco venían de lejos, talvez de los agros distantes. Para vencer la somnolencia que lo dominaba aún, aspiró con fuerza y muy largo, y metió luego la testa hasta el cuello en la jofaina colmada de agua fría.

Listo ya, y vestido con traje de montar, fue al comedor en busca del desayuno. Dolores se había marchado al templo hacía media hora. Tanto mejor: no vería su

cara dominguera, que parecía empolvada con polvo de sacristía, ni percibiría el olor mareante de cera y de incienso que exhalaban sus ropas. Comió como un recluta, y cabalgando en el caballo que le tenían listo en la puerta, emprendió la marcha a buen trote.

No podía sustraerse, sin embargo, a la alegría matinal de ese domingo iluminado fastuosamente por el sol naciente, y a la animación que le daba a Urbesilla el religioso regocijo de la muchedumbre creyente. En el pueblo, a la entrada de las calles; en los caminos y veredas que conducían a otros lugares y a los campos de los contornos, encontraba a cada paso la onda incesante de humanidad, rumbo a la casa de Dios como a un puerto de esperanza. Tódos avanzaban contentos, cual si llevaran las almas purificadas por la intención y el anhelo místico que las movían. Vestidos de limpio, tanto los hombres como las mujeres, y los niños incluso, daban singular impresión de decoro y de su deseo de honrar a la divinidad como mejor podían.

Cortada respondía con gruñidos a los saludos de los campesinos. Adivinaba, comprendía bien que no lo quería esa gente, y que sólo el respeto y el temor provocaban sus atenciones. No ignoraba que era el "Gavilán", y que si jamás se atrevían a pronunciar en su presencia este apodo ofensivo, lo común y corriente era que lo llamasen así entre ellos. Zacarías Aldana se lo contó muchas veces.

En esta ocasión tomó distinta vía de la habitual para ir a "Los Cedros", un atajo largo y poco frecuentado que conducía a las últimas chagras de la latifundia. Como nada tenía qué hacer en realidad, se dio a recorrer el paraje, visitando de paso algunos ranchos y conversando con sus ocupantes. En esta tarea invirtió toda la mañana. Un labriego, a eso del medio día, lo invitó a compartir su frugal almuerzo. Después fue a tenderse, para echar la

siesta habitual, bajo la sombra de un gran árbol. Era sitio propicio para descansar, en un rincón de la dehesa, limpio y afelpado por espeso césped de color verde tierno.

Pero la siesta resultó más larga de lo que se proponía. Tendido supinamente, permaneció buen rato despierto, con la vista fija en el alto follaje, a través del cual pasaba como por fino tamiz la viva luz solar. El suave resplandor le ponía en los párpados agradable sensación de laxitud y vaga somnolencia. ¡Qué grato le parecía en tal momento, estarse allí acostado, en esa semisoleidad y en medio de aquel silencio dominical y campesino que ni siquiera interrumpía el ordinario grito de las cigarras! A poca distancia, bajo el sombrío, sesteaban también dos o tres reses. Cuando alguna ráfaga de aire venía imprevisiblemente, traía consigo rumor confuso y alegre de aguas lejanas.

A los rudos instintos sensuales de Cortada les hubiera gustado hallarse tendidos en una hamaca, entre dos árboles frondosos cuyas ramas se juntasen y entretejesen formando palio de sombra y de verdura. Su cruda fantasía de hombre ávido de sensaciones placenteras, lo hacía soñar y desear, en medio de su marasmo, cosas extraordinarias: mecerse, por ejemplo, en la hamaca, al són de voluptuosa música, mientras cuatro o seis mujeres jóvenes, bellas y desnudas, lo abanicasen lentamente con flabelos impregnados de excitador perfume. Ah, esas mujeres deberían cantar con voces amortiguadas una canción de amor, y hacer caer sobre su cuerpo flores recién cogidas, encendidas y rojas como llamitas.

Tocados por los dedos hipnóticos del sopor, los párpados se le caían poco a poco; no sabía bien si estaba despierto aún, o si dormía ya, porque, aunque los sentidos se le habían aletargado, se daba cuenta confusamente de que su conciencia permanecía en vela, fluctuando entre

la realidad y el sueño. Pero al fin los ojos se le cerraron, y perdió por completo la noción de las cosas que le rodeaban.

Cuando la recobró, con brusco despertar, el sol había descendido bastante. Sobre el paisaje continuaban pesando la soledad y el silencio dominicales. Lentamente se incorporó, y acercándose al rancho se puso a hablar con el jefe de la familia. Tenía sed, y bebió. Después, cabalgando de nuevo, emprendió el regreso a Urbesilla.

No sentía afán de llegar. ¿Para qué? Lo que le importaba era que transcurriesen con rapidez las horas que restaban del día. El tiempo, sin embargo, no parecía tener prisa: se arrastraba con lentitud, a modo de caracol de luz, o como cansada acémila que ascendiera con tardo paso el declive de una colina. Dejaba, pues, el indiferente jinete, que la montura caminase a su amaño, parándose donde quería para pacer las altas hierbas, y tomando a veces un andar de tal indolencia que casi se confundía con la inmovilidad. Pero esto no era molicie del caballo, ni cachaza del animal, sino que Cortada lo había enseñado a que marchase de tal suerte cuando así les convenía a sus cavilaciones o a sus caprichos.

En el punto donde termina la travesía y comienza el declive que baja hasta la población, se detuvo para acercarse al ventorrillo. La brisa del atardecer soplabá con fuerza, haciendo sonar con ruido destemplado las inseguras tablas y las herrumbrosas hojas de lata del rancho. Desde la planadita en que estaba podía verse un bello espectáculo: el paisaje aparecía iluminado por cromática luz en que predominaba el tono rojizo; sobre el cielo corrían despacio, semejantes a navecillas lánguidas pintadas de graciosos colores, nubes que se agrupaban y se separaban formando dibujos caprichosos; abajo, a lo largo de la cuesta, brillaban con fulgor metálico los pedruz-

cos y las pequeñas lajas, y más allá, en la tierra llana, se veía lucir con claridad de cristales y de esmaltes las aguas y las arboledas, llenas algunas de éstas de flores lilas y purpúreas. Sobre todas estas cosas ponía el sol su lumbré encarnada, de color de sangre, y proyectaban los arreboles celestes el reflejo de sus matices proteicos, comunicándoles fastuosa apariencia. El panorama daba por momentos la impresión de un incendio; era como desmesurada paleta en que gigantesco pintor mojase sus pinceles para iluminar el lienzo del cielo.

Cortada fijó la vista en el caserío, cuyos tejados prendía también el resplandor solar con fuegos de hoguera, y la paseó después lentamente por los caminos. Numerosas gentes salían del lugar, para volver a sus cortijos. Aunque muchas habían partido ya, más temprano, quedaban bastantes aún que prefirieron esperar la tarde y la noche para el regreso. Campesinos de arriba, de la montaña, restaban muy pocos: casi todos se habían ausentado ya. Sin afanarse; calmosos porque saben vivir despacio, y satisfechos porque pasaron unas horas de holgorio, emprendían la marcha a sus hogares, pensando en que aquello no era sino un paréntesis fugaz abierto en el discurso monótono de sus vidas.

Observó de repente que entre las escasas personas que ascendían la cuesta venía una muchacha que caminaba con cierta premura, cual si la moviese vivo deseo de llegar al punto de su destino. Andaba con rapidez, con agilidad, y parecía no sentir cansancio. Al reconocerla, repentina emoción se adueñó de él. Ah, sin duda la suerte lo favorecía, pues ya iba para muchos días que deseaba con toda su alma encontrar la oportunidad de hablarle sin testigos. Se persuadió de que efectivamente venía sola, y comenzó a bajar el declive: no quería que se ha-

llasen allí, en la planadita, donde la gente del ventorrillo podía percatarse del asunto.

Cortada cabalgaba despacio, simulando marchar distraído. Junto a unas grandes piedras hizo como que topaba de improviso con la muchacha, pues exclamó parando la montura:

—¡Hola! ¿Qué tal está? ¿Le cogió la tarde en el pueblo?

Débora se había detenido junto a un pedruzco, esquivando y temerosa, y permanecía inmóvil, en espera acaso de que el patrón, contentándose con el saludo, siguiese su camino. Estaba muy bonita y graciosa con su sencillo vestido dominguero, y con el encendido color que puso en sus mejillas el calor del andar por aquella cuesta arriba. El resplandor rojizo del atardecer la bañaba fastuosamente, dándole aspecto de bella imagen de retablo iluminada por muchos cirios y dorándole la piel con extraños tonos. ¡Cómo le brillaban los ojos, y cuán hermosa la veía el exasperado deseo de Cortada!

Ella habló al fin, con voz insegura, y con la esperanza de que aquél no la detuviera demasiado.

—Padre y madre no pudieron venir, y a mí me mandaron con las muchachas de una finca vecina.

—¿Eustacio y Fabiana están en Urbesilla, pues?—preguntó Cortada, sorprendido.

—Nó; quedaron en casa esta mañana. Yo bajé muy temprano con las compañeras, para oír la misa, y contaba con que íbamos a regresar pronto, porque así lo dijeron.

—¿No vinieron ellas, entonces? ¿Le tocó volver sola?

—Sí—afirmó Débora como con cierto resentimiento—; me hicieron aguardar toda la tarde, y luego me salieron con que se quedaban hasta mañana por no sé qué

causas. Yo no podía demorarme más, porque padre y madre se inquietan, y resolví venirme en seguida.

—Ajá—exclamó Cortada tratando de infundirle confianza y ánimo—; eso quiere decir que no le salieron buenas las compañeras. Pero aún es temprano: yendo despacio y sin fatigarse, estará en su casa antes de que caiga la noche.

Ella pareció consultar el tiempo con la mirada; después respondió en són de duda:

—¡Quién sabe, don Tiberio! Me parece que tendré qué correr para llegar de día al rancho. Es muy tarde ya.

De cuándo en cuándo, mientras sostenían este diálogo, pasaban por allí, subiendo o bajando, campesinos de los contornos. Algunos, que conocían a la hija de Lucumí, los miraban con curiosidad y extrañeza, sorprendidos de ver a Débora, sola y a tales horas, lejos del rancho, y en compañía del terrateniente. Saludaban con cierta gravedad socarrona, que desasosegaba más a la moza que si lo hicieran con franca y maliciosa sonrisa.

Empeñado en ganar terreno, y ganoso de definir sus futuras relaciones con ella, Cortada habló sin rodeos:

—Mucho deseaba verla, Débora, y volver a hallar la oportunidad de que conversemos a solas. Hoy estoy de buenas, ¿no le parece? La casualidad nos ayuda, y esto me parece que es síntoma favorable.

Como la muchacha no respondiera, sino que permanecía seria y mirando con inquietud el descenso del sol, continuó diciendo:

—¿Se acuerda de lo que hablámos cierta vez en el ojo de agua? ¿Ha pensado en los ofrecimientos que le hice? Hoy vuelvo a repetirle lo mismo, y a ofrecerle mucho más todavía. No hago sino cavilar en usted; necesito su cariño, y por conseguirlo estoy dispuesto a todo. Le ju-

ro, Débora, que tendrá usted toda la felicidad que puede desear.

—¿Toda?—exclamó ella, pensando en Fermín.

—Sí, toda—afirmó Cortada vivamente—. Cuanto puede desear una mujer lo tendrá: dinero, trajes, joyas. No habrá capricho suyo que no tenga satisfacción. Y es que usted merece todo esto, y mucho más, Débora, porque no hay aquí ni en cien leguas una muchacha que la iguale, pero que ni siquiera merezca descalzarle esos pies.

La moza miró instintivamente hacia la parte aludida, y viendo sus zapatos humildes, de ordinaria y barata hechura, y sus medias de algodón, se ruborizó.

—¿Se da cuenta?—dijo su interlocutor, comprendiendo, y con sonrisa entre compasiva y burlona—. Usted viste mal porque así lo quiere, y sus atractivos se están perdiendo de lucir como es debido. Con ese porte de reina, y con esa cara de ángel, ¡qué bien le sentarían los trajes de seda, las bonitas alhajas, y, en lugar de ir a pie por estos pedregales, a pasar el tiempo aburrida en un pobre rancho, andar en automóvil por todas partes, y tener una buena casa en el pueblo!

Débora respondió vivamente:

—Mi rancho es pobre, don Tiberio, pero lo quiero y no me aburro jamás en él, porque allí están mis padres.

—No es por mal que le digo; es por su bien.

—Tampoco deseo esos lujos que me pinta. Le agradezco su buena voluntad. Y ahora, me voy porque ya es tarde. Que le vaya bien, don Tiberio, y dele muchos recuerdos de mi parte a misiá Lola.

Hizo ademán de continuar su camino, pero él se interpuso, exclamando con voz un poco temblona por súbita irritación:

—Nó; espere un momento. Es necesario que esta tarde, antes de separarnos, me responda algo definitivo. No

puedo, no quiero renunciar a usted, Débora. Se me metió usted en la voluntad, en el alma, y para que salga de allí sería preciso que me muriera. ¿No comprende, no adivina todo lo que es capaz de hacer el hombre que se encapricha por una mujer? Ahora se irá, pero dígame primeramente si acepta o nó mis proposiciones. Tengo necesidad de saberlo, ¿me entiende? Es indispensable que lo sepa esta misma tarde.

—¿Que si lo quiero? ¿Que si acepto?—balbuceó Débora, asustada de aquel tono—. Don Tiberio: usted sabe que en la casa todos le tenemos cariño y vivimos muy agradecidos de sus favores; pero yo no puedo quererlo en esa forma que me pide. Soy muchacha buena, y además usted es hombre casado.

—Esas son tonterías; cuando se quiere, no se tiene en cuenta tales razones. ¿Qué me importa a mí ser casado, si la quiero es a usted? ¿Y quién le ha contado que el amor es cosa pecaminosa? Conmigo, usted seguirá siendo tan buena como es ahora, como ha sido siempre.

—Pero también quiero ser honrada.

La impaciencia y el enojo de Cortada eran ya visibles. Un temblor de ira mal reprimida le sacudía los labios sensuales. Se sentía humillado, vencido por aquella moza reacia en sus negativas, y de buen grado hubiera finalizado la porfía con alguna brutalidad, de esas que acostumbra a veces. Dominándose con violento esfuerzo, para no soltar una andanada de maldiciones, barbulló rabioso y amenazante:

—Está bien. Usted olvida, Débora, que soy el amo aquí, y que en mis manos está la suerte de ustedes. Peor, para Eustacio, y por culpa de su misma hija. Ojalá no le pese a usted este modo de corresponderme.

Volvió la montura, rumbo hacia el pueblo, y concluyó en són de despedida:

—Pero no vaya a creer que la dejaré en paz, paloma. ¿No oyó decir alguna vez que Cortada no pierde nunca? Bueno, hasta pronto. Ya sabrá cómo soy con las que me quieren, y . . . con las que se obstinan en no quererme.

Soltó una risotada cínica, de desafío, que hizo estremecer a la moza, y, espoleando con furia a la bestia, partió cuesta abajo como si fuera despeñado. Bajo los cascos del animal rodaban y saltaban las lajas del pedregal quemado por el sol, y se prendían chispas fugaces. Inmóvil donde estaba, y bajo la impresión de la amenaza, Débora permaneció algunos instantes contemplando al jinete que se alejaba, del mismo modo que se aleja obscura nube de tormenta. Sí, lo comprendía bien: el patrón era un peligro que se apartaba por el momento, pero que seguramente volvería. Súbita tristeza la acometió, y un deseo confuso de llorar porque se creía muy desdichada. En seguida, recobrando el valor, se dió a pensar intensamente en Fermín. ¿Por qué temía si él estaba allí? Pero pensó con amargura que él era también otro siervo, otro galeote como su padre. ¡Cuán infelices eran todos!

Cuando llegó a la chagra casi no se veía ya. Se sentía más cansada del alma que del cuerpo. Para disculpar su tardanza les contó a Eustacio y a Fabiana lo ocurrido con las compañeras, pero no dijo palabra de su encuentro con Cortada. ¿Qué objeto tenía darles esa pena a sus padres?

Fabiana exclamó, sentenciosa:

—No volverá al pueblo sino conmigo, o con su padre.

—Sí, madre—aprobó Débora con honda y sincera convicción—: con usted o con padre. No me gusta ir sola por los caminos. Esta tarde, ¿sabe?, sentí un poco de miedo.

CAPITULO XII

EL DESDEN DE DEBORA

La feria tradicional, tan esperada en Urbesilla y sus contornos, y en los pueblos vecinos, llegó por fin y estaba en su punto más animado e interesante. Estos concursos locales solían durar en ocasiones hasta ocho días, pero nunca menos de tres, siendo lo habitual que durasen de cuatro a cinco, según la concurrencia de gente y la importancia calculada de los negocios. En aquella ocasión se previó con fundamento que iba a estar muy movida, lo que comenzó a cumplirse desde la primera jornada.

Empenachado como para las grandes solemnidades, el caserío daba la impresión de algo nuevo y de que comenzaba a vivir una existencia diferente. ¿Quién no había de admirarse viendo el lugar, ordinariamente tranquilo y solo, convertido de pronto en populosa villa, festoneado y alegre y multicolor, con sus tiendas de comercio colmadas, sus hosterías rebosantes de pasajeros, sus calles y plazas llenas a toda hora, en el día y en la noche, de transeúntes ansiosos de buenos negocios y de ruidosas diversiones?

De acuerdo con el programa de la Junta de Festejos,

cuyo Presidente fue como siempre Tiberio Cortada, y con la vieja costumbre lugareña, los números más llamativos e importantes se dejaron para lo último, siendo los dos primeros días dedicados casi exclusivamente a las transacciones. Agricultores y ganaderos, comerciantes y agentes, ciudadanos y campesinos, iban y venían en continua y confusa actividad, revueltos hombres con animales, y llenos todos del ávido afán de sacar el mayor provecho de aquel certamen de intereses.

Era tal el contagio del entusiasmo bursátil, que hasta personas que nunca negociaban se sentían poseídas de vivo y transitorio anhelo de sacar algún beneficio en aquella oportunidad que sólo ocurría una o dos veces en el año. Literalmente, todo parecía mercantilizado. Habían abierto tiendas en locales que siempre permanecieron cerrados. La atención del transeúnte era llamada aquí y allá por flamantes hoteles instalados de prisa y a todo costo, y que ostentaban sobre sus puertas o balcones desmesurados y despampanantes rótulos.

En las calles de mayor movimiento, y en los puntos más céntricos, estaban las agencias de granos. No eran muchas, pero sí las suficientes para que cada una pudiese hacer su negocio sin perjudicar a las demás. Para las gentes que no conocían su constitución, ni sospechaban sus ocultos manejos, tales agencias eran otras tantas pequeñas empresas con sus correspondientes dueños, y cada uno de éstos un negociante independiente. Hasta parecía que se competían, si no en los precios que estaban regularizados de común acuerdo, sí en la manera de atraer la clientela y de captarla con habilidad.

Cortada dirigía y fiscalizaba secretamente todas estas agencias. Su pensamiento las inspiraba y su dinero las movía. Eran, pues, como red tendida hacia las fuentes agrícolas de la comarca, cuyo centro invisible lo forma-

ba él mismo, y que se encogía y dilataba con elasticidad asombrosa, de acuerdo con sus cálculos e intereses.

La plaza principal y las vías más anchas semejaban campamentos provisionales. Por dondequiera se veía la lona de las toldas, en su mayoría nuevas y ásperas, algunas curtidas por el aire de ferias pasadas. Se vendía allí infinidad de cosas, lo que les daba aspecto de bazar o de miscelánea: mercancía ordinaria y barata, artículos para labriegos y cazadores, baratijas para muchachas. Bajo pequeñas carpas se ejercía pintorescas y variadas actividades. Gordas mujeres, que sudaban por el calor de los fogones, freían cosas de comer. Curanderos milagrosos sacaban muelas a mínima tarifa y expendían triacas estupidas para diversos males. Un secretario público, con aspecto de iluminado, escribía cartas de amor, mediante el pago de módicos emolumentos, y daba consejos confidenciales.

En las esquinas, como atalayas de la curiosidad pública, hombres locuaces, empujados sobre la multitud, explotaban la candidez de los campesinos o divertían su ocio pasajero. Había charlatanes elocuentes que, gesticulando incansablemente y moviendo los brazos con energía, a modo de aspas de molino, pregonaban los méritos de algún específico o exaltaban los maravillosos efectos de cualquier panacea. Hablaban y vendían. Quienes los rodeaban, gente ignorante y zafia casi toda, oían con supersticiosa atención los discursos, y se asombraban de buena fé por las estupendas cosas que contaban.

Pintados payasos y sudorosos atletas, en barracas improvisadas, hacían las delicias de la gente que se detenía a mirarlos, especialmente de las mujeres y los muchachos. Los priméros, con la risible cara cubierta de albayalde y bermellón, y con sus flamantes trajes absurdos, provocaban la alegría del concurso y hacíanlo prorrumpir en car-

cajadas espontáneas con sus visajes y piruetas y con sus gruesos chistes de ocasión. Los atletas, en cambio, lo que suscitaban era el respeto y la admiración. Semidesnudos y velludos, y conocedores del temeroso culto que inspira la fuerza material, exhibían majestuosamente sus músculos con juego estudiado del tórax y de los biceps.

Un rumor dilatado salía de esa muchedumbre abigarrada que negociaba y se divertía con igual entusiasmo, como si fuese aquella la última vez que podía hacerlo. El movimiento era continuo y mareante. En el ruido confuso y en el vaivén interminable se confundían las voces humanas con los gritos de los animales, la dinámica inteligente del hombre con la inquietud instintiva de las bestias. En sitios de poca edificación, se apretaba mugiente el ganado que no podían tener en la vía pública y que fue preciso reunir en corrales de emergencia. Gran cantidad de jinetes recorrían las calles, mostrando la estampa de sus monturas y lo costoso de sus avíos, y exhibiendo ostentosamente, los unos su habilidad ecuestre, los otros sus ladinos arrestos de chalanes.

Cortada, que en tales ocasiones solía hacer alarde de poseer los mejores ejemplares equinos, montaba un caballo magnífico. Desde que empezó la feria se le veía cabalgando a todas horas, y parecía no haberse apeado durante ese tiempo, según era su aire de centauro. Daba la sensación de llenar él solo, con su personalidad tan afirmativa, el ambiente local, y en realidad lo llenaba ostensiblemente, siendo como esos planetas en torno de los cuales se mueve la turba de los satélites. De hecho era el factor, el señor celoso de su influencia y poder, que sentía la necesidad casi fisiológica de intervenir en todo. ¡Ah, su ideal habría sido, sin duda, que no se moviese una paja en el caserío, sin su conocimiento y aquiescencia! Esto daba la clave de su participación decisiva e imperiosa en las co-

sas de la política local, en los grandes y en los pequeños negocios del pueblo, en las intrigas burocráticas, y en cuanto menester, en fin, preocupa y agita a las gentes de un municipio de la categoría de Urbesilla. Lo único que no pudo dirigir ni fiscalizar jamás fueron las actividades de la iglesia, lo que podría explicar acaso su desvío por las cuestiones del culto y su simpatía tan escasa por don Servando Castañeda.

Por dondequiera se le veía, como a un sér ubicuo. Aparentemente, no hacía sino moverse y voltear sin descanso, en el continuo recorrido de los sitios de mayor concurrencia. En el fondo, observaba y lo vigilaba todo. Tal vez se hacía él mismo la ilusión de ser dueño de cuanto lo rodeaba, y de que la multitud que veía era gente puesta bajo su mando. Con ojo zahorí y avizorante oído escudriñaba y atendía, sin darlo a notar, lo que hacían y hablaban lugareños y forasteros; pero no eran sus personales asuntos los que le interesaban: eran sus transacciones, sus tratos, sus minúsculos cambalaches incluso. Al negociante que había en él no podía importarle otra cosa que los negocios, los actos y las palabras de donde se pudiese sacar algún provecho pecuniario.

El segundo día de la feria Eustacio Lucumí bajó al lugar con la familia, y como pensaba permanecer se alojó en una hostería modesta, de gente pobre. La cosecha había sido buena, mucho mejor de lo que esperaba, por lo cual, y porque veía tanta afluencia de gentes, pensó que iba a lograr muy gruesas ganancias. Sí señor, sí; en esta ocasión era cosa segura que saldría de deudas y afanes con los dineros que aguardaba coger. Liado como pudo, y ayudado por otro colono que le facilitó sus acémilas, había bajado al pueblo todo el grano que dio la chagra y por ahí tenía lo almacenado en espera del momento propicio.

A media tarde fue a ver a uno de los agentes com-

pradores, de quien era cliente y amigo. El negociante estaba solo en aquel momento. Saludáronse, y hablaron luego de la feria.

—Mucha gente ha venido—opinó el labriego—, por lo que supongo que habrá muy buenos tratos.

—Así parece—respondió el ótro evasivamente.

En seguida inquirió con afectado interés:

—Y usted, Lucumí, ¿trajo mucho grano esta vez?

—Pues cómo no, y del fino. La cosecha rindió bastante ahora, de lo que le doy gracias a Dios.

—¡Hum!—hizo el agente con cierta sorna—: no eleven preces todavía, amigo. Según he oído decir, en todas partes ocurrió lo mismo, y esto, a mi modo de ver, en lugar de favorecer perjudica a los agricultores.

—¿Por qué?—preguntó ingenuamente Eustacio.

—Pues porque con tanto grano como está llegando al mercado los precios se pondrán por el suelo. Si otras veces sobró dinero, creo que ahora va a estar escaso, y muy regateado por consiguiente el valor del artículo. En tal situación, los que primero vendan serán los menos perjudicados.

Meditó un rato Eustacio, y ofreciendo regresar se dirigió pausadamente a la puerta. Cierta recelo suspicaz le aconsejaba no cerrar negocio por el momento, aunque lo habitual fuese que en aquella agencia los celebrara de ordinario.

—Y qué—dijo el ótro con calma—: ¿no hacemos ningún trato en esta ocasión?

—Talvez lo hagamos. He de volver más tarde por aquí.

—Pues lo espero entonces. No olvide, Lucumí, que los dos siempre nos hemos entendido muy bien.

—Así es, señor; y por eso digo que volveré.

Quería visitar otras agencias, hablar con labriegos

conocidos, enterarse, persuadirse bien de la situación. Adivinando su pensamiento, y comprendiendo su propósito, el negociante sonreía con sonrisa afable y anodina, como que tenía la certeza de que, dondequiera que fuese, el colono escucharía las mismas palabras y recogería idénticas noticias. La oculta red de negocios de Cortada estaba tan bien tendida y disimulada, que el pueblo entero se movía como en un círculo vicioso.

El resto del día lo pasó Eustacio Lucumí en investigaciones y tanteos con igual resultado. Las agencias, los compradores todos, parecían obedecer a rigurosa consigna. Tódos pagaban los mismos precios e imponían las mismas condiciones. Y como por razón de las circunstancias el comprador daba la ley, a los labriegos no les iba a quedar otro camino que aceptarlos.

No conviniéndole el absurdo precio que ofrecían, y con la esperanza de que pudiese mejorar, resolvió esperar prudentemente hasta última hora. Mientras tanto, se pasearía por el lugar con Fabiana y Débora, para que se divirtieran un poco.

Al siguiente día empezaban las fiestas: carreras de caballos, bailes públicos, músicas, pirotecnias; toda esa serie de espectáculos y de variadas atracciones que incluyen los programas para regocijos populares. El pueblo estaba colmado de charangas, de titiriteros y cómicos, de chalanes, de toreros, de empresarios de juegos. Gran cantidad de mujeres habían llegado, a hacer su negocio.

Esa noche había baile en la plaza. El gran cuadrilátero fue despejado desde temprano y provisto en sus márgenes de largos escaños de guadua para los espectadores de la calle. El espectáculo despertaba sumo interés, porque era número muy divertido y pintoresco. Por esto, no había cerrado aún por completo la noche cuando ya el amplio recinto estaba colmado de gente, lo que le daba

aspecto de enorme colmena. La iluminación era alegre y un poco carnavalesca, pues a las lámparas comunes, multiplicadas provisionalmente, añadieron luminarias de colores y faroles de formas fantásticas. Arriba, en los balcones festoneados y floridos, se veía mujeres de sociedad, ganosas de presenciar la fiesta democrática. Una charanga numerosa tocaba incesantemente, dominando con su estruendosa música el vasto rumor de la multitud que se apiñaba, ávida de diversión, sobre las tres o cuatro filas de escaños colocados en gradería que circundaban la plaza. Muchos estaban ebrios; y todos reían y hablaban ruidosamente, acometidos de fisiológica alegría, tan sana e ingenua que casi se asemejaba al júbilo pueril de las escuelas en vacación. ¡Cómo parecía henchir de gozo los corazones de aquellas gentes, el acompasado y sonoro clangor de cobres y parches, tan parecido a la voz de las bandas marciales!

Arriba, en el espacio negro, hasta donde subía leve resplandor lechoso, estallaba continuamente, disolviéndose al punto en lluvia cromática, la turba de los cohetes. Ocultos sagitarios que parecían estar provistos de inagotables aljabas de rayos, flechaban sin descanso la altura, mientras abajo corrían veloces y sinuosos, como reptiles, los petardos detonantes.

La plaza se colmó inmediatamente de bailarines. Innumerables parejas jiraban confusamente, en regocijado vaivén, llenas de un entusiasmo que se confundía con el delirio. El revuelo multicolor de los trajes de las mujeres le daba a la escena coloridos primaverales. Había campesinas gallardas y gañanes fornidos, andariegas de lujo y traficantes amigos del buen holgorio, mujeres humildes de la villa y mozos del lugar que echaban su leño a la hoguera del placer colectivo. Eran oportunidades aquellas en que parece que se celebra social armisticio, hasta cierto

punto, para entregarse a la embriaguez transitoria de las horas, y se les da tregua condicional a los prejuicios humanos y a la habitual tristeza del vivir de los pequeños pueblos.

Eustacio había ocupado con Fabiana y Débora, y desde la primera hora de la noche, puésto en los escaños, lo que les permitía ver cómodamente el espectáculo. Se pusieron tódos sus mejores ropas, y la muchacha se buyó con sumo cuidado. A pesar de la sencillez y pobreza de su traje, tenía ese atrayente encanto y esa gracia tan natural que les dan a la mujer la frescura de la juventud y el candor de la belleza inocente. Bajo las luces, el hechizo de la hora nocturna y la sugestión de la música, y porque la alegría que la dominaba encendía sus mejillas y sus labios y prendía fuegos estelares en sus pupilas, Débora parecía mucho más bonita de lo que era.

Con frecuencia, las miradas de los hombres próximos se volvían hacia ella, con admiración y deseo; pero no se percataba, porque su pensamiento y sus ojos estaban fijos en el hombre que su corazón amaba.

Muy cerca de allí, en efecto, presenciaba también el baile Fermín Lascano, su novio, quien llegó al pueblo esa mañana. La salud de la vieja Teodosia, alterada de nuevo, no le permitió venir antes. De pie junto al extremo del largo escaño que formaba la primera fila, y en el que se hallaban los Lucumís, el mozo casi no se daba cuenta de la escena por contemplar a la muchacha. Mirábala con ojos brillantes y anhelosos, y ella le sonreía; se miraban, mejor dicho, y se hacían signos de inteligencia, disimulados para que no notasen las gentes.

En cierto momento de furor coreográfico, Débora se levantó para observar mejor lo que pasaba. Eustacio y Fabiana, inmóviles y callados, estaban absortos en la contemplación de la danza. Despacio, con hábil maniobra, la mo-

za empezó a acercarse a Fermín: quería hablarle, tenerlo junto a sí un instante, y estrecharle la mano con oculto apretón y cariñosa fuerza.

Pensó que nadie la observaba, pero se equivocó. Un hombre, el colono Zacarías Aldana, seguía hacía rato, con atención y curiosidad, los movimientos de la moza. Acaso fue el único que se percató en ese instante, de lo que pasaba entre los dos jóvenes labriegos. Intrigado por el enredo, se puso, pues, a seguir la maniobra, simulando estar distraído en otra cosa.

De esta suerte vió cómo Débora llegaba junto a Fermín, cómo se enlazaban sus manos, y cómo hablaban luego en voz baja, con rapidez y vivacidad. ¡Cuánto hubiera dado por saber lo que se decían! Pero... ¿y por qué no? Deslizándose entre el gentío, y hábilmente colocado detrás de ellos, podía muy bien escuchar la conversación, y enterarse de todo. Sí, de todo; porque, sin duda, allí, como en cualquier historia de amor por sencilla que sea, hay siempre algo interesante qué conocer. Su oficio, y su natural inclinación, despertaron de pronto en el ánimo del agente secreto de Cortada la viva e irresistible necesidad de descubrir el fondo de aquello.

Iba, por consiguiente, a poner en práctica su propósito, cuando observó que los mozos se separaban. Despacio, como vino, Débora se encaminó de nuevo al lado de sus padres. Avanzaba con cierta dificultad por entre los grupos compactos de espectadores, mientras Fermín la seguía con los ojos, como perro fiel y afectuoso.

Imprevistamente se formó pequeño barullo. Abriéndose paso a codazos, imponiéndose con su presencia, Tiberio Cortada venía en dirección de la muchacha. Seguramente la había visto. Al llegar junto a ella, se detuvieron ambos a la vez. Un poco inmutada, y aparentando no darse cuenta del encuentro, Débora intentó seguir; pero

él la detuvo por un brazo. De la boca del terrateniente salía fuerte transcendencia alcohólica.

—¿Qué hay, Débora?—exclamó con cierta rudeza, con voz chispeante y fiestera que contagiaba—. ¿Se está divirtiendo? Muy bien hecho me parece.

A continuación agregó:

—Camine vamos a bailar, que esta pieza convida.

La charanga tocaba, en efecto, un aire capaz de hacer danzar hasta a las mismas piedras del piso: un aire loco, impetuoso, incitador y lúbrico, bajo cuya influencia arrebatadora hasta las gentes que estaban sentadas y quietas, y que fueron a la fiesta apenas a mirar, contoneaban el busto rítmicamente, o movían la cabeza a compás, tocadas de involuntario entusiasmo.

Pero Débora respondió, farfullando:

—Nó, don Tiberio, yo no bailo; nunca jamás estuve en bailes.

—¿De veras? Pues no le voy a creer.

—La verdad, don Tiberio; yo no sé de estas cosas.

—Bueno, ¿y qué importa? Bailaremos como podamos. Todo es bailar. Hoy estamos contentos, y nadie debe quedarse sin divertirse. Venga y verá qué bien vamos a hacerlo.

La moza miró maquinalmente hacia el sitio donde acababa de dejar a Fermín. Los ojos de éste estaban fijos en ella con expresión tan suplicante y angustiada, que por poco la hace prorrumpir en un grito. Nunca había visto una mirada tan humana, tan colmada de desesperación, tan intensa y honda. Le pareció que era un clamor, un largo alarido del alma de su novio, esa mirada aguda que la taladraba y cuyo sentido profundo ella sólo podía comprender. ¿No era así, pues, como debían de mirar y gritar los náufragos en el mar, ante la amenaza de

las sombras que amagan tragárselos y ante la visión horrible del barco salvador que se aleja sin verlos?

Su vacilación duró poco. Sacando valor de la propia flaqueza, pues el temor al patrón la sobrecogía, repitió casi sin voz:

—Nó, don Tiberio, yo no bailo; si le digo que jamás estuve en estas cosas.

Cortada pretendió entonces arrastrarla consigo hacia la plaza; la tomó por el talle, pero ella se defendió. Esa forma violenta de querer obligarla, despertó al punto su enojo.

—Déjeme en paz, que no quiero—exclamó irritada, librándose con un empujón del abrazo de su interlocutor.

Y se apartó algún trecho, inquieta porque las personas más próximas empezaban a darse cuenta del incidente.

Tras de tambalearse un poco, Cortada masculló roncamente algunas palabras de disgusto, y siguió su andanza por la plaza. No muy lejos de allí encontró una chica, y con ella se lanzó en el torbellino del baile. Danzaba con pesadez, en forma anticuada y risible, y su semi-embriaguez lo hacía tropezar a cada paso, con gran regocijo de la compañera.

Fermín había vuelto a acercarse a Débora. Llegó, y se contemplaron en silencio, sin saber qué decirse. En los ojos del aparcero, húmedos de emoción, brillaba una luz alegre. Por fin, la moza habló con voz que estremecía la ternura:

—Varias veces, en el monte, te noté triste, Fermín, por estas cosas de don Tiberio. ¿Desconfiaste de mí un momento? Pues ya ves que no tienes motivo.

Miró en torno suyo, para cerciorarse de que no la escuchaban, y añadió risueña, bajando los ojos y la voz:

—Sólamente te quiero a tí, Fermín; te quiero mu-

cho, y por eso deseo que no tengas la menor pena. ¿Estás contento ahora?

—Sí.

—Bueno; entonces sácame a bailar.

Danzaron un rato, y regresaron al punto de partida. No lo dio ella a entender, pero no quería tampoco que Cortada se diera cuenta, para que no se ofendiese demasiado. Por fortuna, el terrateniente, amañado con su compañera ocasional, no advirtió lo ocurrido.

En cambio, Zacarías Aldana, creyendo haber hecho importantes observaciones, paladeaba su descubrimiento. ¡El jugo que les iba a sacar a aquellas cosas tan sustanciosas! Para celebrar el suceso, fue a echarse un trago a la tol-da más próxima. Luégo se perdió entre la noche llena de luminarias, de músicas, de aventuras y de loca ilusión.

Por la mañana, Eustacio Lucumí volvió donde el agente comprador, donde averiguó consternado que los precios habían bajado más aún.

—¿No se lo dije, Lucumí? Pero usted no quiso creerme. Tal vez creyó que esto iba a mejorar. Pues bien: aquí tiene la situación. Y aguárdese a mañana y verá que va a tener qué vender su grano a cualquier cosa. El que no oye consejo...

—Esto no es sino mala suerte—exclamó el colono perdiendo un momento su habitual paciencia—; la maldita mala suerte que nos persigue siempre a los pobres.

Se calmó en seguida, y concluyó con tono fatalista:

—Ayer, hoy y mañana, eternamente ha de ser el mismo nuestro destino: trabajar como bestias, y luégo ver que hemos trabajado para nada. Cerremos, pues, el trato como propone. Hoy mismo he de volver a la chagra, a plantarme otra vez como un burro sobre el terrón, a ver si no nos morimos del todo de esta miseria.

El comprador no dijo palabra. Abrió su pesada caja

de caudales, y con gesto ritual contó sobre la mesa cierta cantidad de moneda que entregó al labriego, mientras sonreía socarronamente. Después se despidieron, y Eustacio se encaminó en busca de su gente. Iba despacio por la calle, descorazonado y triste, y tenía el aire patético de esos pájaros que se quedaron en tierra porque perdieron las alas y no pueden ya volver a volar.

CAPITULO XIII

SOMBRAS EN EL RANCHO

Varias semanas transcurrieron. Sobre el humilde rancho de Lucumí pareció arreciar la lluvia monótona y atedante de las dificultades y las penas. Allí cada día traía un afán nuevo y un problema distinto. Eustacio sentía que, a su pesar, el alma se le iba llenando de duda y de cobardía, y que por su ánimo comenzaba a pasar esa angustia honda y supersticiosa que sobrecoge al espectador en la hora melancólica y crepuscular que precede a la noche. Por dondequiera que tendiese la vista, sus ojos no percibían ya sino tinieblas; horizontes oscuros, cerrados y amenazadores; largos y tortuosos caminos erizados de obstáculos, cuyo término se perdía en remotas distancias donde se confunde la esperanza con la muerte.

Callado, ensimismado, recorriendo a veces sin propósito fijo los campos de la chagra, como si necesitara andar para canalizar su inquietud, se pasaba tardes enteras entregado a sus cavilaciones, mientras el espíritu se le iba llenando de áspera amargura y de pesimismo desolado.

—No se desconsuele, Eustacio—le decía la buena Fabiana, con su sosegado tono de mujer paciente y resigna-

da—; los males, por largos que sean, nunca son eternos. Dios habrá de tener al fin piedad de nosotros.

—Sí, Fabia, sí—respondía el colono con cierta sorna malhumorada—; se compadecerá de nosotros cuando nos llame a descansar en su seno.

La mujer bajaba la cabeza, y se ponía a rezar mentalmente. La oración la reconfortaba, lo mismo que vino generoso; era como la fuente espiritual de donde extraía ese valor tranquilo para sufrir y esa inagotable conformidad con la suerte, que la acompañaron toda su vida. Su fe y su piedad no tenían límites; por eso era tan arraigada y honda su confianza en la protección divina, y tan fervorosa su esperanza que renacía todos los días como la primera flor de la mata.

Cierta tarde, ya casi de noche, un colono vecino que volvía del pueblo, trajo una carta cerrada para Eustacio.

—Es del Gavilán—explicó el hombre, sin aceptar la invitación que le hacían para entrar a sentarse—; de seguro que cosa buena no es, porque nuestro patrón no acostumbra dar noticias alegres.

Con visible torpeza, Lucumí tomó el sobre, dándole algunas vueltas entre las manos ásperas; después lo guardó en el bolsillo del pantalón. Cuando el mensajero se fue, entró en la salita, y, llamando a Débora, dijo con aparente calma:

—Venga, hija, léame esta misiva.

Los conocimientos del labriego eran muy limitados: en sus primeros años aprendió a leer malamente y a estampar su firma, o mejor, sus palotes, con lentitud y dificultad. La moza se acercó al candil, y con voz clara y pausada leyó el contenido de la carta. Era, en efecto, comunicación de Cortada, quien en términos secos y apremiantes, le notificaba que todos los documentos a su cargo estaban vencidos, y que no podía otorgarle más plazo. En

consecuencia, lo requería para pagar inmediatamente la deuda. No lo manifestaba expresamente, pero se adivinaba su propósito, por ciertas amenazas veladas, de recurrir a las vías legales si era preciso.

Cuando concluyó de leer, la voz de Débora temblaba un poco. Fabiana, que zurcía ropa, levantó la cabeza y miró un momento a su marido, sin pronunciar palabra. En la salita del rancho se produjo largo silencio. Eustacio se había quedado caviloso, sobándole con la diestra el lomo a "Sansón", que estaba echado a sus pies. Al cabo preguntó, sin alterarse:

—¿Nada más dice, hija?

—Nada más dice, padre.

De pronto, Fabiana prorrumpió en humildes quejas:

—Pero ¿por qué son así con nosotros, Señor, si no dimos motivo? Usted, Eustacio, no hace sino trabajar todo el santo día para cumplir su obligación y pagar honradamente lo que debe. Nunca nos trató don Tiberio de esta manera. ¿Qué le hicimos para que tanto nos acose?

—Y ahora, cuando sabe que estoy peor—observó Eustacio—; cuando sabe que tuve qué vender con pérdida todo el grano que coseché.

Demudada, y sumida en tenaz mutismo, Débora escuchaba la conversación de sus padres y las conjeturas que hacían sobre el proceder de Cortada. Recordaba con hondo desasosiego su persecución, sus ofrecimientos halagadores, sus promesas y sus amagos. Tuvo de repente la intuición de que esa carta obedecía a sentimientos de venganza, y era consecuencia de lo ocurrido la noche del baile público. Sí, con seguridad el patrón, ofendido por el desaire, quería herirla en su propio padre, tratando así de obligarla a aceptar sus propuestas. La moza se estremeció. Veía el porvenir obscuro, y presintió con dolor que sobre su pobre hogar se cernía negro nubarrón de tormenta.

Lucumí volvió a hablar, fatalizado:

—¿Con qué he de pagar esta deuda? ¿Y qué me pongo a hacer luégo si don Tiberio me quita la chagra? ¿Para dónde cogeré, viejo y sin ningún recurso?

—Dios no ha de abandonarnos, Eustacio—exclamó Fabiana—; no se desespere. Por mal corazón que tenga don Tiberio, no lo tendrá tan duro que no se compadezca de nuestra suerte. Yo le hablaré, le suplicaré, y si es necesario iré a buscar a misiá Lola, a implorarle para que interceda por nosotros. Misiá Lola es tan buena y piadosa.

Aquella noche no hablaron más, pero se acostaron muy tarde. Desde su pobre lecho Débora oía de cuándo en cuándo los suspiros de Fabiana y los carraspeos de Lucumí. Sin duda, no podían dormir. Ella tampoco logró encontrar completo descanso hasta la madrugada. Su febril imaginación, iba y venía como loca por todos los sitios conocidos y por todas las épocas de su vida. De esta suerte evocó su infancia, sus primeros años de muchacha humilde, nacida y criada en el campo, amamantada en la necesidad y fortificada en el duro trabajo. No tuvo más paisaje que el de esa chagra donde siempre veía a su padre, insensible al agua y al sol, encorvado sobre los surcos, y a su madre que iba y venía, en perpetua actividad, absorbida a todo momento por la doméstica faena. Como los hijos de los pobres suelen no tener juguetes, no los poseyó; se entretuvo con los animalitos del campo y con los cachivaches de labor. Sus desordenados pensamientos lleváronla luégo a recordar esa otra etapa de la existencia, en que comienza la mujer; días colmados de revelaciones, de inquietudes, de anhelos confusos como indecisas sombras, y en que empiezan a reventar los botones de los sueños y a precisarse los mirajes de la ilusión. ¡Qué humildes son los sueños de una campesina! ¡Cuán modestos y pegados al suelo los castillos de su esperanza!

Pero Débora era muchacha más despierta y con mayor entendimiento que el común de las hijas de los labriegos; por eso en la escuela, aunque muy poco, pudo aprovechar algo más que las ótras. A su inteligencia natural se juntaban una rara sagacidad y una rapidez de comprensión que no era vulgar.

Cuando conoció a Fermín pensó que lo iba a querer mucho, y además de esto lo sintió. Fue un amor espontáneo, fresco y recíproco, que nació como el agua surgente de las peñas, que creció como el caudal de los arroyos, y que, lanzado ya por la vertiente, nada pudo ni nada podría detener su marcha. Grabado como sello de fuego debía de tener en el alma ese cariño, ese sentimiento dulcísimo que la hacía sufrir y gozar, y enternecerse, y que, en las horas de deliquio o en la soledad cavilosa, desataba el collar de su risa o vertía el cántaro de su llanto. ¡Cuán feliz fue en todo ese tiempo que llevaba de amores con Fermín! Su dicha era sencilla, pura y humilde; se llenaba con bagatelas, con naderías; estaba en ella misma. Una palabra del amado bastaba para transportarla de emoción gozosa, una mirada para sumirla en el éxtasis. A pesar de la costumbre de verlo, su presencia era siempre novedad para ella, acontecimiento distinto en cada ocasión. Lo presentía; aguardábalo invariablemente con renovado anhelo, con fresca ilusión, y cuando estaba para llegar su corazón lo anunciaba como campana jubilosa. ¡Fermín, Fermín: cuánto lo quería! Sus rubores de virgen cándida, sus ansias de enamorada, los latidos de sus arterias ante la inminencia de los encuentros, todo aquilataba día por día en su alma ese acendrado afecto de niña. Y acaso porque su deseo no se colmaba jamás, porque su ilusión encontraba perennemente nuevas fuentes de vida, era posible que lo viese como lo veía en cuanta entrevista celebraban o les deparaba la casualidad: como un sér distinto y a la vez

siempre el mismo; como el muchacho bueno, fuerte y cordial que le habló cierto día de amor con voz temblorosa, y como el ideal encantador y confuso que su alma sencilla se forjó.

Vivía en perpetuo sueño. Sus pensamientos y sus fantasías iban más allá de los términos de la chagra, de los linderos del monte, de las remotas e indecisas líneas del paisaje; pero no por los caminos del mundo ni por los atajos de la realidad. Su ensueño era más vagaroso, menos humano; quizás un poco más absurdo y loco de lo que suelen ser los sueños.

¿Por qué, si era tan feliz, y si su dicha a ninguno podía hacer sombra por lo escondida y humilde, venía el destino a perturbarla? ¿Por qué no había de merecer su ventura? ¡Ay, si no fuese porque era regalo para los ojos del amado, habría maldecido ya mil veces esa belleza suya que la perdía y que atrajo sobre su persona de campesina pobre las miradas del amo!

Comprendiendo la situación, y transida de honda congoja, Débora se revolvía en su lecho, agitada e insomne. A ratos suspiraba también. Fabiana, cuya silenciosa angustia no le impedía percatarse del desasosiego de su hija, preguntó desde su tarima:

—¿Qué tiene, Deborita? ¿Por qué no duerme?

—Nada, madre, nada; se me ha huído el sueño de pronto, pero ya volverá.

—Sí, procure dormir, que es muy tarde, hija; los gallos cantaron una vez.

¡Dormir! ¿Cómo podía dormir con semejante torcedor? Procuró estarse quieta para no intranquilizar a sus padres. ¡Pobres! Bastantes penas y preocupaciones tenían, especialmente Eustacio, con las amenazas que se cernían con vuelo de pájaros fatídicos sobre la paz del rancho. En el alma de Débora luchaban desesperadamente dos senti-

mientos encontrados: de un lado su amor, que era su misma vida; de ótro, la piedad filial que le mostraba con índice severo y atormentador el desolado cuadro de su casa. Sabía que en sus manos estaba poder apartar la nube sombría, próxima a reventar en turbión de desgracias sobre la familia; que una palabra suya hubiese bastado para alejar todo peligro. Pero, ¿a qué precio, Señor, a qué precio?

La visión del campesino hogar se le presentaba con colores de sombra y de espanto: Eustacio, viejo ya, agobiado por la tristeza y la decepción; Fabiana, la resignada y bondadosa mujer, llena del dolor de todas las penas. Sórdida miseria, existencia sin cobijo, necesidad; y quién sabía también si el éxodo angustioso a lo largo de ignorados caminos. Esto era lo que más la aterraba: si el amo los echaba de allí, ¿a dónde irían entonces? ¿En dónde volver a hallar, cuando ya atardecía en la vida de Eustacio, otro albergue como aquél, que, si no era suyo, al menos le permitía tener la ilusión de creerlo?

Pero a la vez que este cuadro de desolación, que la transía de pesadumbre, alzábase también ante sus ojos adoloridos el espectáculo de su amor infeliz y sacrificado. Ay, ¿por qué era tan cruel el destino? ¿Por qué se ensañaba así con los desgraciados y los humildes? Adivinaba estremecida, en el porvenir próximo, la existencia miserable que arrastraría, lo mismo que cadena de tortura, sin fe, sin esperanzas, sin cariños del corazón, mutilado su ensueño, hecha pedazos su quimera, convertida su vida en agonía angustiosa y oscura en que no se acaba de morir jamás y en que se renueva todos los días, como el dolor de las llagas, el sufrimiento interminable. Porque eso sería, sí, el vivir para ella: alimentarse siempre, invariablemente, con el manjar amargo del recuerdo de su sacrificio; calmar su sed con el ácido zumo de la conformidad resignada; desfallecer en desesperación silenciosa.

Su calenturienta imaginación hacía evocar la imagen del aparcerero, como si en su contemplación ideal hallase lenitivo o defensa para su transitoria cobardía. Todo le parecía que la acusaba. El mirar de Fermín, hondo y mudo, la taladraba, y hería sus oídos como si fuese el grito de un naufrago o de una bestia moribunda. Era algo horrible y calofriante la expresión de esas pupilas fijas, de inmovilidad hipnótica, que la contemplaban con tristeza y reproche, que tenían la fuerza clamante de un alarido, y que se enturbiaban, como los ojos de los muertos, con vapores sobrehumanos y con grumos de lágrimas.

Desechó angustiada la visión, y siguió pensando en las desventuras de su casa. ¿Qué iba a ocurrir, Dios mío? ¿Qué sería de ellos? Eustacio había trabajado tanto... Pusieron todos tanto cariño y esperanza en esa chagra que ahora la voluntad vengativa del amo podía arrebatárselos... Débora se daba cuenta con infinita zozobra, de que en sus manos estaba la suerte de la familia, y esto mismo la horrorizaba. La espantaba, sí, porque era terrible considerar que sólo a costa de su sacrificio podía salvarla de la ruina, librarla de la amenazante miseria. El destino, como Moloch, quería víctimas. La vida reclamaba paradójicamente tributos de muerte y ofrendas de cadáveres. Ella sería el cadáver, su corazón, mejor dicho; su pobre corazón que ya agonizaba, estremecido por el soplo de hados aciagos y maléficos.

Pero nó; no era posible. Sentía que todo se rebelaba en su sér contra el tiránico destino. Frente al tremendo dilema que se le ponía delante, de optar por la defensa del hogar inmolando su propia felicidad, o de sacrificar la familia para salvar esa soñada dicha, su ánimo vacilaba y se estremecía con vértigos de abismo, oscilando terriblemente como si fuese péndulo mortal. Su alma angustiada desfallecía ante la contraria llamada de dos sentimientos que

la anegaban, si no con igual fuerza, al menos con idéntica imposición de deber y de honda ternura.

El de su amor prevaleció al cabo, sin embargo. No podía engañarse ella misma, y se daba cuenta, con cierta voluptuosa amargura, de que era superior a todo: a su afecto filial, a los oscuros temores de lo que vendría después, al dolor y a la misma muerte. Cuando tuvo esta plena persuasión, cayó en una calma inconsciente, en que le parecía ver las cosas con otro criterio; talvez con un espíritu nuevo de estoica indiferencia.

A pesar de todo, y para apaciguar su zozobra, no quiso hacer ningún propósito. En su pensamiento sólo una cosa tenía perfiles definidos: la idea tozuda de su honradez de muchacha humilde y sencilla, criada cristianamente, y el imperioso instinto de amor que se alzaba triunfante y único, como árbol frondoso en desolada llanura. Pero sus escrúpulos buscaron cauce conciliador, y por allí corrieron sosegados: el de la esperanza. No era posible, nó, que Dios los dejase de su mano. ¿Por qué iba a abandonarlos, si El es grande, y bueno, y providente? Con ansias de desesperada se aferró a esta creencia consoladora, y llena de ella ya, comenzó a rezar fervorosamente. Oraba en silencio, inmóvil y en posición supina sobre su lecho, y su plegaria era como perfume ideal de pureza, con que incensó la noche, y aún seguía subiendo hacia su celeste destino cuando brilló la claridad de la alborada.

CAPITULO XIV

PASOS DE RAPOSA

Cuando abandonaron la trastienda de la licorería, a la indecisa luz crepuscular, el colono Zacarías Aldana vacilaba sobre sus pies, como los marinos que acaban de bajar a tierra y que conservan la sensación de inestabilidad producida por el cabeceo de los buques. Calixto Madroño, en cambio, no daba la menor señal de embriaguez. Toda la tarde permanecieron allí, en el tramo reservado de la cantina, sentados en torno de una mesita y con la botella y dos copas delante. La conversación fue grave y confidencial, como ocurría siempre en parecidas circunstancias, y como era del caso que así fuese, tratándose, como se trataba, de delicados asuntos políticos. Mientras Madroño hablaba, subrayando las frases con su eterna sonrisa mecánica y escanciando frecuentemente licor en los empañados cristales, Aldana lo oía con atención tan profunda que casi tocaba con la estupidez, en tanto que sus ojos de fiijeza bovina permanecían clavados como dos dardos inmóviles en los de su interlocutor.

Más de tres horas estuvieron en conferencia, dando el hábil leguleyo sus instrucciones y tomando el astuto co-

lono atenta nota de ellas. La charla de Calixto Madroño, viva, pintoresca y amena, era muy persuasiva, pues la matizaba con expresiones enérgicas y con aforismos contundentes que disipaban toda posible duda. Además, sabía tocar con suma destreza la cuerda del interés, ya por el lado que se relacionaba con los labriegos, ya por el que tenía qué ver con el mismo Aldana.

En la puerta se detuvieron un momento para encender sendos cigarros, dos magníficos puros de esos que no fuman sino los ricos y a veces los pobres cuando alguien tiene interés en halagarlos. Aquellos días, como todos los que precedían a elecciones, eran para Madroño de prodigalidad calculada: gastaba sin avaricia, pero gastaba bien y con seguridad de reembolso. No parecerá demasiado extraño, por tanto, verle en compañía del colono, agasajándolo con licor fino y tabaco caro, como a personaje de valía.

El leguleyo puso especial cuidado en destacar con hiperbólicos elogios la personalidad de Zacarías Aldana, su importancia política y el prestigio de que gozaba entre la población campesina. Sí: él era el hombre; estaba seguro de que, como en otras ocasiones, los labradores de la región acudirían en masa a los comicios, a su simple voz de llamada. Por eso contaba con él. Luégo invocó Madroño las convicciones, las tradicionales glorias políticas, la necesidad de defender los principios y las instituciones amenazadas por el enemigo. Y finalmente habló de las conveniencias. Como puede presumirse, en esta parte fue reticente y muy diplomático. El arte, o mejor dicho la habilidad, estaban en favorecer los intereses de Cortada, íntimamente relacionados con los suyos propios, tratando de hacer ver que los de los labriegos dependían de éstos por natural y lógica conexión.

El oculto designio de Madroño se encaminaba a im-

presionar la imaginación del colono, dándole una enseñanza disimulada, para que así abastecido de razones y frases fuese a volcarlas luego, como instrumento de repetición, sobre los auditorios rurales. Sabía que Zacarías Aldana, que hablaba poco pero con oportunidad, no era insensible a esas gloriosas oratorias, y gustaba de hablarles a los palurdos si había buena ocasión para ello. Esto, y su destreza para hacerse pasar por hombre prudente y de sínderesis, así como el desinteresado fervor con que simulaba tomar la defensa de sus hermanos campesinos, le ganaron cierta autoridad entre ellos. Lo cierto, en el fondo, es que, dándose cuenta de que Aldana gozaba de buen predicamento ante el patrón, los labriegos le temían y consideraban, y hasta trataban de aprovechar su influencia.

Por su parte el colono, a quien lo único que importaba era la utilidad que obtenía de su ayuda y servicios, cotizados siempre de contado en dinero, favores y prerrogativas, asentía a todo con grave socarronería, listo en cualquier momento a especular, incluso con su alma.

—¿Conque quedamos en eso, eh?—dijo el risueño y vivaz Madroño, mirando rápidamente en torno y estrechándole la mano áspera con efusión cómplice.

—En ello quedamos, doctor Madristo.

—Bueno, ya sabe: estas elecciones son de mucha importancia, por lo que conviene que les pongamos toda el alma. Cuento con usted como siempre. Si las ganamos, cosa que no dudo, el provecho será para todos; pero si llegáremos a perderlas no es nada difícil que los más perjudicados resulten ustedes los campesinos. Ya sabe por qué. Además, usted conoce bien a Tiberio.

Tras de breve pausa, Aldana respondió:

—Descuide no más, doctor. Para que nos vaya mal en ésta, es necesario que el diablo meta la cola. Yo le hablaré a mi gente como Dios manda.

Se separaron, y el colono echó a caminar con incierto paso en busca de la posada donde tenía la montura. Como la noche estaba obscura, y el callejón mal alumbrado, avanzaba instintivamente, con andar mecánico y oscilante, pareciéndole que entre la sombra había más luces de las que existían en realidad. No estaba borracho, no perdió el conocimiento ni la noción de las cosas, pero sentía el mareo de los vapores del licor y una pesadez orgánica que lo hacía desear con vehemencia hallarse sobre la silla del caballo.

Cabalgó al fin, y emprendió la marcha hacia la chagra. Tarde llegó, porque iba despacio y como adormilado. Se tiró en el camastro tal como estaba. Al otro día, cuando de nuevo abrió los ojos, el sol había subido bastante: su luz brillaba con luminosa energía sobre el campo y hacía mucho tiempo que se trabajaba en los cortijos. No estaba mal aquello. Para él sería esa una jornada agradable y hasta descansada, porque no pensaba ocuparse en las faenas habituales. Sintíéndose fresco y alegre, se levantó y se dispuso para salir.

Media hora después llegaba al rancho de Celso Viaque. Bajo el cobertizo, el aserrador, con el puño cerrado sobre el mango del trocero, le rompía el corazón a un pequeño tronco. El ruido monótono y sordo de la herramienta llenaba la mañana. Lenta lluvia de partículas de madera caía sobre el piso, mientras en el aire se difundía, como impalpable esencia, el fuerte perfume vegetal.

El aserrador alzó la cabeza, y se quedó mirando entre sorprendido y receloso al recién llegado. No tenía costumbre de verlo por ahí.

—¡Eh, Celso!—gritó el colono con acento amistoso, y apeándose tranquilamente—; cómo vamos?

—Como siempre, amigo—respondió con calma el interpelado.

—¿Sabe a qué vengo?

—Difícil saberlo, porque no estudié para adivino.

—Entonces se lo voy a decir.

Se sentó Zacarías en el trozo de árbol que había a la entrada del cobertizo, y comenzó a hablar con animación.

—Traigo buenas noticias. Ayer por la tarde bajé al pueblo, y me vi con el patrón don Tiberio. Ahora la gente anda revuelta con la cuestión de las elecciones, y nadie habla de otra cosa. Pues bien, como le decía: me ví con el patrón don Tiberio, y conversé con él una porción de asuntos. El hombre estaba de buena ley, porque se le notaba y porque me dió a entender que piensa efectuar algunos cambios en estas tierras.

—¿Y a eso llama usted, Zacarías, estar de buena ley un patrón?

—Oiga el cuento y verá, cuando lo termine, si no es así como le digo. Don Tiberio va a poner otras condiciones para los arriendos, y les hará a los aparceros propuestas más ventajosas. ¿No le parece que es noticia de dar con tambor y pífanos? Pero no se queda ahí el individuo, hermano, pues le oí decir también que rebajará los intereses a los colonos que le deben.

—¡Caramba, amigo—exclamó el aserrador con sorna—: trae usted las alforjas repletas que ya estallan! ¿Y a qué se debe todas esas esplendideces?

—Por lo que pude barruntar, atando cabitos, parece que misiá Lola se ha interesado por nosotros, obligando al patrón a considerarnos. ¡Es una señora tan buena y tan católica! Pero también creo que don Tiberio, que piensa que las tierras no le producen todo lo que debieran, quiere picarnos el interés para que aumentemos las mejoras y cojamos mayores cosechas.

—No es mal negocio para él.

—Tampoco lo es para nosotros, los que trabajamos

aquí pagando terrazgo y con la esperanza de poder mañana quedarnos con el lote. Con las nuevas condiciones me parece que vamos a estar todos muy favorecidos.

—Quedarán ustedes—dijo con indiferencia el aserrador—; a mí no me van ni me vienen esas gangas. Soy ave de paso, y cualquier día alzo el vuelo de aquí.

—¿Pero no le interesa la suerte de los demás, Celso?

—Me interesa para compadecerlos. Los hombres que habitan estos contornos viven pegados a la tierra como los gusanos y los caracoles. Yo soy hombre libre. Por esto, y porque veo que su aferramiento al suelo y a las cosas materiales los mantienen esclavizados, les tengo lástima. Si fueran como yo, estoy seguro de que no serían tan desgraciados.

El aserrador hizo una pausa, y preguntó luego:

—¿Decía usted que en el pueblo la gente anda vuelta con las elecciones que vienen?

—Hay mucho entusiasmo, por lo que comprendí. Creo que esta vez la fiestecita estará muy movida. Claro es que las ganaremos, pero me parece que no será sentados seguramente.

—¿Trabajaré como otras veces?

—En ello ando, justo y cabal.

—¿Y quién será el candidato ahora?

—El mismo de siempre.

—¿Madrismo?

—Usted lo ha dicho, hermano.

—¡Hum! Pues no le auguro buena suerte. Hasta ahora no he oído a nadie de por aquí hablar bien de ese cristiano.

—Nunca hablan bien de él; ninguno lo ve con buenos ojos. Pero esto es lo de menos. Lo que importa es que, llegado el día del bambuco, todos salgan al pueblo a echar

en la caja su papelito. Que no quede comadreja entre su agujero.

Celso Viaque, que abandonó un momento el trocero, lo empuñó de nuevo y se puso a aserrar con ímpetu; en seguida acompañó su trabajo con un silbar acompasado, todo lo cual resultó ligeramente cómico.

—¿Será usted de los nuéstrs, Celso?—preguntó, entre receloso y desconcertado, Aldana.

El interpelado se detuvo para mirarlo. Taimada expresión, de burla y de desconfianza, animaba sus ojos.

—Vea, amigo—respondió con ruda sinceridad—: ya le dije que yo soy aquí pájaro transeúnte, y que cualquier día levanto mi tolda. Anoheceré y no amaneceré en estos predios. A mí no me venga, pues, con prédicas y catecismos, porque ni me convencen sus letanías ni soy amigo de embelecos. Que cada cual arree como pueda. Vaya gaste su labia, pues, con los que la quieran oír, que no serán pocos, me supongo.

Como Zacarías nada replicase al punto, añadió con cierta animosidad:

—Estos hermanos campestres siempre estarán creyendo las bonitas cosas que les dicen los que manejan el timón. Son tontos, y nunca cogen experiencia. Se parecen a las muchachas simples, que las engañan con promesas y con abalorios. Merecen su suerte.

—¿Quién, Celso: las muchachas o los campestres?

—Las unas y los ótros, porque son el mismo pájaro bobo.

—¡Vaya, hombre! Ya veo que no será usted de los que saldrán al pueblo el día de elecciones. Es lástima, porque sería un buen capitán. . . Bueno, me marchó. Tengo qué aprovechar el día bien aprovechado. Le encargo, sí, que no diga nada de lo que hablamos. Ya que no nos hace favor, tampoco nos haga perjuicio.

—No se preocupe, amigo, que no he de abrir la boca para nada. No nací para redentor. Además, no me importa.

Aldana se despidió, y tomó el camino de la chagra más próxima. Según lo acababa de anunciar, tenía que emplear el tiempo en la forma que le diese más rendimiento, y esto no lo lograba sino moviéndose; poniendo a contribución el brío de su montura y su capacidad de hablar y de persuadir. Eran muchos los ranchos, muchos los labriegos, y vasta la tierra donde moraban. Apuré, pues, la marcha, y así anduvo durante toda la mañana: galopando continuamente; deteniéndose aquí para entrar en la humilde casa donde el campesino hacía su yantar o entretenía su ocio transitorio con cualquier trabajo manual; parándose allá, en plena sementera, a echar palique corto y sustancioso con el labrador que suspendía un momento la faena para escucharle. Todos le oían con calma, con atención socarrona y benévola, en que había algo de respeto y temor, porque ninguno ignoraba la confianza que al colono le dispensaba el amo y señor del dilatado fundo.

A la vez que con tono persuasivo, Zacarías sabía hablarles con acento de autoridad y de velada amenaza. Hábil y astutamente, deslizaba en su pintoresco discurso, junto a la promesa halagüeña y falsa, la frase intencionada que iba a despertar los sentimientos ancestrales, a remover los instintos oscuros del hombre que necesita luchar y defenderse, y a excitar con el estimulante del peligro las supersticiones del espíritu. Su sagacidad de paleta malicioso tenía entonces ocasión de brillar y demostrarse. Por lo mismo que conocía su gente, no ignoraba los resortes que han de moverse cuando se trata de convencer ánimos prevenidos o fríos, pero impresionables. Así Zacarías les hacía ver las cosas, más que con criterio sentimental con criterio de cálculo. No debían perder de vista que si

los deseos del patrón eran fielmente atendidos y cumplidos, saliendo a votar por el candidato, Cortada les ayudaría a todos como siempre. Si ocurría lo contrario, por indolencia o desconfianza, peor para ellos. Contrariar la voluntad del amo sería, pues, además de necio y temerario, imprudente y estúpido. ¿Qué costaba bajar a darse un paseito dominical, y pasar un rato agradable, con comilona y bebida libres, y con algunas monedas de adehala para meterse en el bolsillo?

Los labriegos acababan por asentir: unos por ignorancia, rutina o ingenuidad; otros por indiferencia. Después de todo, ¿qué les importaba aquello? ¿Qué más les daba que fuese o no quien lo quisiera, el hombre que se llevara sus sufragios? Continuarían lo mismo, lo sabían muy bien; lo presentían como otras veces. Su suerte no cambiaría seguramente. Pero lo importante era vivir, y a ellos lo que les interesaba era eso: vivir, o hacerse al menos la pobre ilusión de que vivían.

Al atardecer, cumplida su misión, Zacarías Aldana emprendió satisfecho el regreso a la chagra. Marchaba contento como el hombre que triunfó y va a recoger su premio. Por el camino iba echando cuentas regocijadas de todo el provecho que habría de sacar de esas andanzas y tercerías, y sentía ganas de reír considerando su papel de agente político de vereda, aparentemente desinteresado y apostólico, y en el fondo tan productivo, por lo mismo que sabía extraerle jugosas granjerías.

Muy alegre iba el hombre. Pensaba en las buenas noticias que llevaría la mañana siguiente a Calixto Madroño, y en los ofrecimientos que éste le haría con seguridad. Por el atajo que seguía soplabla viento fuerte y muy fresco. La bestia que cabalgaba, empapada en sudor por el continuo andar, dió una sacudida brusca y largo relincho. Luego moderó el paso. Ella también parecía estar conten-

ta. Le pusieron buen pienso durante el día, y a su intuición del descanso próximo sobre el verde lecho de la dehesa, se juntaba acaso la sensación oscura de la dicha de su jinete, que parecía comprender.

De pronto, Zacarías detuvo su marcha, creyendo escuchar un rumor de voces que llegaba confusamente, traído por el aire caprichoso. Atendiendo con más cuidado, pudo distinguir que eran dos personas las que hablaban: hombre y mujer. Las frases venían truncas, inciertas, por lo que no le era fácil precisar su significado. Un vivo deseo de saber quiénes podían ser los imprevistos dialogantes a esa hora y en aquel sitio, lo asaltó súbito. Excitada su curiosidad, y movido por el hábito del oficio, se apeó allí mismo, y, atando la bestia a un arbolito, avanzó con suma cautela en dirección de donde llegaban las voces.

Oculto por el tupido follaje, pudo ver, sin que su presencia fuese notada, lo que ocurría. Muy juntos uno de otro, sentados sobre un viejo tronco caído, hablaban con animación el aparcero Fermín Lascano y Débora, la hija de Lucumí. Aldana los reconoció al punto, y su sorpresa no fue pequeña. Por detalles cogidos al vuelo en circunstancias diversas, había sospechado levemente que entre los dos muchachos pudiese existir algún entendimiento. Recordó, por ejemplo, la rápida conversación que tuvieron el día del convite en la chagra de Eustacio, y la mirada de éxtasis de la moza cuando Fermín cantó acompañado de la guitarra. Recordó también el incidente del baile público, la noche aquella del penúltimo día de ferias. Nunca imaginó, a pesar de tales indicios, que se trataba de amores formales, y mucho menos que estuviesen tan adelantados.

Sintió el colono ganas de reír de su propia estupidez y de su pobre sagacidad y escasa malicia. ¿Cómo pudo escapar el hecho a su observación y vigilancia? ¿Dónde dia-

blos tenía los ojos y los oídos? Se consoló en seguida pensando que si había sido torpe, la suerte o la casualidad lo resarcía, en cambio, poniéndole de improviso, y cuando menos lo esperaba, toda la realidad delante, toda la verdad. Ahora sabía ya, y no le quedaban dudas.

Inmóvil en su escondite, y con las pupilas dilatadas por la curiosidad, se frotaba las manos de satisfacción calculando el partido que iba a sacar de tal descubrimiento. No necesitaba saber más: con aquello tenía bastante. Retrocedió, pues, hasta el punto donde dejara atada la bestia, y cabalgando nuevamente continuó su marcha hacia el rancho.

Al día siguiente, muy temprano, fue a ver a Madroño, para darle cuenta de su misión. Después fue en busca de Cortada. Lo encontró en casa, disponiéndose para salir al campo.

—¡Hola, Zacarías! ¿Qué tal?—exclamó con afable tono el terrateniente, mientras le golpeaba con ruda llaneza uno de los hombros.

Cortada parecía contento esa mañana. Se mostraba expansivo, jovialote y locuaz. Pidió muchos informes. Al fin, como si necesitara buscar en el movimiento, en la acción, válvulas de escape para su vitalidad, puso un pie en el estribo diciendo:

—Camine nos echamos un vidrio, y le damos una vuelta al pueblo. ¿No tiene prisa?

—Hoy estoy de prisa, don Tiberio. He de volverme ya, porque en la chagra hay bastante qué hacer.

—Ah—exclamó Cortada.

Y Zacarías, que debía dar de todos modos su noticia, y que no ignoraba la pésima impresión que ella iba a causar en el ánimo del patrón, explicó en seguida:

—No vine sino por decirle dos palabritas.

—¿Nada más, hombre? Pues dígalas ya, y vamos andando.

El colono se aproximó entonces a Cortada, y bajando la voz, susurró en tono de misterio, después de mirar rápidamente en torno suyo:

—Abrale mucho el ojo a Fermín Lascano, don Tiberio. Ayer tarde lo ví en un claro del monte hablando con la hija de Eustacio.

—¿Con Débora?—exclamó aquél sin poder contenerse.

—Sí, con la misma. Ellos eran, porque con mis ojos los vi.

Después de esto el terrateniente no pronunció palabra más. Montó despacio, con simulada calma, y se afianzó sobre la silla. Sorprendido de su mutismo, Zacarías Aldana lo miró con cierta inquietud y observó que la expresión de jovialidad que hacía un momento nada más le iluminaba el semblante, había desaparecido por completo. Ahora estaba sombrío, ceñudo, y tenía una leve palidez en las mejillas y en los labios. Asidas por su diestra crispada como la garra del carnicero que se clava sobre la presa, las riendas temblaban violentamente.

CAPITULO XV

EL TENTADOR

Ya fué ra del caserío, Tiberio Cortada galopó largo tiempo a través de los campos, como si no tuviese otro propósito que correr sin tregua hasta rendirse de fatiga. Había decidido, mientras se levantaba, dedicar la mañana a una de sus habituales correrías; pero luego cambió de pensamiento: la inesperada noticia que le dio Zacarías Aldana, tan brusca como desagradable, lo puso de malísimo humor, y ya no sentía ningún deseo de medir la extensión del agro dilatado. Una desazón tenaz y una creciente irritación le transían el ánimo. Lo que no sospechaba ayer, acaso porque su pasión lo cegaba, hoy lo comprendía bien y podía explicárselo como la más sencilla cosa del mundo: la hija de Lucumí no lo quería, lo desdeñaba mejor dicho, porque otro cariño llenaba su corazón. Pero ¿quién iba a suponer que fuese ese gañán el dueño afortunado del amor de la moza? ¿Y cómo concebir siquiera que Débora le diese su preferencia, con menosprecio del señor poderoso que podía hacerla rica, y hundirla también con un acto de su voluntad, y junto con su familia, en la miseria y la desgracia?

Qué torpes son las mujeres—pensaba el terrateniente juzgando las cosas con criterio interesado de varón, y tratando de paliar su derrota con filosofías despectivas de hombre burlado—; qué bien merecida tienen su suerte las que son víctimas del engaño, o se quedan lo mismo o peor que estaban, gracias a esa estúpida sindéresis que las lleva a no pensar en las cosas prácticas sino a tener en cuenta nada más sus sentimentalismos pueriles. Conocía muchos casos. Las mozas humildes, particularmente las de los campos, solían desairar a los señores de la villa, para irse con los paletos de su clase; y esto casi siempre les resultaba mal negocio. La que más favorecida salía, quedaba con el hijo y con el recuerdo. ¡Ah, ótras en cambio podían darse el tono de decir orgullosamente, que cayeron con hombres de pró, y que la criatura que tenían en la entraña era de buena estirpe! ¿Acaso es menguado honor?

Cortada empezó a sentir de repente, que la garganta se le llenaba de sabor amargo y que una rabia sorda y concentrada iba inundándole el corazón. Le parecía atroz irrespeto de Fermín, el mozo aparcerero, atreverse a poner los ojos allí mismo donde él fijó su capricho, y fresca insolente atravesarse en su camino. ¿Cómo era posible tanta audacia? Un palurdo que vivía allí por su miseria; un vagabundo que cualquier día llegó a esos predios, haraposos y hambrientos, y que él, Cortada, el omnímodo señor, ahora ofendido en su amor propio, acogió benévolo y generoso, abriéndole las puertas de su protección.

No sabía a quién odiar más: si al atrevido jayán que lo desafiaba, o a la moza ladina y presumida que menospreciaba su amor por el de un paleta. Pero a ella no podía odiarla; ahora sentía que su pasión, enconada por el obstáculo y por la viva herida del desdén, crecía como la llama de los incendios y se desbordaba como las aguas que

abandonan el cauce. Nó, no podía odiarla; y como si esta convicción lo llenara de cierto fatalismo, sentía también que por lo mismo era preciso de todos modos que su deseo se realizara.

Recobrada la calma que perdió transitoriamente, y tomada su resolución, regresó al pueblo a eso de medio día. Tanto corrió, que el caballo jadeaba y estaba empapado en sudor. Entró despacio en el lugar. Sobre las piedras de la calle brillaba el sol con ofuscante resplandor y resonaban los cascos del animal con ruido metálico y acompasado. A esa hora casi no se veía gente.

Cortada no pensó en ir derecho a su casa, sino que se encaminó a la oficina de Madroño. Lo encontró paseándose en el despacho, con muchos papeles en la mano. Sobre la mesa, gran cantidad de correspondencia esperaba al muchacho que habría de llevarla al correo.

—¡Hola, cuánta epístola!—exclamó Cortada con intención festiva, pero sin poder reír.

El leguleyo se detuvo.

—He trabajado toda la mañana. Nada hay más absorbente que la política. Desde que principió a agitarse la cuestión de las elecciones, estoy peor que un personaje del gobierno: visitas, cartas, comisiones. Ah, y telegramitas a rodo. Luégo dicen que esto es cosa fácil y que no cuesta.

Como su interlocutor no contestase, sino que se limitó a sentarse en silencio, Madristo volvió a pasearse, y prosiguió hablando con su perenne sonrisa mecánica:

—Aquí estuvo temprano Zacarías Aldana. Trajo buenas noticias. La gente está lista para cuando llegue el momento.

—Buenas noticias, ¿eh?—dijo el terrateniente mastigando las palabras y pensando en las que él había recibido.

—Me parece que no pueden ser mejores. Nadie se quedará sin salir a votar. Según me lo contó Zacarías, en-

tre los arrendatarios no habrá sino un sufragio en blanco; ausente, mejor dicho.

—¿Cuál?—preguntó vivamente Cortada.

—El del aserrador Celso Viaque; pero no me sorprende porque ese sujeto es un extravagante. Se las da de filósofo, y trata de hacer creer que nada le importa. Después de todo, no nos hará daño.

Durante largo rato los dos amigos permanecieron callados. Cortada habló al fin, despacio, con intención calculada:

—Yo también creo que todos vendrán a sufragar, porque les conviene estar en santa paz con usted y conmigo; pero oiga, Madristo: como toda prudencia es poca, hay qué estar siempre sobre el yunque. El buen herrero machaca todos los días.

Tras de una pausa, continuó:

—Esto se lo digo porque, por más seguro que uno esté, si no vigila constantemente puede ocurrir cualquier percance el día de la fiesta. En reserva le cuento que no es Celso nada más el que está reacio; hay otro colono que, por lo que pude barruntar, parece que no le entusiasma el candidato, que no es santo de su devoción.

—¿Quién es ese tál?

—Fermín Lascano, el aparcerero.

—¡Huy!—exclamó Madroño—; ¿con que ya opina por su cuenta el mocito?

—Fermín no ha dicho nada al respecto—advirtió asututamente el terrateniente—, pero hay motivos fundados para creer que no debe perdersele de vista. Usted queda prevenido en todo caso.

Acentuando su sonrisa, y tratando de disimular la mortificación de su amor propio, el leguleyo declaró con la mayor naturalidad:

—¡Quiá! No he de ser yo quien le siga los pasos, Ti-

be. Bonito papel iba a hacer el doctor Madroño convertido en detective, o metido a podenco. Y todo porque a un jayán de finca se le ocurre pensar por su propia cabeza.

A Cortada no le importaba, en verdad, lo que su amigo y socio hiciera o dejara de hacer en relación con el asunto; logrado su propósito, y de ello estaba seguro ya, de provocar la animadversión de Madroño contra Fermín, lo demás no le interesaba. Listo y dispuesto su ánimo de esta suerte, sólo le restaba esperar el momento propicio para obrar.

Tres días después, otra mañana como aquella, Zacarías Aldana enderezó el rumbo hacia el rancho del aparcerero. Marchaba caviloso, porque iba a cumplir una misión de confianza y porque tenía especial interés en salir airoso de ella. Del éxito favorable o adverso de su gestión podían resultar ventajas o perjuicios para sus conveniencias personales. Avanzaba, pues, muy cogitabundo, mientras rumiaba lo que le diría al mozo y la forma más apropiada de persuadirlo.

En la puerta del rancho, tomando el pálido sol matinal, estaba la vieja Teodosia. Saludola con falsos halagos, hablaron un rato, y como viese que Fermín no aparecía, le preguntó con mucho interés por él.

—Salió con el alba—dijo la vieja—a un trabajo que tiene por aquí cerca. Es una siembra de no sé qué, una cosa nueva, y está preparando el terreno.

—¿A qué hora volverá?

—No ha de ser muy pronto, porque es temprano, y él no sabe venir sino a la de almorzar. A eso del medio día será, pues ahora está regresando más tarde.

Aldana miró hacia lo alto, para consultar la marcha del sol. Vio que aún era temprano, en efecto.

—Bueno—exclamó luego—: voy a buscarlo donde esté, porque me conviene echar un parrafito con él, y ha

de ser esta misma mañana. Adiós, señora Teodosia; hasta otra vez, y que la salud la acompañe.

—Dios se lo pague, Zacarías.

El colono partió en la dirección que ella le dió, y minutos después llegaba al punto señalado. Fermín Lascano trabajaba furiosamente, armado del azadón, a cuyos recios golpes la tierra saltaba en gruesos pedazos. El sudor que le humedecía la piel y el color encendido de su semblante le daban aspecto de hombre insolado, apoplético. Viendo acercarse a Aldana, se detuvo con aire interrogador, extrañado de su presencia allí.

—¿Qué vientos lo traen por estos terrones, Zacarías?—preguntó al fin con tono entre receloso y cordial, y para evitar preámbulos que hacían perder el tiempo.

—En su busca vengo, hermano. No lo hallé en el rancho, y me encaminé para acá. Necesito tratarle ciertos asuntos.

—Pues vaya diciendo nada más.

—Es cosa larga, Fermín; larga y de enjundia. De modo que suelte ese artefacto y ponga todos los sentidos, para que nos entendamos mejor.

El mozo hincó la herramienta sobre el suelo, y apoyando en el cabo sus dos manos vigorosas, advirtió gravemente:

—¿Larga y de enjundia, Zacarías? ¡Caramba! Pues no deja de interesarme la cosa, porque cuando usted lo dice, por algo será.

El otro vaciló brevemente, como si meditase las palabras que iba a pronunciar.

—¿Cuánto tiempo hace, Fermín, que trabaja usted esta chagra?—inquirió en seguida.

—Lo que hace que estoy por estos montes.

—¿Y cómo le va? ¿Le resulta la cosa?

—Como a tódos, Zacarías. Ahí vamos bregando por

ver si al fin se sale de pobre. Pero... ¿cuándo será, con el paso que llevamos?

—Lo pregunto porque, con tantos meses que tiene usted aquí trabajando, ya debía contar sus buenas ganancias. Usted, Fermín, trabaja como cuatro, según he visto, y se afana más que cualquiera.

—Así es, Zacarías—corroboró el mozo con ingenuo orgullo.

—Yo suponía que andaba usted muy a punto de que-darse con esta alhaja.

—¿Con el rancho, dice?

—Con el rancho y la tierra. Lo suponía muy cerca de ser chagrero en propiedad.

—Ah, pues ganas no faltan, ¡hombre! ¿A quién nó? Cuál más, cuál menos, todos sudan y se desvelan en estas tierras por conseguir su lotecito. Pero, como le decía hace un luégo: ¿cuándo será tal cosa con el paso que llevamos? El Gavilán...

—¿El Gavilán?

—Digo, don Tiberio, el patrón. Bueno: pues como usted sabe, don Tiberio nos lleva a guasca corta con los terrazgos y con los benditos intereses. Se trabaja para pagar, y si algo queda es para comer. Estas cosas no importarían, si al fin se viera uno libre de deudas.

—Usted tiene razón, Fermín—asintió Zacarías con aire pensativo—: trabajar así es como trabajar casi de balde; no ofrece ningún halago.

A continuación agregó:

—¿Quiere que le diga una cosa? Es una opinión nada más, un pensar que se me ocurre, y que lo mismo podía convenirle a usted que a cualquier otro arrendatario. Yo, francamente, no me mataría por gusto labrando esta tierra, sin beneficio. Cuando el hombre se sacrifica, debe ser por algo. En lugar de usted, y viendo que no se saca pro-

vecho, hace muchos días, Fermín, que me habría marchado.

El aparcero preguntó de repente:

—La chagra en que usted vive, ¿es súya, Zacarías?

—Mía es—aseguró éste después de vacilar un instante—; cuando vine aquí se la compré al patrón con mis buenos reales que traía. Por eso soy libre, y puedo hablar y obrar con toda independencia.

—Dichoso usted que lo cuenta.

—Pues como le digo: ya estaría bien lejos yo de estas lomas, si me encontrara en su lugar. No fuera yo dueño del rancho donde estoy, ótro sería su morador.

Fermín meneó entonces la cabeza, y dijo suspirando:

—¡Una cosa es pensar las obras, y ótra ponerse a hacerlas! ¿Sabe usted, Zacarías, lo que significa arrancar de una tierra en que se fincó tanta esperanza y en que se puso tanto esfuerzo y cariño? No me iré yo de aquí mientras el dueño me permita permanecer.

—¿Y si él le exigiera que se marchase?

El aparcero vaciló, desconcertado.

—¿Si él me lo exigiera? . . . Ah, no sé lo que haría; en verdad, no sé lo que haría.

—Oiga, Fermín—dijo Aldana con aire de tomar penosa resolución—: voy a manifestarle sin rodeos lo que pasa. Don Tiberio ha pensado establecer aquí, en el punto que usted ocupa, trabajos especiales, y tiene qué comenzarlos pronto. Me encargó, pues, que le avise que va a necesitar el lote para estos días.

—Pero no es posible. Usted, Zacarías, como hombre del campo, sabe que no es posible.

—Para don Tiberio nada hay imposible, Fermín.

—Yo tengo aquí trabajos, mejoras . . .

—¿Tiene contrato escrito?

—Nó, porque el arreglo fue hecho de boca. En ma-

teria de papeles sólo he firmado dos, por préstamos de dinero, en lo que llevo de establecido.

—Ya ve, pues, hermano.

—Además, he oído decir que los que trabajan en el campo, como arrendatarios, no pueden ser privados de la finca sino después de noventa días del aviso.

—¡Hola! Sabe usted de códigos, ¿eh? ¿Y dónde aprendió esas leyes?

—Se lo oí decir a distintas personas. Celso Viaque me lo dijo también una vez.

—Me lo suponía. Pero no discutamos en balde. Me parece que lo mejor para usted, Fermín, es que vaya pensando dónde va a establecerse ahora. Con oponerse a la voluntad del patrón nada sacará en limpio. Don Tiberio me advirtió, para que le pasara la voz a usted, que está listo a reconocerle las mejoras.

—Si vamos a cuentas, con seguridad le voy a quedar debiendo—masculló el mozo, torvo y mordaz.

—Me advirtió también que si desocupa inmediatamente, está dispuesto a darle una gratificación.

—¿Y a dónde he de irme, así de la noche al alba?

—No se me ocurre indicarle nada por el momento; pero tierras no faltan. No muy lejos de esta región se consiguen parcelas y buenos tratos. Tal vez yo podría encaminarlo.

—¿Y don Tiberio no podría darme otro lote en esta misma hacienda?

—Dificilillo lo veo, Fermín. Ha entrado tanta gente aquí, que ya no queda dónde poner un alfiler.

—Siempre habrá...

—Se lo digo porque conozco de cabo a rabo "Los Cedros". No hay rincón que no esté ocupado.

Fermín miró entonces a su interlocutor, de hito en

hito, y lentamente, como si las palabras goteasen de sus labios, declaró con firmeza:

—Pues bien, Zacarías: si la cosa es así, que no me pueden dar un cuchito en otra parte de “Los Cedros”, prefiero quedarme donde estoy. Tiempo habrá de que vengan a echarme de aquí.

—No se lo aconsejo.

—Pues por mi gusto no me iré.

—¿De modo que se niega, Fermín?

—Me parece que es eso lo que quiero dar a entender.

—¿Y si yo le dijera...?

—¿Qué cosa?

—Puesto que me obliga, le hablaré más clarito. Sepa que don Tiberio tiene mucho interés en que usted se marche de estos contornos. La chagra no le importa una col; lo que quiere es que usted se vaya.

—¿Y se puede saber por qué?

Aldana lo miró a su turno fijamente, con cierto descaro, y exclamó en tono de reticencia:

—¡Vaya! ¿Por qué no, hermano? Dicen que usted tiene una novia...

En la mente del mozo relampagueó entonces la verdad; comprendió claramente. Pero tuvo bastante dominio sobre sí para dominarse y mostrar prudencia. Esperó, pues, en aparente calma, a que el colono concluyese de hablar.

—Se dice que usted tiene una novia, y que es la hija de Lucumí. Lo felicito, Fermín, por el buen gusto y por que sabe dónde pone los ojos. La joven vale la pena; hasta me parece que vale también la plata. Qué bonita pareja harían si no fuera porque...

—¿Si no fuera por qué?

—Pues porque no veo cómo hará usted ese casorio.

Entiendo que usted es pobre, Fermín; muy pobre. Ni siquiera tiene rancho propio.

—Ese es asunto mío, Zacarías.

—Además, y esto es lo peor, ocurre la desgracia de que a don Tiberio, el patrón, le dio por prendarse de la misma dama. ¿No lo ha notado usted? Pues ábrale el ojo, que es hombre peligroso, Fermín.

El aparcerero sintió que todo el cuerpo se le estremecía con violenta sacudida. Al primer momento tuvo el impulso de abalanzarse sobre su interlocutor, para estrangularlo. Con la color perdida, y la voz un poco alterada, comenzó a increparlo.

—¿Y es esto lo que venía a decirme, Zacarías? ¿Este es el recado que le mandó el patrón a darme?

—Sí—afirmó el colono cínicamente—; y vengo a decirle también, de parte de don Tiberio, que si usted se marcha de aquí, y deja en paz a la hija de Lucumí, le dará el dinero que quiera. A cuenta del trato traigo en el bolsillo una buena suma. ¿Le suena el negocio? Yo de usted no vacilaría en aceptar. ¡Caray! ¿Qué vale una mujer, en fin y en últimas? Como usted está mozo, y no tiene experiencia, no imagina lo que es echarse a los lomos una carga de esas. Dele, pues, gracias al patrón, que quiere aliviarlo, y de ribete le encima su buen atado de billetes. ¡Tiene usted suerte, hermano!

—La suerte es la suya, Zacarías—exclamó Fermín con el rostro casi descompuesto de indignación y los puños crispados sobre el cabo del azadón—, de que no le rompa esta herramienta en su cabeza de gallinazo. ¿Qué cree que soy yo, don llevarrecados? Los hombres cochinos como usted pueden hacer lo que me propone, y mucho más todavía, porque ni tienen vergüenza ni se estiman en nada. Yo soy un mozo honrado, sépalo bien.

—Esas son simplezas, Fermín. Pero no me ofenda,

que para peor será. Yo vine a hacerle una propuesta. Si le pareció, santo y bueno; si no le sonó, bueno y santo. No es motivo para pelear, me parece.

—Lo mejor es que usted se largue. Aquí está demás y apesta. Vaya y díglele al Gavilán, de parte de Fermín Lascano, que si quiere a Débora venga por ella él mismo, que lo estoy esperando para entregársela; pero que no se valga de alcahuetes que en lugar de calzones debían llevar enaguas.

—Ténga la lengua, hermano. Mire que si se desmanda, puede salir de estos parajes mucho más antes de lo que espera... y sin la compañía.

Haciendo ademán de enarbolar el azadón, el mozo dió un paso hacia Aldana, decidido a castigar su insolencia.

—¡Largo de aquí, bellaco!

El ótro retrocedió, tirando las riendas, y llevando la diestra al cinto; pero en seguida cambió de parecer, y, espoleando la montura, se alejó a trote largo. A cierta distancia se detuvo, y volviéndose hacia el aparcero, le gritó con tono amenazador:

—Pronto tendrá noticias mías y de don Tiberio, Fermín. Veremos quién se ríe a lo último.

El mozo no contestó. Callado y cejijunto, vió cómo desaparecía por el atajo próximo Zacarías Aldana. Una gran preocupación lo asaltó de pronto. ¿Qué iba a seguir ahora? Le pareció que el horizonte se poblaba de sombras tristes y aciagas, y el presente, de malos presagios. Pensó en la vieja Teodosia, en Débora, y se acongojó. Pero luego sacudió la cabeza, y siguió trabajando con coraje. Los hombres nada sabían—pensó—; Dios diría la última palabra.

CAPITULO XVI

LA GARRA DEL GAVILAN

Cuando Calixto Madroño salió del despacho, después de larga conferencia con el jefe de la oficina, este se levantó y se puso a pasear por la habitación. La medía a largos pasos, despacio, con el aire y la preocupación del funcionario que tiene qué cumplir importante y delicada diligencia, ya sea porque lo es en verdad, ya porque él le atribuye esa categoría.

No era la primera vez que Leonidas Moncayo, el intrépido Alcalde de Urbesilla, se veía en el caso de desplegar su autoridad, como una gran vela bajo impetuoso viento, para servir los deseos y acatar la voluntad de alguno de sus dos grandes amigos y compinches, dueños y señores de ese pequeño feudo municipal. En varias ocasiones tuvo qué hacerlo también, con actividad y energía, porque así lo demandaban los intereses de sus jefes. Lo que Madroño exigía ahora, de acuerdo seguramente con Tiberio Cortada, no iba a ser muy difícil de cumplir, por cierto. Se trataba de un acto sencillo, de sustanciación fácil y rápida, pero que bien podía ofrecer complicaciones imprevistas, por la naturaleza misma del asunto y por ese

espíritu de solidaridad que distingue a los labriegos.

Dejando de pasarse, Moncayo se aproximó a la mesa donde escribía, y descargó sobre ella fuerte manotón que hizo temblar toda la estancia. Eran más de las nueve de la mañana. De afuera, de la Secretaría, llegaba, a través de la puerta cerrada del despacho, rumor de voces y el ruido desparejo de la máquina de escritura mecánica. Con seguridad había mucha gente allí, porque aquella hora solía ser de gran concurrencia.

Un empleado subalterno entró, y dijo con tono de rutina:

—¿Llamó, don Leonidas?

—Sí—respondió el Alcalde con su voz de trueno—; vayan a buscar inmediatamente al Jefe de Policía, y díganle que se presente aquí en el término de la distancia.

El empleado desapareció. Media hora después penetraba al despacho Roque Muñoz, el jefe de los gendarmes. Como de costumbre, su aspecto era dócil, disciplinado y lisonjero, tal cual convenía a su condición de servicio. No tenía idea de qué se tratase, pero su móvil nariz de sabueso y sus ojos inquisidores delataban su curiosidad y su avidez de enterarse pronto. Hizo un saludo militar, y esperó.

Leonidas Moncayo, que continuaba paseándose, llevando el aposento con su corpulenta figura, habló sin preámbulo alguno.

—¿Cuántos hombres tiene disponibles, Muñoz?

—En este momento no quedan más que seis a la orden; los demás andan en comisiones, o están de guardia y de servicio.

—Bueno, es suficiente; con cuatro me bastan para el caso.

—El señor Alcalde dirá.

—Se trata de una comisión al campo; una pequeña diligencia de deshaucio.

Hizo Moncayo breve pausa, y preguntó en seguida:

—¿Conoce usted, o recuerda, algún colono de "Los Cedros" que se llame Fermín Lascano?

—Lo conozco.

—¿Sabe dónde queda su chagra?

—He pasado por allí varias veces.

—Muy bien. Se ve que es usted hombre informado, y que entiende su oficio, amigo Muñoz.

—Es mi deber, señor Alcalde.

—Esta tarde, poco después de mediodía, irá usted con sus hombres a la finca de Fermín Lascano, y le notificará que debe desocuparla en el acto. No hay apelación, ¿eh? Se lleva usted cuatro agentes armados, por lo que pueda ocurrir, y no olvide hacerle presente a ese colono, que es orden terminante que debe acatar so pena de ir a la cárcel. ¿Me entiende bien, Muñoz? Hoy no se trata más que de esto, pero mañana volverá usted a cerciorarse de si el mandato de la autoridad ha sido obedecido.

—Todo se hará como usted manda.

El Jefe de Policía hizo otro saludo militar, y salió. Tres horas después, y a la cabeza de los cuatro gendarmes, emprendía marcha hacia "Los Cedros". Por el camino hallaron muy poca gente: uno que otro labriego que venía al lugar en busca de algo urgente, o que regresaba a su finca. Como avanzaban de prisa, los dejaban pronto atrás y los perdían luego de vista. El día era asoleado, seco y sin brisa. Sobre el duro piso sonaban los cascos de las monturas con apagado y monocorde chasquido. Tal como solía ocurrir en estas pequeñas expediciones, la tropilla, no bien entraba en despoblado, perdía su tiesura disciplinaria, y hablaba y reía libremente, entre bromas y veras.

Fermín Lascano no esperaba esa tarde aquella visita, pero tenía la sospecha de que cualquier día iba a recibirla. Las amenazas de Zacarías Aldana, y lo que ya sabía del

patrón respecto a sus pretensiones con Débora, le hicieron pensar que no tardaría en ser víctima del capricho del uno y de la venganza del otro. No se había equivocado, pues, y los hechos justificaban ahora sus inquietudes y temores. Al sentir que llegaba la autoridad, se vino despacio del potrero donde se hallaba en ese momento, y se asomó a la puerta del rancho. La vieja Teodosia, que también se dió cuenta de lo que ocurría, escuchaba desde la cocina, con el oído atento y ávido.

—Eh, Fermín ¿qué tal?—saludó con voz recia Roque Muñoz.

—¿Qué se les ofrece?

El tono del mozo aparcero, seco y adusto, tenía un timbre ronco; en su semblante, tenuemente pálido, había una expresión grave y brillaban los ojos con luz agresiva y despreciativa.

—Vengo de parte de la Alcaldía.

—¿Y qué tienen qué decirme?

—Don Tiberio Cortada, dueño de esta finca, ha demandado su desocupación, y la Alcaldía así lo decretó. Vengo, pues, a notificarle esa providencia.

—Yo tengo aquí mejoras; además, hay tratos de por medio. Nada se ha arreglado de esto.

—No sé. Yo no vengo más que a cumplir...

—¿Cuándo debo desocupar?

—Inmediatamente.

Sin decir palabra más, Fermín entró en el rancho. Se movía despacio, con calma amenazante y fatídica que delataba su decisión. Su madre, que lo espiaba, y que seguía con disimulada inquietud sus idas y venidas, observó que descolgaba de la pared la escopeta y que la examinaba con atención. Vió también que sacaba el machete de su vaina, para probar su filo.

Se aproximó al mozo, y preguntó:

—¿Qué hace, hijo? ¿Por qué no despacha esa gente?

Fermín respondió, con la mirada casi estrábica de odio y de reprimida cólera:

—Al infierno, madre, es a donde debía despacharlos.

—Tenga paciencia, hijo, que Dios no desampara nunca a los hombres honrados. Tal vez hay una equivocación. ¿Por qué no va a hablar con don Tiberio?

—¿Una equivocación?—exclamó el mozo con sonrisa amarga y sarcástica—; je, usted no conoce bien al patrón, madre, ni a Madristo, el ave negra que lo acompaña. Esto lo esperaba hace días, y no sé por qué habían tardado. Ahora quieren robarse todo, y me echan. ¿Es justo, madre? ¿Y es digno de un hombre, que se deje despojar así, mansamente?

—Por eso le digo, Fermín...

—Nó, no me diga nada. Estoy harto de trabajar como burro, sin provecho ni beneficio. Yo mi fatiga no la pierdo. De aquí me sacarán, sí, pero les va a costar.

Resuelto a contestar áspera y negativamente la notificación, y a repeler si era preciso cualquier amago de violencia, dejó la herramienta y el arma listas al alcance de su mano, y se dirigió de nuevo a la puerta. La vieja Teodosia lo detuvo.

—Hijo, por Dios: prométame que no va a decirles nada ofensivo a esos gendarmes. ¿Qué culpa tienen ellos? ¿No ve que usted está solo? Hágalo por mí; y si es necesario que nos marchemos de aquí, nos vamos en seguida.

—¡Pero, madre!

—Sí, hágalo por mí, Fermín. No vaya a aumentar nuestros males con más desgracias.

La voz le temblaba a la vieja; le temblaba de angustia y de súplica maternal. El mozo la miró, y vió en su ros-

tro un dolor tan patético, que se conmovió. Golpeándola suavemente en los hombros, dijo con forzada sonrisa:

—Que sea como usted quiera, madre.

En seguida fue hasta la puerta del rancho. El pelotón no se había movido: parecía esperar, cada hombre inmóvil sobre su silla, una respuesta del aparcero.

—Oiga, señor jefe... —habló éste.

Y continuó, tras de una pausa de expectativa:

—Puede decirle al señor Alcalde que su orden será cumplida. Mañana temprano me marcharé de aquí.

Cuando los esbirros se fueron, Fermín permaneció un rato quieto, como sorprendido de sus propias palabras. Miró luego hacia el cielo, para averiguar la altura del sol.

—Aún es temprano, madre—exclamó en voz alta—; podemos irnos esta misma tarde, si le parece.

—¿Y a dónde iremos, hijo?

—Le pediré posada a Celso. Después, ya veremos.

Antes de obscurecer habían liado los bártulos. Silenciosos, tristes, llevando consigo el humilde ajuar hogareño, emprendieron el éxodo hacia la chagra amiga y hospitalaria.

Celso Viaque, que había suspendido ya la faena y fumaba en la puerta del cobertizo, se asombró en extremo de verlos viajar a esa hora tardía. Creyendo al principio que iban nada más que de paso, por diligencia o por paseo, no se movió del sitio, en espera de que saludarían y continuarían su camino; pero luego se percató de que llevaban acémilas con muebles y cachivaches, y preguntó muy extrañado:

—¡Hola, amigo Fermín! ¿Qué es esa procesión? ¿Se aburrió en la chagra, o resolvió cambiar de clima?

—De todo un poco, Celso—respondió el mozo con tono ligeramente fúnebre.

—¿Y hacia dónde caminan?

—Hasta aquí no más, si usted no se opone. Hemos quedado sin albergue desde esta tarde.

Tras breve pausa, durante la cual el aserrador examinó con interés el cuadro melancólico que ofrecían los dos deshauciados, exclamó poniéndose de pie:

—¡Ya debía haberlo sospechado! Cosas del Gavilán, con seguridad. Caricias de la perra suerte... Bueno: hizo muy bien, hermano, en pensar venirse para acá. Aquí cabemos todos, y para su madre será el mejor sitio. Conque vayan apeándose.

—Así lo esperaba Celso, porque sabía que usted es mi amigo. Muchas gracias por sus palabras.

—Sí, que Dios se lo pague—musitó la vieja Teodosia.

Ayudoles el aserrador a instalarse; y cuando la noche cerró por completo, fue de nuevo a sentarse en la puerta del cobertizo, acompañado de Fermín. Vencida por la fatiga de la tarde, la vieja Teodosia se había acostado ya. Un gran silencio triste envolvía el agreste paisaje; la luz pálida y fría de la luna en plenitud blanqueaba las copas de los árboles y las hojarascas resacas del piso con claridad difusa y espectral que les daba aspectos de ensueño.

Encendieron ambos sus pipas, y fumaron largo rato en silencio, como si cavilasen sobre aquella injusticia. Celso habló por fin, gravemente:

—Deje la pesadumbre, hermano, y haga, ya que es el caso, hígados de su propia flaqueza. Cuando la suerte nos acosa es cuando importa ser más hombres. La suerte en ocasiones es como una mala mujer: nos abandona, o nos traiciona; o nos llena la puerca vida de sinsabores y amarguras. ¡Ah, usted está muchacho, Fermín, y no sabe bien de estas cosas! Ahora comienza apenas a conocerlas. Pero si uno padece es porque lo quiere, amigo; porque cada

cual busca y cultiva su propio sufrimiento. ¿Recuerda lo que varias veces le dije, aquí, bajo este mismo alero? Los hombres en la vida no somos sino peregrinos, individuos que vamos de paso nada más, porque nacimos para luchar y para caminar. Desgraciado el que se encadena o se corta las alas.

—La tierra nos amarra, Celso—suspiró Fermín.

—Por eso somos esclavos; lo son y lo serán ustedes los que se pegan a la parcela, como la criatura a la teta de la madre. De allí no los arrancarán sino con dolor.

—Sí, con dolor. ¿Para qué negarlo, si es así?

—Hay qué ser libres, hermano: la libertad vale mucho más que todas estas cosas que nos atan como bestias al palo del trapiche y que nos llenan la cabeza de cavilares y el corazón de penas. Cuando se vive listo a partir, y con el ánimo bien dispuesto, nada nos importa y nada nos puede sorprender. Sólomente así es posible vivir dichosos y tranquilos.

Sin decir nada, Fermín volvió a suspirar. Ahora oía las palabras del aserrador, como un rumor distante que iba atenuándose y que su inteligencia se negaba a captar. ¿Qué persuasión podían llevarle, si todo se rebelaba en él fieramente a admitir ese renunciamento imposible? Su madre, la parcela, Débora... Tántas cosas vivas y amadas, cada una de las cuales era como fibra de su propio corazón.

—¿Qué voy a hacer ahora, Celso—preguntó de repente—cuando todo se cierra a mi vera como un nublado? ¿Qué camino voy a tomar si no quedan caminos?

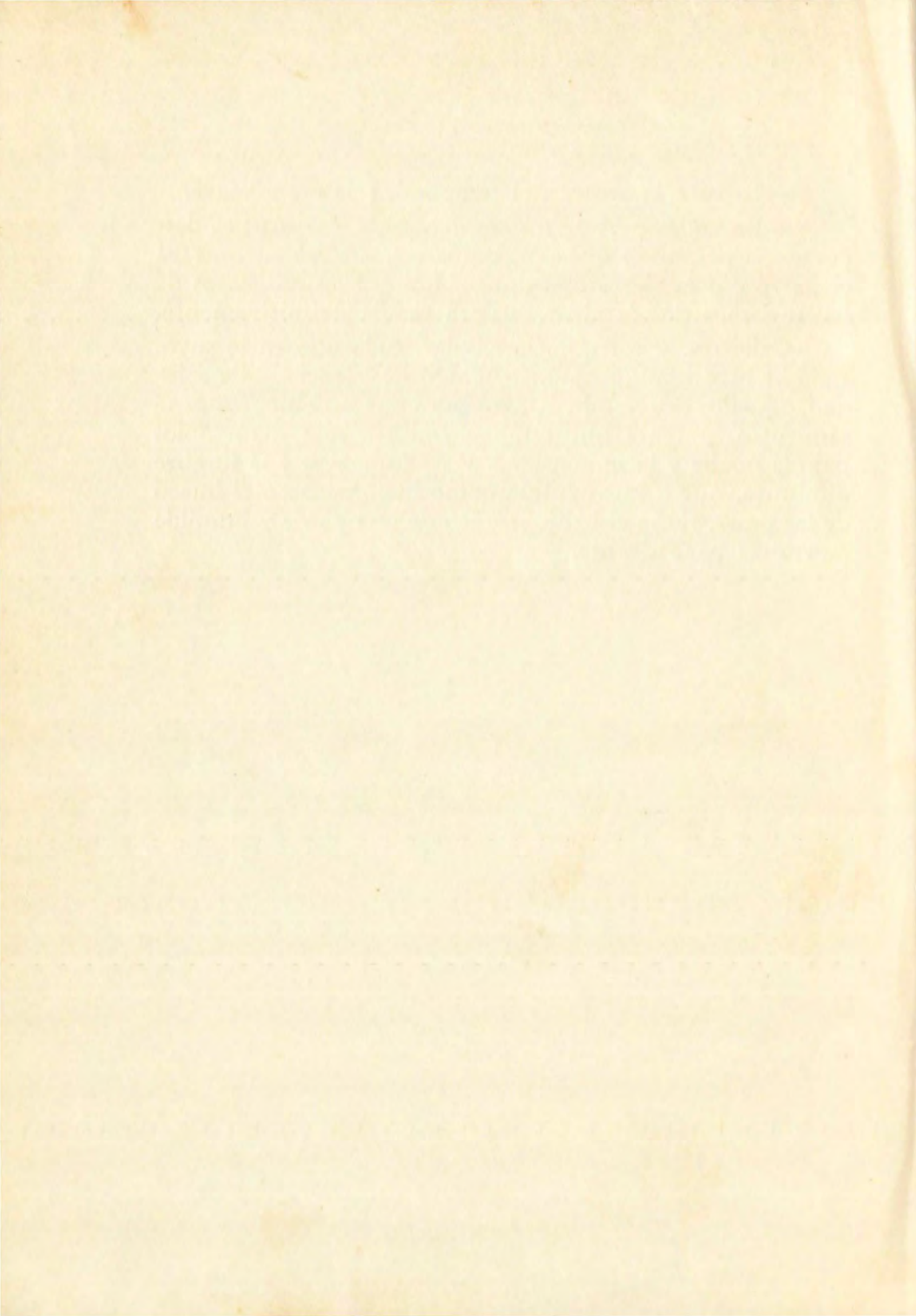
—“Los Cedros” no son más que un rincón del mundo, Fermín. Más allá de estos predios está la tierra grande, abierta para los peregrinos.

—No nací yo para ambular; nací para ser fijo y ahondar, lo mismo que la raíz del árbol.

—La raíz la arranca el temporal, o la mano aleve.

—En todas partes será como aquí, Celso; uno se descorazona pensando que dondequiera que vaya encontrará el patrón, o la tierra con dueño. Los pobres no hemos de hallar jamás dónde alzar nuestra tienda definitivamente.

Callaron, y tornaron a cavilar, cada uno en lo suyo. Bajo el luar blanquecino, henchido de silencio y de soledad, aquellos dos hombres, agobiados por sus oscuros pensamientos, parecía que estaban todavía más solos. Solos bajo la noche y la inmensidad. Pero fumaban, y la lumbre diminuta, que a ratos fulgía como luciérnaga en el hueco de las pipas, tenía el brillo irónico de una pobre y humilde esperanza parpadeante.



CAPITULO XVII

ULTIMA ENTREVISTA

Esa mañana, fresca y nublada como las mañanas de invierno, Fermín se ocupaba en aserrar, bajo el cobertizo, un pequeño tronco de cedro. Celso había bajado al pueblo, por diligencias, y adentro, en la ramada que servía de cocina, la vieja Teodosia preparaba el almuerzo. En los días que llevaban allí el aparcero no perdió el tiempo: ganoso de ayudar al aserrador, y de corresponder en alguna forma su hospitalidad, aprendió en dos semanas a manejar como maestro las herramientas del oficio; dejaba el camastro con el alba, y cuando el sol salía ya estaba él en la faena, serrucho en mano, o empuñando uno de los cabos del trocero cuando era necesario cortar en compañía de Celso algún árbol mayor.

A veces, recordando la chagra, el mozo se ponía cogitabundo; paraba de trabajar, y se quedaba largo rato inmóvil y absorto, con la vista fija en un punto cualquiera, mientras su pensamiento se iba en viaje de añoranza hacia la parcela lejana de donde fue desalojado una tarde triste. Silenciosamente movía la cabeza y suspiraba. Pero luego, como si quisiese evitar esas evocaciones torturantes,

que lo hacían sufrir, se sacudía con brusquedad, y reanudaba corajudamente la obra. ¿Para qué pensar más en eso? ¿A qué embriagarse de sueños si la realidad era ótra, y si no quedaba ya ninguna probabilidad de regresar allí algún día?

Cuando lo notaba muy caviloso, Celso solía decirle:

—¿Qué es eso, hermano? Contenga la loca de casa, y no gaste en salvas la pólvora. Apuesto a que usted anda por los lados de la finquita aquella; a menos que... bueno... a menos que se trate de otros asuntos: de la hija de Lucumí, por ejemplo. Esto sería mejor, en todo caso, que estar tan ideático, echando cabeza todo el día sin tón ni són, y sin beneficio, puesto que lo que se perdió se perdió y no hay qué volver a pensar en ello.

—Nunca se olvida lo que se quiso, Celso.

—Yo también tuve querencias, y grandes por ciérto. Pero ya ve: aquí me tiene bien orondo, dándome golpes con la suerte, y dispuesto a lo que suceda. ¿Para qué afanarse por nada? Cualquier día la cochina vida lo deja a úno en la calle, como a un mueble viejo, o en la mitad de la carretera, como a un perro. Recuerde cuántas veces le he dicho, por esto, que el hombre no debe apegarse a ninguna cosa en el mundo. Si me hubiera hecho caso, Fermín, a la hora presente sería usted feliz, o por lo menos no tan desgraciado como se cree.

En ocasiones la vieja Teodosia intervenía también. Ella se había acostumbrado ya a la idea del despojo consumado, y como buena cristiana que era, y, además, como mujer sencilla y humilde, se resignaba a su destino. Intervenía, pues, para apoyar al aserrador, y para aconsejar paciencia y conformidad, pero no con las razones del filósofo campesino y viajero, sino con palabras caseras que le inspiraban su sentir religioso y su apocado concepto de la existencia. Pensaba y hablaba como pobre mujer, pero

pensaba también como la madre que toma para sí los padecimientos del hijo.

Otras veces Celso, queriendo distraer la murria del aparcerero, bromeaba con él, o decía cosas de su caletre, originales y divertidas.

—Amigo Fermín—exclamaba de pronto, desde la otra punta del trocero, y con ánimo de romper el silencio—: qué le parece que estoy celoso, y que comienzo a arrepentirme de haberlo admitido en este rancho. ¿Quiere saber por qué? Pues porque está saliendo el discípulo mejor que el maestro. A como vamos, mañana me dará lecciones, hermanito. ¿Y no es una vergüenza que yo, Celso Viaque, el hombre que recorrió muchas tierras, venga ahora a salir, ya viejo, conque es menos y sabe menos de su propio oficio que el mocito llegado ayer?

—He oído decir, Celso, que usted ha trabajado en mil cosas. ¿Es eso verdad?

—Verdad es, amigo, aunque la gente exagera. La vida, que me llevaba y me traía a su antojo, me obligó a ser de todo. Si la memoria no me engaña, hasta cura fui en cierta ocasión; dije una misa en un caserío, y la gente se la tragó con latín y todo. ¿Qué se va a hacer cuando la necesidad nos acosa? Pero no crea que ello es fastidioso; si cada día se pudiera inventar un oficio nuevo, menos se aburriría uno.

—En cambio, no se aprendería jamás nada.

—¿Qué? ¿Cómo? Oígame, y entiéndame bien, que lo que dije fue inventar. Ningún inventor tiene qué aprender su invento. ¡Estaría bueno lo contrario!

—Pero inventores hay muy pocos.

—Ese es otro cantar. Lo que le cuento y le opino, Fermín, es porque yo sí fui inventor: me inventé mis propios oficios. Y no crea que lo hice mal en ninguno de ellos.

Con estos y otros paliques por el estilo se entretenían

a ratos, mientras iba y venía el trocero con vaivén isócrono, rompiendo el corazón del árbol; y dejando caer sobre el piso capas de olorosa virusa que era como la sangre pálida y congelada de aquél. También había días en que el aserrador, con toda su pintoresca elocuencia, no lograba sacar de su mutismo al mozo aparcero, tan embebecido se hallaba éste en sus lucubraciones habituales.

Cautelosamente, con muchos rodeos, Fermín pudo ir dos veces a su acostumbrada cita con Débora, desde que se hallaba allí de posada. Las entrevistas fueron largas, penosas, llenas de frases tristes y de oscuros temores por el porvenir. La hija de Lucumí no podía explicarse por qué perseguían con tanta saña a Fermín, que era un buen muchacho; y cuando éste trataba de hacerle comprender las causas ocultas de la mala voluntad del patrón, se ponía pensativa y el alma se le colmaba de secreta angustia. Sentimientos confusos iban naciendo en su corazón, y la dominaban poco a poco: rencor contra aquellos hombres impiadosos, odio contra los despojadores fríos, hasta cierto desprecio por el señor que teniendo tanto poder se valía no obstante de medios miserables y ruines para cumplir sus propósitos. La desventura de Fermín la apesadumbraba; por esto, y porque lo veía transido por su concentrado dolor de hijo y de amante, lo quería ahora más que antes, más que nunca; por eso trataba también de infundirle con un valor que ella misma no tenía, ánimo y confianza. Su apasionada ternura se desbordaba en palabras dulces y cariñosas, llenas de mimo, de calor amoroso y casi maternal, porque no es extraño que se confundan en la mujer, en los límites del afecto puro y de la verdadera pasión, los sentimientos de la madre que latén en ella como el presentimiento humano del hijo, con los de la amante dispuesta, por la misma fuerza de su maravilloso amor, a todos los sacrificios. ¡Pobre alma ingenua y generosa la

suya, que dándose cuenta de su pequeñez de criatura humilde y de su impotencia para remediar las cuitas del hombre amado, se ofrecía ella misma con su callada voluntad, y no encontraba otros lenitivos qué dar que esas palabras de su ternura, suaves como el bálsamo y consoladoras como dulce promesa!

Aquella mañana, aserrando el pequeño tronco de cedro, y mientras Celso volvía y la vieja Teodosia daba vueltas por el fogón, el mozo pensaba en Débora y en lo que sería su vida en adelante. Sobre su frente juvenil honda estría delataba, como prematuro surco de dolor, la preocupación atormentadora. Aserraba y pensaba. Pensaba y aserraba. De pronto cesó de trabajar, porque le pareció oír el paso de una montura que se acercaba. Seguramente es Celso, de regreso ya de Urbesilla—se dijo, volviendo a darle a la herramienta—. Pero se detuvo de nuevo, porque en seguida pudo distinguir claramente que no era uno sino dos o más jinetes los que venían.

Por la boca del atajo próximo aparecieron de improviso tres hombres montados. Eran tres gendarmes. Se pararon un momento, en actitud indecisa, mientras miraban con cierto recelo hacia el cobertizo donde estaba Fermín. Uno de ellos gritó:

—¡Eh, Celso Viaque! Salga un instante, que queremos hablarle.

El mozo apareció en la entrada, diciendo:

—Celso bajó al pueblo desde esta mañana. ¿Qué se les ofrece?

—Ah, —exclamó reconociéndolo, el que capitaneaba el grupo—: ya sabíamos que estaba aquí, Fermín. Cabalmente venimos en su busca.

—¿Todavía se acuerdan de mí?—dijo el aparcero con tono de ironía amargosa—. ¿Y de parte de quién vienen?

—De parte de la autoridad. Tenemos qué hacerle una notificación en nombre de la Alcaldía.

—Bien pueden hacerla.

—Don Leonidas Moncayo ha ordenado que se presente usted mañana temprano en el despacho. Sin falta, ¿eh? Pero váyase bien aviado, y despídase, porque tiene qué salir inmediatamente.

—¿Salir para dónde?

—Para la cabecera de la provincia, a prestar el servicio militar. A usted le tocó.

Sorprendido; pálido de emoción y de cólera, porque adivinaba la procedencia y el fin de aquel golpe traidor, Fermín replicó con acento un poco descompuesto:

—Pero esto es un abuso. Todo el mundo sabe por aquí que tengo una madre anciana, y que soy su único sostén.

—Eso lo alegará allá, Fermín.

Uno de los gendarmes que no había hablado, y que debía de ser leguleyo y entendido en trámites de reclutamiento, anotó:

—Pero puede conseguir que lo excluyan, si tiene unas lupias para pagar la cuota de exoneración.

El mozo hizo una mueca. ¡Bueno estaba él a esas horas, para sacar dineros que no tenía! Por otra parte, estaba casi seguro de que Cortada era el autor de toda esa intriga miserable. ¿Quién lo libraría entonces? Si lo que querían era alejarlo de allí, quitarlo de en medio, ningún recurso le valdría contra la resolución policiaca. La ley militar era una ley de hierro.

Los gendarmes se fueron, y Fermín entró de nuevo en el cobertizo, yendo a sentarse sobre un tronco. Pasado el primer momento de indignación, un gran desaliento se aposentó en su alma. No veía sino sombras y malos presagios por dondequiera que tendiese la vista. En adelante,

dentro de breves días, su vida iba a ser interminable desfile de horas, lentas y monótonas, y amargas como el zumo del áloe; agonía larga y tediosa en que, sin consumirse jamás, su corazón desfallecería, sintiendo renovarse siempre la tortura. ¡La ausencia! ¡El pensamiento horrible de que Débora quedaba allí, talvez a merced de ese hombre violento, implacable y cruel que se atravesó en su camino como obstáculo geológico! ¡Ah, y el cuartel! Muchas veces oyó contar lo que era la existencia en esos lugares de sumisión y de dura disciplina, a donde generalmente no se llevaba sino a los humildes y a los pobres, que no podían redimirse con dinero. Pero, ¿qué le importaba a él todo eso, si pudiese ir en otras condiciones; si no fuera porque tenía qué marchar como a un castigo, o a un lugar de destierro, dejando allí lo que más quería y llevando como equipaje, en lugar de la ilusión dichosa del regreso, el torcedor de su triste impotencia y la angustia espantosa del peligro que quedaba atrás?

Su madre, que lo espiaba, y que todo lo oyó, vino de la cocina despacio, y, acercándose a él, murmuró cariñosamente, mientras le pasaba por los cabellos las manos flacas y descoloridas:

—No se desconsuele, hijo, y tenga valor. ¿Qué vamos a hacer, si Dios así lo dispone?

—¡Dios! No diga eso, madre. Sólo el diablo, o los hombres canallas, pueden hacer estas cosas. La mano del Gavilán anda aquí, ya lo sé. Le estorbo, y por eso quiere que me vaya.

—¿Pero cómo va a estorbar usted, hijo, un pobre muchacho que a nadie le hace mal, a un señor que todo lo tiene y lo puede?

—Es lo que usted no sabe, madre. A veces la criatura pequeña está de más junto a la grande. Bien puede la

hormiguita ser inocente. Pero también dicen por ahí que no hay enemigo chico.

Celso Viaque llegó en ese momento. Sabía ya lo ocurrido, porque en el camino encontró a los gendarmes, que iban de regreso, y porque en el pueblo se informó. Nadie ignoraba a esas horas quiénes eran los nuevos reclutas. Conduciendo aparte a Fermín, le habló calmosamente.

—Estas loterías hay qué cobrarlas sin remedio, hermano—opinó sin más preámbulos—. Cuando dicen al cuartel, al cristiano no le queda otro oficio que cerrar el pico y echarse al hombro el chopo con la mejor voluntad. No hay más apelación que la de la pecunia, y como esta planta no se da silvestre por aquí...

—Así es, Celso—admitió Fermín con tono fatalista—; no digo que nó; pero...

—¿No está conforme, pues?—preguntó el aserrador con sorpresa irónica.

—¡Qué sé yo! Cuando se fueron esos perros de la gendarmería, me puse a cavilar en la cosa, y pensé si no sería mucho mejor largarme para el monte, que ir a marcar el compás al mando de un señorito de esos de la milicia.

—Sí—replicó Celso—: sabrosa vida, amigo, y muy saludable, si no fuera más que coger el bordón y echar para despoblado. No me suena mal eso, porque ya le dije que la libertad es cosa muy buena, y caminar, mucho más aún. Desgraciadamente, a uno no lo dejan en paz: esos lince de la autoridad buscan como aguja a la gente, y la desentierran. ¡Ey!, son capaces de desenterrar hasta un muerto.

—¿De modo que he de ir, pues?

—Eso usted lo verá, en fin y en últimas; pero le advierto, Fermín, que si se alza contra el edicto, no lo va a pasar muy bien en adelante: tendrá qué vivir como un

animal, huyendo a todas horas de la persecución, y sin hallar descanso nunca. Mucha fatiga para caer al cabo en las garras de los sabuesos, que lo acosarán lo mismo que a fiera, y no tendrán entonces misericordia.

Al atardecer, tomando una falsa vía para disimular su verdadero rumbo, el mozo fue a encontrarse con Débora, en el acostumbrado lugar de las citas. El tiempo continuaba caliginoso, lleno el cielo de espesas nubes, y el aire de húmedo vapor que al posarse en la vegetación le daba brillos de cosa nueva. Sentados en el tronco familiar, bajo la luz difusa de un crepúsculo melancólico, hablaron mucho tiempo. Compungida, triste, Débora oía con el ánimo suspenso, el relato de lo sucedido aquella mañana, y sentía deseos de llorar.

—¿No hay remedio para esto, Fermín?—preguntó al cabo, con la voz quebrada de pena.

—No hay remedio. Podría huír, pero sería peor porque no te vería más. También podría librarme si fuera rico.

—¡Dios mío! ¿Cómo ayudarte? Si padre tuviera modo, yo le hablaría; pero el pobre, ¡ay!, temiendo está ahora que le quiten la chagra también. Le debe mucho a don Tiberio, y éste no quiere esperar y lo está acosando.

—Ya lo veo, Débora; todos a cual peor.

El aparcero dijo, después de un silencio:

—Y aunque hubiera remedio, me parece que iba a ser inútil. Cuando se quiere que una cosa suceda, no hay razón que valga en contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Míra: te voy a hablar claro, Débora. A mí no me mandan al cuartel porque la suerte lo quisiera, sino porque estoy estorbando. Quieren alejarme de aquí, de estos lugares, para que nada se pueda interponer entre tú y el Gavilán que te persigue.

Al escuchar estas palabras, Débora palideció intensamente. Miró de hito en hito a Fermín, como si quisiera sondear su alma, y por breves instantes sus párpados se agitaron convulsos. Después sonrió con sonrisa triste y llena de sereno dolor.

—¿Tú crees en mí, Fermín?—inquirió con dulzura, mientras le oprimía suavemente una mano.

—¿Por qué lo preguntas?

—Respóndeme.

—Creo en tí como en Dios, Débora; como en mi madre.

—Entonces, y si ya resolviste irte de soldado, puedes marchar tranquilo. Mi cariño te acompañará a donde vayas, y te recibirá cuando vuelvas. Túya seré siempre, Fermín; túya hasta que la muerte no me permita ya seguir queriéndote.

—¿Y el Gavilán? ¿Crees que te va a dejar en paz?

—Padre está aquí para ver por mí, Fermín.

Tras de otro silencio, en que pareció rumiar aquella respuesta, el mozo exclamó con repentino sosiego:

—Es verdad; no había pensado en ello, Débora.

Agregó en seguida, ansioso:

—Ahora que estaré lejos, ¿me querrás mucho más? ¿Pensarás en mí con mayor frecuencia?

—No sé qué tanto te querré, porque me parece que todo el amor que tengo lo puse en tí desde el principio. Y así te he pensado también, y te pienso a todo momento: con ese amor entero; con mi alma que es tuya nada más, y que vivirá pendiente de tu recuerdo. No debías preguntarme estas cosas, Fermín, si sabes de sobra cuánto te quiero, porque en tanto tiempo tuviste todos los días la prueba de mi cariño.

Se percataron súbito de que era casi de noche. Entre la naciente sombra una gran bocanada de perfume agres-

te se alzaba de la tierra y se desprendía de los árboles. Débora se inquietó de que fuese tan tarde.

—Se nos pasó el tiempo volando y sin sentirlo—exclamó poniéndose de pie—. Padre y madre estarán preocupados.

—Es la última vez—gimió Fermín.

Transidos de pesadumbre, ambos pensaron que había llegado el momento supremo del adiós, el desgarramiento de la despedida. Violenta emoción les sacudía los pechos. El rostro sin color y los ojos brillantes que cada uno veía en el ótro, aumentaban su común angustia. ¿Hasta cuándo sería aquella separación? ¿Cuánto iba a durar, Dios mío, aquella ausencia?

—¡Adiós, Fermín, adiós!

El mozo no podía hablar ya. Se confundieron un momento en tierno y desesperado abrazo, juntándose en un sólo dolor sus besos y sus lágrimas. ¡Ah, cómo hubiesen querido morir allí mismo, para no separarse más, y para olvidar de una vez la realidad horrible de su infortunio!

Bruscamente se separaron luégo, para volver a abrazarse, para unir de nuevo su llanto y sus caricias. Después, cada cual huyó por su lado, sin volver a mirar, porque sabían que iban a retroceder otra vez si se hallaban sus ojos, y que aquel adiós no tendría término nunca de otra manera.

Por la noche, antes de recogerse, Fermín le dijo a la vieja Teodosia:

—Madre, hágame la maleta, que resolví marcharme. Ella respondió con acento resignado:

—Está bien, hijo. ¿A qué hora piensa salir?

—Al amanecer.

No hablaron más. Abrumados por sus propios pensamientos tristes, sentían que las palabras eran inútiles, y que ese silencio desolado en que se sumían, como en pozo

de falsa inconsciencia, los aliviaba un poco, dándoles por anticipado la sensación de su conformidad con la ausencia. El aparcero durmió con sueño pesado, estúpido; en cambio, la vieja Teodosia se desveló: desde su camastro, suspirando y rezando, y por un postigo del tabuco en que pasaba la noche, vio encenderse y palidecer los pequeños fanales de las estrellas. Vió también cómo iba surgiendo, fría y triste cual fúnebre anuncio, la claridad lechosa del alba. Al fin amaneció.

Media hora después, con su mochila al hombro, agobiado por el sentimiento de su propio dolor y por la certidumbre angustiosa de ese otro dolor que se quedaba, latiendo como un perro que no podía marchar con él, Fermín caminaba hacia la ciudad.

CAPITULO XVIII

LA CARTA

Con andar lento, cansino, que delataba la fatiga del día, Eustacio Lucumí llegó a la puerta del rancho; descargó sin prisa el azadón que traía sobre uno de sus hombros; se desciñó el cinturón de donde pendía la vaina del machete. Luégo arrojó todo esto en un rincón, con gesto de atediado cansancio. Un gran suspiro, semejante al ruido que producen los fuelles rotos de pronto, se escapó de su pecho. Con la manga de la camisa, manchada de tierra fresca y de briznas de hierba, se enjugó la frente húmeda de sudor. Después, volviéndose hacia el lado por donde se ocultaba el sol, se puso a mirar en silencio, con gravedad absorta, el accidentado paisaje.

Atardecía. Una gran calma misteriosa iba extendiéndose sobre la montaña, como presagio impresionante de la noche próxima, mientras que todo se sumía poco a poco en ese mutismo que suele envolver los campos al obscurecer y los parajes solitarios. Arriba, sobre el espinazo quebrado de los montes, la vacilante luz parecía cabalgar como jinete ebrio y fantástico, vestido de colores. Rojo, naranja, lila... Invisible mano trazaba en el fondo, sobre

el lienzo celeste, asombrosos dibujos; y como si se despeñaran por ellas, vivos reflejos de la hoguera crepuscular corrían por las laderas, pintando las copas de los árboles, esmaltando de ardientes tonos la hierba, dándoles coloridos extraños a los sembrados que se apretaban como tropa humana y a la tierra recién sacudida por la herramienta.

Aquella jornada fue laboriosa, dura y más larga que otras. El sol le golpeó reciamente las carnes. Tal vez por esto, y porque se excedió en la faena, experimentaba un molimiento hondo, agudo, que le transía los huesos y le hacía desear con vehemencia el reposo de la cama. Ganas de comer sentía pocas. Sólo anhelaba echarse, tumbarse como un animal largo a largo, y no volver a pensar hasta la próxima mañana, que era un sér viviente, ni sentir durante muchas horas la conciencia de su personalidad.

A poco que se había sentado en un poyo de afuera, Fabiana salió, y le dijo cariñosamente:

—¿Viene muy rendido, Eustacio?

—Rendido vengo, Fabia—respondió el colono—; me pasé de la cuenta en el trabajito, según parece.

—¿No ve, pues, hombre de Dios? No es cosa buena matarse de ese modo, se lo he dicho. El Señor manda trabajar, pero nada más que lo justo. ¿Quiere que le sirva ya la merienda?

—Cuando quiera, Fabia.

Volvió a entrarse la mujer, y no bien había desaparecido cuando un hombre asomó por lo alto de la loma; se detuvo un momento para mirar en dirección al rancho; luego comenzó a descender el corto declive. Era vecino de Lucumí, y vivía en la chagra inmediata. "Sansón", que notó al punto su presencia, había ladrado brevemente. El hombre detuvo la montura ante la casita, y, sin apearse, exclamó a guisa de saludo:

—Le traigo una misiva, Eustacio.

—¿Viene del pueblo, pues?

—De allá vengo. Cuando salía, don Tiberio, el patrón, me detuvo para darme esta carta. Me encargó que se la entregara, y que lo hiciera hoy mismo.

Hablando y obrando, el labriego extrajo de las alforjas un sobre cerrado que alargó a Lucumí con cierta torpeza.

—Dios le pague el mandado—dijo éste.

Le dió algunas vueltas en las manos a la cubierta, como si no supiese qué hacer con ella por el momento. En seguida, disimulando su inquietud, se puso a inquirir por la crónica del lugar.

—Si no va muy de carrera, le preguntaré: ¿qué novedades hay por el pueblo?

—Por lo que pude oír aquí y allá, caminando de la ceca a la meca cuando me desocupé, la gran noticia es que se ganaron las elecciones.

—¿De modo que el doctor Madristo salió?

—Salió. ¿Eso quién lo dudaba, Eustacio? Le sobró gente para la cosa. Están muy contentos, y toda la tarde se la pasaron, él y otros señores, tomando tragos en el estanco.

—Que con su pan se lo coman.

—Lo mismo digo. A nosotros ¿qué nos va ni nos viene, de toda esta fiesta? Ah, pero también tengo qué contarle que se llevaron de soldado a Fermín. El pobre dizque iba que partía el alma de puro apesadumbrado, porque la señora Teodosia no contaba más que con él, y ahora se queda desamparada.

—¿La ha dejado sola en el rancho?

—Nó. Usted ¿nada sabía, pues? La señora Teodosia ya no está allí. Hace varios días que ella y Fermín fueron a buscar refugio en el rancho de Celso Viaque. ¿Sabe? El aserrador aquel...

—Celso Viaque, sí. Yo no tenía noticia de esto. Como hace muchas semanas que no salgo...

—Pues como lo oye, Eustacio. Parece que don Tiberio y Fermín disgustaron por intereses, y como el patrón tiene volado el genio y no se gasta muchas blanduras con la gente, barrunto que esta fue la causa para que le quitara la chagra. ¡Pobre muchacho! Tan buen hijo que dicen que es, y tan fiera para el trabajo.

—De malas está—opinó Lucumí, pensativo y compadecido—. ¡Quedarse sin rancho, y todavía encima de eso tener qué ir a prestar servicio! Por suerte está mozo.

El labriego se despidió, ya casi a obscuras, y Lucumí se metió en el rancho, donde lo esperaba la frugal merienda. Comió poco, y habló menos, porque lo preocupaba la carta que acababa de recibir. ¿Qué le diría en ella don Tiberio? ¿Qué mensaje feliz o desdichado le traía? Su cavilación era tan visible que Fabiana y Débora, que comían calladas a su lado, lo observaban con inquietud, sin atreverse a turbar sus pensamientos.

Más tarde, sentados todos en la salita, a la luz del candil prendido en la pared, el colono sacó el sobre de su bolsillo, y, simulando completa tranquilidad, lo pasó a Débora diciendo:

—Léame esta carta, hija.

Tomando el papel, y muy sorprendida, la moza comenzó a leer. Según lo anunció el portador, era en efecto una misiva de Cortada en la que en forma breve, seca y autoritaria, exigía a Lucumí el pago inmediato de su deuda. Haciéndole presente los muchos plazos concedidos, y las consideraciones guardadas, el latifundista le notificaba que no lo esperaría un día más, y que si dentro de término angustioso no cancelaba los documentos, pediría el deshaucio legal.

Cuando Débora concluyó la lectura, que nadie inte-

rrumpió, quedaron durante largo rato sumidos en profundo silencio... Frente a la realidad abrumadora y terrible, ninguno sabía qué decir. ¿Qué iban a decir? Eran tres pobres criaturas nada más; tres pobres seres con cuyas vidas humildes jugaba el destino a su capricho. Esto habían sido siempre. En breve, quién sabe lo que serían por la voluntad de aquel hombre arbitrario y poderoso que, como si fuese instrumento del azar, les trazaba con mano implacable el obscuro camino de la desgracia.

En el ambiente de la salita, sobre sus agobiadas cabezas, parecía flotar espeso velo de angustia. Ni siquiera se atrevían a mirarse, por el temor de ver en sus rostros transidos por el sufrimiento, la horrible expresión de su propia cobardía. Mientras Débora parecía haber caído en doloroso estupor, y Fabiana, con los ojos bajos, movía convulsivamente los labios en rezo desesperado, el colono miraba con extraña fijeza hacia la puerta del rancho. Tenía el semblante sin color, la frente contraída y los puños apretados nerviosamente. Echado a sus pies, como un ente inmóvil, el perro parecía comprender aquella situación. Por fin Eustacio habló:

—No sé qué bicho le picó al patrón, de cierto tiempo para acá. Don Tiberio jamás me había acorralado de este modo.

Tras de larga pausa agregó:

—Bien sabe él cómo estoy. Plata, no la tengo. ¿De dónde he de sacarla ahora?

Débora suspiró. Sin levantar los ojos de la labor de aguja que no hacía, que no tenía ánimo para hacer, Fabiana tosió con tos ronca y nerviosa, semejante a ese carraspeo que se oye en los aposentos de los enfermos y en los oficios de los templos.

—¿No habrá quien le preste ese dinero, Eustacio?— dijo al cabo de un rato.

—Pero, ¿quién va a prestarle a un pobre?

—Verdad es—convino Fabiana, con tono entre resignado y quejoso—; a los pobres nadie les presta.

Guardaron nuevo silencio, y la mujer volvió a decir:

—Talvez don Tiberio convenga en darle otra tre-güita. ¿Por qué no le habla, Eustacio?

El labriego levantó los hombros, pesimista y fatalizado.

—¿Hablarle? ¿Para qué, Fabia? Conozco al patrón, y sé que cuando dice algo es como cuando el Padre Servando canta el evangelio. Dicho se queda.

Sus propias palabras debieron de producirle a Lucumí interior exacerbación, porque exclamó con animosidad:

—Esto es lo que úno gana de trabajar como animal años y años en el terrón ajeno: que lo echen lo mismo que a los caballos viejos cuando ya no son más que bagazo, o que lo entierren como a un perro en cualquier rincón. ¡Qué vida esta tan ingrata! Yo no sé cómo sería antes, pero ahora los patrones no piensan sino en su provecho, no tienen corazón. ¿Así para qué? ¿Para qué se mata úno en balde? Si no fuera por ustedes, Fabia, hace tiempo que me había dejado de estos empeños. Pues vean con las que me sale ahora la suerte.

—Tenga paciencia, Eustacio. Dios no abandona nunca a sus criaturas.

—Sí, padre, tenga paciencia—dijo de pronto Débora, que no había hecho sino callar y suspirar durante toda la velada—; Dios se compadecerá de nosotros.

—Mañana temprano—volvió a decir Fabiana—bajaré al pueblo, a hablar con misiá Lola. Es una señora tan buena, y se interesa tanto por los pobres, que creo que nos ayudará.

—¿Y qué va a decirle, Fabia?

—Le pediré que interceda ante don Tiberio; le suplicaré de rodillas que nos ampare. Ella, que es su mujer, y que es tan piadosa, sabrá convencerlo en nuestro favor.

—¡Ojalá así fuera!—murmuró entre dientes Lucumí, meneando la cabeza con aire de incredulidad y de sombría resignación.

Dicho esto se levantó, a cerrar la puerta del rancho. La noche estaba muy oscura, y no se veía nada, más allá de unos pocos metros; no se veía más que tinieblas, formas confusas e inciertas que la espesa sombra y la imaginación convertían en seres extraños y en fantasmas fugaces. Fuerte racha le azotó el rostro, e hizo vacilar la llama del candil.

—Estoy cansado—advirtió—; voy a acostarme.

—Debe ser tarde ya—musitó Fabiana.

Tarde era, en efecto, para la costumbre de la gente campesina, habituada a buscar la cama temprano y a madrugar. Poniendo la labor en un cesto, se enderezó fatigosamente, y seguida de Débora encamináronse hacia la alcoba. Esa noche nadie pudo dormir bien en el rancho. Talvez lo que cada uno deseaba era recogerse, para poder pensar; para entregarse a sus propias y tristes cavilaciones, bajo el signo propicio del silencio nocturno que todo lo envolvía, como en densos velos, en la serena y callada paz de su enigmático mutismo.

Al labriego lo preocupaba hondamente, lo punzaba con áspera agudeza de espina, la idea de lo que sería en breve su vida si Cortada cumplía sus amenazas. Entre tanto, quieta a su lado con inmovilidad de estatua, Fabiana aguardaba el amanecer, con secreta impaciencia que sólo atenuaba su larga y fervorosa plegaria. La oración no tenía medida para ella, alma creyente y confiada en su maravillosa eficacia. Débora, en cambio, parecía no encontrar sosiego, porque se agitaba en su lecho, inquiet-

ta y desvelada. Extraños y contradictorios pensamientos la atormentaban. Como en diorama iluminado nada más que para ella, creía ver entre la sombra del aposento los varios incidentes en que la suerte la puso en comunicación con Cortada; evocaba los encuentros, las palabras de éste, llenas de doradas promesas, su persecución; evocaba también sus conversaciones con Fermín sobre el particular. ¡Ah, Fermín! ¿Dónde estaría a esas horas? ¿La recordaría como ella lo recordaba? Suspiró; sintió que por sus mejillas corría caliente humedad. ¡Cuánto había sufrido en su ausencia, por su separación, por la idea penosa y tenaz de que él también estaba padeciendo!

De improviso, Débora se sorprendió cavilando sobre la situación de su padre. ¿Por qué el patrón, que nunca lo había molestado, sino todo lo contrario, resultaba ahora, cuando ninguno lo esperaba, con semejantes exigencias? ¿Por qué esas amenazas rudas e inclementes? Su sagacidad natural, su instinto femenino, hacíanla sospechar cuál era la causa de esa conducta. Era ella, sí, no lo dudaba; era ella misma, la pobre y humilde campesina sobre la que puso los ojos la codicia sensual del arbitrario terrateniente. Comprendía, ¡ay!, que una palabra suya, un acto de su voluntad, habrían bastado para desarmar el encono cruel de ese hombre poderoso cuyos deseos la señalaron como víctima. Una palabra suya que sería como su propia sentencia y condenación. Un acto de su voluntad que significaría nada menos que caminar con sus propios pies al sacrificio.

Pero, ¿era que no tenía, por ser pobre y humilde, derecho a la dicha? ¿Su destino había de ser tan triste y obscuro que tuviese que conformarse con el papel de juguete del patrón? A pesar de su ingenuidad y sencillez, y de su ignorancia del mundo, una rara intuición, y ciertas historias que oyó en los mercados y en las fiestas, la ha-

cían recelar de la asechanza y desconfiar de los propósitos de los hombres. Además, su amor la defendía; su amor por Fermín, el único de quien jamás dudó, y a quien quería ciegamente, quizás porque era como ella, pobre y humilde, y porque siempre, en toda ocasión, leyó en sus ojos, como en el agua de un pozo, la pureza de su cariño, y adivinó en sus palabras la honradez de sus intenciones.

Pues bien, nó; pasara lo que pasara, no sería como lo deseaba Cortada. Talvez, si la suerte lo hubiese dispuesto de otra manera, se habría inmolado, cerrando los ojos con dolor, por la tranquilidad de ese rancho; mas no era ese el único sacrificio que la vida le pedía ahora; no era ella nada más la que debía ofrecerse en holocausto: era también Fermín, ¡su Fermín!

Nó, antes morir. Que viniesen todos los males, ¿qué importaba? Ya podía llegar la miseria, con su cara sordida y horrible, a tumbar las puertas de aquel hogar de pobres; ya podían caer sobre el techo humilde que los amparó tanto tiempo, todas las desgracias. Para Fermín, y nada más que para él, sería aquella flor de su amor, aquel presente de su vida. Ahora y siempre, mientras viviese, no tendrían otro dueño sus pensamientos de mujer.

No supo cuándo se durmió, acariciada por el recuerdo del amado. Fabiana tampoco. Con el alba, ésta se levantó, decidida a bajar al pueblo. Anduvo por todos los rincones del rancho. Terminada la matutina faena casera, se vistió sus mejores ropas, y se dispuso para partir.

—Téngale listo el almuerzo a su padre, Deborita— advirtió solícita—; no sé si he de quedarme en el pueblo hasta por la tarde.

Eran casi las siete. El día despuntaba con inusitado esplendor, y era saludado con algarabía jubilosa por los pellers que maniobraban en el espacio, como escuadrón

de diminutos aviones verdes, y por la chusma alada y multicolor que se movía sin cesar entre la jaula del follaje. Una luz intensa, viva, deslumbradora y alegre, le daba al celeste dombo, limpio como los metales nuevos, tonos de azul radiante, y bañaba el paisaje, que se estremecía bajo su beso, en ondas purísimas.

Fabiana caminaba de prisa. El nervioso deseo de salvar rápidamente la distancia, y el vivo afán de llegar pronto a su destino, la estimulaban. Creía sentir el vigor de los primeros años. Comprendiendo que del éxito de aquella misión que iba a cumplir dependía el porvenir de la pequeña familia, o por lo menos su tranquilidad durante algún tiempo, experimentaba una alegría obscura y recóndita, y a la vez una zozobra dolorosa por el temor del posible fracaso. Caminaba de prisa, y no sabía bien si alegre o angustiada. Pero una gran fe la movía. Bajo sus pisadas, la hojarasca crujía levemente. Sus ojos no reparaban en lo que veían: ni en los árboles del camino; ni en las sabandijas que huían veloces a su paso, por entre la maleza; ni en las ramas que al rozar su cuerpo quedaban vibrando por el fugaz contacto.

Acaso se percataba también de la importancia que tenía ese momento de su vida; de la importancia que ella misma tenía. Tal era su grave preocupación, que casi se sorprendió cuando, al llegar a la planadita donde empieza el descenso, vió abajo, sobre la llanada anegada en luz, el caserío de Urbesilla. Herida por el sol, la cuesta brillaba lo mismo que camino de lentejuelas. Algunos labriegos que iban delante, a caballo y a pie, bajaban despacio, y a medida que se alejaban se empequeñecían sus figuras.

Lo primero que se le ocurrió, no bien se halló en el pueblo, fue encaminarse al templo, a implorar la ayuda de Dios. Como mujer religiosa y creyente, necesitaba apaciguar su ánimo intranquilo en la calma de la oración, y

llenarse de esa confianza ciega que infunde en las almas la convicción de que la plegaria fervorosa capta el favor de la divinidad y atrae su protección sobre las empresas.

A esa hora, pasadas las nueve, el templo estaba casi desierto. Algunas devotas tenaces, postradas frente al altar mayor, o ante los retablos laterales, prolongaban sus éxtasis silenciosos o decían en voz alta sus preces interminables. En la nave central, suspendida en el aire como purpúrea estrella, ardía la lámpara de aceite. Fabiana avanzó hasta la barandilla de comulgar, y oró largo rato en actitud de concentrado fervor. Jamás en su vida había rezado de aquel modo, o por lo menos no lo recordaba. Hincada sobre el pavimento, rebozada la faz con el pañolón obscuro, su figura parecía reducirse, suplicatoria y humilde, a proporciones insignificantes. Místico fuego prendía sus pupilas, bajo los párpados medio caídos, mientras sus labios se agitaban con temblor febril de alas diminutas que hirió de improviso traidora flecha.

Concluída la plegaria se alzó de allí, y fue a arrodillarse ante la hornacina contigua. En el alto nicho, a cuyo pie una repisa de madera labrada con filigranas sustentaba blanco jarrón colmado de rosas frescas, ofrenda matinal de alguna devota, y pebeteros con alhucema, la imagen de una Virgen sonreía cándidamente, con su niño en los brazos. El olor del espliego y el de las rosas embalsamaban el aire del recinto con suave perfume primaveral. Tan absorta había vuelto a quedar Fabiana en su oración, que no se percató de que otra persona, una mujer vestida de negro, se hincaba a su lado para rezar también. De repente se volvió hacia ella, y vio con alegre sorpresa que era Dolores Hinojosa, la esposa del patrón. La dama también la vio.

—¿Cómo está, Fabiana?—dijo con afectuosa grave-

dad—. Me extraña verla hoy aquí, porque usted no baja sino los domingos. ¿Vino a cumplir alguna promesa?

—Vine a buscarla, misiá Lola. Para su casa iba en seguida. Pero antes quise pedirle un poco a Dios.

—Muy bien hecho. ¿Y qué se le ocurre?

—Ahora se lo diré, cuando usted termine.

Acabaron sus rezos, y, poniéndose luego de pie, fueron juntas hasta el sitio de bautizar, más acá de la puerta principal, hacia la derecha. Dorada cancela separaba aquel punto del resto de la nave. Junto a una columna de piedra, adornada a cierta altura con escenas en relieve de la Pasión, estaba la pila donde mojaban el dedo los feligreses. Las dos mujeres se santiguaron maquinalmente con el agua bendita.

—Aquí podemos hablar—indicó Dolores con tono de querer concluir pronto el asunto—; como ahora tengo una conferencia con el Padre Servando, no le digo que vayamos a mi casa.

Fabiana habló entonces, exponiendo con sencillez y verdad el motivo que la llevaba en busca de la señora. Junto a Dolores Hinojosa, erguida con arrogancia y dignidad y vestida de negro, pero lujosamente, se veía cuán pobre mujer era la compañera de Lucumí. Su traje era modesto, casi sórdido; su aspecto, de sufrimiento llevado con cristiana resignación; su actitud, humilde y recatada. Largo rato habló con tono de ruego, tratando de provocar la compasión de la dama sobre la pequeña familia. Una tregua, nada más que una tregua era lo que pedía para Eustacio. ¡Estaban tan pobres! ¿De dónde iba a sacar el desdichado recursos para pagar aquellas deudas? ¿Para dónde iban a coger, si los despedían de allí?

—He venido, misiá Lola, a suplicarle que se interese por nosotros, usted que es tan buena, que se ha preocupado siempre por los que sufren.

Fabiana hizo una pausa patética, y continuó con voz lacrimosa:

—No contamos sino con usted, con la protección que nos dé su buen corazón. Usted es nuestra última esperanza.

Grave, inmóvil, Dolores había escuchado el lastimero relato sin interrumpir a la mujer. Casi no parpadeó. Parecía que toda esa historia triste y penosa despertaba en su ánimo singular atención y una curiosidad extraña y concentrada. Acaso le interesaba más de lo que podía suponerse.

—Yo nada sabía de esto, Fabiana—dijo al fin—; como son asuntos de negocios, y Tiberio nunca me da cuenta de lo que hace...

Luégo inquirió, con fingida naturalidad:

—¿Tiberio va mucho por allá?

—Va con cierta frecuencia, misiá Lola; pero hace algunas semanas que no se asoma por la chagra.

Durante algunos segundos la dama permaneció con la vista fija sobre el pavimento, como si reflexionara, mientras sus dedos jugaban nerviosamente con las cuentas de nácar de la pequeña camándula. Las penas de la labriega, su tono implorante, debieron de conmoverla porque, suavizando la voz, y sonriendo de improviso con sonrisa pálida y melancólica de mujer rica que no es feliz, dijo en seguida:

—Me alegra que haya venido a contarme estas cosas, Fabiana. Hizo bien en creer que yo podía ayudarla. Cuente conmigo, y tenga la seguridad de que haré cuanto esté de mi parte por favorecerlos. Hoy mismo le hablaré a mi marido.

—¡Oh, qué buena es usted, misiá Lola!—exclamó Fabiana casi llorando—. Que Dios le pague mil veces todo el bien que nos hace.

Bruscamente se arrojó a sus pies, y tomándole la diestra se la besó repetidas veces con arrebató.

—Que Dios se lo pague—repetía con la voz partida.

La dama, que sintió en la mano una humedad caliente, la levantó. Nuevamente había recobrado su semblante la expresión adusta que le era habitual.

—El Padre Servando debe estar esperándome—advirtió—. Hasta otro día, Fabiana. No olvidaré su encargo.

Se santiguaron otra vez, y mientras la campesina salía del templo, con intención de hacer otras diligencias, Dolores Hinojosa se encaminó a la sacristía, para ir por allí en busca del Párroco. Su condición de rica-hembra y protectora del culto le daba muchas prerrogativas. Sobre el frío pavimento apenas resonaban sus pasos, pues andaba despacio, pisando suavemente, deslizándose casi, lo mismo que si fuese una de tantas sombras que pueblan el penumbroso recinto de los santuarios.

Lo que oyó de labios de la mujer de Lucumí parecía preocuparla. A pesar de sus asperezas y transitorias acritudes era muy sensible y piadosa en el fondo. Buena parte de su piedad, la que le sobraba de su pasión por hacer obras de beneficio social y construcciones materiales de índole eclesiástica, la dedicaba a favorecer personalmente a quienes solicitaban su ayuda. Pero ahora no sóloamente la movía el sentimiento de favorecer a Fabiana y a los suyos, sino también una idea confusa que se le ocurrió de repente. Era mujer sagaz, conocía demasiado a su marido, y como en el rancho de Lucumí había una muchacha... Sólo fue una simple sospecha, hija de su natural suspicacia. Débora era bonita, sin duda; era una flor del campo. ¿Por qué no podían, pues, tener fundamento sus celos? ¡Ah, Tiberio, Tiberio! ¡Hombre sin temor de Dios, hombre sin freno ni moral!

Escrúpulos religiosos la hicieron, sin embargo, sentir

ciertos reatos de conciencia. ¿Y si se equivocaba? ¿Si por cualquier circunstancia eran ótros, en realidad, los móviles de su marido? ¿No sería pecado en tal caso, y grave pecado de pensamiento, atribuirle los propósitos que sospechó en el primer instante?

Sumida en parecidas reflexiones no se dió cuenta al punto, de que se había detenido al pie del ventanal abierto en el paramento de la sacristía. Sobre el lienzo de la pared, prendida con puntillas de cobre, una gran tela pintada mostraba mística escena de atrayente belleza. Más abajo, en larga mesa de madera, se confundían doradas molduras y herramientas de decorador. Aparentemente, Dolores parecía mirar el cuadro, quieta y de pie a corta distancia, pero no lo veía en realidad.

Ella se sorprendió, se asustó casi, cuando la voz del Padre Castañeda, que llegó sin que lo sintiese, y que estaba a su espalda, contemplando también el cuadro, sonó de modo inesperado.

—¿Verdad, hija mía, que es óbra admirable?—opinó en són de pregunta y con su acostumbrado tono de bondad—. Estoy muy agradecido por este bello donativo que le ha hecho al templo. Como apenas lo trajeron ayer, con su esquila, no había tenido tiempo de escribirle, ni oportunidad de verla, para darle las gracias.

—No hay de qué, Padre Servando.

—No bien desempaqué la tela, hice llamar al carpintero para que la enmarque. Desde ayer mismo está trabajando. Ahora anda por fuéra, consiguiendo no sé qué ingredientes.

—Quedará muy bien con esas molduras.

Tras de una pausa agregó:

—Mañana tenemos junta, Padre, y quiero que la presida. Será en mi casa, a las tres.

—¿Y de qué se trata, hija mía?

—De fundar una asociación en favor de los presos. Esos desgraciados no tienen ningún amparo y parece que sufren muchas privaciones.

—¡Ah, usted siempre pensando en aliviar nuevas miserias! ¡Qué corazón!

Cerrando los ojos un momento, la dama suspiró.

—¡Si se pudiera hacer todo lo que se desea, Padre! ¡Hay tanta necesidad en el mundo! Enfermos aquí, niños sin protección allá, mujeres desvalidas más allá... A propósito: ¿no le parece que sería hermosa obra, muy agradable a Dios, prestarles más atención a las muchachas pobres, especialmente a las humildes hijas de nuestros campesinos?

—Sin duda, hija mía, sin duda.

—Son las que más lo merecen, porque suelen ser las más ignorantes y las más sencillas. Por esto son también las más expuestas a la perdición. Piense en el asunto, Padre Servando, y deme alguna idea. Algo podemos hacer.

—Ya lo creo que sí cuando se tiene la caridad de usted y su espíritu evangélico. Lo pensaré. En cuanto a lo otro, mañana, a la hora indicada, estaré en su casa puntualmente.

CAPITULO XIX

OTRA VEZ MARIDO Y MUJER

Al salir de allí, minutos después, Dolores Hinojosa no fue directamente a su casa. Tenía qué ver a algunas amigas y hacer pequeñas compras. Como solía ocurrir siempre que se trataba de juntas y otras gestiones relacionadas con sus empresas caritativas, la reunión que iba a tener lugar la preocupaba en grado sumo. Era mujer amiga de hacerlo todo bien, aun las cosas más insignificantes y triviales, razón por la cual concedía a los detalles importancia extraordinaria. Le interesaba, por lo tanto, prevenir sobre determinadas minucias a sus compañeras de obras pías, y exigirles una vez más la puntual asistencia.

El resto de la mañana lo pasó en aquellas andanzas. Cuando regresó a su morada, era bastante más de la una. La vieja sirvienta, que la sintió llegar, fue a sus aposentos a pedirle órdenes.

—¿Quiere almorzar ya, misiá Lola?

Agregó en seguida:

—Don Tiberio no ha venido aún, y quién sabe si vendrá.

—¿Dijo que no vendría?—preguntó Dolores con cierto interés.

—Nó, misiá Lola; no dijo nada; pero como casi siempre viene a las doce...

—Verdad es. Bueno: en todo caso, esperaré un rato más. La llamaré oportunamente.

Iba ya a marcharse la vieja criada, cuando se oyó del lado del zaguán un ruido áspero y metálico de cascos herrados, acompañado de interjecciones. Las dos mujeres se miraron.

—Parece que vuelve de mal genio el señor—observó la sirvienta.

Pero la dama, que no admitía jamás cierta clase de comentarios, ordenó secamente:

—Puede retirarse, Martina.

Al quedar sola, se quitó despacio el rebozo, y acercándose al tocador compuso con polvos y lociones los estragos que hicieron en su rostro el sol y el aire de la calle. La velutina, si bien le quitaba a su piel ese brillo espejeante que deja la humedad del sudor, le daba, en cambio, aspecto extraño, pues no alcanzaba a disimular por completo las manchas linfáticas y la palidez cerosa.

En la sala encontró a su marido, tal como acababa de llegar, repantigado en un sillón y dando resoplidos de fuelle. No se había despojado aún de los arreos de montar. Seguramente anduvo entre las breñas esa mañana, porque traía moteados los zamarros de verdes briznas vegetales y de adherencias arcillosas. Larga estría le cruzaba la frente, como rastro de reciente cólera, y su faz llamante, encendida por avalanchas sanguíneas, era como presagio de próxima congestión.

—¿Qué le pasa, Tiberio? Se fatigó demasiado hoy, por lo que veo. Casi está insolado.

El terrateniente respondió:

—Vengo del campo, de recorrer las posesiones del llano, pero me parece que vengo es del infierno.

—¡Jesús! ¿Lo dice usted por el resistero?

—Lo digo por esas malditas gentes desocupadas, que se han dado a la tarea de causar daños por causarlos. ¡Vagos! ¡Bandidos! ¡Y no poder echarles mano, porque trabajan es de noche y se escurren como las anguilas!

—Pero, ¿qué ha sucedido?

—Ayer, o mejor dicho esta madrugada, hicieron añicos una cerca de alambre y desjarretaron dos reses. Son unos canallas. No sé qué daría por descubrirlos, para aplicarles el castigo que merecen.

El aspecto de Cortada era el del hombre que acaba de sufrir violenta conmoción nerviosa. Parecía haberle ocurrido tremenda tragedia. Pero es muy posible que la actitud tranquila y un poco displicente de su mujer lo impresionara, porque él también acabó por calmarse luego.

—Todo se reducirá—dijo en són de queja escéptica—a dar el denuncia para que hagan un papeleo. No sirven para nada estas autoridades.

En el comedor, a la hora del café, Dolores recordó la promesa hecha a la mujer de Lucumí, y se dispuso a cumplirla lealmente. Le interesaba de verdad la suerte de esa infeliz familia que se acogía confiada y humilde a su protección. Además, tenía otro interés en aquel asunto.

—Esta mañana, en el templo, me encontré con Fabiana. La pobre está muy afligida.

—¿Tiene algún duelo en casa?—preguntó Cortada con gravedad irónica y un tanto cruel, tono que en ocasiones le era muy peculiar.

Encendió en seguida un cigarro, y aguardó con indiferente calma a que su mujer hablase.

—Nó. Fabiana vino nada más que por verme y con-

tarme las cuitas en que están. Yo nada sabía de lo que pasaba, hasta esta mañana que ella me habló de su situación. Ignoraba por completo que están a punto de quedar en la calle y en la miseria.

—Nadie quedará en la miseria ni en la calle mientras haya señoras que dediquen su dinero y su tiempo a socorrer a los indigentes.

—¿Por qué no me había dicho, Tiberio, que tenía tal propósito? Usted sabe que siempre me he interesado por la familia de Lucumí.

—¡Bah! Me parece que no valía la pena. Estas son cosas de los negocios.

—¿Y piensa de veras en echarlos de allí?

—Propiamente no es que los eche. Se trata de una acción judicial que talvez tenga qué intentar, a menos que se me entregue la chagra buenamente.

Meditó un rato Cortada, y dijo después:

—Eustacio se ha atrasado mucho en los pagos y está endeudadísimo. Hace bastante tiempo no paga terrazgos. Además, tiene a su cargo varios documentos por préstamos. ¿Qué puedo hacer yo? Me parece que no soy una sociedad de beneficencia, y si me pongo a compadecerme de todo el mundo acabaré también por estar como ellos.

—¿Y acaso seremos más ricos cuando se vaya Lucumí? ¿Qué va a hacer luégo con la chagra vacía?

—No faltará quien...

—Mire, Tiberio—declaró Dolores con tono resuelto—: jamás, o muy pocas veces, he tomado parte en sus negocios. Recuerde que no me ha gustado intervenir, y que siempre ha obrado usted solo, con mi consentimiento.

—Cómo no—dijo el latifundista, con sorna—: nunca me ha exigido usted cuentas.

—Pues bien: esta vez deseo intervenir, no para re-

clamar derechos sino para pedirle un poco de compasión para esa familia. Si se tratara de un hombre solo nada me importaría el asunto, pero hay dos mujeres de por medio.

—Sí, hay dos mujeres—corroboró Cortada, cuya voz tomó de repente extraño timbre, mientras su mirada parecía distraerse en interior contemplación.

—A propósito, Tiberio, y ya que de esto hablamos—inquirió la dama sagazmente—: ¿no cree usted que es cosa triste pensar en la situación que suelen quedar muchas pobres mujeres cuando les falta el apoyo del hombre?

—Yo no creo en nada; jamás tengo tiempo de pensar en esas quisicosas.

—Lo digo por el caso presente. Su arrendatario Eustacio es casi un viejo ya; cada día que pasa se le ve que pronto no podrá con la carga. ¿Qué será de Fabiana y de esa muchacha cuando el infeliz no pueda trabajar más, o falte definitivamente?

Cortada se encogió de hombros con cierta impaciencia.

—¡Esa muchacha sobre todo! Como son tan buena gente, y tan humildes, siempre me han inspirado interés. Por eso me gustaría mucho que hubiera un mozo honrado y trabajador que la pretendiera. Así, aunque Eustacio muriese, no quedarían desamparadas las pobres.

—¿Ahora se va a meter de casamentera? ¿Eso también entra en su programa benéfico?—exclamó Cortada con brusca aspereza que aspiraba a ser ironía.

A continuación añadió con sonrisa sardónica:

—No quedaría usted mal, en efecto, al frente de una agencia de matrimonios.

—Estoy hablando en serio. Déjese de chacotas. Precisamente, hace poco trataba con el Padre Servando sobre estas cuestiones. Se haría obra verdaderamente piadosa y cristiana si nos preocupáramos más por la suerte de

tántas niñas pobres y humildes como hay en el mundo, especialmente en los campos... Bueno, pero volvamos a mi asunto. Es necesario, Tiberio, que deje en paz a Lucumí. Usted sabe muy bien que no tiene dinero.

Lentamente, con calma desacostumbrada, el terrateniente encendió un cigarro. Fumó. Parecía que meditaba. Al fin, y como si se inclinase a acceder a los deseos de su mujer, preguntó con tono de complacencia:

—¿Cuándo dijo Fabiana que volvería?

—Yo quedé de avisarle lo que usted resuelva en definitiva.

—¡Ajá! Bueno. En tal caso puede hacerla llamar y darle usted misma la respuesta. Con la zozobra en que estará...

Los ojos de Cortada brillaban falazmente bajo la penumbra de las cejas; se le abría la boca sensual con equívoca sonrisa, como si de repente se hubiera disipado el transitorio disgusto que sintió.

—Si quiere, yo me encargo de hacerle avisar para que baje—agregó con imprevista solicitud—. Hoy es martes, ¿eh? Podría venir el viernes.

—Pero ¿qué he de decirle? Aún no me ha hecho saber, Tiberio, su decisión, y esto es lo que importa.

—Dígale a Fabiana que no se preocupe, que todo se arreglará. Yo hablaré también con Eustacio.

Hecha esta advertencia, Cortada se levantó de la mesa con cierta pesadez, ganoso de dormir un poco. Al extremo del corredor interior, en un rincón sombrío que refrescaba la vecindad de tupida enredadera, colgaba la hamaca de las siestas, columpio de pajas finas, suave como brazos de mujer y enervante como fatiga de amor. Las horas que el latifundista pasaba tendido en esa mecedora aérea, arrullado por el vaivén lento y adormecedor, y por sus sueños lúbricos y ambiciosos, eran las más agra-

dables de su vida. ¡Qué honda voluptuosidad experimentaba! ¡Qué delirio de fantasías le llenaba la mente! Con los párpados a medio cerrar, oyendo el dulce gotear del agua en el tinajero, se sumía largo tiempo en esa semi-inconsciencia que no es ni sueño ni vigilia, y en la que se confunden las verdades de la realidad con las rosadas mentiras de la ilusión.

Esa tarde la siesta se prolongó más de lo acostumbrado; y se prolongó porque Cortada, después de haber dormido bien, y vencida ya la modorra que le causaron el resol y la digestión laboriosa, se quedó echado en la hamaca, rumiando la forma como habría de llevar a cabo el astuto plan que tenía concebido.

CAPITULO XX

EL GAVILAN Y LA PALOMA

Por fin llegó el día esperado con tanta impaciencia por Cortada. Dispuestas las cosas con singular habilidad por Zacarías Aldana, su hombre de confianza, quien en tal ocasión dió pruebas inequívocas de su capacidad para el engaño y la intriga, todo iba sucediéndose hasta ese momento como si los hechos respondiesen a un cálculo matemático, de ocurrencia inexorable y fatal. Oculto en sitio estratégico, a la salida del caserío, había visto pasar a Fabiana, a pie y camino del lugar, seguramente en busca de su mujer. En cuanto a Lucumí, casi tenía absoluta certeza de que a esa hora no se encontraba ya en la chagra, sino en parte distante, retenido y embaucado por Zacarías con el señuelo de una propuesta tentadora que lo había autorizado para hacerle. Si sus cuentas no fallaban era lo más probable, pues, que en aquel momento anduviesen juntos, como los mejores amigos, viendo una magnífica parcela capaz de despertar el deseo del labriego menos ambicioso.

El día era cálido. Bajo la viva luz la cuesta que conduce a la planada donde empieza el camino de travesía

para ir a "Los Cedros", tenía aspecto ofuscante. Casi parecía llamear la tierra rojiza y ocre del declive. La montura jadeaba; un encaje de espuma le cubría el grueso belfo y por el cuerpo le corría, como claro barniz, la áspera humedad del sudor. Siempre, fuese cualquiera su afán, subía aquella empinada loma despacio, sin acosar la bestia; pero esta vez tenía prisa, agudo y lancinante anhelo de llegar al punto de su destino. ¿No lo aguardaba ella sin aguardarlo? ¿No se iba a cumplir al fin su sueño tenaz de posesión, tan largo tiempo acariciado?

Cortada avanzaba pujante de voluntad y henchido de apetitos sensuales. Su fiera pasión, exaltada por el bárbaro sentimiento de que la mujer deseada habría de rendirse, no a los requerimientos y halagos del amor, sino a la brutal caricia de sus brazos, a su poder de varón fuerte y dominador, lo hacía idealizar de modo paradójico a la doncella cándida que dentro de poco iba a ser suya y que seguramente se encontraba bien lejos de sospechar el terrible peligro que la amenazaba, yendo hacia ella como fuerza natural desbordada, imprevista e incontenible. ¡Cuán hermosa la veía su imaginación, y cuán bella su poderoso anhelo, semejante a lirio blanquísimo entre roja llamarada!

Se sentía ágil, colmado de esa alegría fisiológica que lo insensibilizaba a los ardores del resistero. Nadie transitaba ahora por allí. Tampoco se oía ruido ninguno, fuera de las pisadas de la caballería, porque la canícula lo acalla todo con su sopor y parece sumir en honda atonía las cosas vivientes. Al llegar a lo alto, se acercó a la venta para ingerir doble trago de licor y para que el caballo descansara un poco. Luégo siguió la marcha. Recorrió a trote largo el camino de travesía. Y cuando sus ojos descubrieron el rancho de Lucumí, se detuvo de nuevo...

No recordaba Cortada haber sentido jamás, en toda

su vida, la violenta emoción que lo transía en ese instante. Desde donde se hallaba, a no larga distancia, podía dominar el paraje y ver perfectamente la casita. No distinguió persona alguna. Pero en la puerta estaba echado "Sansón", y esto le chocó. ¡Ah, el fastidioso animal! Siempre quería andar pegado a las faldas de la moza. Por otra parte, la presencia del perro era buena señal: ¡Débora estaba allí!

Empezó a bajar despacio, aproximándose. Sus ojos avizoraban el terreno y su oído atendía todos los rumores. Iba con cautela, por previsión, listo a afrontar cualquier imprevista circunstancia. Cuando casi llegaba al rancho, el perro latió, incorporándose.

—¡Eh!—dijo con recia voz el terrateniente, para evitar la posible agresión del mastín, y atraer la gente del interior—: ¿no hay nadie aquí?

Débora apareció en seguida en el umbral. Muy extrañada de ver al dueño, exclamó con notable inquietud:

—Creí que era padre, o madre, que volvía.

A continuación repuso vivamente:

—Perdone, don Tiberio. No pensé que era usted. Me sorprendió tanto...

El terrateniente la miró, sonriendo, sin apresurarse a bajar de la silla. Creyó que era una visión lo que tenía ante los ojos. En el umbral, la figura de Débora, enmarcada por el cuadro de la puerta, se destacaba con asombroso relieve. Un traje claro, humilde, de faena doméstica, cubría su cuerpo escultural. Bajo el ruedo de la alta falda arrancaban las piernas, blancas, desnudas, de fina y robusta conformación. Tendidos hacia adelante, como arcos, templaban la delgada tela de la blusilla los pechos firmes y pequeños. Se le habían encendido las mejillas, y los brazos redondos, antenas de amor, caían a lo largo de sus flancos con indolencia tentadora.

Volviendo de pronto de su estúpida y sonriente contemplación, y acercando más la montura, Cortada dijo con tono tranquilo y como contrariado:

—¿De modo que Eustacio salió? ¡Qué lástima! Tenía qué hablar con él algo importante. Supongo que no habrá de tardar...

—Talvez no tarde, don Tiberio. Hace buen rato salió de aquí con Zacarías Aldana, a no sé qué negocio.

—¿Y no dijeron a dónde iban?

—Nó, no dijeron; por lo menos yo nada oí.

Dudando un momento, como si vacilase entre irse o quedarse, Cortada se apeó, atando la bestia a un postesillo.

—Bueno: un viaje de estos no es para perderlo. Voy a aguardar un rato, a ver si llega. ¿Y qué es de Fabiana?

—Madre también salió, a hablar con misiá Lola. ¿No se encontró con ella?

—Yo me vine muy temprano de casa esta mañana. He dado muchas vueltas por ahí. Talvez por eso no nos vimos.

Se quedaron un rato callados, sin saber qué decir. Entrando a la salita, contra la manifiesta protesta de "Sansón", que gruñó amenazador, Cortada fue a sentarse en un banco. Se quejó de calor. Luégo se despojó del sombrero y de la ancha ruana; en seguida de los zamarros. Quitándose por último de la muñeca el asegurador del rebenque, miró fijamente a la moza, y exclamó:

—¡Cuánto tiempo hace, Débora, que no la veía! He sufrido mucho por esta causa, porque, a pesar de todo, yo sigo queriéndola. ¿Por qué ha tratado siempre de ocultarse? ¿Por qué huye de mí?

—Porque mi deber es ese, don Tiberio.

—¿Su deber hacerme padecer de este modo?

—Usted es casado, y yo tengo qué respetar a misiá Lola. Además, soy una muchacha buena.

—¿Quién dice que no? Con quererme, no dejará de serlo.

Cortada hizo una pausa, y luégo, tomando un tono de decisión brusca, porque veía que el tiempo pasaba, pronunció estas palabras:

—No quiero fingir más, Débora. No he venido aquí a buscar a Eustacio, ni es casualidad que no lo encuentre en casa. Las cosas han sucedido así porque yo lo dispuse. Necesitaba verla, necesitaba encontrarla a usted sola.

Observando que la moza palidecía, añadió exaltándose:

—No se asuste; no hay motivo para que le cause temor mi presencia. ¿Por qué me teme? ¿No ve que la quiero? Pero es necesario que usted se decida hoy a aceptar mi propuesta. Estoy resuelto a no renunciar a usted, ¿me comprende bien, Débora? Todo lo daría por ganarla, pero sepa que me hallo dispuesto también a darlo todo por no perderla. Usted será mía, y nadie me la disputará, porque ¡ay del que se me atravesase delante!

Se puso de pie, y dio dos pasos hacia ella.

—¿Qué va a hacer? No se me acerque, don Tiberio —exclamó la moza levantándose a su vez del banco en que estaba, y con ánimo de huir si era necesario.

Habló con voz trémula, de reprimido terror, porque vió el gesto resuelto y fatídico del amo. En el semblante descompuesto por el miedo del hombre, y por la idea de hallarse indefensa y sola sin esperanza de socorro, los ojos se le dilataban con expresión de estupor y angustia.

Pero Cortada estaba ciego ya. Nada podía contenerlo. Avanzó más, y cogiéndola rudamente por los brazos, la atrajo con fuerza hacia él, mientras decía con la voz ronca de pasión:

—Usted será mía, Débora. Usted es mía...

—Nó, déjeme; no quiero que me toque—farfulló ella, tratando de desasirse.

Sintió de improviso junto a su rostro la respiración anhelante y fogosa del patrón: un resollar grueso, caliente, de animal en estado de celo. De la entreabierta boca le salía agrio tufo alcohólico. Los ojos le llameaban, sanguíneos, cual si fuesen dos ascuas quemantes prontas a incinerarla. Medio asfixiada por la presión del estrujante abrazo, y ante la idea horrible de que se encontraba a discreción de su agresor, un temblor convulsivo le sacudía el cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

—¡Padre! ¡Fermín! ¡Virgen Santa!—gimió con desesperado acento de náufrago, acometida de loca esperanza de salvación.

—¡Ejé, llama al galán!—bramó Cortada sin soltarla y con cruel sarcasmo—; ya veremos si viene, paloma.

La evocación de Fermín Lascano pareció exasperarlo, despertando sus rabiosos celos; fue como bofetón recibido en mitad de la cara. Bruscamente, con impulso casi brutal, alzó a la moza en vilo, y dió algunos pasos hacia el aposento contiguo. Ella gritó, enloquecida de pánico. Pero Cortada tuvo qué detenerse, porque sintió en una de sus piernas un dolor agudísimo que lo hizo lanzar bárbara imprecación. Se volvió furioso, maldiciendo.

“Sansón”, el fiel mastín, estaba a su lado, amenazador, en actitud fiera de pelea. Tenía el pelaje erizado, vibrante la nariz, bajo la cual asomaban por momentos los colmillos blanquísimos, y en sus pupilas brillaba llama siniestra, como fatal presagio de muerte. El hombracho y el perro, que hacía mucho tiempo se odiaban por instinto, se miraron breves segundos, midiéndose talvez. Luego se acometieron.

Débora, a la que había dejado Cortada para responder al ataque de su enemigo, contemplaba con espanto,

desde un rincón, el mortal combate. Sus ojos desmesurados, por los que pasaban todas las alternativas de la ansiedad, la esperanza y el temor, seguían los incidentes de la lucha, con el mismo interés que si se tratara de la propia vida. Tres veces vió vacilar a Cortada bajo las embestidas del perro. El terrateniente estaba furioso y renegaba constantemente; un jadeo hondo, toruno, salía de su pecho; firme sobre las musculadas piernas, y con las obscuras y móviles pupilas fijas en el irritado animal, acechaba la ocasión de asestarle un golpe definitivo, o de poder agarrarlo por el cuello con sus manazas. Pero el mastín era ágil y astuto; parecía comprender, por otra parte, el peligro en que se hallaba la moza y que él era su única protección.

Largo rato duró el encuentro. Cortada tenía las ropas desgarradas y una de sus muñecas sangraba por causa de las mordeduras. De cuándo en cuándo "Sansón" latía con ladrido breve, ronco, de concentrada rabia. Débora no supo cómo fue, cómo ocurrió aquello; de repente sus ojos atónitos vieron al enorme mastín debatirse en el aire con lúgubre aullido, mientras el patrón, ciego de ira y de encono, le apretaba el pescuezo con su garra estranguladora.

El animal cayó, exánime, sin vida; rodó sobre el piso lo mismo que una masa inerte. Se hizo extraño silencio. Fue un momento de fúnebre solemnidad, que sobre cogió a Cortada, a pesar de estar fuera de sí. El semblante de Débora tenía expresión de doloroso pasmo. Miró al patrón con mirada de odio y desprecio, en que se resumía toda su protesta. Después, arrodillándose junto al perro fiel, le cogió la cabeza en sus brazos y lo besó como una madre, entre hipoes de llanto.

—Déje ese bicho—gruñó Cortada, insensible.

La moza se enderezó, galvanizada por súbito arrebató.

—¡Váyase! ¿Qué hace usted aquí? ¡Asesino!

Pero el terrateniente, que sentía encandecerse de nuevo sus sentidos, y que se daba cuenta de que aquella ocasión era única en su vida, se acercó a ella otra vez, torvo y resuelto, y alzándola en vilo como al principio, traspuso el umbral de la puerta del aposento. Débora casi no tenía fuerzas ya para resistir. No obstante, trató de defenderse desesperadamente. Los garfios finísimos de sus uñas se hincaron repetidas veces en la piel de Cortada, tiñéndola de rojas estrías, y sus agudos dientes se clavaron con rabia en las manos que la estrujaban.

El hombre de presa triunfó al fin. En la penumbra del aposento la lucha fue corta y brutal. Durante algunos minutos se oyó el ruido confuso de un forcejeo, mezclado con palabras entrecortadas y acesantes; luégo un gemir agónico y convulsivo, como zollipos de muerte. Después, nada: el silencio; la aciaga y fúnebre quietud que sucede a las grandes y a las pequeñas y obscuras tragedias.

Débora había quedado desplomada, inmóvil sobre el camastro. Parecía un cuerpo muerto. Dejándola allí tendida y atónita, Cortada salió de la habitación, y cabalgando a toda prisa, se alejó en seguida del rancho. La turbia satisfacción de haber cumplido al fin sus deseos, largo tiempo guardados, le colmaba el ánimo, como los embriagantes vapores de un licor agridulce y áspero. Pensaba que todo había ocurrido dichosamente, sin contratiempos, sin testigos; que nadie sabría jamás aquello, porque la moza procuraría ella misma ocultar su secreto.

Pero se equivocaba. Agazapado en un matorral, alguien seguía con atenta mirada su marcha premurosa. A la simple vista nadie habría sospechado que hubiese una

persona allí: tan cabal y bien disimulado era el escondite. Cuando Cortada iba ya lejos, de tal suerte que no podía distinguir a distancia los detalles del terreno, el individuo levantó un poco la cabeza por sobre el matorral. Siniestra llama ardía en sus ojos cargados de amenaza y rencor. Apretando los dientes, y como si sostuviese vivo monólogo, pronunció algunas frases confusas, sibilinas. Por último se enderezó, y con suma cautela fue acercándose a la casita de la chagra. Traspuso el umbral, y entró en la salita. Encogido y tieso, "Sansón" permanecía tendido en el suelo, como mudo testimonio de su sacrificio generoso e inútil. Se inclinó para acariciarlo. El perro siempre lo recibía bien, ¡desdichado! Después se acercó con gran precaución a la puerta del aposento: Débora continuaba inmóvil, desmadejada; tenía caídos los párpados y el semblante cubierto de densa y mortal palidez.

El inesperado sujeto se estremeció de indignación y lástima. Comprendiendo el brutal atentado que acababa de cometerse allí, movió la cabeza triste y compasivamente. Su rostro se ensombreció en seguida, como cuando llega la noche y cobija los campos.

—¡Bandido!—murmuró con acento de desvarío—. ¡Siempre el mismo! Cuando no es robando o despojando a las pobres gentes, es matando los perros o abusando de las mujeres.

CAPITULO XXI

EL DOLOR DE DEBORA

Largo rato tardó en volver de ese estado casi inconsciente en que la dejó la violenta agresión. Al recobrar el dominio de sí, se incorporó, y, lentamente, abrumada por su vergüenza, salió a la salita.

La presencia del fiel mastín, frío cadáver ya, la hizo olvidar por el momento su propia desgracia, para pensar sólomente en el buen compañero de todas las horas, en el noble guardián que el destino le arrebatara de pronto. De rodillas a su lado, tomó entre las manos la cabeza y la levantó para verlo mejor. Niebla azulenta empañaba cual turbio vapor los ojos hialinos, tan inteligentes y leales; la lengua sobresalía un poco de la boca; y por las narices asomaba, hecho coágulos ya, un hilo purpúreo.

—¡Pobrecito Sansón!—exclamó, prorrumpiendo en sollozos desesperados.

Y lloró mucho tiempo, doblada sobre él, llena de pena tan honda que parecía no tener consuelo.

Eustacio y Fabiana llegaron casi parejos, al atardecer. Cada cual volvía por distinto lado. Regresaban contentos porque traían buenas noticias. Fabiana, que fue

la que primero entró al rancho, hízolo como el viento fresco y súbito que penetra inesperadamente en las habitaciones, contagiando de repentina alegría a quienes se encuentran en ellas. Contra su habitual condición, venía locuaz y muy expansiva. Débora no recordaba haberla visto tan jubilosa más que en las grandes fiestas, cuando la emoción religiosa le colmaba el ánimo, y alguna vez que se creyó que la suerte visitaba la chagra.

—¡Eustacio! ¡Deborita!—llamó la mujer con voz vibrante que anunciaba cosas felices—: vengan a darme albricias porque traigo muy buenas nuevas.

Agregó, quitándose el pañolón:

—¡Todo se arregló, gracias a Dios!

—Padre no ha regresado aún—dijo la moza, tratando de disimular lo mejor que pudo su turbación y su dolor.

—¿Y había salido, pues? — preguntó Fabiana con extrañeza.

Percatándose de pronto de que el perro no estaba echado, sino muerto, miró de hito en hito a Débora, y volvió a interrogar con creciente asombro:

—¿Qué le pasó a Sansón? ¿Qué ha ocurrido?

Eustacio, que llegaba en ese momento, y que se detuvo en el umbral, no menos sorprendido, miraba la escena desconcertado y atónito, tratando de hallarle explicación. Dio algunos pasos hasta el centro de la salita, y se inclinó sobre el cadáver del animal, para examinarlo. Cuando se enderezó de nuevo, Fabiana y su hija vieron que tenía el rostro descompuesto y que los labios le temblaban.

—¿Quién lo mató?—preguntó con voz alterada.

Tras de corta vacilación, Débora dijo:

—No lo mataron, padre. Parece que le dió un mal repentino, porque fue cosa de pocos momentos.

—¿Un mal repentino?

—Sí, padre. Sansón había salido sin que me diera cuenta. De pronto, oí que ladraba de modo muy raro; no hallándolo en la casa, me asomé a la puerta y ví que venía como del lado de la palizada. Parecía caminar con dificultad. Al llegar se echó allí mismo donde ahora está. Yo no sabía qué hacer. Me daba gran lástima mirarlo. No se imaginan el susto que tuve cuando lo ví sacar la lengua y estirarse, y que le salía luego sangre por boca y narices. ¡Pobre Sansón!

—Comería alguna mala yerba—conjeturó Eustacio.

—O le habrán hecho maleficio—supuso Fabiana.

La moza repitió como obsesionada:

—¡Pobrecito Sansón!

—Bueno—exclamó el labriego sacudiendo la ruda testa—: dejemos estas letanías. El muerto al hoyo, y se acabó. ¡Qué le hemos de hacer! Ahora voy a enterrarlo, y en seguida vendré a contarles el negocio que hice. Así es la vida a ratos: por un lado desgracias, por otro amagos de fortuna. ¡Como no sea ésta otra burla de la suerte!

Tomando su azadón, fue a abrir una fosa cerca de allí, y cuando estuvo terminada regresó por el cadáver del perro. Las dos mujeres le siguieron. Había algo de extrañamente patético en aquel pequeño cortejo que caminaba silencioso, Eustacio adelante cargado con el cuerpo, Fabiana y Débora detrás, como fiel acompañamiento. El entierro fue rápido. Cuando cayeron las últimas paletadas de tierra, aquél se quedó un momento perplejo. ¿Qué le iban a poner encima como signo piadoso y recordatorio? Una cruz no podía ser, porque ésta es para la gente, para los cristianos. Hizo un pequeño túmulo, y exclamó como si el animal pudiera escucharlo:

—Conténtate con esto por ahora, Sansón. En la semana que viene te pondré una piedra con tu nombre.

Se oyó un sollozo. Era Débora que gemía, pensando que ya no vería más al buen compañero. Fabiana también lloraba calladamente.

Volvieron al rancho. El labriego se sentó en un banco, y empezó a referir entonces lo que había hecho durante su ausencia. Zacarías Aldana lo llevó bastante lejos de la chagra, a ver la parcela que abandonó un antiguo colono favorecido de improvisó con una herencia en la ciudad. Aunque el lugar era apartado, el lote tentaba por su extensión, por la fertilidad de la tierra y por las mejoras que tenía. Parte de la mañana y toda la tarde emplearon recorriéndolo, en idas y vueltas y en paradas de observación. Cuando ya se venían, Aldana planteó el negocio en pocas palabras. Según le dijo el capataz, Cortada lo había autorizado para proponerle el cambio de esa parcela, muy superior sin duda, por la que el labriego ocupaba actualmente. Pero no era eso nada más, sino que el patrón le ofrecía también, como gabela, cierta cantidad en dinero.

—Y vengo casi inclinado a aceptar—concluyó Eustacio frotándose las manos ásperas y morenas—. ¿No le parece que sería buena operación, Fabia?

—Acaso ha de serlo—asintió la pobre mujer—; pero, ¡ay!, qué pena me daría salir de este rancho.

Hizo una pausa, y prosiguió vivamente:

—Yo también tengo qué contarles cómo me fue allá abajo, con misiá Lola. Me recibió muy bien, y quiso que la acompañara a almuerzo y merienda. ¡Tan noble y bondadosa señora que es! Pasado el almuerzo, me hizo sentar con ella en su propio aposento, y allí me dió la noticia que yo tanto esperaba. Cada vez me persuado más de que misiá Lola tiene un gran corazón. Parecía estar tan contenta como yo misma, al darme la dichosa nueva.

—¿De modo que don Tiberio convino al fin...?—
inquirió Lucumí con interés.

—Pues cómo nó—respondió Fabiana sin dejarlo concluir su pregunta y rebotando júbilo—: convino en que nos quedemos aquí del todo. ¿Para qué nos vamos a mover entonces? Yo no me acostumbraría jamás en ninguna otra parte.

—Cierto es—corroboró Eustacio, pensativo y vacilante a su vez—; lo tira a uno tanto lo que ya conoce y quiere de veras.

Se volvió hacia Débora de pronto:

—Y usted, ¿qué opina, hija?

La moza, que escuchaba en silencio y como a través de un sueño la charla de sus padres, se estremeció. Tal vez la asustó la voz inesperada que se dirigía a ella. Estaba distraída, presente en apariencia, pero ausente en realidad.

—¿Qué dice, padre?—exclamó maquinalmente.

—¿Le parece mejor que sigamos aquí, como quiere Fabia, o que nos vayamos a la otra finca?

Débora tuvo que hacer un enorme esfuerzo para sobreponerse a la súbita congoja que la atacó. ¡Desventurada! ¿Qué podía importarle ya vivir allí, o en cualquier parte? Para ella sería lo mismo, porque a dondequiera que fuese, o la llevase su triste sino, arrastraría consigo su dolor, su secreta y lacerante vergüenza. En verdad, no le interesaba, pues, el asunto. La permanencia allí, en el propio teatro de su desgracia, sería seguramente continuo motivo de pesadumbre; pero, ¿acaso lo sería menos vivir aquí o allá, más cerca o más lejos, si era en el alma misma que cargaba la herida; si ni el tiempo ni la distancia habrían de tener nunca jamás fuerza bastante para apagar la llama de los recuerdos? ¿De ese recuerdo sangrante que sería a toda hora como incurable y abierta llaga, y como inexhausta fuente de tortura?

—Lo mejor será lo que madre y usted resuelvan, padre—respondió con humilde y doliente voz.

Decidieron quedarse, llenos de gratitud por la bondad de Cortada. A este no se le volvió a ver por la chagra durante muchos días, pero de ahí en adelante una tranquila y dichosa paz reinó en el rancho de Lucumí. De ahí en adelante también la vida de Débora fue una continua simulación de lo que no era, de lo que no podía ser ya. Al terrible miedo del primer momento, que la obligó a mentir y a inventar historias de aparente verosimilitud, sucedió un gran sentimiento de piedad por sus padres. ¡Los pobres eran tan felices en medio de su engaño! ¿Para qué destruir tan dichosa creencia?

En la chagra todo volvió a su estado habitual. Renació la alegría, el trabajo. A medida que pasaba el tiempo, el alma de Débora iba cayendo en una especie de sopor melancólico, adormecimiento triste, semejante a sordo dolor, del que la sacaban a veces bruscos amagos de desesperación. Cierta conformidad con su destino le llenaba poco a poco el ánimo. Pero en el fondo su pesadumbre era la misma. Con frecuencia pensaba en el ausente, en Fermín, y lloraba en silencio. ¿Qué más podía hacer?

Ahora amaba la soledad, porque le permitía abstraerse en sus pensamientos. Se pasaba horas enteras en el lavadero, golpeando interminablemente las ropas, y por las tardes iba a sentarse, casi hasta que oscurecía, sobre una piedra o algún tronco, arriba, hacia el lado de las cuchillas, desde donde podía divisarse el quebrado horizonte y las lejanas hondonadas. ¡Qué gratas horas eran esas! Porque entonces podía soñar y olvidar un poco sus penas. Inconstante libélula, su mirada vagaba sin cesar por la lejanía, como si persiguiese la sombra fugaz de alguna ilusión o el inasible fantasma de un sueño; a veces se fijaba también con tenaz empeño sobre un punto

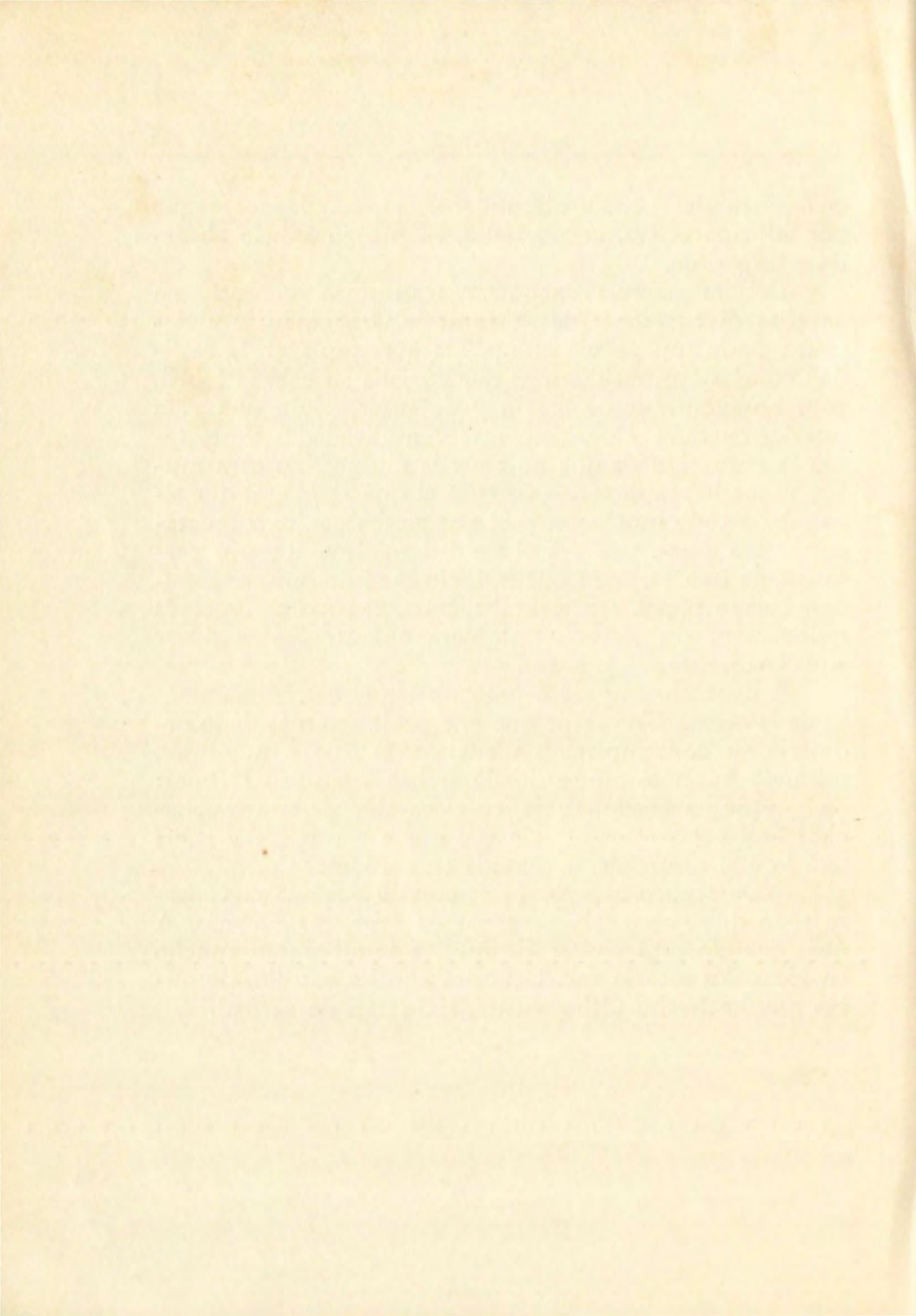
cualquiera del paisaje circundante, esperando acaso que por allí apareciera, corporizado, su propio anhelo absurdo e imposible.

Débora parecía encontrar transitorio consuelo en aquellas divagaciones de su fantasía. Imaginativa y doliente desde que se vió compelida a reemplazar la realidad con las formas ilusorias que forjaba su cabeza febril, para no sucumbir de hastío y de pesar, vivía una vida interior extraña y curiosamente complicada. A veces tenía la impresión de que no era ella misma sino otra mujer, y que había dos seres en ella: el que fingía, el que simulaba a todo momento, y el que estaba oculto y recatado dentro de sí, que era el verdadero. Involuntario personaje de una farsa en que la incluyó el destino, asignándole aciago papel, representaba, pues, el súyo con callada resignación, sin sospechar siquiera cuánto iba a durar aquella tortura.

A Eustacio empezó a preocuparlo el ensimismamiento de la moza. Una tarde que ésta prolongó más de lo ordinario su contemplación silenciosa, le dijo a su mujer, mirando hacia el punto donde se había situado Débora:

—¿Se ha fijado, Fabia, en el cambio de esta muchacha? Le ha dado por cavilar más que a un abogado. ¿Qué será lo que tanto piensa sentada en esa loma?

—De seguro que nada—respondió Fabiana con cierto tono de experiencia—; ganas de fantasear no más. A una, cuando está en ese tiempo, se le alborotan mucho las ideas. Ya estaría rica Deborita con los castillos de nubes que ha hecho últimamente, si fueran de verdad.



CAPITULO XXII

HOMBRE PROFUGO

En el punto donde se aclaraba el monte, y a donde parecía no haber llegado aún la mano colonizadora de los labriegos, se detuvo Fermín dando resoplos de cansancio. Sentose en un tronco caído, enjugó con su diestra el sudor que le embebía las sienes, y colocando al lado, cerca de sí, la mochila que llevaba terciada, se dispuso a tomar reposo. Era justo, porque había andado todo el día en marcha continua, sin detenerse más que una vez a la hora de almorzar, para beber un sorbo de agua. Su fatiga era doble: tenía qué avanzar por entre bosque cerrado, huyendo de los caminos concurridos, maltratándose a cada paso con las asperezas de la vegetación; de otro lado, el temor de encuentros desagradables o comprometedores obligábalo a andar con mil precauciones, atento el oído y avizorante la mirada.

Ocho días antes escapó del cuartel. Un compañero con quien trabara íntima amistad, le hizo ver los inconvenientes y peligros de aquella fuga que lo colocaba en condición de rebelde contra la ley y la autoridad, y que lo obligaría a esconderse constantemente, llevando pre-

caria existencia, para evadir la persecución militar. Nada sirvió para hacerlo desistir de su propósito: ni el temor al castigo, ni la seguridad de que su vida iba a ser en lo sucesivo permanente sobresalto y angustia perenne. ¿Qué podía importarle todo eso? Los pocos meses que transcurrieron en el servicio no supo cómo los pasó; era lo mismo que un autómatas, un muñeco disciplinado y mecánico que funcionaba perfectamente, que se movía con maravillosa precisión, pero que llevaba dentro la secreta inconformidad y la obscura protesta. Quizás en otro tiempo cualquiera hubiese sido un buen soldado, pues era mozo fuerte y ágil y demostraba aptitudes poco comunes para la milicia. El jefe del batallón, aunque era de genio brusco, viendo sus buenas disposiciones, simpatizó con él y le otorgó plena confianza. Esto sirvió seguramente para facilitar su evasión.

Allí, entre sus camaradas, todos mozos como él, la vida de armas tenía ciertos atractivos, pero era dura y a ratos bastante tediosa. Esos días parejos y grises los recordaba Fermín con vaga melancolía: por la mañana, a correr apuestas con el alba, y a meterse, todavía con sueño en los ojos, bajo la ducha fría que lo obligaba a tiritar; después, la gimnasia y el desayuno, frugal como el refrigerio de un monje; y estudio, y más ejercicio, y aprendizaje de armas. El almuerzo era menos sobrio: un rancho abundante, ordinario y poco variado, para satisfacer el hambre física, el imperioso menester fisiológico. Las horas más cargadas de hastío eran las de la tarde; tan monótonas eran, tan iguales cada jornada, que más que transcurrir parecían pasar arrastrándose, con lenta ondulación de reptil por entre los muros del cuartel. ¡Ah, esas paredes tristes, desnudas y sin calor, que lo separaban del resto del mundo, que cerraban el horizonte, y que parecían burlarse, con risa silenciosa, de su condición de

le

cautivo! ¿No era, pues, un prisionero allí? Contra su voluntad lo llevaron, el día que, cercenando de un tajo su libertad de hombre del campo, fueron a reclutarlo o conscribirlo.

Por las noches, su pena se aguzaba como puñal. Los llevaban a los dormitorios, cuando sonaba el anuncio metálico de la corneta, en fila conventual, y entonces, al pasar por los patios y corredores, y luégo por las altas ventanas, veía con dolorosa emoción cómo brillaban en el espacio las estrellas, rutilantes y guiñadoras cual ojos de colegiala. Esas estrellas, y a veces la claridad lechosa de la luna, acaso porque su presencia es más propicia para el ensueño y la meditación, le alborotaban los recuerdos, haciéndole rebosar el alma de ternura y apretándole el corazón fuertemente.

Las imágenes de la vieja Teodosia y de Débora llevaban a todo instante su mente, iban con él a dondequiera; teníanlas allí grabadas con tan profundo arraigo, que si pensaba en otra cosa, su pensamiento volvía al punto a fijarse en ellas con obsesionada insistencia. ¡Cuán vivas las veía, cual si se hallasen presentes en persona, con sus rasgos más minuciosos, con sus detalles más pequeños! Débora, sobre todo. Su memoria fiel la evocaba con asombrosa precisión, y su imaginación apasionada la corporizaba casi, con sus gracias tan naturales y sus encantos tan sencillos.

Un día no pudo más, y decidió volver a la montaña. El monte y la libertad lo llamaban con fuerza, pero más lo atraía el señuelo de la mujer. Se dió sus mañas, y se evadió. Al dejar atrás el cuartel, oscuros escrúpulos lo asaltaron; sentía cierto temor y un sentimiento confuso de vergüenza por lo que iba a hacer. En adelante sería el desertor, el individuo puesto al margen de la ley y fuera de la estimación humana. Pero, ¿qué le importaba? La

vida y los hombres no le dieron nada jamás; no le dieron sino miserables esperanzas y pobres limosnas de compasión, que después ellos mismos rompieron y arrebataron. Por eso andaba así: prófugo, casi mendigo porque nada poseía, huyendo como el animal que buscan los cazadores para acorralarlo y matarlo.

Bien sabía Fermín que se había colocado en estado de guerra con los demás, en pugna abierta con la sociedad que extendía hacia él, para aniquilarlo, los tentáculos de sus brazos castigadores. No se hizo, pues ilusiones. De ese momento para adelante era un rebelde, y como tal tenía qué vivir: si no atacando, por ser débil, por lo menos a la defensiva. Lo buscarían, sí, estaba seguro; semejantes a jaurías hambrientas, los esbirros del orden irían a escudriñar el monte también, cuando se convencieran de que no estaba escondido en las casas de la ciudad ni en los ranchos del campo. ¿No era natural suponer su vuelta a "Los Cedros", por muchas razones?

Tuvo suerte hasta entonces, pues en lo que llevaba de andar huyendo, evitando las chagras y prefiriendo los atajos y las partes más agrias del bosque, no se encontró con nadie. Su fino instinto y la agudeza de sus sentidos le anunciaban los peligros, con suficiente tiempo para evitarlos. Sin embargo, ¡cuánta fatiga sentía ya! Ese vivir tenía qué ser duro y desesperante a la larga.

Al rancho de Celso Viaque sólo pudo ir una vez, desde que llegó a la montaña. Arrimó con mil precauciones, cierta noche en que por lo avanzado de la hora no era verosímil hallar gentes en los caminos. El aserrador salió a abrirle, y se quedó muy sorprendido de verlo aparecer a esa hora y en facha semejante. Comprendiendo su asombro, Fermín le explicó en pocas palabras lo ocurrido.

—Sí, entiendo, Fermín—afirmó Celso moviendo la

cabeza—: no pudo usted acostumbrarse a la idea de vivir sin libertad. ¿Se da cuenta ahora de lo que muchas veces le dije?

—Esa fue una razón; pero hubo ótra, Celso, que pudo en mí más que las demás. No podía vivir en paz pensando en mi madre, tan vieja y achacosa.

—Ningún cuidado le ha faltado, Fermín.

—Ya lo sé: ella me lo decía en sus cartas. ¿Cuándo le podré pagar lo que ha hecho por nosotros, Celso?

—No piense en tal cosa.

—Bueno: necesito verla antes de que amanezca; pero no quiero que sepa que me fugué del cuartel. ¿Comprende, Celso?

El aserrador asintió con un cabezaso.

La entrevista con la vieja Teodosia fue emocionante. Hablaron muy largo, y ella no hacía sino llorar: tanta alegría le causaba la presencia del hijo amado y ausente por meses interminables. Cuando el mozo se despedía, preguntó con cariñosa sorpresa:

—¿No va a quedarse aquí, hijo?

—Nó, madre—explicó Fermín, ocultándole la verdad de los hechos—; no es posible. Vendré a verla cada vez que pueda. No vaya a extrañar la hora a que llegue. Seguramente será de noche, y tarde, o cuando menos lo espere usted.

Como ella lo mirara, asombrada pero sin atreverse a hacer más preguntas, repuso acariciándole con mimo la diestra:

—Son asuntos del servicio, que requieren mucha reserva. Ttranquilícese, madre. Cuando pueda hablar, le diré de qué se trataba.

A Débora sí no había podido verla Fermín. Tres veces fue inútilmente, y con suma cautela, al lugar de las antiguas citas. Pensó, no hallándola, que acaso no hu-

biese vuelto más desde que él se ausentó. Sí, esto era lo más probable. Halagado por tal pensamiento se alejó conforme, pero triste. ¿Cuándo la vería? ¿Cuándo sus ojos ávidos podrían recrearse en la contemplación de la amada? Su anhelo y su esperanza le decían que muy pronto iba a ser. En lo sucesivo, hasta que lograra encontrarla, iría todas las tardes al idílico sitio de su ventura.

La llamada del hambre lo hizo alargar el brazo hacia la mochila. Ya no quedaba allí ni un mendrugo. Trató de engañar su apetito masticando trozos de goma agridulce que desprendió de un árbol próximo. Luego, sacando su cuchillo del cinto, se puso a labrar pedazos de corteza blanda, rosada y olorosa como la pulpa de las frutas. Recordaba que muchas veces había hecho lo mismo, mientras pensaba en Débora, después de las faenas, o mientras la aguardaba impaciente en el lugar de las citas.

¿Cuándo la vería? ¿Cuándo sus ojos sedientos de mirarla se embriagarían con la contemplación de su rostro? Fermín Lascano pensaba, pero más que pensar soñaba y suspiraba; y su ensueño y su suspirar eran tan dulces y ardorosos a la vez, que por momentos casi perdía la noción del mundo exterior.

De repente se estremeció. El instinto de defensa lo hizo ponerse en guardia, apretando el cuchillo. Volvióse vivamente, y vió que detrás, a pocos pasos de él, un hombre lo miraba con curiosidad y grave atención. Lo reconoció al punto, por su estrafalaria facha de estantigua.

—No temas, hijo mío—exclamó Nicasio Chambuque con tono muy amistoso—: soy el mismo amigo de siempre.

Avanzó hacia el mozo, y después de mirarlo de nuevo detenidamente, se sentó a su lado diciéndole:

—Por lo que veo, tú también andas ahora más cer-

ca de los animales que de los hombres. Mejor, porque así te parecerás a mí.

Preguntó en seguida, con brusquedad:

—¿Has comido?

—Algo traía para comer—respondió Fermín—, pero se me acabó, Don Cacho.

El viejo puso a un lado su bordón, y desprendiendo de la cintura el pequeño talego que traía, extrajo de él algún alimento.

—Tóma, no tengo más; mientras comes, hablamos.

Al cabo de un rato empezó a decir:

—Ya sabía yo que te habían llevado para la ciudad, a prestar servicio. Supe también que el Gavilán te había quitado la chagra. ¡De buenas has estado, hijo!

Fermín se encogió de hombros con indiferencia.

—A tu madre la veo tál cuál vez, cuando arrimo a darle un saludo a mi amigo Celso. ¡Santa mujer! Es feliz si le hablo de tí, y me regala buenos bocados. ¿Cuánto hace que viniste?

—Que salí del cuartel hace una semana; que ando por aquí, unos cinco días.

—¿Y dónde te albergas?

—Hasta ahora, en ninguna parte.

—Ah, comprendo. ¡Pobre muchacho! Como tienes qué andar de huída, por el peligro de hallarte con los gendarmes y los soplones, temes quedarte en algún rancho. Haces bien, hijo. El mundo es traidor, y toda prudencia es poca.

—Yo podría dormir en el rancho de Celso—dijo Fermín—, y allí estaría seguro. No lo hago porque entonces tendría qué contar la verdad a madre, y no quiero que sepa lo que pasó.

—¿Nada le has dicho, pues?

—Nó. Madre cree que ando en alguna comisión, y

que sólo de vez en vez puedo venir a verla. Más vale así: que no sepa lo que hice, y que no sospeche siquiera que paso los días metido en el monte, escondido como bicho raro, y huyéndole hasta a la sombra.

“Don Cacho” se quedó pensativo buen rato; después habló pausadamente.

—Me parece que no puedes continuar esa vida. En lugar poco conocido de estos contornos, y por donde nadie transita, descubrí hace bastantes días un rancho abandonado. Es mi morada; la morada del loco Don Cacho. Tanto volvió a crecer el monte allí que casi la ocultó por completo. Desde que vivo en ese pobre rancho sin dueño, lo mismo que un solitario, me doy a pensar a veces que no soy tan miserable como parezco, puesto que si tengo qué mendigar la comida, puedo al menos pasar la noche sin necesidad de acudir a la limosna de la posada. ¿Quieres venirte allí conmigo? Hallarás refugio seguro, y no tendrás más sobresaltos.

Hizo una pausa el viejo, y continuó:

—No es un palacio donde estoy, hijo mío, te lo advierto. Es, más bien, una choza en ruinas. La maleza la rodea, y adentro tuve qué hacerle remiendos. Para Don Cacho no está mal. ¿Qué más puede desear un loco que pide limosna?

Dichas las anteriores palabras, se puso de pie; arregló de nuevo el pequeño talego, y empuñó el bordón. Erguido y recio, el espigado personaje tenía aires de autoridad.

—¡Vén!—ordenó brevemente.

Fermín se alzó a su vez, dispuesto a seguirlo. El mozo no habló más en todo el camino; pero el viejo tampoco. Un tácito acuerdo de no conversar, para que el ruido de las voces no los delatase, los hacía marchar en silencio. Avanzaban con precaución por sendas extravia-

das, apartando a ratos el follaje que les cerraba el paso, deteniéndose para escuchar o tomar aliento, porque la marcha así era penosa.

Al llegar al rancho la noche había caído ya. Sombras espesas llenaban el monte, apretadas y densas como multitudes congregadas. Fermín no supo cuándo ni de qué suerte se encontró ante la ruinosa casita, porque de improviso, y a tiempo que la voz de "Don Cacho" se lo advertía, dio casi de narices contra el tablón oscuro que hacía de puerta.

—Hemos llegado. Pero aguárda, yo entro primero para hacer lumbre.

Desapareció la estantigua, y a poco, desde afuera, el mozo pudo ver, a la luz rojiza del candil, el interior de la vivienda. Era una casucha sórdida, y la habitación que veía verdadero zaquizamí. Las paredes de barro estaban sin enjalbegar, las vigas del caballete cubiertas de humosa pátina. El suelo, de tierra apisonada, parecía un polvero de años. No se veía muebles allí.

—¡Entra!—dijo "Don Cacho"—, y no te fijas en la pobreza. En el aposento que sigue está lo indispensable.

Fermín se asomó al cuarto contiguo. En los dos extremos, y a corta distancia, pues era también pequeño como la salita, y estrecho como ésta, había sendas tarimas arrimadas a la pared; al lado de cada una, un banco. De una horqueta empotrada en lo alto, pendían míseras prendas de vestir.

—Echate en una de esas camas, y descansa, que bien lo necesitas—dijo el viejo—. Blandas no son, pero con buena fatiga y buen sueño...

—Después de tantos días de azar—exclamó el mozo—será la primera vez que voy a dormir tranquilo y sin tener qué dejar un ojo abierto. Sí, se ve que es seguro este rancho.

"Don Cacho" contestó con una voz velada que obscureció la niebla de fugitiva emoción:

—Tan seguro es, hijo mío, como pueden serlo los brazos de tu madre. Puedes reposar tranquilo. Hasta aquí no llegará la persecución de los hombres.

Fermín fue a tenderse, porque estaba rendido. Pronto se durmió. "Don Cacho" sí veló largo tiempo. Sentado en el borde de la otra tarima, y apagado el candil, se había abstraído en profunda meditación. Negros como la obscuridad que lo rodeaba debían de ser sus pensamientos, pues se estremecía con frecuencia violentamente, mientras de sus pupilas brotaban llamaradas extrañas, de singular intensidad. De cuándo en cuándo salía también de sus labios un murmullo confuso y acrimonioso de palabras, que parecían ahogársele en la garganta y morir trituradas entre los dientes apretados.

CAPITULO XXIII

TRISTE ENCUENTRO

Todas las tardes, mucho antes de que se pusiera el sol, Fermín Lascano iba invariablemente al sitio donde se veían en otro tiempo, cuando su vida era feliz remanso, y no como ahora, mar turbulento y sombrío en que navegaba su corazón, acerico de penas, al loco capricho de los más aciagos destinos. Romero taciturno y medroso, porque lo perseguía la implacable ley de los hombres, esa ley fagedénica que busca y necesita víctimas para alimentarse, cada jornada emprendía la marcha desde el escondido y ruinoso rancho donde le ofreció albergue "Don Cacho", y sentía que se renovaba, como por milagrosa palingenesia, su pobre y tenaz esperanza de amor.

No había podido verla hasta entonces. Algunas veces pensó llegar sigilosamente hasta el rancho de Lucumí, intentándolo incluso cierta noche temprano que creyó que por hallarse Eustacio en el pueblo le sería fácil hablar con ella. Pero Débora parecía haberse sumergido, como en un pozo, en el fondo de la casita.

Acometido de extraña inquietud, y lleno de esa intuición oscura que nace imprevistamente en el ánimo

en determinadas circunstancias, aquella tarde caminaba Fermín con paso vivo y desacostumbrado, en dirección del lugar de las citas. Repetidas veces se preguntó, mientras avanzaba, si sería ese, como los anteriores, un viaje más, inútil y triste, a cuyo regreso habría de traer sobre el corazón nueva carga de decepciones. ¿Volvería su alma, al anochecer, tan atribulada como antes, más atribulada que antes? ¡Ay, cuánto había sufrido, y cuán silenciosa fue su pena! Se desesperaba con frecuencia; hondas dudas lo torturaban a ratos; en el escondrijo de la choza casi no hablaba con el viejo, a quien, por otra parte, sólo veía de noche, y de cuándo en cuándo a la hora del mediodía.

Ahora, trémula y vacilante llama, la lucecilla de una vaga esperanza iba alumbrando su camino; su anhelo era tan fuerte, que él solo hubiera bastado para provocar el deseado encuentro. ¿Qué no puede el amor, si nó en la realidad, en la fantasía? Y esto era Fermín ahora, mientras caminaba afanoso, olvidando por momentos que era un perseguido y que tenía qué andar con cautela: un montón de sueños y de deseos, un mundo viviente de fantasías y de ilusiones locas, disparadas como saetas hacia el objeto de sus pensamientos obstinados.

Cerca ya del lugar de su cotidiana peregrinación, el corazón empezó a latirle con fuerza. Recordó que así le brincaba también cuando los primeros encuentros. ¿La vería por fin? De pronto se detuvo, porque le pareció escuchar débil gemido. Dio unos pasos más, y apartando con sumo cuidado las últimas ramas que separaban la maleza del claro, miró hacia el centro de éste. La moza estaba allí, sentada en el tronco familiar, y con la cara entre las manos lloraba convulsivamente.

—¡Débora!—exclamó Fermín sin poder contenerse.

Alzó ella la cabeza, con visible sorpresa, y al reconocerlo dejó escapar un ligero grito.

—¡Fermín!—exclamó a su vez, con arrebatada alegría, que luego se trocó en mudo dolor.

El aparcero fue a sentarse a su lado, y tomándole cariñosamente una mano, que retuvo en las súyas, permanecieron largo rato en silencio.

Débora lo rompió al cabo, con voz triste:

—¿Cuándo has vuelto, Fermín?

—Hace algunos días.

Ella lo miró, como reprochándolo.

—Desde que llegué—prosiguió el mozo—no ha pasado tarde que no haya venido a este lugar, a ver si te hallaba. Siempre acudía con la esperanza, y siempre tenía qué regresar con el desengaño de no verte. Alguna vez, cansado de esperar en vano, fui hasta las cercanías de tu casa, y aunque atisé muy largo rato, tuve qué volverme también, descorazonado. Gracias a Dios que hoy ¡por fin! te encuentro, Débora.

Agregó, después de una pausa:

—¡Cuántos días sin vernos! ¡Qué larga y penosa fue esta ausencia para mí!

—Y ahora, ¿te volverás?—preguntó Débora.

Fermín Lascano vaciló, indeciso para responder. Velozmente acudió a su memoria el recuerdo de la ciudad lejana, del cuartel sombrío en que pasó varios meses interminables, de los compañeros de servicio, cuyas figuras simpáticas veía a través de la distancia, lo mismo que si fuesen callados autómatas moviéndose bajo la ley de la disciplina y al acompasado són de las voces de mando. ¿Cómo pudo permanecer allí tanto tiempo?

—Nó, no me volveré—contestó con tono sombrío, apretándole involuntariamente la mano, mientras por sus ojos pasaba una luz enigmática de áspera rebeldía.

Como viese que ella no manifestaba júbilo por la noticia, inquirió extrañado:

—¿No te alegras de que me quede?

—Sí, sí me alegro. ¿Por qué no había de alegrarme, Fermín?

Pero lo decía con voz tan cansada, y con acento tal de sufrimiento y de angustia, que más que palabras de gozo aquéllas parecían expresiones de resignación dolorosa. El mozo la miró con tierno interés, y la interrogó de repente:

—¿Por qué llorabas cuando llegué?

Viendo que ella callaba, preguntó nuevamente:

—Díme: ¿por qué llorabas, Débora?

—Una llora por tantas cosas... A veces por nada; porque tiene ganas de hacerlo, o porque las lágrimas se vienen ellas solas sin són ni tón, cansadas de estar ocultas.

—¿Tienes penas?

—¿Quién no las tiene? He vivido triste desde que te ausentaste, y por mi casa no han hecho sino pasar desgracias.

Fermín notó de pronto que Débora retiraba su mano de la súya; la veía cohibida, y comprendió que ahora le hablaba con cierta reserva y esquivéz. De nuevo la miró con honda atención, exclamando en seguida:

—¡Débora! ¡Me parece que tienes la mano fría, y que te tiembla! ¿Te sientes mal acaso?

No pudiendo contener más el tumulto de su escondido dolor, la moza prorrumpió bruscamente en llanto impetuoso, convulsivo y acerbo, que la sacudía de la cabeza a los pies.

—Míra, Fermín—gimió entre hipos desesperados—: es mejor que te vayas y no vuelvas a acordarte de mí. Olvídame. Yo no soy más que una infeliz mujer.

—¿Marcharme? ¿Olvidarte? ¿Cómo podré hacer

eso, Débora, si te quiero como te quiero? ¿Si nada me detuvo para venir a buscarte, ni siquiera el temor de los peores castigos?

Se puso de pie, y farfulló en un arrebato:

—¿Sabes por qué estoy aquí? ¿No te lo supones? Pues óyelo de una vez para que sepas toda la verdad, y me desprecies con lo peor de tu desprecio. Hace días ando huyendo; me fugué del cuartel, y vivo entre el monte lo mismo que un animal. A estas horas los gendarmes deben de estar buscándome por todas partes. ¿Ves, pues, lo que soy? Un pobre hombre que ni siquiera tiene el derecho de dormir tranquilo.

La moza, que al principio le oyó con atención, parecía no escucharle ya. Recogida en sí misma, como el caracol que se retrae entre su concha, no pronunció palabra más. Permanecía con los ojos bajos, muda, sin color, abrumada por su secreta pesadumbre. El menor contacto con Fermín la hacía estremecer.

Así, en ese silencio, en ese aparente alejamiento, se estuvieron varios minutos. Al fin, con voz lenta, reconviniéndola con amargura, Fermín tornó a hablar en són de queja:

—Te volviste una mujer rara, Débora. Eres ótra. ¿Qué te pasó, pues? ¿Es que ya no me quieres?

La moza tembló violentamente, y su palidez se hizo más intensa.

—Sí te quiero, Fermín, pero no me preguntes nada. No me preguntes, te lo suplico. Es necesario que me olvides, que no te acuerdes en adelante de mí. Vete y no vuelvas más, que así me causarás menos daño.

Se levantó a su vez, lista para marchar. Tenía un aire de resolución fría y firme. Con el alma en los ojos, le tendió la diestra como para una despedida eterna.

—¡Adiós, Fermín! Que ojalá puedas ser dichoso.

Después se alejó a paso rápido, perdiéndose entre la maraña del monte. El no trató de detenerla. Se sentía también abrumado por la fuerza de los sucesos y por el estupor que le produjo la imprevista actitud de Débora.

Con la cabeza entre las manos, caviló largo rato. Tanto pensó, que el pensamiento le dolía como un órgano vivo. Comenzó a oscurecer; la repentina brisa crepuscular sacudió el follaje, haciéndolo entonar su balbuciente canto vegetal, pero él no se daba cuenta de ello.

Súbitamente se enderezó, exclamando con rabia:

—¡Maldita sea!

Sentía que en lo más hondo de su alma bullía con hervor de aguas revueltas, un amotinado tropel de cosas oscuras y confusas. Rencor, celos vagos, despecho, ansias homicidas. Pero no hubiese podido decir con certeza qué era lo que más odiaba en ese momento: si la vida, que parecía empujarlo con brutalidad de gendarme hacia el abismo de la desesperación; o los hombres, que lo perseguían con saña y encono. Tal vez todo esto junto. Y acaso también la mujer, aunque la mujer para él no fue hasta entonces, ni lo sería jamás, ótra que Débora, cifra y compendio de su vivir.

CAPITULO XXIV

LO QUE "DON CACHO" VIO

Acudió, sin embargo, no una sino muchas veces más al sitio de los encuentros, llevado siempre por la obstinada esperanza de que ella volvería, porque no era posible que un amor que creció y vivió alimentado con tanta constancia y fervorosa fe, se extinguiera como la débil llama que apaga el primer soplo de viento. Invencible fuerza lo conducía, o lo arrastraba mejor dicho, hacia el claro familiar, callado y penumbroso testigo de su felicidad, y últimamente de su desdicha. Para Fermín Lascano tenía aquel lugar la extraña y poderosa fascinación que tiene para el hombre que asesinó el punto donde cometió su delito. Necesitaba volver, por necesidad imperiosa de sus sentidos y de su adma, y por eso volvía. ¡Cuántas veces hubo de sorprenderse caminando hacia el claro, sin que lo hubiese pensado siquiera y sin que su voluntad hubiera intervenido expresamente!

Débora no volvió ya más. Pero el mozo era terco. O lo era su amor, tan grande que parecía estar dispuesto a sobrevivir tenazmente, a quedarse en la playa, porfiado y tozudo, tras el naufragio del olvido, y en espera de que

apareciese en el horizonte la nave que para siempre zozobró. ¡Pobre ilusión la súya! ¡Pobre sueño y pobre esperanza que todos los días, a la hora mustia del véspero, caminaban como dos enfermos cogidos tristemente de brazo, hacia el paraje del invariable desengaño!

Cierta noche Fermín tardó más de lo acostumbrado en regresar a su guarida. Sobre el dilatado monte caía esa lluvia tenue y pertinaz, cuyo ruido sobre las hojas es como salmodia triste, y que parece que no acabará nunca. Bajo sus pies la hojarasca húmeda chasqueaba en la obscuridad; o sonaba a trechos el chapoteo que hacían sobre el agua de los baches. Avanzaba despacio, cansado, con el alma tan oscura como la noche que lo circundaba, y sin otro anhelo que llegar a la choza para desplomarse, lo mismo que un fardo, sobre la sórdida tarima.

Cuando llegó al ruinoso rancho, Nicasio Chambuque se disponía a acostarse. A la luz del candil agónico, el viejo, que se había despojado de los harapos, ofrecía aspecto menos estrafalario, pero más lastimero. ¡Cómo debió haber sufrido también!

—¡Hola!—exclamó, permaneciendo sentado al borde de su tarima—: creí que no vendrías esta noche. Yo también volví un poco tarde, y no viéndote me dije: quién sabe si ese pobre muchacho ha tenido algún mal encuentro. Pero ya estás aquí, y me tranquilizo.

Dejose Fermín caer pesadamente sobre el camastro, quedando en la misma actitud que su interlocutor, pero sin pronunciar una palabra.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas?

Como el mozo siguiera en su mutismo, sin hacer otra cosa que suspirar, Nicasio Chambuque repitió:

—¿Te ocurrió algo malo, hijo mío?

—¡Ay, Don Cacho, me ocurren tantas cosas!

Hizo larga pausa, y contó:

—Hace mucho tiempo, Don Cacho, hace mucho tiempo que quiero a la hija de Eustacio Lucumí. Por ella trabajaba, con la esperanza de que algún día, muy pronto, iba a ser mi mujer. Toda mi alma la puse en este cariño, en esta ilusión, que fueron como mi propia vida. Cuando me llevaron soldado, a pesar de todo el dolor que sentí porque la dejaba, me fui lleno de confianza en su amor, y con el consuelo de que pronto volvería, para no separarnos ya más. Pues bien, Don Cacho: cuando regresé...

—Sabía — dijo Nicasio Chamбуque interrumpiéndolo — que querías a esa joven. Nunca te lo dije, pero lo sabía.

—Cuando regresé, y con muchos rodeos porque tengo qué andar escondiéndome, fui varias veces a buscarla sin resultado al sitio donde teníamos la costumbre de vernos algunas tardes. Cierta día, por fin, pude encontrarla. ¿Y sabe lo que pasó? Que cuando esperaba hallar la Débora de siempre, la de antes de irme, la que topé fue una mujer distinta. No se imagina, Don Cacho, cómo sufrí con esto. Me dijo que no nos volviéramos a ver, que la olvidara, que no pensara más en ella. No la reconocía. Nos separámos, pero yo volví a pesar de todo. Volví porque la sigo queriendo—aquí la voz de Fermín se quebró en sollozos—, y porque pensaba de buena fe que ella me quería también.

—Te quiere—dijo el viejo lacónicamente.

—Nó, no me quería. Otra habría vuelto, sabiendo lo que estaba penando yo. Y no ha vuelto más. Cumplió lo que dijo. Otra no me habría recibido así, después de tantas promesas y de tanto cariño que me mostraba.

Al cabo de otro silencio, el mozo concluyó:

—¡Qué desgraciado soy, Don Cacho, y qué ingratas son las mujeres! Ahora me parece que Débora no me

quiere ya porque me ve hundido y miserable, y errando por el monte como perro sin dueño.

—Te equivocas, hijo mío—afirmó Chambuque calmadamente—; hablas así porque el dolor te ciega, y porque no tienes por qué saber ciertas cosas. Si las supieras, estoy seguro que pensarías de otra manera.

—¿Qué quiere decir, Don Cacho?

—Que la joven esa no es digna de vituperio, sino de compasión; tan digna de compasión como lo eres tú mismo ahora.

El viejo, cuyo rostro tomó de improviso expresión extraña, miró de hito en hito al mozo, en cuyo semblante se reflejaba el asombro, y continuó en seguida con voz sorda y pausada:

—Aquí todos somos juguete de los caprichos y de las pasiones del amo; cada uno, viéndolo bien, no es más que un esclavo. Se trabaja para el señor, se vive para el señor, se padece para el señor. Todo lo que hay aquí es suyo, y la gente también es suya, porque él dispone a su talante de las personas y de las cosas. ¿No te diste cuenta alguna vez, hijo mío, de que el Gavilán había puesto sus ojos en la muchacha?

Al oír esto, Fermín Lascano hizo un movimiento brusco, como si fuera a levantarse.

—No sé si te darías cuenta, pero así fue; el amo también, como tú, parece que estaba prendado de ella. Tenías, pues, un rival peligroso. El la perseguía incansablemente, y aunque la joven lo desdeñaba porque sólo te quería a tí, no renunciaba a sus empeños. Cuando ese hombre dice por aquí, es peor que las mulas viejas y resabiadas.

—Yo sí sabía todo eso—aseveró Fermín roncamente—; Débora misma me lo contó.

—El Gavilán veía que eras un estorbo para sus pla-

nes, y por eso te quitó la chagra; por eso intrigó también para que te llevaran al servicio. ¿Vas comprendiendo ya?

—Sí, Don Cacho; voy comprendiendo.

—Ese hombre, que es astuto como la raposa y malo como un mono ladrón, necesitaba quitarte de enmedio para obrar libremente. Y lo consiguió, porque para él no hay nada imposible. Al poco tiempo de que te fuiste...

Nicasio Chamбуque vaciló, antes de continuar; durante algunos segundos compasiva luz brilló en sus pupilas caducas; pero luego, y como si no le importase nada ya el sufrimiento ajeno ni el propio, siguió diciendo implacablemente:

—Al poco tiempo de que te fuiste, comenzó a tender sus redes. Tuvo qué ser así por lo que luego sucedió, y por lo bien que le salieron las cosas. Te aseguro, hijo mío, que aunque yo tenía mis sospechas y temores, nunca jamás imaginé que el Gavilán fuera capaz de hacer lo que hizo. Una tarde temprano, iba yo casualmente siguiendo el atajo que lleva al rancho de uno de mis amigos, cuando lo ví pasar por el camino de travesía. Me produjo cierta extrañeza, y no sé por qué, me dio una corazonada. Entonces me puse a seguirlo, hasta que lo ví arrimar al rancho de Lucumí. En la casita no se veía a nadie, ni se oía ruido alguno. Oculto a cierta distancia, resolví esperar a que saliera de nuevo, y mi espera fue larga. Yo no podía explicarme la causa de ese silencio tan extraño, cuando de repente oí un grito que salió del fondo del rancho; a poco sonaron también ladridos del perro.

—Y usted, Don Cacho—interrumpió Fermín agitado y estremecido—, ¿no fue a ver lo que era?

—Eso pensé, hijo mío, al primer momento; pero luego reflexioné, y preferí quedarme quieto donde me hallaba. El Gavilán es hombre muy esforzado; además, llevaba armas. ¿Qué podía hacer un viejo como yo, in-

defenso y débil, contra tal enemigo, al tener qué habérmelas con él? Mi sacrificio habría sido inútil, y a estas horas estaría el pobre Don Cacho echándoles el cuento a los gusanos, bajo la tierra.

Chambuque se enderezó bruscamente, y prosiguió con voz concentrada y metálica:

—Todavía no ha llegado para mí la hora de morir. Aún me queda por cumplir una misión en el mundo. La cumpliré, por la salvación de mi alma, y cuando la cumpla...

El viejo soltó a continuación una risotada hueca, sardónica, que acabó en un cloqueo áspero y escalofriante.

—¿Qué más pasó en el rancho, Don Cacho? ¿Qué vió usted después?—preguntó Fermín con viva ansiedad.

—Ah, quieres que te lo cuente. Está bien, te lo diré todo, tal como presencié las cosas. Cuando ví que el Gavilán iba lejos, entré en la casita y lo primero con que tropecé fue el cadáver del perro. Parecía estrangulado. Me asomé en seguida al aposento, y allí estaba la joven tendida y sin conocimiento, sobre una cama. En el rancho no había nadie más que ella y Sansón.

Ronco gemido se escapó de la garganta del mozo.

—¡Ahora comprendo — murmuró —, ahora comprendo!

Pero el viejo, qu parecía tener la obsesión de sus ocultos designios, y que de improviso sentía revolverse los oscuros sentimientos de su alma, se puso a hablar con locuacidad ardorosa.

—Guárda, hijo mío; recóge y guárda hiel para cuando llegue la hora. ¿Crees que tú no más has sufrido? ¿Te imaginas que tu dolor es el único dolor del mundo?

—¡Ay, don Cacho: lo que pienso y veo es qué cosa tan chiquita y tan infeliz es el amor de los pobres! Hasta esto, que no cuesta nada, nos lo dan de limosna.

—Cállate y no te quejes. Sólo las mujeres se quejan y se lamentan. Los hombres reciben y guardan en silencio, para cuando llegue la hora.

Don Cacho se levantó de un salto, con imprevista agilidad, y, como si lo acosara imperiosa urgencia confidencial, prorrumpió de seguido, como turbión:

—La hora llegará; te digo que la hora se acerca. Algún día tendrá qué haber justicia, hijo mío. ¿Cuánto tiempo crees que hace que estoy esperando? Hasta la cuenta la perdí... Cada día que pasa es un siglo, y me salen una cana más y otra arruga. Yo he sido como una tinaja de paciencia, que se va llenando despacio con la gota de las desgracias. Pronto estará llena la tinaja de Don Cacho. Hasta me parece que ya se llenó. Mira, hijo mío—continuó exaltándose, con acento sombrío, punzante y amenazador, y la mirada turbia de odio—; escúcha lo que te digo: aquí donde me ves no he vivido sino para la venganza, no vivo ni quiero vivir para otra cosa. Ya puedo hablarte así. Día tras día he condimentado mi pan con rencor, ese zumo amargo que en adelante tendrás qué saborear tú también. Mi vida, como la tuya, la destrozó ese hombre malvado, que parece no ser un hombre y que se ríe de todos nosotros. ¿No ves, pues, cómo se ríe y se burla de nosotros? Pero no habrá de reírse más. O no soy Don Cacho, o pronto sonará en estas lomas la última risa del Gavilán.

Mientras hablaba, Fermín no hacía sino escucharlo con creciente asombro. Semejante a fuerte aguacero, cuyo ruido monótono principia por despabilar y acaba por adormecer los sentidos, la voz del viejo, desgarrando primero su alma, fue después, poco a poco, envolviéndola en extraño sopor. ¿Qué otras cosas terribles dijo Don Cacho aquella noche de revelaciones y de torturas? El mo-

zo no podía saberlo con justeza, porque su dolor fue tal que casi lo sumió en la inconsciencia.

Tuvo, a pesar de todo, un momento de lucidez dinámica, en que, con los puños crispados y la mirada extraviada, dio algunos pasos hacia la puerta.

—¿A dónde vas a estas horas?—lo atajó la voz aguzada de odio de Nicasio Chamбуque.

—A buscar al Gavilán.

—Estará durmiendo, hijo mío, y no creo que se levante nada más que por saludarte. Déjalo. Además, ¿me oyes bien? Ese hombre me pertenece; es mío, y no quiero que nadie lo toque. No lo permitiré.

Fermín dejó caer los brazos, y, lentamente, retrocedió, yendo a desplomarse de nuevo sobre la tarima. Volvió a caer en su pena concentrada. Enmudeció.

Afuera, en el monte, seguía la salmodia triste de la lluvia sobre el follaje. Ahora parecía tener la resonancia de las voces de un funeral, el acompasado murmullo de un llanto continuo y sin violencias. El viejo, que había acabado por recobrar la calma acostumbrada, se acostó al fin y se durmió profundamente porque estaba cansado. Cuando despertó, al amanecer, vio que su compañero permanecía en la misma postura: sentado al borde de la cama, y absorto en doloroso estupor. No lo llamó, porque sabía que de esos sueños no se despierta sino para caer en la desesperación.

CAPITULO XXV

DESOLACION

Al recobrar, con brusca sacudida, la conciencia transitoriamente perdida, Fermín se percató de que estaba solo y lo rodeaba vasto silencio. La lluvia había cesado completamente. Por las rendijas del agrietado rancho penetraba pálida luz difusa y sin color: la del día apenas naciente. ¿Por qué no cantaban los pájaros? ¿Por qué no se oía, como de ordinario, la algarabía con que la chusma voladora acostumbra saludar el amanecer? Seguramente el aguacero les entumeció los picos, y también las alas, pues no se veía ninguno por ahí.

No recordaba haberse sentido jamás como aquella mañana triste: el alma llena de infinito tedio, el corazón henchido de amargura cual copa rebosada. Pero lo abrumaba también un extraño cansancio físico, terrible, agudo y punzante, que casi le producía dolor material. Le parecía que lo hubiesen apaleado bárbaramente la víspera, según era el molimiento de su cuerpo y la tensión de su sensibilidad sobreexcitada.

Lentamente se levantó. Sobre la barbacoa abandonada que adosada a un rincón sirvió en otro tiempo para

colocar trastos de cocina, Don Cacho había dejado algún alimento: fiambre frugal que para cualquier apetito de labriego podía ser apenas medio desayuno. El mozo no lo tocó. Pero sentía sed, y bebió. El agua estaba en un tinajón desportillado, en el corredor trasero, y se tomaba en vasija de mate. Tan apretada tenía la garganta, y tan ardorosa, que le costaba trabajo deglutir, no obstante su sediento anhelo.

¿A dónde iría ahora? A vagar. A recorrer como un vagabundo, furtivo y prófugo, las ocultas trochas del monte y los solitarios atajos. Pasearía por lo más agrio y espeso del bosque su hastío desesperado. ¿Qué otra cosa era él, pues, sino un andarín clandestino y sin itinerario, desde que el azar de su vida lo colocó fuera de la ley de los hombres? ¿Cuál otro podía ser su destino que rodar, lo mismo que la ola anónima, o la insignificante hoja seca, al capricho voluble y tiránico de los sucesos?

Durante dos horas enteras caminó. Vehemente e imperiosa necesidad de andar lo movía. Marchaba como galvanizado, bajo la hiperestesia de su dolor concentrado y vivo. Era un viandante taciturno, un ánima en pena puesta a medir sin descanso los senderos agrestes, sin hallar en ninguna parte reposo para su perenne inquietud.

Quizás lo llevó allí el instinto o la costumbre inveterada, porque no fue su voluntad la que lo condujo a aquel sitio. Fermín se dió cuenta de pronto, de que se hallaba ante la parcela que en otro tiempo había sido suya; que esperó, al menos, que llegaría a ser suya. La chagra no la habían ocupado aún, y como pasaron muchos días desde que él la dejó, presentaba aspecto triste de soledad y de abandono. ¡Cuánta desolación! No pudo resistir el deseo de visitar el rancho silencioso, para mirar de nuevo el que fuera hogar familiar y albergue de su humilde y dichosa paz de otro tiempo. En su memoria

se amotinaban los recuerdos; por sus ojos, turbios de húmeda niebla, pasaba la visión torturante de los días desaparecidos, de tantas cosas amadas y muertas ya.

Afuera lo esperaba el otro cuadro melancólico: el del campo olvidado. Ya no era la sementera limpia y cuidada, que tan solícitamente cultivaron sus manos; ni el potrero verdeante donde se solazaba la mirada y pacía el pequeño rebaño; ni la huerta que sonreía como alegre promesa. Intrusa, expansiva y parasitaria, la maleza invasora, creciendo profusamente por dondequiera, parecía envolverlo todo en abrazo lúbrico y mortal. Hierba inútil, vegetación ociosa y fagedénica que devora la tierra limpia lo mismo que una inundación, el monte vicioso, enano y denso, formaba ya vasto matorral sobre lo que fue dehesa y cultivo floreciente.

Varias veces meneó la cabeza el mozo, suspirando. ¡Cuánto esfuerzo perdido allí! ¡Cuánta fatiga enterrada como en una sepultura! ¡Cuánta melancolía! De repente, no queriendo presenciar más aquel espectáculo que le laceraba el ánimo, se alejó de prisa, sin volver a mirar. El pensamiento de su pobre amor sin ventura volvía a llenarle el alma; a ladrar con doliente voz, lo mismo que esos perros que aúllan en la orilla, viendo que los dejan abandonados. Entonces reanudó su marcha loca, su andar frenético de caminante que avanza sin saber a dónde va, llevando como lazarillo su propia fiebre y como bordón su angustia confusa.

Toda la tarde erró por la montaña. Vió descender el sol, llegar el crepúsculo, y anegarse paulatinamente en sombras los campos, sin que cesara su vagar. Tampoco ahora sentía deseos de comer. En un claro apartado, que rodeaba tupida fronda, se detuvo al fin para descansar un poco. Era lugar seguro ese. Se tendió sobre la hierba, y haciendo almohada de su brazo, trató de dormir. Y

durmió en efecto, a pesar de todo, porque su cansancio era grande y porque la abstinencia le había restado fuerzas a su cuerpo.

Cuando despertó, la noche reinaba sobre el monte. El motín luminoso de las estrellas poblaba el espacio de resplandores, pero dejaba la tierra en tinieblas. Largo y monacorde croar de sapos se alzaba como ronco coro, de los matorrales y las charcas.

Fermín pensó en su madre. ¿Qué estaría haciendo a aquellas horas la vieja Teodosia? Esa noche no iría temprano al escondrijo, sino que se encaminaría directamente al rancho de Celso. El mozo sentía la necesidad de un calor de afecto, le urgía escuchar una voz tierna y piadosa. Incorporándose, dirigió sus pasos hacia allá.

En el rancho, bajo el gran cobertizo, el aserrador preparaba una pócima a la roja luz del candil. Tenía aire extraño y preocupado. No se movió cuando vio llegar a Fermín, sino que dijo con voz grave:

—Viene a buen tiempo, amigo. Su madre se ha puesto mala desde el medio día. Yo salí a buscarlo para avisarle, pero por ninguna parte lo hallé.

—¿Se ha puesto mala?—repitió el mozo palideciendo.

—La cosa empezó con un vahído. Después la atacó un dolor que la hizo quejarse mucho. Como ella nunca se lamenta, por maluca que esté, infiero que lo de ahora es cuestión de cuidado. Para aliviarla, lo primero que hice fue darle un bebedizo. Ahora estoy preparando este potingue, para que se lo tome.

—Llamaré un doctor que la vea—exclamó Fermín, sin saber bien lo que decía.

Lo había asaltado súbito un sentimiento punzante de amargura y de vergüenza de sí mismo. En su conciencia se agitaban, como irritadas larvas, confusos remordimientos. Hacía tres días que no venía al rancho de Cel-

so, pero no por su culpa sino por fuerza mayor de las circunstancias. Además, la vieja Teodosia siempre le decía que estaba bien, que no sentía ninguna indisposición. ¡La pobre, cuidadosa a todo momento, de no causarle molestias ni inquietudes!

—¿Galenos para qué? Ni puede usted bajar al pueblo, Fermín, porque ya sabe lo que le espera. Yo, cuando se me ocurre, me receto yo mismo; y cuando me buscan los demás, les aconsejo lo que puedo. Mis remedios no cuestan, y casi siempre dan buen resultado.

Sin decir más palabras el mozo se metió en el rancho, a ver a la enferma. La vieja Teodosia yacía sobre estrecho camastro, arrebujada y encogida. Densa palidez le cubría el rostro flaco, donde los ojos, abiertos desmesuradamente por la fiebre, eran como dos fanales prendidos. Su respiración penosa llenaba el aposento, a ratos interrumpida por la queja de dolor.

—¡Madre!—exclamó Fermín precipitándose hacia el lecho—: no sabía que estuviese mala.

—No se preocupe, hijo, que no vale la pena—respondió la vieja—. Verdad fue que me dio un malaire, pero ya me siento mejor con las medicinas de Celso.

Con visible esfuerzo, le tomó una mano entre la súya descarnada y calenturienta, para oprimírsela con suavidad. El mozo sintió que la de su madre temblaba. La miró ansioso, y se estremeció. Sonreía dulcemente, pero su sonrisa era tan triste y resignada que más parecía la mueca doliente de la desesperanza. Acentuados, acusadores, los signos de la vejez dábanle aspecto de decrepitud terrible. Y aquella sombra de sufrimiento mudo, que solía nublarle el semblante, y sobre la cual era como débil luz la vacilante llama de su alegría maternal, se había agravado de tal modo que daba la impresión de ser el reflejo vivo y crepuscular de todos los dolores juntos. ¿Qué

pensamientos desolados llenarían en ese momento la cabeza de la pobre mujer?

—¡Madre!—repitió Fermín, conmovido y enternecido por su aspecto tan frágil, mientras le acariciaba con cierta torpeza los blancos cabellos desparramados sobre la almohada.

Le infundía una gran piedad compasiva ver aquel cuerpo menudo y cenceño, que casi desaparecía bajo el cobertor; y aquella tez enfermiza y desvahída; y esos labios de apariencia exangüe, dolorosamente entreabiertos por la sonrisa pálida, tan pálida como la luz de una lámpara que permaneció encendida toda la noche y no la apagaron al amanecer.

—Creo que mañana estaré bien—volvió a decir la vieja, haciendo esfuerzos para hablar, y cual si quisiera alejar inquietudes del ánimo del mozo—. Me alegro mucho que haya venido, hijo.

Aunque ella aludía a su salud con tono de confianza, de aparente optimismo, que denunciaba tranquilo estado de euforia, Fermín no podía persuadirse de que efectivamente estuviese bien. Aún sonaban en sus oídos las palabras de Celso, que tanto lo impresionaron, anunciándole, cuando llegó, la enfermedad de su madre. Por otra parte, sus ojos no lo engañaban: ante ellos tenía, como verdad expuesta y desnuda, el espectáculo frío de la realidad. Nó; no podían mentir ese aspecto extenuado de la paciente; ni ese cansancio de su voz que tenía ya la resonancia de un eco, cual si fuese nada más que el reflejo apagado y triste de algo remoto; ni esa expresión de sus ojos caducos, que lo miraban honda y enigmáticamente, y donde comenzaba a poner el misterio sus sombras agoreras.

La mano de Teodosia volvió a temblar, y el mozo

se estremeció de nuevo. Luégo, al cabo de un rato, vio que cerraba los ojos como si estuviese rendida.

—Duerma un poco, madre—le dijo con solicitud—; eso le dará alivio.

Ella asintió con un signo confuso, moviendo los párpados y tratando de sonreír otra vez. Se quedó inmóvil, respirando penosamente, y más empequeñecido todavía su pobre cuerpo endeble tan trabajado por los sufrimientos. Fermín se sentó en un banco, junto al camastro, a velar aquel sueño. Una hora larga transcurrió así. Después entró el aserrador con el bebedizo.

—¿Cómo va?—inquirió Celso, mientras revolvía con la cucharilla el contenido de la taza.

—¡Chit!—hizo Fermín—: hace rato que duerme.

—Hay qué llamarla, amigo. Estas medicinas son de tiempo, y no se pueden aplazar.

Celso se acercó, con ánimo de despertarla para darle la poción. Se quedó mirándola, y de pronto se volvió vivamente hacia su compañero. Colocó en seguida la taza sobre un cajón, y, sentándose al borde del lecho, se puso a contemplar a Fermín.

—¿No le va a dar nada la toma?—preguntó éste, muy sorprendido.

—Me parece que nó, hermano.

A continuación agregó:

—¿Cuánto hace que su madre duerme?

—Ya va para dos horas, Celso.

—Pero, ¿no ha notado usted nada?

—¿Por qué me pregunta eso, Celso?

—Venga mírela, pues.

Levantándose con rapidez, Fermín se aproximó a la cabecera, y observó atentamente a la vieja. Era tal su inmovilidad, que más parecía estatua yacente. La piel tenía ahora un color de cera, muy desagradable. Bajo los

párpados, que se le habían levantado, miraban con aterradora fijeza, sin ver, los ojos vítreos, turbios y lacrimosos.

Le cogió una mano, y sintió que estaba fría, rígida, como agarrotada. Pasó los dedos por su rostro, y estaba yerto también.

Volviéndose hacia el aserrador, preguntó estúpidamente, con indescriptible acento de niño:

—¿Está muerta?

—Muerta está—respondió Celso con laconismo.

De repente, Fermín se arrojó sobre el cadáver, dando roncoss zollos. Una pena amarga y desesperada lo hacía gemir convulsivamente. Celso lo dejó allí un rato, solo con su dolor, mientras se iba a fabricar a toda prisa la caja mortuoria. Al regresar, y como viese que Fermín se había serenado, habló del enterramiento.

—Me parece que lo mejor es hacer esto ya, sin asperges ni latines. Usted no puede ir al pueblo, Fermín, ni tenemos con qué pagar la traída del Cura. Temprano, hacia el alba, le damos sepultura al cuerpo, y yo iré más tarde a dar el aviso a la autoridad.

El mozo asintió, abúlico. Aunque hubiese preferido que la casa se hiciera en la iglesia, en homenaje a la religiosa piedad de la vieja Teodosia, veía que Celso Vía- que estaba en lo cierto.

Pasada una hora, amanecería. La madrugada era fresca y caliginosa. Lluvia fina y tenaz empezó a caer sobre el monte, empapando y ateriendo la vegetación. Fermín salió, y al amanecer, a la dudosa claridad de las primeras luces, volvió acompañado de Don Cacho. Todo estaba dispuesto ya: la muerta, amortajada debidamente y puesta en el ataúd, una caja pobre hecha de prisa y con tablas toscas; no lejos de allí, en un clarito, bajo un sauce, el hoyo recién abierto.

Los tres hombres colocaron el ataúd sobre sus hom-

bros, y emprendieron la marcha. Iban despacio, porque tenían qué mirar el camino para no tropezar con las raíces y malezas. Al principio avanzaban mudos, taciturnos, bajo la impresión abrumadora de aquel suceso imprevisto y terrible que desquició el ánimo de Fermín y llenó de pesar el recio corazón de sus dos amigos. Las caras sombrías y rudas delataban el áspero dolor que se siente pero que no manifiesta debilidad. Tenué, liviano, el celeste salpique de la lluvia caía sobre la caja y las cabezas de los tres hombres, y era como rocío de lágrimas, como cristalinas almácigas que condensaron el íntimo y oculto penar.

—Esta muerta pesa bien poco—exclamó de pronto Celso Viaque—; es ligera como el cuerpo de un niño.

—No pesa nada, verdad—corroboró “Don Cacho”, que parecía estar absorto en extrañas reflexiones.

Fermín habló, cual si le hubieran dado una sacudida.

—Así fue madre siempre: nunca pesó. En el rancho no se le sentía porque andaba como si tuviera alas en los pies. No quería molestar a nadie, pero quería estar sirviendo a todos.

—¡Santa mujer!—volvió a decir Celso.

—Sí, santa mujer—repitió “Don Cacho” como el eco.

—Que Dios les pague todo, hermanos—deseó Fermín con la voz quebrada—: sus palabras y sus hechos.

—Esto que ahora vamos a hacer—declaró el aserrador tratando de reaccionar contra su emoción, cual si le avergonzase tal debilidad—es un acto sencillo, una diligencia que no tiene por qué agradecernos, Fermín. Mañana moriremos nosotros, y entonces serán otros los que nos lleven. A alguno ha de tocarle la obligación.

Tras de una pausa, en que pareció ser más fúnebre

el silencio abrumador que querían romper las palabras, prosiguió con tono de simulada indiferencia:

—Viéndolo bien, no hay motivo para considerar la muerte como desgracia. El hombre nació para luchar y para caminar, y la muerte no es más que una parada en el camino: la última parada. Hay qué vivir, pues, siempre listos, sin apegarnos demasiado a la vida ni a las cosas de la tierra. Mientras menos carga llevemos, mejor. ¿No han visto ustedes alguna vez cómo muere un vagabundo? Pues es curioso y particular. El vagabundo, o sea el hombre que no permanece en ninguna parte, y que por lo tanto no tiene tiempo de hacer nada, es un personaje que siempre va de paso; no tiene punto fijo para llegar, ni sabe con seguridad cuándo ni por dónde continuará su marcha. Así vive, y cuando le suena la última hora, se acuesta tranquilamente en un rincón de la posada, o a un lado del camino, bajo cualquier árbol, a esperar que se cumpla la ley. Sabe que no faltarán almas piadosas que le den sepultura. Y sabe también que seguramente nadie habrá de llorarlo.

Celso Viaque hizo una pausa, como para sacar alguna deducción, y concluyó:

—Nó, la muerte no es desgracia, amigos. Ni deben temerla los que les toca el turno de su visita, ni hay razón para que se aflijan los que se quedan, los que tienen todavía qué caminar un poquito más.

Después de estas palabras, todos callaron. Sobre el piso húmedo sonaba el rumor de sus pisadas como cadencia funeral. Un silencio elegíaco llenaba la penumbra indecisa de aquel amanecer triste, que más que el anuncio del día próximo semejava el presagio de otra noche, larga y aciaga.

Enterraron de prisa el cuerpo, y sobre la sepultura

pusieron tosca cruz de madera: dos palos cruzados que improvisó el industrioso Celso.

—Ya está—dijo éste al fin, jadeando por el esfuerzo de la faena.

Y añadió con solemnidad:

—Que en paz descanse, y que le sea leve este terrón.

Fue preciso sacudir a Fermín, que se había quedado inmóvil y absorto, con la testa doblada sobre el pecho, junto al pequeño túmulo. Y emprendieron el regreso. El mozo caminaba ahora entre "Don Cacho" y el aserrador, apoyadas las manos en los hombros de sus amigos, y tenía el aspecto desgonzado del hombre que se embriagó en exceso con el licor de su propio dolor.

CAPITULO XXVI

EL SECRETO DE DEBORA

Desde aquel día aciago y triste en que el destino la hirió en forma tan impiadosa, Débora no volvió a tener paz ni reposo. Su pobre alma lacerada por la humillación y abrumada por la vergüenza de la falta que no cometió, sino que la consumó la violencia implacable, quería esconderse sobrecogida, ocultarse como la cosa más insignificante, de las miradas de los demás. Experimentaba la impresión horrible y continua de que ella misma se delataba, de que era algo ostensible y clamoroso esa desgracia suya, esa úlcera moral que llevaba dentro y que le parecía que todos veían como al través de una vitrina, o que por lo menos adivinaban. Cuando los ojos de Eustacio o los de Fabiana se fijaban en ella, un estremecimiento la sacudía; entonces bajaba los súyos, y se quedaba en actitud de reo, esperando por momentos que, divulgado ya el secreto, la cólera de sus padres cayese sobre su cabeza.

¡Ay, cómo la abrumaba aquel secreto! ¡Cuán honda y torturante era su angustia! Bajo la pesadumbre del recuerdo ominoso, perseguida con saña cruel por la perenne e involuntaria evocación de ese hecho absurdo que

dejó en su alma mancha indeleble, semejante a tatuaje de infamia, pasaba los días melancólicos de la chagra, escondiéndose cuanto podía y sumiéndose cada vez en mayor mutismo. Ahora prefería estar sola: buscaba los rincones del rancho, y se pasaba las más de las horas de la jornada, en el lavadero, golpeando sin acabar jamás las ropas familiares.

Pero no sólo era ese recuerdo abominable lo que la atormentaba; era también la imagen de Fermín, siempre presente en su memoria, y que iba con ella dondequiera, semejante a sombra ideal que la acompañase. ¿Por qué no había vuelto? Muchas veces pensó que no la quería ya, que sobre su corazón cayó la llovizna triste del olvido, después de la cual no queda otra cosa en el ánimo desolado que una tranquila indiferencia. ¡Cuánto la hacían sufrir ese silencio y ese alejamiento del amado! Recordaba la última vez que se vieron en el sitio de los encuentros, y su alma se llenaba de mortal congoja. ¿No volvería más? ¿Sería eterna la ausencia?

En ocasiones, cuando más absorta estaba en sus pensamientos dolorosos, la sacudía de pronto la voz cariñosa de Fabiana que le decía:

—¿En qué piensa, Deborita? La noto muy cavilosa, hija, y esto no es cosa buena. Mire que se le acalora la cabeza, y que tanto pensar acaba por enfermar.

La moza respondía, de modo invariable:

—Nó, madre, no pienso en nada. Son tonterías que se me ocurren, de lo puro boba que soy.

Pero hablaba con voz cansada, displicente, en cuyo timbre cualquier espíritu sagaz habría adivinado gran desencanto; grande y amarga resignación también. Como no pudiese algunas veces contener los suspiros, Fabiana se quedaba mirándola, y exclamaba bondadosa e inge-

nua, creyendo comprender aquel mal, mientras hacía cómico gesto de malicia:

—¡Si estará enamorada la niña! ¡Si me le habrán hecho ya algún maleficio!

La noche, noche de densas sombras, envolvía la montaña. Mucho rato hacía que comieron, pero aún estaban sobre la tosca mesa los restos de la frugal merienda. Sentados en torno, en los pobres bancos que servían de asientos, los tres miembros de la pequeña familia conversaban de cosas de la chagra, de chismes del lugar, y de pequeños asuntos de su vida de gentes humildes. Una linterna de kerosín, puesta sobre la tabla, reemplazaba esta vez el ordinario candil de resina.

—Léanos algún libro, hija—pidió al cabo Eustacio, cuando vio que estaban agotados los temas y notando que aquella noche no sentía deseo de acostarse temprano.

Agregó, reanimando la luz de la lámpara que languidecía:

—Saque ese cuaderno de historias que leyó la última vez, ¿se acuerda? Son muy curiosos esos relatos.

Débora fue al aposento, regresando en seguida con un volumen ancho y delgado, de cubierta policroma y sucia, y con visibles señales de manoseo. Entre el atento silencio de sus oyentes, comenzó a leer con voz monótona. A ella no le interesaba la lectura, por lo que su acento era frío, sin énfasis y sin colorido. A sus padres, en cambio, parecía distraerlos en grado sumo: su espíritu ingenuo y sencillo se maravillaba escuchando las narraciones que inventó el ingenio del hombre. Ya había leído la moza con tono pausado dos o tres fábulas morales, y promediaba la lectura de una historia macabra, sobrenatural y de inexplicable misterio, cuando imprevisto relámpago, seguido de truenos lejanos, la interrumpió.

—Parece que vamos a tener tempestad—dijo Eus-

tacio con extraña voz, pues lo había impresionado el cuento.

Nuevos relámpagos, seguidos de truenos más fuertes, fueron como la confirmación de sus palabras.

—¡Santa Bárbara bendita!—exclamó Débora, cerrando de golpe el volumen.

Fabiana agregó, supersticiosa:

—¡Que Dios nos libre de todo mal!

De pronto, la tormenta estalló con furia inaudita. Rápidos, violentos, como veloces y cárdenas rúbricas, los relámpagos se sucedían, desgarrando la sombra densa que envolvía la montaña. Aspero retumbar, sordo y continuo, llenaba la atmósfera con su ruido bárbaro de energías desenfrenadas y rabiosas. El cielo, tenebroso y cerrado, se abrió después, volcando sobre los montes largo turbión. Inmóviles en sus bancos, sobrecogidos por la imponente furia de los elementos, el labriego, su mujer y su hija no hablaban ya, sino que permanecían absortos, cuando si algún sentimiento religioso los dominara. Así transcurrió largo rato.

Sobre el techo del rancho el torrencial aguacero golpeaba con obstinada cólera, produciendo ruidos de parche batido sin cesar, que se confundían con el distante rumor de la selva que el agua azotaba, y desde la que llegaban de cuándo en cuándo ecos confusos de vegetación sacudida y destrozada.

De repente, sin poder precisar de dónde venía, creyeron escuchar distintamente ronco aullido de dolor; algo semejante a un ulular en que se confundieron el baido de una res mal herida, la voz del lobo y la del hombre. Se miraron estremecidos.

—¿Oyeron?—dijo concisamente Eustacio.

—Fue como un perro que latió—afirmó Fabiana.

Entonces, conmovidos por el mismo recuerdo, todos

pensaron en "Sansón". La sombra del fiel mastín pareció levantarse y erguirse de improviso, llenando con su presencia ideal y desmesurada la salita del rancho. Débora sintió miedo, y se puso a temblar.

—¿Qué tiene, hija? — inquirió Eustacio—. No se asuste, que son ruidos del monte, cosas del mal tiempo.

En seguida agregó:

—El gañido ese me hizo acordar de Sansón. ¡Pobre compañero! Bien muerto está, y aún me parece verlo vivo, tan bueno y tan valiente.

—¡Sansón!—gimió Débora sintiendo revivir en su memoria la escena inolvidable en que, por defenderla, perdió la vida el animal.

Durante algunos minutos todos permanecieron callados, sumidos en triste abatimiento. La lluvia continuaba, clamorosa y violenta, llenando con su fragor la montaña envuelta en tinieblas. Débora miró sucesivamente a Eustacio y a Fabiana, como si quisiera implorar de antemano su piedad, y exclamó súbito con voz que la pena destrozaba:

—¡Padre! ¡Madre!

En seguida rompió a sollozar, desesperada. Fue un llanto transido, amargo, sin consuelo aparente, y tan humilde y lastimero que el labriego y su mujer se conmovieron profundamente.

—¿Qué tiene, Deborita? — inquirió Fabiana con tierna solicitud—; ¿por qué se pone así?

—Cálmese, hija — dijo Eustacio—; sosiéguese, y piense que a todos, como a Sansón, nos llegará el día de la muerte. ¿Qué hemos de hacer? Sansón se fue adelante, y esto no tiene ya ningún remedio.

—Nó, si no es eso, padre—farfulló Débora entre zollos y estertores, más desesperada cada momento—; si usted supiera...

—Pero, ¿qué es ello, hija? ¿Qué le aconteció?

—¡Me va a matar, padre, me va a matar!

Entre el dolorido asombro de Eustacio y de su mujer, que la oyeron con una estúpida expresión pintada en los rostros, ella refirió entonces lo ocurrido el día de la muerte de Sansón. Parecía encontrar alivio en descargar-se de aquel secreto horrible. Mientras hablaba, y a medida que iba relatando detalles, el estupor del colono aumentaba, alcanzando casi los límites de transitoria idiotez. La luz mortecina de la linterna ponía en su semblante descompuesto, de amarilla lividez, impresionante aspecto de muerto.

Bruscamente salió de su estupefacción. Como Débora hubiese concluido, se puso de pie. Ahora tenía aire sombrío, torvo, fatídico. Con falsa calma preguntó:

—¿De modo que el Gavilán estuvo aquí en mi ausencia?

—Sí, padre; y madre también había salido.

Fabiana intervino, reprochadora:

—¿Por qué se calló esto, Deborita? ¿Por qué no habló?

—Tenía miedo, madre.

—Bueno—dijo Eustacio con ronca voz—; usted no tiene la culpa, hija. La culpa la tiene nuestra suerte. Váyanse a dormir ya, que es bastante tarde. Yo me acostaré luego. Le voy a dar una vueltica al campo, a ver cómo lo dejó este chubasco.

CAPITULO XXVII

EL JURAMENTO

La lluvia había cesado. Hondo silencio siguió al ruido ensordecedor del agua cayendo sobre el rancho y el monte, como catarata celeste. Persistía, sin embargo, el apagado e intermitente rumor de las últimas gotas que escurría el socarrén, y la confusa resonancia, muy tenue, producida por los arroyuelos que se formaron y que se tragaba la tierra poco a poco.

No bien se retiraron las dos mujeres, Eustacio descolgó su machete y salió. Sentía necesidad de respirar, de llenarse los pulmones con fresco aire nocturno. En la puerta se detuvo un momento, para contemplar el paisaje. La naturaleza presentaba ahora aspecto melancólico, casi desolado: a la densa sombra anterior había sucedido una claridad difusa que bajaba de las estrellas y que inundaba el campo tristemente. A ese pálido resplandor la tierra empapada brillaba aquí y allá, mostrando como pequeños cristales los charcos que se formaron en las hendiduras y grietas, y los últimos hilos de agua deslizándose por los declives, semejantes a serpientes que corrieran veloces en busca de su escondrijo.

Se notaba a primera vista los efectos causados por la violencia del turbión. Vegetación tronchada, arbustos doblados como débiles tallos, hierba tendida y aplanada cual si sobre ella hubiesen pasado, mesándola con furor, las ásperas manos del vendabal.

Eustacio Lucumí había caído en un mutismo terrible. Un odio espantoso acababa de germinar en su corazón, y sentía que su alma, en donde jamás se aposentaron malsanas pasiones, era como revuelto nido de serpientes. ¡Cuánto había sufrido en la vida, y, sin embargo, qué poco le parecía comparado con lo que ahora estaba sufriendo! ¿Por qué el destino se ensañaba a golpearlo con esa sevicia cruel, como si fuese el peor de los hombres?

—¡Bandido!—murmuró, apretando los puños y los dientes, y pensando en Cortada, el duro patrón a quien le debía aquel despojo, el de su mísera honra, mucho peor que los despojos materiales que perpetraban su capricho arbitrario y su rapacidad insaciable.

Luégo pensó en Débora, y su espíritu se ensombreció más aún. Sentía gran lástima por ella. ¡Desventuradilla! Y porque era en el mundo lo que más quería esa muchacha, sentía también que era mayor la herida que le produjo la agresión del amo, y que su corazón, copa viva y siempre colmada de amarguras, porque la vida lo quiso así, rebosaba en el ardiente licor del odio que escanció allí la ofensa mortal, injustificada y gratuita.

Ahogó con brusca sacudida ronco sollozo que le subía del pecho, y echó a caminar por el declive arriba. Sobre el húmedo terrón sus pies chapoteaban sordamente. Iba despacio, sin rumbo, marchando a la ventura porque no tenía otro deseo ni otra necesidad que andar, ni lo impulsaba otro motivo que moverse para calmar, o para apaciguar mejor dicho, su cólera sombría y concentrada.

Largo tiempo vagó por el campo aledaño, caviloso y hosco, paseando su impotente dolor como si pasease un andrajo. Al fin se detuvo, fatigado. Desde donde se hallaba, poco más abajo del filo de la cuchilla, divisaba vasta porción del accidentado terreno: hondonadas sombrías, manchas de monte, oscuras palizadas bajo las cuales se podía adivinar una vida misteriosa y confusa de animalillos y de vegetaciones ocultas. El aire de la noche era frío y cortante, pero Eustacio no lo sentía, y antes bien experimentaba un calor extraño que le quemaba las mejillas y le hacía arder las ásperas manos.

Abajo, como si se agazapara en la tierra, silenciosa y triste, la humilde casita del labriego era como cosa muerta bajo la difusa claridad. Débil y vacilante luz se escapaba de allí, semejante a delgadísima flecha. El pecho de Eustacio se hinchó de nuevo, sacudido por la dura congoja.

—¡Bandido!—repitió, obsesionado por el pensamiento del hombre enemigo cuya imagen y cuyo nombre llevaba clavados como cuchillos en el calenturiento cerebro.

Y acometido de súbito rencor homicida, hundió con rabia en el tronco de un arbusto próximo, el filo del arma que llevaba en la diestra, mientras profería sordamente estas palabras de amenaza:

—¡Juro por mi alma, y por la hoja de este machete, que lo he de matar!

Se calmó en seguida. En sus ojos brillaba ahora la luz de una resolución fría, tenaz, irrevocable y fiera. Respiró anchamente. Le parecía que empezaba a cumplir su deber, y esto le causó gran alivio. Después comenzó a descender lentamente el declive.

CAPITULO XXVIII

VENGANZA

Largos y fatigantes días de espionaje fueron los que siguieron; días perdidos y estériles, mejor dicho, durante los cuales la vida de Eustacio Lucumí no tuvo otro objeto ni otra razón de ser que la realización implacable de su promesa. Obsecado por el homicida propósito, envenenado su ánimo por el rencor que le produjo la atroz ofensa, todas las tardes salía, antes del crepúsculo, a apostar-se horas enteras en expectativa del momento propicio para obrar. En el rancho nadie sabía a dónde iba. Mudo, sombrío, y como si estuviese dominado por alguna idea fija, emprendía la marcha cotidiana no bien se iniciaba el atardecer.

Hubiera podido escoger otras horas para cumplir su intento, cualquiera de aquellas en que, durante la jornada, el propietario de "Los Cedros" solía algunas veces en la semana darles vuelta a sus dominios. Pero Cortada era hombre de hábitos irregulares. Prefirió, pues, el labriego emboscarse a esperar cuando el sol se iba aproximando a su ocaso, porque sabía que el terrateniente gustaba de esa hora fresca, para regresar a Urbesilla, y porque favorece

mejor a las empresas de índole sinuosa y sombría esa penumbra o semiobscuridad que precede a la noche, y aún más que ella la misma noche tenebrosa.

Para que Fabiana y Débora no se percataran, escondía no lejos del rancho, en un matorral, la escopeta y el pertrecho que llevaba por previsión. De allí la tomaba al pasar. Como buen campesino aficionado a la caza, Eustacio era buen tirador. Nó, no le temblaría la mano—pensaba con fría decisión de hombre que no retrocederá ya ante nada, ni ante la propia muerte—; estaba seguro de que su pulso sería firme y su puntería precisa y mortal; y tenía esa certeza porque experimentaba, como el requerimiento tiránico de una ley fisiológica inexorable, la necesidad imperiosa de matar, de eliminar de la haz de la tierra la figura fatídica del hombre que aborrecía como jamás pensó que fuera posible aborrecer.

¡Qué horriblemente abastecido de odio enconado y de acumulado dolor estaba su espíritu! ¡Cuán viva y sensible era su horrenda herida moral! Le parecía haber recogido en largos años, y tener allí guardada, la suma espantosa de todos los sufrimientos, de todas las humillaciones, de todas las injusticias. ¿Qué podía detenerlo, una vez que se desbordó el licor sangriento de esa copa?

Con tenacidad y paciencia infinitas aguardaba siempre el paso del hombre que su sentencia condenó. Inmóvil y atento, bien oculto bajo el follaje espeso, escrutaba el camino, lleno del ansia loca de que llegase. Algunas veces se engañó: creía que venía, y era un labriego cualquiera que pasaba, retardado en volver a su chagra. Los ojos le brillaban entonces, y sus dedos se crispaban sobre el arma, con dureza metálica.

¿Por qué no venía?—pensaba con torvo cavilar—. ¿Era que la suerte lo protegía también contra la justicia

de su mano? Y Lucumí apretaba los puños y los dientes, exasperado de que no llegara pronto el momento.

Pero el momento llegó al fin. Había salido el colono entre dos luces, resuelto como todos los días y con la esperanza renovada de que en aquella ocasión no fracasase su expectativa. ¡Tántas veces quedó defraudado! Era un atardecer seco, con algo de viento, y el occíduo resplandor solar bañaba en tonos rojizos las copas de los árboles. A Eustacio le pareció esto de buen agüero. Se apostó, como de costumbre, en la mata de monte, cerca del camino por donde Cortada solía pasar cuando recorría esos contornos. A tal hora nadie, o muy pocas gentes, circulaban por allí. Era, pues, punto a propósito, por su soledad y apartamiento, para la ejecución del proyecto que el labriego, o su sed de venganza mejor dicho, había concebido.

Desde donde se hallaba bien oculto, podía divisar largo trayecto del camino. Para no fatigarse, se tendió bocabajo sobre la hierba, con la escopeta entre los brazos, atento el oído y vigilante la mirada. Siempre esperaba así, sin que le importase el cansancio producido por la prolongada inmovilidad.

Más de una hora llevaba de estar atisbando hacia la trocha, y ni siquiera leves rumores anunciaban la presencia o la aproximación de seres vivientes. Dos o tres veces creyó percibir ruidos lejanos y apagados, como de jinete que se acercara; pero su esperanza se desvanecía luego, porque el ruido cesaba completamente. Un hombre pasó al fin, un labriego montado en cansina bestia que parecía derrengarse a cada momento. Pasó despacio, y se alejó.

Las sombras empezaban a cubrir poco a poco el paisaje. Al resplandor purpúreo del sol había sucedido insensiblemente incolora e indecisa claridad, que fue adquiriendo tonos cinéreos, hasta convertirse en caliginosa

penumbra. De golpe, la luz desapareció. La obscuridad no era densa aún, porque, y aunque no brillaban todavía las estrellas, impalpable y tenue claror quedó flotando en el ambiente, como velo sutil de palidísimos destellos.

Eustacio sintió que sus sentidos se aguzaban. Sus pupilas se dilataron para distinguir los detalles de la vía mientras se afinaba su oído, ávido de que no escapase a su percepción ni el más pequeño ruido. Presentía ya que esa noche iba a ser la suya, la de su justicia, y esto, y la tensión de su expectativa, le producía extraña hiperestesia. Haciendo violento esfuerzo, se serenó. Hinchido por su odio y sus dolores, llena el alma del áspero fermento de los agravios, el colono, agazapado bajo el matorral, parecía reptil en acecho de la presa, tigre famélico listo a saltar sobre su víctima.

Sintió de pronto una sacudida. Con los ojos casi llameando escrutó ansiosamente el sendero sombrío. ¡Ah, esta vez no se equivocaba! ¡Por fin! Escuchó primero pausado rumor, como de cascos que golpearan cadenciosamente la tierra. El jinete no traía prisa, al parecer. Luego fue precisándose el ruido de las pisadas; se hizo claro, nítido, creciente. De improviso, la persona que venía apareció en el recodo, a no larga distancia del matorral. La mirada de Eustacio se clavó como dardo sobre su rostro, que dejaba en la sombra el ala del ancho sombrero. El hombre venía fumando, y así pudo, al rojo resplandor del cigarro, reconocerlo. ¡Era él, Cortada; su aborrecido enemigo, su verdugo!

Con calma fría, casi feroz, Eustacio se echó el arma a la cara, y esperó. Era cuestión de pocos momentos que pasase frente a él, al alcance seguro de la escopeta. Pero imprevistamente ocurrió algo extraordinario: a pocos metros de allí, del otro lado del camino, brilló en la sombra del monte un fogonazo, seguido de sorda detona-

ción. El labriego vio cómo el jinete vacilaba y se desplomaba, lanzando roncadas maldiciones. Cayó al pie de la montura, que se quedó quieta donde estaba, acaso porque se hallase enseñada a hacerlo así cuando su amo descabalgaba.

Al inmediato estupor de Eustacio siguió honda sorpresa. Se incorporó con cautela, y poniéndose de pie observó atentamente, siempre oculto, lo que pasaba. Alguien había salido del monte, acercándose con precavido andar al punto donde el jinete cayó. Lo vio detenerse, como si desconfiara, y aproximarse al fin con resolución al cuerpo tendido. El labriego no podía distinguir bien la persona que veía, debido a la sombra; percibía únicamente el bulto confuso y sus movimientos extraños. Impulsado por la curiosidad, y por irresistible atracción, se dirigió entonces hacia allá. Avanzó con tiento, procurando que no sonase bajo sus pisadas la hojarasca del piso, ni se agitaran las ramas a su contacto. Cuando estuvo cerca, de tal suerte que pudo apreciar en todos sus detalles la escena, y se fijó de nuevo en el rostro del personaje, un estremecimiento violento lo sacudió.

—¡Don Cacho!—murmuró estupefacto, acometido de cierto pavor inexplicable.

Era él, en efecto. En la obscura soledad del camino, y creyendo seguramente que sus actos no tendrían testigos incómodos, el enigmático viejo había saciado al fin su rencor, dándole cumplimiento al propósito acariciado durante varios años. Horrenda expresión de odio satisfecho, de voluptuosidad cruel, le descomponía las facciones. Arrodillado junto a Cortada, que debía ser cadáver ya, a juzgar por su inmovilidad absoluta, reía como un poseso mientras profería sordamente atroces injurias.

De repente, violento acceso de cólera se apoderó de Nicasio Chamбуque. Fuera de sí, como un demente, sa-

cudió varias veces el cuerpo del muerto, insultándolo, hasta que, como si le pareciese poco aquello, se enderezó para golpearlo despectivamente con los pies.

—¡Perro, perro! ¡Asesino! ¡Ladrón!—farfullaba el viejo entre un chorro de ofensas bárbaras, mientras lo golpeaba con rabia y con desprecio inauditos.

Eustacio no pudo soportar más aquel espectáculo. Sobrecogido de horror, pensaba qué terribles agravios podía haber recibido de Cortada aquel hombre, cuando de tal modo expresaba su odio y la satisfacción de su crimen. ¡Y él que pensó que ningún rencor era superior al suyo, pero que ni siquiera lo igualaba!

Despavorido, huyó. No tuvo noción de cómo ni en cuánto tiempo recorrió la distancia que lo separaba de la chagra. Caminaba maquinalmente, con paso vivo, y mientras andaba su cavilación febril le calentaba la cabeza. Se había adueñado de su ánimo ese sentimiento supersticioso que domina a los espíritus simples ante todo lo que no pueden comprender porque para su entendimiento es extraño, obscuro y misterioso. ¿Cuándo sospechó él que al llegar el momento de cumplir ese juramento que hizo, se iba a encontrar con que otro había hecho justicia ya? ¡Ah, sin duda ese fue el designio de Dios, y por consiguiente Dios estaba con él!

Entró en el rancho calmadamente. Completa tranquilidad apaciguaba ahora su alma, tan desasosegada y sombría hacía pocas horas. Fabiana y Débora, sentadas en sendos bancos, lo esperaban en la salita, adormiladas a la luz del candil. Las sorprendió la paz del labriego, y su palidez insólita, pero no dijeron una palabra.

CAPITULO XXIX

YO LO MATE

Don Cacho, entre tanto, cumplida su terrible misión, y persuadido de que nadie había presenciado la ejecución de su justicia, caminaba hacia la arruinada choza que le servía de albergue y de escondrijo. La sombra del monte y de la noche obscurecían el sendero, pero él, gran conocedor de trochas y atajos, iba con paso firme, seguro y confiado, tal cual si lo iluminase la luz solar o de un plenilunio. Se sabía de memoria todos los recodos, los caminitos de travesía, los parajes ocultos; no había lugar de aquella vasta montaña donde su planta no se hubiese posado. En sus continuas e infatigables peregrinaciones de vagabundo enigmático y supuesto loco, recorrió palmo a palmo el accidentado terreno, midiendo las innumerables vías, escalando como acróbata las abruptas laderas, bajando a las cañadas lo mismo que si fuera buzo de tierra, metiéndose por entre lo más espeso, agrio y cerrado de la selva, donde no había penetrado aún la curiosidad invasora del hombre.

Una alegría salvaje, como jamás la experimentó en su vida, le colmaba el ánimo, soliviantándolo. A ratos le

parecía que hubiese bebido algún licor fuerte, porque lo sobrecogía voluptuosa embriaguez, de áspera dicha, semejante a la que producen los largos deseos satisfechos y los triunfos difíciles y costosos.

Era tarde cuando llegó al sórdido rancho. Junto al fogón, de donde salía tenue resplandor de removido rescaldo, Fermín Lascano estaba acurrucado sobre el estrecho asiento de una barbacoa de guadas. Esa noche regresó temprano, fatigado y famélico, y, como no hallase qué comer, hizo candela con chamizas, y preparó él mismo una bazofia. Saciada en parte su hambre, y ávido de reposo, se acomodó sobre los toscos palos, dispuesto a sumergirse en la displicente indiferencia que le era ya peculiar. Durante largo tiempo permaneció absorto, mirando con aire de idiota la mortecina lumbre que despedían las brasas del fogón. No parecía Fermín el mozo de antes, animoso y lozano, ágil y despierto: tenía el pelo crecido, las ropas casi deshechas, el aspecto abandonado y mísero. ¿En qué pensaba? Ya no pensaba en nada; ni siquiera sentía deseos de pensar. No supo tampoco cuántas horas estuvo así, inmóvil y mudo, en aquella semi-inconsciencia.

Bruscamente lo sacó de su hondo ensimismamiento la voz extraña y metálica de "Don Cacho", que acababa de entrar.

—¿Has comido? Bien, hijo mío, me alegro. Yo tenía algo urgente qué hacer, y no tuve tiempo de preparar merienda.

Fermín lo miró con curiosidad, asombrado del aire insólito que traía; lo miró largamente, sin hablar, y de pronto, enderezándose con violencia, fijó los ojos en las sarmentosas manos del viejo, llenas de sangre fresca. Quiso preguntar, inquirir, pero "Don Cacho" no le dio tiempo.

—A que no sabes de dónde vengo, muchacho.

¿Qué iba a saberlo el mozo? En ese momento sólo sabía que tenía ante él, semejante a macabra visión, un hombre con todas las apariencias de hallarse bajo agudo ataque de vesania. En efecto: Nicasio Chamбуque estaba completamente transformado: un júbilo casi bestial le descomponía el rostro, dándole aire de máscara grotesca; reía nerviosamente, y en sus ojos había una luz rara, siniestra y ardiente, que impresionaba. Ahora sí parecía “Don Cacho” loco de veras.

—A que no sabes de dónde vengo—repitió con gozo tenaz y comunicativo, cual si tratara de ganar albricias con alguna noticia familiar, muy interesante.

Hizo una pausa dramática, y habló:

—Pues vengo de cumplir un deber, un santo deber. ¿Recuerdas, hijo mío, lo que te dije una vez bajo este mismo techo que nos cobija? Te dije, acuérdate bien, que tenía qué cumplir una misión en el mundo. Para eso, nada más que para eso, ha vivido el pobre Don Cacho.

El viejo prosiguió, con serena exaltación:

—Ahora, desde esta noche, puedo ya esperar la muerte tranquilo. La hora que tanto esperé, llegó por fin. Se llenó la tinaja de la paciencia de Don Cacho, y se administró la justicia.

—¿Qué quiere decir, Don Cacho?—preguntó Fermín sobresaltado y estremecido, pero lleno a la vez de una alegría súbita, secreta y feroz, que no conocía.

—¿Que qué quiero decir? Quisiera más bien gritarlo, para que todos los que viven en estos montes lo sepan y se alegren. El Gavilán ha muerto. Ya no se reirá más de nosotros. Allá, en una vuelta del camino, está tendido como un perro, esperando a que amanezca para que se lo coman los gallinazos.

Como viese que el mozo no daba señales de mayor emoción, contra lo que esperaba, lo increpó vivamente:

—Eh, ¿no te alegra esto? ¿No ves que es la mano de Dios? Alégrate, Fermín. Me parece que tú también debes estar contento.

Pero el mozo no contestó sino con sordo gruñido, semejante a un estertor. Nicasio Chambuque se dirigió entonces a la salita, de donde regresó a pocos momentos, trayendo consigo el instrumento del delito.

—Mira—exclamó poseído de gozo demoniaco y con voz que parecía martilleo—: yo lo maté, yo mismo lo maté con mi propia mano. Con esta escopeta que ves aquí, le abrí un foramen en la cabeza. Bien muerto está el maldito, y ahora sí ya no volverá a chistar hasta el Valle de Josafat, cuando delante de todos tenga qué darle cuenta de sus maldades al Justo Juez.

Poco faltó para que "Don Cacho", en su desenfrenada alegría, emprendiera allí mismo diabólica danza. Por fin se cansó, o le sobrevino de golpe ese aplanamiento que sigue a las excitaciones demasiado violentas, por que concluyó por callarse, viendo la apatía de su compañero, y fue a tenderse sobre el sórdido camastro.

Casi no se dio cuenta Fermín de que había quedado solo, tan abstraído estaba y ausente de sí. En todo el rato que el viejo estuvo en su presencia, lo oyó hablar sin escucharlo, como quien oye el ruido monótono de lluvia prolongada, que acaba por adormecer los sentidos, y lo vio agitarse galvanizado, sin que lo que veía, lo mismo que al través de velos de sueño, fuese más allá de la impresión superficial y confusa que recibía su retina.

¿Qué le importaba a él todo eso? Inmóvil como ídolo en la barbacoa, lleno de extraña insensibilidad para todo, parecía haber tomado la resolución inmutable de colocarse al margen de la vida, para mirar desde allí con in-

diferencia glacial cuanto a los hombres interesa y preocupa. El "Gavilán" había muerto, era verdad, pero ¿qué le importaba ya?, ¿qué podía remediar su muerte, si jamás habría de tener reparación el mal que causó? Antes la existencia tenía para él, sencillo y pobre labriego, el humilde encanto de la esperanza, el aliciente de la ilusión que por sí sola era suficiente para estimularlo y animarlo. Entonces su corazón era algo vivo, motor alegre que impulsaba su barco hacia el porvenir, no el trapo sangrante que sentía dentro, que le pesaba como un cadáver, y que le producía frecuentemente ansias agónicas y oscuros anhelos liberatorios.

¿Qué le importaba a él la alegría de "Don Cacho"? ¿Qué le importaba la desaparición del hombre que ningún mal podía hacerle ya, aunque viviese, porque se los había hecho todos? La vieja Teodosia había muerto, Débora no existía para él. En adelante Fermín Lascano, el animoso colono de otros días, no tendría más destino que andar, vegetar como la piedra o el árbol en cualquier remoto rincón, talvez medir la tierra como los vagabundos que van a la aventura y al riesgo, sin otra brújula que su destino aleatorio ni otra guía que el azar. ¡Cuánta razón tenía Celso Viaque, el aserrador! "El hombre nació para luchar y para caminar". Ahora pensaba que él, Fermín, había nacido para sufrir y para caminar. Talvez andando, andando sin tregua, serían menos sus penas, y su conciencia acabaría por adormecerse del todo.

El resplandor del rescoldo se iba extinguendo poco a poco, y apenas quedaban destellos pálidos y rojizos que no alcanzaban a iluminar sino las piedras del fogón. La cocina estaba sumida en sombras. Fermín no sentía sueño, pero experimentaba raro aletargamiento, y bienestar a la vez, de permanecer allí quieto, en esa inmovilidad

atónita del fakir para quien es lo mismo el hoy que el ayer y el mañana. La lumbre se apagó al fin, pero él siguió despierto en las tinieblas.

CAPITULO XXX

ANIMA EN PENA

Al amanecer se puso de pie. El alba, con su claridad difusa y clorótica, iluminaba los quebrados contornos. Durante la noche, acaso en las horas de la madrugada, debió de caer un paramillo, porque la tierra estaba tenuemente empapada y sobre el follaje se veía trémulo rocío, rastro cristalino de la imperceptible llovizna. Hacía frío, y, como si fuese prolongación del pasado relente, flotaba en el aire, cubriendo las laderas y hondonadas, el blanquecino velo de las neblinas.

“Don Cacho” dormía con sueño pesado. No quiso llamarlo, aunque pensaba que talvez no se verían más, porque bien podía ser esa la última noche pasada bajo la choza hospitalaria. Nada tenía qué decirle, por otra parte. Tomada su decisión de partir, para desaparecer en lo más hondo del bosque, o para perderse definitivamente en los caminos del mundo, era superfluo que lo comunicase a su amigo y protector, y acaso, por el contrario, dificultaría su marcha que hablase.

Al principio caminó de prisa, tratando de salir de la zona más habitada antes de que brillara el sol. Duran-

te largo rato los gallos de los cortijos cantaron, cual si lo despidieran. Luégo empezaron a subir, delgados y azulencos en la distancia, los humos de las cocinas en actividad. Para la gente labriega había comenzado ya la nueva jornada.

¿Hacia dónde iba? Varias veces se detuvo, a hacerse esta interrogación, como si pudiera importarle realmente o tener interés para él el itinerario. Lo único que debía preocuparle, en verdad, era permanecer libre, mantenerse fuera del alcance de la justicia humana, empeñada en perseguirlo para aplicarle sus sanciones. Sólo así podría caminar, vagar a su antojo y sin otra ley que su propio arbitrio y capricho. En los meses transcurridos desde su escapada del cuartel, desde ese día memorable en que, no pudiendo soportar más la ausencia amorosa y la falta del rancho materno, se afilió entre los desertores, su vida fue relativamente tranquila. Tal vez se cansaron de buscarlo, o creyeron que hubiese emigrado a otras regiones, porque a la activa persecución del principio siguió muy pronto un aparente olvido del fugitivo. Pudo ser astucia o cansancio, pero lo cierto es que Fermín no confió en tal apariencia y continuó su vivir evasivo, vigilante y receloso.

Ahora, ¿qué sucedería? La muerte de Cortada, con todos los caracteres de asesinato, produjo gran conmoción en la montaña, entre los labriegos, y luégo entre la gente del pueblo. Un chagrero madrugador que tenía qué ir a la finca vecina, descubrió el cadáver esa misma mañana. La noticia se esparció con extraordinaria rapidez, y antes del medio día todo el mundo estaba enterado del suceso.

Zacarías Aldana, el colono, que guardaba vivo su rencor, y que tenía motivos para proceder así, hizo recaer las sospechas sobre Fermín. ¿Quién otro podía ser el

asesino? Prevenida la autoridad por los rumores que puso aquél en circulación, y urgida por las excitaciones de Calixto Madroño, desde esa misma tarde entraron en actividad los gendarmes. Diariamente subían a "Los Cedros", y como si se tratase de dar una batida, escudriñaban el monte en todo sentido, haciendo rodeos y preparando emboscadas, para que no pudiera escapar la presa. Pero los esbirros debían de ser muy malos sabuesos porque buscaban precisamente en donde menos podía ocultarse el prófugo; además, le daban a la persecución forma tan ostentosa que hasta el menos avisado tenía tiempo y lugar de ponerse en guardia.

Entre tanto Fermín Lascano vagaba, como ánima en pena, por lo más salvaje, agrio y apartado del monte. Seguramente encontraba alivio en ese vivir ambulante, porque iba y venía sin cesar, parándose apenas de cuándo en cuándo, si la necesidad o la fatiga lo acosaban. Entonces se tendía bajo algún árbol, o a la sombra de cualquier matorral, y allí, en la callada soledad del bosque, lejos de los hombres que lo perseguían sin piedad, apacataba cual un pastor el rebaño de sus tristes recuerdos.

Así vio transcurrir muchos días, entre sobresaltos y privaciones. La existencia precaria y anormal que lo obligaba a llevar su condición de sindicado por la sospecha y la ley, acabó, sin embargo, por cansarlo. Un tedio horrible invadió su espíritu, llenándolo de mortal congoja y de confusos anhelos de acabar de una vez con esa situación absurda en que el destino lo colocó.

No lejos del camino de travesía, sobre profunda cañada que se abría como ancha grieta del terreno entre dos laderas de tupida vegetación, había un sitio extraño y sombrío que el mozo aparcerero gustaba de visitar con frecuencia. Era una plazoleta natural cubierta de césped, rodeada de altos arbustos y espesas matas, y uno de cu-

yos lados lo formaba el borde de un precipicio. Desde allí podía verse, al otro margen de la cañada, la ladera contraria, y abajo, en el obscuro fondo, hasta donde bajaba vertiginosa la pared pedregosa del barranco, el asiento tenebroso donde parecía agitarse una vida misteriosa y confusa. Sobre la orilla áspera, como milagro vegetal realizado contra la esterilidad de la tierra rocosa y quemada de aquel pequeño paraje, crecían raras plantas y hierbas monstruosas: parásitas de forma casi sexual, pálidos helechos, manchas de líquen semejante al que medra menguadamente sobre las peñas renegridas por las lluvias y el sol.

El sitio este ejercía poderosa fascinación sobre el ánimo de Fermín. Movidó por irresistible atracción, todos los días iba a sentarse allí, hacia el atardecer, o se tendía sobre la grama, junto al reborde, a contemplar con cansina mirada el despeñadero, y en ocasiones a soñar tristemente con su pasada vida y su muerta esperanza. En las horas de mayor hastío, en que se le hacían insoportables los recuerdos, y en que el pensamiento de lo que era su inútil vivir lo exasperaba casi hasta el dolor, su alma se llenaba de sombras y de anhelos conturbadores.

La noche lo sorprendía con frecuencia en su quietud contemplativa o soñadora; pero él no pensaba en moverse de allí. Se sentía tan bien en aquel lugar, circundado de silencio y de soledad, cobijado por la tiniebla, como si la sombra lo envolviese con su dulce y piadoso abrazo maternal. Desde que se diera a vagar por entre esos montes, huyendo cual perseguida alimaña que acosa la jauría, de los alguaciles implacables, no conocía otro lecho que el mismo regazo de la tierra, la hierba fragante y tibia, ni otra almohada que los troncos viejos y musgosos que el hacha o el tiempo derribaron y que reblandeció la humedad.

La casualidad se había encargado de alimentarlo; comía cuando podía y la necesidad lo acosaba. Frutas silvestres adormecían su hambre imperiosa, y el agua pura y clara de las vertientes apagaba su sed.

Un día, hacia la hora del crepúsculo, se encaminó, como de costumbre, al barranco. Anduvo mucho durante la jornada, al azar habitual, y experimentaba insólito cansancio. Se tendió bocabajo junto al borde del precipicio, cruzados los brazos bajo la cara, y se puso a mirar, distraídamente, el espectáculo que tenía delante. Los últimos fulgores del sol, tibios y bermejos, formaban extraño juego de luz al herir como finos dardos la penumbra de la cañada, el claroscuro del follaje, y la monstruosa flora que crecía en la orilla del despeñadero. Lejos, al frente, en la opuesta ladera, parecía agitarse confusamente un pequeño mundo de cosas y de fantasías, a las que la imaginación del mozo, excitada por la fiebre vespertina, les daba formas y proporciones caprichosas, inconsistentes y efímeras.

Fermín no pensaba en nada en aquel momento; no sentía más que su cansancio, y el bienestar casi animal que le producía esa voluptuosa paz de la hora crepuscular, siempre propicia para el ensueño. Le hubiera gustado permanecer así muchas horas, durante días interminables, y que las horas corriesen, no con su marcha natural, sino que se arrastraran lentamente, con lánguido deslizarse de perezosos reptiles. Poco a poco, y como si la influencia enervante de la tierra tibia obrara sobre sus sentidos relajados, invencible sopor se fue apoderando de él; sintió sobre los párpados el aleteo sutil de los vampiros del sueño, y que, insensiblemente, su espíritu iba cayendo en la inconsciencia.

No supo cuándo obscureció. Por sobre la tiniebla circundante brilló, más tarde, la múltiple luz de las es-

trellas. Fermín estaba en semipenumbra, porque el follaje próximo atenuaba la claridad difusa del lugar. Casi sin darse cuenta se volvió, quedando en posición supina. El aire era fresco, vivo, casi frío, pero él no se percataba. Un gran silencio, el habitual silencio del bosque en las noches, había envuelto el paisaje. Se durmió por fin.

La siguiente mañana, al despertar, vio que era un poco tarde. Más arriba de la línea de las cuchillas, el sol brillaba con fuerza tan luminosa que parecía estar ya en lo más alto de su habitual carrera. Se sentía algo entumido, acaso por la acción del relente, pero se sacudió, no tardando en coger calor. De nuevo, como en otras ocasiones en que al despertar experimentaba la sensación de haber pasado la noche en jarana, lo transía el horrible tedio de su vivir miserable, ese hastío indefinido y atosigante que produce la falta de todo deseo y el cansancio de todas las cosas. ¿Qué diablos iba a hacer aquel día? ¿Cómo pasaría las aburridas horas? Sobre su ánimo pesaba el fastidio como carga tremenda e insoportable.

Maquinalmente, se puso en marcha. Bajo sus pies, la hojarasca sonaba con leve rumor y se quebraban las támaras cual si fuesen cristales frágiles. Así anduvo algún trecho, despacio, indeciso aún sobre el rumbo que habría de tomar. Pero de pronto se paró, inquieto y lleno de recelo, porque le pareció escuchar ruido lejano y sospechoso. Sus sentidos se habían aguzado por el constante sobresalto y por la necesidad de defensa que le imponía su propio instinto de vivir; la influencia del monte los había afinado también. Agazapado en un matorral, atendió largamente, tratando de captar los mínimos ecos.

Me he engañado—pensó, no percibiendo más el extraño rumor que lo preocupara—; y continuó su marcha incierta, sinuosa. Caminaba ahora por un atajo ancho, trillado, que no podía evitar para ir al barranco, y

por donde pasaba siempre de prisa y en horas tempranas o tardías, en que no circulaba gente por allí.

Bruscamente, el ruido volvió a oírse, pero próximo ya y distintamente. No le cupo duda de que alguien venía siguiendo el atajo, y en dirección contraria a la suya. Escuchó otra vez con suma atención, más con el alma que con los sentidos materiales, y se percató de que eran varias personas las que venían. Seguramente avanzaban con gran cautela, porque el ruido cesaba a ratos, cual si se detuviesen.

Rápido, con agilidad de mono, trepó a un árbol cuya copa sobresalía de la línea más alta de la vegetación, y cuyo follaje espeso permitía observar sin ser visto. Desde su cimera se dominaba largo trayecto del camino. Y entonces pudo cerciorarse de que los que venían eran cuatro gendarmes armados, precedidos por Zacarías Aldana, y todos a caballo. A juzgar por el minucioso cuidado con que escudriñaban el monte, los alguaciles y su guía daban una verdadera batida.

Ah, era a él que buscaban. La persecución seguía, pues, implacable y tenaz. Descendió del árbol, y retrocedió. Era necesario buscar otra senda antes de que la tropilla avanzase más. Recordó al punto, que a poca distancia de allí había dos atajos: uno hacia la derecha, que conducía al camino de travesía, y otro hacia la izquierda, que iba a perderse en lo más cerrado del monte. Fuera de estas dos vías no había más sendas practicables. Queriendo evitar a todo trance el encuentro con los gendarmes, se dirigió de prisa al primer atajo indicado. Allí lo esperaba otra sorpresa. Cuatro polizontes, armados y montados también, venían en sentido opuesto al del mozo, hurgando en las matas con avidez. No le quedó tiempo sino para esconderse de un salto, y poco faltó para que chocase con ellos. Retrocedió de nuevo, y corriendo por en-

tre el arbolado, desgarrándose las deshechas ropas, golpeándose y destrozándose la piel por el brusco contacto con la maleza, buscó afanoso la otra puerta de escape, único camino que le quedaba libre.

Se metió desalado por la boca del atajo, esperando que por allí tendría salida expedita, pero no había recorrido aún cien metros cuando un tercer obstáculo lo detuvo. También por ese lado llegaban, como obedeciendo a común consigna, gendarmes armados y montados. Fermín se asombró, en medio de su desconcierto, de lo bien que habían dispuesto las cosas aquellas gentes. Porque estaba rodeado; encerrado y bloqueado completamente, lo mismo que el animal que acosó y arrinconó la jauría incansable. Para escapar no le quedaba más salida que el barranco, y esa salida era la muerte.

¿Qué indicios pusieron a Zacarías Aldana sobre su pista? ¿Cómo pudo dar con su paradero? Fermín no quiso detenerse a cavilar sobre esto; tampoco tenía tiempo, porque el peligro era inminente, y el momento angustioso. Desde donde se hallaba percibía ya distintamente las voces de los esbirros que se acercaban por todos lados.

Entonces tomó su decisión, porque no quería caer en poder de ellos; porque prefería mil veces perecer en la libertad que seguir viviendo en el escarnio, en la oprobiosa ergástula que con seguridad le esperaba. Su propia desesperación le dió ánimo. Pronto, resuelto, sin vacilar, como si se entregase ya, persuadido y sereno, en los brazos de su destino, dirigió los pasos hacia el barranco. Ligera niebla llenaba la hondonada, impidiendo ver el fondo oscuro y medroso. De pies al borde del precipicio, Fermín contempló un momento con extrañeza, cual si nunca lo hubiera visto, el paisaje familiar que lo rodeaba: la exótica vegetación de la orilla, el aspecto árido y pedregoso que tenía en su parte más alta el despenadero, el

follaje próximo, de un verde sombrío, y que a él le pareció que ofrecía la apariencia fúnebre de los cipreses y los sauces que cubren las tumbas.

Hizo un supremo esfuerzo de voluntad, porque a última hora cierto sentimiento de terror, obscuro y confuso, quería dominarlo, y cerrando los ojos, como si temiese mirar la adusta cara de la muerte, se lanzó bruscamente al vacío.

No se oyó una queja siquiera. El abismo lo recibió, indiferente y piadoso, y por espacio de algunos segundos el monte se llenó de lúgubre y sorda resonancia: la del cuerpo del mozo rebotando contra las piedras del barranco. Después, todo quedó en silencio, en horrible silencio impresionante; y cuando los gendarmes llegaron allí, sin sospechar lo que había ocurrido, se pusieron de muy mal humor por ese otro fracaso de sus pesquisas. Zacarías Aldana tuvo qué soportar sus pullas y sus alusiones mordaces.



CAPITULO XXXI

LA SOMBRA DEL DESTINO

Un labriego que pasaba por allí casualmente, tres días después, observó con curiosidad que varios gallinazos volaban bajo, junto al barranco, y luego descendían lentamente hasta el fondo de la cañada. Creyendo que se tratase de alguna res extraviada y despeñada, o de cualquier animal de monte, iba a proseguir su camino, sin darle importancia al asunto; pero de pronto reflexionó, como si obscura intuición lo asaltase, y decidió bajar hasta el pie del precipicio. ¿No podía ser también el cadáver de alguna persona lo que yacía allá abajo, en el fondo lóbrego, velado por la enlutada y famélica banda de pajarracos?

Descendió con cierta dificultad, casi rodado porque le era indispensable pisar sobre terreno empedrado de guijarros salientes y de hierbas que se le escurrían de las manos lo mismo que si fuesen húmedas y resbalosas anguilas; además, tenía tal declive ese terreno, a pesar de que la improvisada trocha era un zig-zag sinuoso, que sólo para el hombre del monte parecía ser practicable.

Al ver que un sér viviente se aproximaba, turban-

do así su nauseabundo festín, los gallinazos huyeron con vuelo ruidoso, asustados y coléricos. Dos o tres de ellos intentaron hacerle frente al intruso, pero acabaron por emprender igualmente la fuga, rechazados por las piedras y los manoteos del labriego.

Cuando éste se acercó a ver la carroña, aún quedaban vestigios que le permitieron identificar el cadáver. El rostro estaba bastante desfigurado, pues le habían sacado los ojos; pero se le podía reconocer por otras señales. Las ropas las tenía hechas jirones, sucias de tierra y de maleza, y desgarradas por el áspero roce con el pedregal y las zarzas.

Persuadido de que aquellos restos mortales eran los del aparcerero Fermín Lascano, a quien conocía muy bien, el labriego se quedó unos instantes caviloso; después movió la cabeza con piadosa conmiseración. Sí, era él, no había duda posible; el pobre y desventurado mozo que andaba persiguiendo con saña la alguacilada odiosa, y de quien se referían extrañas historias desde hacía algunos meses. Se santiguó, movió los labios cual si pronunciase alguna oración por el alma del muerto, y en seguida, después de cubrir con hojas y támaras los despojos, para que no siguiera ultrajándolos la parvada hambrienta, subió de nuevo el duro pedregal, con ánimo de buscar ayuda para darle cristiana sepultura.

La noticia circuló velozmente, y muchos vinieron a verlo porque Fermín era conocido y estimado de todos los labriegos de los contornos. Entre los que llegaron a rendirle aquel último tributo estaban Celso Viaque, el aserrador, y "Don Cacho", sus dos grandes amigos; estaba también Eustacio Lucumí, quien no salía de su sombrero mutismo y parecía haber envejecido rápidamente.

Esa noche, en la salita del rancho del colono, éste, Fabiana y Débora, comentaban con su criterio sencillo

de campesinos el luctuoso suceso; plañían, mejor dicho, con voz doliente y cansina de gentes vencidas por la adversidad, el propio y el ajeno duelo. La pequeña familia estaba tan abrumada por el pensamiento de tantas cosas, que grandes y hondas lagunas de silencio se abrían a ratos, como indefinibles bostezos, en la conversación lenta y triste. ¡Cuánto apaciguado dolor, cuánta dormida angustia, cuánta resignación desolada, se adivinaba en el fondo de esas tres almas que el destino hirió y la vida feral, en formas tan diversas!

Como siempre, religiosa y humilde, doblada su ánima, lo mismo que la débil caña bajo la dura mano del viento, por la persuasión de que todo venía de Dios, Fabiana rezaba en silencio, moviendo apenas los labios sin color, la plegaria de su inmutable fe. La sufrida mujer tenía todo el aspecto de una escultura de la conformidad. En cambio, en la dura faz de Lucumí, se habían acentuado profundamente las estrías oscuras del ceño, sobre la frente tostada, entre ceja y ceja, bajo cada una de las cuales ardía, cual diminuto fanal, la pupila ustoria, casi rojiza como la sangre.

Débora parecía haber llorado mucho, porque en sus ojos de párpados hinchados persistía húmeda niebla, que velaba su brillo y avivaba su púrpura delatora. Una gran palidez le cubría el semblante dolorido. No hablaba, no podía hablar porque la voz desfallecía en su garganta; pero se le llenaba el pecho de angustia honda, callada, y de suspiros incontenibles.

—Cuántos hechos han acaecido últimamente—exclamó Eustacio con grave tono reflexivo—. Pues parece mentira todo lo que hemos visto.

A continuación agregó con acento amargo:

—La muerte del Gavilán fue un alivio para mucha gente que vivía como en pesadilla. Para nosotros ¿qué

fué? Lo mismo que nada, porque si nos libró de su presencia nos dejó, en cambio, el recuerdo peor: el de todo el mal que nos hizo. ¡Ah hombre de mal agüero! En mucho tiempo nadie se acordará de él sin maldecirlo.

La mujer exclamó, piadosa:

—Ya don Tiberio se murió, y sólo Dios sabe cómo habrá hecho su justicia.

Eustacio volvió a hablar:

—Al pobre Fermín quisieron echarle la culpa de su muerte. Después que hallaron al Gavilán asesinado en el camino, malas lenguas dijeron que ese desgraciado muchacho lo había paveado. ¡Quién sabe si esto contribuyó para que Fermín se matara!

En la salita del rancho se oyó un sollozo ahogado. Débora, con la cabeza doblada sobre el pecho, seguía en su mutismo doloroso. Tras de larga pausa, henchida de emoción, el colono agregó con voz firme y calmosa:

—Pero Fermín no fue. Yo pondría en la candela mis dos manos para jurar que ese muchacho es inocente.

—El Señor lo tenga en su gloria—exclamó Fabiana.

Luégo volvieron a callar. Al cabo, cual si la tortura se obscuro anhelo de formular esta pregunta, la buena mujer inquirió con tono supersticioso y como lejano:

—¿Quién pudo haberlo matado a don Tiberio?

—La mano de Dios, Fabia—contestó Eustacio, severo y lacónico.

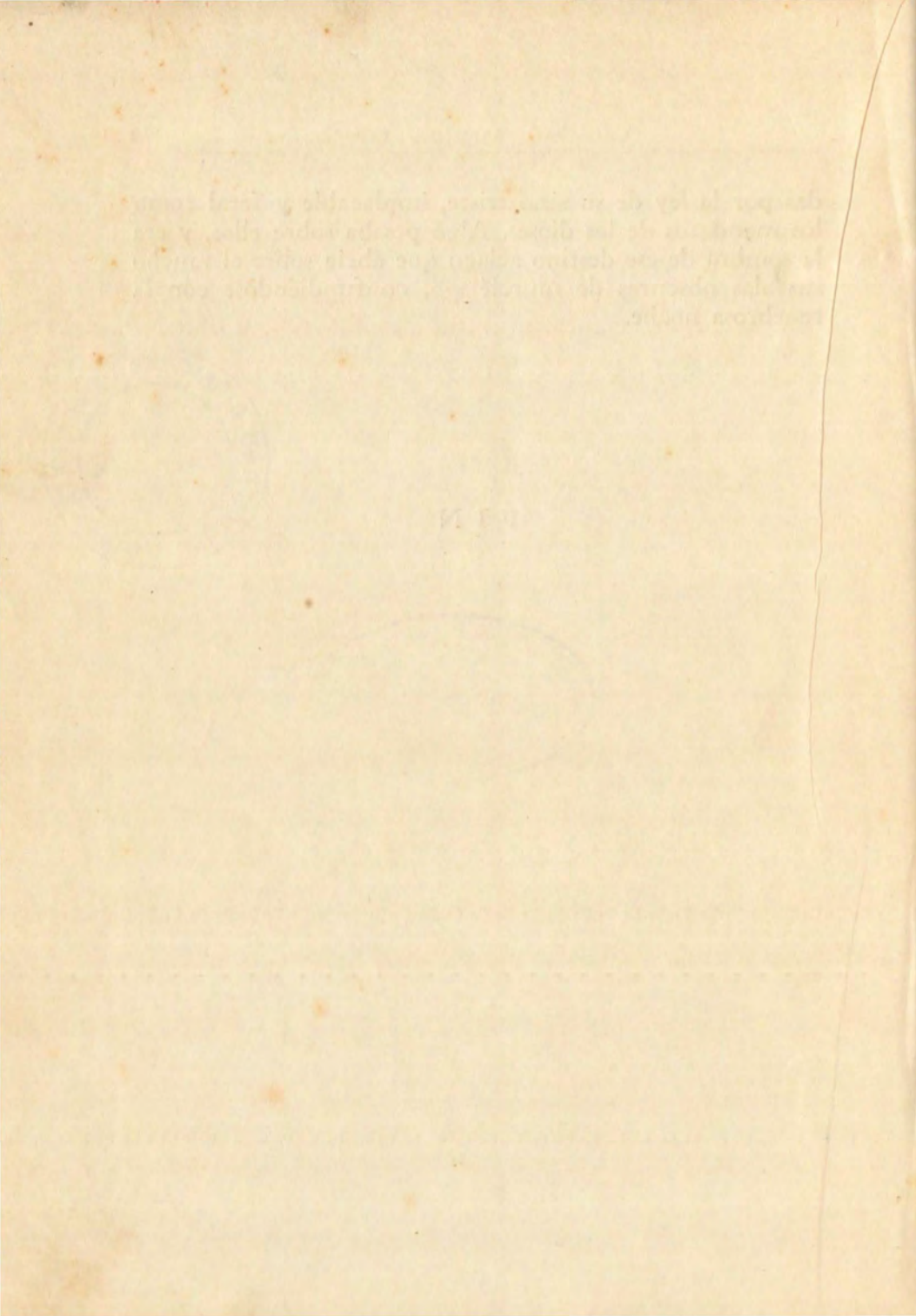
Al decir lo cual su voz tenía un són metálico, fatalista, tan acerbo, sombrío y extraño, y al mismo tiempo tan vibrante, que se hubiera creído que el labriego bendecía en sus palabras esa oculta mano que lo vengaba.

No hablaron más. Se quedaron con las testas caídas hacia adelante, absortos, transidos. Sólo de cuándo en cuándo un suspiro angustiado de la moza rompía con leve rumor el horrible silencio de esas tres almas agobia-

das por la ley de su síno triste, implacable y feral como los mandatos de los dioses. Algo pesaba sobre ellos, y era la sombra de ese destino aciago que abría sobre el rancho sus alas oscuras de murciélago, confundiéndose con la tenebrosa noche.

F I N





INDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Pag.</u>
I — “Ganarás el pan...”	9
II — Cortada y Madroño	21
III — El convite	41
IV — Idilio rústico	57
V — “Don Cacho”	77
VI — Marido y mujer	95
VII — El amo del campo	109
VIII — La confidencia de Fermín	127
IX — Cuitas de amor	137
X — El préstamo de Lucumí	149
XI — La tarde en la cuesta	163
XII — El desdén de Débora	175
XIII — Sombras en el rancho	189
XIV — Pasos de raposa	199
XV — El tentador	211
XVI — La garra del gavilán	223
XVII — Ultima entrevista	233
XVIII — La carta	245
XIX — Otra vez marido y mujer	261
XX — El gavilán y la paloma	269
XXI — El dolor de Débora	279
XXII — Hombre prófugo	287
XXIII — Triste encuentro	297
XXIV — Lo que “Don Cacho” vió	303
XXV — Desolación	311
XXVI — El secreto de Débora	323
XXVII — El juramento	329
XXVIII — Venganza	333
XXIX — Yo lo maté	339
XXX — Anima en pena	345
XXXI — La sombra del destino	355



ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA
19 DE ABRIL DE 1933 EN LOS TALLERES DE
LA EDITORIAL AMERICA DE CALI - COLOMBIA



MUNICIPIO
SANTIAGO DE CALI

CODIGO 2-16-53082

NIT.

8117

Secretaria de Cultura y Turismo
RBPC - Cali



106466